

HIBERNAUTAS

Octavio Cacho

Depósito legal: M-004338-2009

El abrupto paraje del cañón se cuarteaba caprichosamente mientras el sol aparecía tras los riscos que coronaban el borde oriental. Un eco amplificado de rocas al rodar ladera abajo, hasta la vaguada, se apagaba lentamente como un trueno lejano. Después, el silencio volvía a cubrir el inhóspito lugar.

Nadie hubiera podido imaginar que aquel saliente rocoso albergara el secreto mejor guardado de todos los tiempos. Formaba una pared curvada, que volaba sobre el precipicio, a mitad de la ladera. Un débil resplandor penetraba a través de la grieta, que recorría la techumbre, y aquel rayo indiscreto, que esperaba agazapado tras la umbría, pacientemente, cada mañana, desde los días sin historia, aprovechó la herida abierta para penetrar hasta lo recóndito, hasta desvelar el mayor enigma de la era tecnológica.

Allí yacían los módulos hibernatorios, que había creado la mente humana como el más utópico de los sueños, y, ahora, la convulsiva montaña los vomitaba a una nueva era. En su interior, unos cuerpos aún jóvenes, cuyo metabolismo se había ralentizado casi hasta detenerse, sobrevivían en un estado vegetativo al amparo de aquella gruta tecnificada.

La cavidad cilíndrica de cinco metros de altura y doce de diámetro, configuraba una espaciosa sala operacional. Era un perfecto nicho dotado de los más modernos adelantos de otro tiempo. En el centro del recinto, semienterrada, se hallaba la computadora de mantenimiento celular, que había controlado el letargo de aquellos pioneros de la hibernación humana, y en torno a ella se alineaban los módulos, dibujando una plataforma, a modo de reloj.

El despertador del crono hibernatorio debiera haberse activado para finalizar tan temerario viaje, pero un fallo en el mecanismo automático de retorno les había confinado en el mundo de las sombras.

Una vez más, allí estaban las imprevisibles fuerzas del cosmos, supliendo las carencias de la incipiente ciencia del hombre. La casualidad del movimiento telúrico accionó el mecanismo de retroactivación, y el programa de retorno se activó automáticamente controlando los termorreguladores corporales.

Un halo de nirvana dominaba aún aquellos rostros, todavía inexpresivos. Lentamente, sus cuerpos inmóviles alcanzaron la temperatura vital, apurando los últimos instantes del letargo que había hipotecado sus vidas. El halago de una suave brisa liberó su conciencia de las brumas, mientras una fulgurante luz les transportaba desde el espacio infinito de los sueños. El cosquilleo que ahora sentían marcaba el inicio de la activación sanguínea, y se abandonaron al impulso incontenible del movimiento.

Las carcasas transparentes aceptaron la orden de apertura, propiciando el renacer de unos seres sobre los que el tiempo había perdido la cuenta. Fue como un segundo nacimiento, pero esta vez no de vientre materno sino de aquellos huevos de artificio que había empollado la técnica humana, rompiendo el lógico devenir de la evolución.

Los párpados de todos ellos comenzaron perezosamente a moverse, y unos instantes después recibían el cegador impacto de la luz. Instintivamente trataron de proteger sus retinas, pero los músculos oculares ignoraron las órdenes del cerebro; sólo el parpadeo reflejo les sirvió de cortina. Cuando la consciencia inundó sus mentes, vagas muecas de aturdimiento comenzaron a dibujarse en aquellos rostros sedientos de vida.

Transcurrieron unos minutos cargados de impaciencia mientras las articulaciones de sus miembros tomaban la agilidad necesaria para salir de los módulos. Sucedió como en cadena. Uno tras otro, venciendo la resistencia de sus torpes movimientos, se fundieron en un largo abrazo. Sólo el doctor Samuelson evitó las manifestaciones de júbilo, al tiempo que les miraba con una sonrisa triunfal.

Los hombres y mujeres del Proyecto H suponían la avanzadilla de un gran descubrimiento a espaldas de los organismos científicos de su tiempo. Habían sido elegidos por su conexión con Donald Jumper Samuelson, un alto ejecutivo de ARON, la multinacional más influyente de la única superpotencia planetaria. Era la expedición más numerosa de las que se produjeron al amparo de una selecta y elitista asociación con ribetes de sociedad secreta.

Las mentes, todavía confusas, de los retornados se desperezaban lentamente del prolongado letargo, y la memoria proyectaba imágenes lejanas. Habían desaparecido de su entorno familiar sin dejar rastro, ignorados por las sucesivas generaciones que no habían recibido más que el eco lejano de una extraña leyenda.

Pronto, el miedo a un tiempo desconocido acosó a los miembros de la expedición, pero el ancestral sentido de supervivencia les sirvió para ahuyentar el fantasma de la locura. En este momento, lo único que les preocupaba era estar atentos a las instrucciones de retorno para mantener aquellos cuerpos vigorosos sin que la senectud les sorprendiera como un espectro del pasado. Sabían que en las primeras horas dependían de una correcta regeneración celular iniciada con la píldora hemostática, seguida del examen radiológico y finalizada con la analítica de aquella primitiva máquina. Todo ello debería completarse con la hidratación apropiada antes de ingerir los primeros alimentos. Tampoco ignoraban que tendrían que poner en forma aquellos músculos atrofiados por la inactividad, y se limitaron a repetir lo que habían hecho tantas veces antes de hibernar.

Excavados en la roca, se hallaban los contenedores herméticos con diverso instrumental de análisis, además de la necesaria dotación de pertrechos personales para la nueva época. El recinto hibernatorio estaba conectado, mediante un estrecho túnel, a un espacioso cuadrilátero que se adentraba bajo una loma contigua, a modo de dique, en medio del cañón. Estaba diseñado como hipotética estancia de supervivencia en el supuesto de que el exterior fuera inhabitable en la fase de retorno. Allí se encontraban doce habitáculos individuales y varias salas comunes para el ocio en torno a un invernadero. En el centro de esta última estancia, diseñada para el cultivo de hortalizas, había una columna de piedra en forma de fuente de cuatro pilas, que soportaba al techo abovedado de la gruta. Un manantial brotaba en la pila más cercana al suelo, y su escaso caudal se precipitaba en cascada hasta el sumidero del recinto.

En el exterior de la gran roca, una amplia red de paneles solares, perfectamente camuflados, eran los encargados de captar la energía necesaria para que la computadora cumpliera su misión de mantenimiento, y era evidente que habían pasado inadvertidos en el tiempo transcurrido.

Melisa Campbell se paró de pronto ante uno de los espejos del dodecaedro que mantenía unidos los módulos de hibernación y comprobó con incredulidad que su rostro había rejuvenecido. Su grito de asombro llamó la atención del resto de los miembros de la expedición y las exclamaciones ante la sorpresa no se hicieron esperar.

Tras el revuelo, Donald Samuelson observó dubitativo que el crono hibernatorio se había parado a las quince horas del día veinticuatro de noviembre del año dos mil doscientos catorce, pero evitó hacer comentario alguno. Ni siquiera podía asegurar que aquella fecha registrada fuera realmente la que correspondía a este momento. El resto de los miembros de la expedición, tampoco dijeron nada, pero, en el fondo, todos intuían que estaban vivos gracias a un accidente fortuito.

Sentían una imperiosa necesidad de salir al exterior. A pesar de la grieta abierta en la cúpula de aquella gruta, el contador geiger no detectaba presencia alguna de isótopos radiactivos, pero no por ello podían olvidar ninguno de los factores de seguridad en la primera salida a campo abierto.

Donald Samuelson abrió el contenedor de los trajes EVA, y procedió a enfundarse, con evidente torpeza, aquel sistema de protección. Aquellos cascos con visor les daban una apariencia de exploradores del espacio, y algunas sonrisas nerviosas reflejaron el momento, mientras cruzaban sus miradas. El hecho fue seguido por los demás miembros de la expedición como si lo hubieran ensayado en más de una ocasión.

La salida estaba en la cámara del invernadero, y el doctor Samuelson, al frente de todos, caminó lentamente, aunque decidido, por el pasadizo. Pulsó el mecanismo de apertura, pero este no funcionó. Todos se miraron entre el miedo y la angustia de verse atrapados en una tumba.

3

La claustrofobia de Melisa Campbell, acechando al borde de sus miedos, le hizo recordar las siniestras historias que su abuela le contara siendo niña; unas historias macabras sobre personas aparentemente muertas que habiendo recobrado la consciencia, una vez enterradas, intentaron inútilmente zafarse de aquel engaño de la muerte; pero habían sido muchos los ensayos prehibernatorios para que ahora, ante la primera dificultad, le fallara el coraje.

La voz del doctor Samuelson, en otro tiempo, imperativa, se escuchó apenas perceptible y cargada de incertidumbre.

-Capitán Menchaca, compruebe el sistema de apertura.

Pedro Menchaca, a quien todos apodaban el Sureño, era un técnico polivalente donde los hubiera. Sin más dilación, revisó el mecanismo mientras sus compañeros contenían el aliento en una espera que les pareció eterna. La respuesta les dejó tan fríos como aquellas rocas que tanto tiempo les cobijaran.

-Es imposible -dijo, al final-. El acceso está bloqueado por algo que está obstruyendo el exterior. Lo que haya sucedido ahí fuera debe haber sido terrible.

A ninguno agradaba la idea de seguir enterrados en aquella gruta. Transcurrieron algunos segundos sin que nadie reaccionara, pero no tardaron en dar cada cual su iniciativa para salir de aquel agujero, que se estaba convirtiendo en siniestro.

-Tenemos explosivos aquí dentro, jefe. Podríamos volar la entrada –sugirió Rudolf Danhausse.

-¿No tiene otra idea mejor, coronel? -le cortó secamente el doctor Samuelson-. Esa sería la mejor manera de ahorrarnos una agonía lenta.

-Un momento, creo que tengo una idea -intervino Karol Bukoski-. Es preciso izar a alguno de nosotros hasta la grieta que se ha abierto en ese lateral y, si le fuera posible, podría deslizarse a través de ella; así nos informaría cómo está la parte posterior.

-Hacerme sitio -se dispuso Onado Somoza, envalentonándose-. Yo mismo subiré con las cuerdas.

-Joder, Sargento, si tú pesas como un hipopótamo -se burló Jon Ribera-. No sé el tiempo que habremos estado hibernando, pero sigues tan fantasma como siempre.

En aquellos momentos, el comentario burlón del más fiel servidor de Donald Samuelson apenas dibujó una mueca en las caras inquietas de sus compañeros.

-En principio, creo que deberíamos desprendernos de este atuendo espacial -sugirió Karol Bukoski-. Espero que con el traje de maniobra y una mascarilla sea suficiente, porque no se aprecia contaminación de ningún tipo.

-Está bien -decidió al final Donald Samuelson-. Alzaremos a Jon, que es el más ligero

-Para qué habré abierto la boca –dijo él, renuente, al tiempo que se fijaba en la mirada del doctor, quien no admitía excusas.

-Vamos, ¿estás dispuesto?

-Cuando queráis –aceptó Jon-. Lo que quiero es salir cuanto antes de esta trampa.

-Antes, cámbiate de traje y utiliza la máscara –le ordenó el doctor Samuelson-. Cuando hayas salido, te daremos el detector para que compruebes la radiación ahí fuera.

Mientras Jon se preparaba, Pedro el Sureño desplegó la escala, y, poco después, el mayordomo de Donald Samuelson comenzaba a subir con la evidente dificultad de unos músculos todavía atrofiados. Todas las miradas pendían en aquel momento de su esfuerzo, y, al fin, logró encaramarse hasta la cúpula rocosa. Luego, se deslizó a través de la abertura de la grieta y consiguió asomarse al exterior.

Aquel alarde acrobático improvisado había cumplido el propósito, y, mientras escuchaban las frases

inconexas de Jon Ribera, se prepararon para recibir alguna noticia de lo que pudiera verse fuera de la primitiva estancia hibernatoria.

-Vamos, Jon, di algo sobre lo que estás viendo -apremió Donald Samuelson.

-¡Una catástrofe! -gritó él.

El eco repitió las palabras del Mayordomo, amplificándolas a través del inmenso roquedal que configuraba las paredes del cañón.

-No podía ser de otra manera -comentó Karen en voz baja, con talante de derrota.

-Vamos, aclárate ya, que me va a dar un infarto -gritó el sargento Onado, cargado de impaciencia.

-¡Qué queréis que os diga! Aquí no se puede hacer un picnic. Esto es un amasijo de rocas y arbustos. De nuevo, el eco acompañó las palabras del Mayordomo, y después se hizo un largo silencio.

-Me da la sensación de que el cataclismo se ha debido producir hace escasas horas -volvió a gritar Jon desde el exterior.

Dentro de la gruta, las palabras del Mayordomo comenzaban a producir inquietud y el silencio se hizo más largo y profundo. Se imaginaron que estaban rodeados de un paraje claramente hostil; quizá el resultado de la guerra nuclear, se atrevieron a pensar, presos aún de la paranoia por el mundo que habían dejado atrás. Luego, los comentarios más descabellados afloraron en desconcierto.

-¡Ya está bien! -intervino Donald Samuelson con energía-. Aún no sabemos la causa de lo que ha sucedido ahí fuera.

Tras el silencio, el doctor hizo un gesto a Karol Bukoski, y éste se dispuso a elevar el contador Geiger con la ayuda de Onado Somoza.

-Vamos, Jon, sujeta bien el contador y comprueba lo que marca ahí fuera -gritó el doctor Samuelson-. Pero antes acláranos de una vez lo que está obstruyendo la puerta del pasadizo.

-Estoy viendo una enorme roca encajada sobre el túnel que da al invernadero, así que por ahí es imposible salir.

-¡Vaya noticia! -exclamó el sargento Somoza.

-Oye, Jon -le pidió Karol Bukowski-. ¿Qué dice el contador?

-Según parece, no superamos el mínimo de radiación -contestó él.

Después de unos segundos de incertidumbre, Sandra Sokoia sugirió una solución.

-Como por la puerta no hay manera de salir, podríamos utilizar las cuerdas de escalada y salir por la misma grieta que lo ha hecho Jon.

-Es usted muy optimista, doctora Sokoia -salió al paso el coronel Rudolf-. No todos tenemos su tipo.

-Antes, podríamos ampliar la abertura de la grieta con la miniperforadora de basalto -dijo Karol Bukoski, dirigiéndose al doctor Samuelson.

-No es mala idea -medió el Reverendo Peterson-. Habría que intentarlo; además, necesitamos encontrar agua cuanto antes y prepararnos para ingerir el primer alimento.

-Escúchame, Jon, ¿puedes amarrar una cuerda en alguna roca que tengas al lado? - se oyó la voz del coronel, gritando hacia el exterior.

-Desde luego -se aprestó el mayordomo-. Haré el nudo que me enseñó el sargento. Si no aguanta, es culpa suya.

-Bien, pues si no existe otra solución, ¿a qué esperamos? -asintió Donald Samuelson, incitándoles a ponerse en movimiento.

Sin perder tiempo, apilaron varias cajas metálicas en el centro de la estancia, a modo de escalera. El sargento Somoza no tardó en subirse sobre la improvisada plataforma.

Poco tardó la miniperforadora en hacer su labor dejando un hueco suficiente para que hasta el mismo sargento pudiera deslizarse por la abertura.

La previsión, en otro tiempo, del material de escalada había sido plenamente acertada, y no tardaron en tener las cuerdas a punto; pero antes se desprendieron de sus monos espaciales. Luego, se ciñeron la indumentaria de batalla con todos los complementos de campaña incorporados sin olvidar la mascarilla anticontaminación.

En el exterior de la gruta, el Mayordomo ya había amarrado un cabo de la cuerda a una de las rocas salientes. El coronel Rudolf fue el primero en ascender para ayudar a Jon. Así daba comienzo la operación, izando en primer lugar el equipamiento individual de armas ligeras. Después, uno tras otro, fueron saliendo al exterior sin alejarse de aquel rellano natural en lo alto de la cúpula agrietada.

Fue el profesor Okada el último en salir de la gruta y, como todos, había quedado absorto por tanta desolación. El entorno ofrecía un catastrófico panorama magnificado por lo agreste: grietas por doquier, rocas arrancadas de cuajo, promontorios amalgamados donde abundaban piedras y arbustos. Pero a pesar del paisaje apocalíptico que desde allí se divisaba, ninguno de ellos pudo abstraerse a la emoción de aquel primer encuentro con la naturaleza a cielo abierto. Los temores iniciales se mantenían, mas el detector nuclear seguía sin superar los índices admisibles de radiación.

-Perfecto –dijo Mara Lezama-. Podemos rapelar hasta ese sendero que existe a unos diez metros por debajo de la gruta.

Algunos ya estaban preparándose para descender hasta el fondo de la vaguada cuando, a una indicación de Melisa Campbell, fueron fijando sus ojos allí donde el cañón viraba en un recodo. Dos objetos espaciales se acercaban por el norte, camuflados en la depresión del cañón. Emitían intermitentes destellos, y un agudo zumbido hizo poner en guardia a todos los miembros de la expedición. Fue una visión tan rápida como desconcertante, pero desapareció sin que pudieran precisar qué tipo de ingenios espaciales eran aquellos.

Cuando todos hubieron descendido, aquella inesperada visión volvió a mostrarse de nuevo, espectacular y artificiosa. Eran ahora una veintena de naves, de diseño desconocido, que cruzaban aquel desolado lugar, sobrevolándolo en un despliegue de destellos plateados.

4

Las armas personales habían sido distribuidas conforme a su etiquetado. Cada miembro de la expedición tenía su arsenal particular; aquel que se le había permitido elegir en los días previos al enterramiento hibernatorio, aunque había algunas armas comunes como: pistolas automáticas de 3,5 mm con munición explosiva en contacto con el objetivo, cartucheras con granadas cegadoras de magnesio y subfusiles con cargadores de noventa cartuchos en cadencia de 1.800 disparos por minuto. Estaban impecables desafiando el paso del tiempo, aparentemente inofensivas, como si se hubieran olvidado de su furia en tiempos de violencia.

El coronel Rudolf Danhause no había ocultado la emoción con la apertura del módulo que contenía el arsenal. Poseía un conocimiento inigualable en todo tipo de armas, y acarició aquellos artilugios de la muerte como si los hubiera echado en falta en aquel largo sueño. Su agigantada fisonomía enmarcaba un semblante duro que parecía acrecentarse cuando poseía un arma. El uniforme de camuflaje acentuaba su aspecto marcial y la rigidez de sus movimientos completaban al jefe militar de un tiempo lejano, que había perdido su rango de coronel por su falta de voluntad ante el alcohol. Se había olvidado ya de su expulsión del Cuerpo de Marines, y sus andanzas de mercenario quedaban bastante lejos. Ahora se encontraba de nuevo a sí mismo en busca de su persistente sueño del gran soldado.

Donald Samuelson, enfundado en su flamante uniforme, seguía conservando aquellos finos modales de alto ejecutivo. Su figura, acusadamente erguida, compensaba una estatura más bien mediana donde se conjugaban la prepotencia con la autoridad de sentirse el jefe del grupo. Todavía conservaba aquel aspecto atractivo que más de una vez había desplegado en sus conquistas amorosas. Nadie diría de él que en otro tiempo se había embarcado en experimentos éticamente dudosos, pero era precisamente aquello lo que le había granjeado la confianza del Maestro, y semejante credencial le situaba en el segundo puesto del club, el lugarteniente del líder, el que habría de asentar los cimientos del nuevo tiempo.

Estaban a punto de emprender la marcha cuando Donald dio unas palmadas para recabar la atención de todos.

-Amigos –comenzó, improvisando el discurso-. Vamos a iniciar la segunda fase del proyecto de

hibernación que, milagrosamente, nos mantiene vivos. Nadie debe sorprendernos, y menos desarmados. Nuestro orgullo no debe sufrir menoscabo alguno por muchos años que hayan transcurrido, y espero que el gran pueblo norteamericano se sienta orgulloso de nuestra aventura científica. Por ello, confío que ante las dificultades sabremos estar a la altura de las circunstancias. Abandonaremos provisionalmente esta base, y sólo volveremos a ella si las condiciones de vida, en este tiempo, fueran claramente hostiles. Les recuerdo que nuestro destino será Alfa-20.

Con esta arenga patriótica, el doctor Samuelson trataba de infundir coraje a los miembros de la expedición y, por unos instantes, se había situado en sus buenos tiempos de las Guerras del Golfo, cuando inició su andadura al frente de ARON. Pero la mayoría escuchó en silencio, con la cabeza baja; sólo el coronel Rudolf y el sargento Onado se mantuvieron firmes, con ademán impasible.

Comenzaron a descender en orden de combate por el roquedal. El coronel Rudolf se situó en cabeza abriendo la marcha.

Un zumbido les advirtió de la presencia de nuevos ingenios espaciales, cuando ya los tenían sobre sus cabezas, y los vieron alejarse sobrevolando el cañón.

El Sureño, como ingeniero aeronáutico y piloto, había quedado impactado al observar la movilidad de aquellos aparatos. En otro tiempo había deseado ser astronauta y poseía el grado de capitán de las fuerzas aéreas, pero al no poder cumplir su sueño, se había quedado pilotando el trajín diario del doctor Samuelson en la aviación civil. Ahora se encontraba con una sorpresa inesperada, y ya comenzaba a consumirle la curiosidad por conocer aquella técnica.

Inquietos ante aquellas intrigantes apariciones, caminaban observando el cielo, sin poder evitar alguna que otra caída, ciertamente aparatosa.

El cañón por el que bajaban, había sido moldeado por hielos de antiguos glaciares, dejando aquella vaguada, ligeramente llana, en forma de artesa, salpicada de enormes rocas y laderas acusadamente inclinadas. En su seno, discurría un río, todavía joven y saltarín en aquellos pagos, y aunque sus aguas en tiempos de calma eran transparentes como el cristal, en esta ocasión bajaban turbias, arrastrando restos de vegetación, que habían sido arrancados por la fuerza del agua. Pocas horas antes, el caudal había sido mucho más abundante, pues el límite del cauce había quedado marcado por cantidad de hojas y ramas de acebo recién tronchadas, junto a astillas secas de roble enredadas en los restos de brezos y cambrones.

Mara Lezama, la arqueóloga de la expedición, había sido la primera amante de Donald Samuelson cuando eran estudiantes en Berkeley. Era una experta senderista y sabía ver el detalle en medio de la grandiosidad del paraje. Observó la corriente del agua con inquietud. La hibernación no había restado fuerza a su memoria, y recordó que, días antes de enterrarse en la gruta, había localizado a través de Google alguna información sobre lo acontecido en aquel apartado rincón del planeta.

“Contaban las crónicas que los ingenieros del desarrollismo habían subvertido el ciclo natural, que sucedía todos los años con el deshielo, reteniendo artificialmente las aguas mediante presas para satisfacer las demandas de energía. Y las aguas, contenidas contra su voluntad, reventaron el débil muro que se interponía a su ímpetu devastador. Bajaron como una tromba en medio de la noche, como un trueno terrorífico, a modo de grito desgarrado de la propia naturaleza. El viejo cañón se había limitado a encauzar la bravura de las aguas, libres al fin, llevándose por delante todo lo que encontraron a su paso, incluido un pequeño y olvidado villorrio”.

Inmersa en aquel aciago recuerdo, la aguda intuición de Mara parecía advertirle que se ausentaran de allí, y a punto estuvo de gritar a sus compañeros apercibiéndoles del peligro. De pronto, se escuchó un ruido profundo, como si viniera de las entrañas de la tierra, y Melisa lanzó un grito que estremeció a sus compañeros.

-¡Salgamos de aquí! –gritó Mara, a su vez, con una voz enérgica que no admitía excusas.

Por unos instantes, el suelo comenzó a moverse bajo sus pies. Todos corrieron en diversas direcciones, y Mara, algo rezagada, cayó al suelo, al abrirse una grieta donde pisaba, al tiempo que Onado retrocedía en un salto, ayudándola a levantarse. Algunas rocas se desprendieron de las paredes del cañón, y rodaron ladera abajo, dispersando a varios del grupo. Tras aquel momento de confusión, de nuevo silencio y caos. Los miembros de la expedición se reagruparon indecisos, y el doctor Samuelson ordenó continuar el descenso.

Había sido una ocasión propicia para que el sargento Somoza demostrara su destreza y arrojo ante Mara Lezama. A pesar de su corpulencia, se movía con la soltura de un militar curtido. Su tez mulata magnificaba la imponente figura del exsargento de marines, y sobre su brazo derecho resaltaba la

pulsera, color turquesa, con una calavera esculpida en el frontal. Aún recordaba lo que le había llevado a estar en aquella aventura y todavía le parecía increíble. Todo había comenzado al seguir los consejos de su padre, un exiliado cubano que vivía en Miami. Un buen día decidió enrolarse en el Cuerpo de Marines cuando todavía era un brioso joven dispuesto a hacer méritos en la campaña que le llevó a la segunda Guerra del Golfo. Allí, había conocido a Rudolf Danhause, y ambos habían corrido juntos más de una juerga. Por aquel tiempo estaba dispuesto a hacer cuantos méritos fueran necesarios, para regresar algún día a su querida isla caribeña, de la que le arrancaran siendo niño; pero hacía años que el comunismo había caído en el este de Europa, y el Comandante seguía impertérrito en su puesto de mando. Luego, su temperamento impulsivo le había jugado una mala pasada al verse involucrado en la muerte de un compañero por motivo de celos. Después de aquello, sus aspiraciones castrenses habían quedado en un mero pasatiempo, coleccionando maquetas de submarinos y portaviones. Algún tiempo más tarde, a instancias de Rudolf, el doctor Samuelson le había contratado a su servicio como chofer y guardaespaldas. No cabía duda que Donald sabía premiar la fidelidad, y Onado se había hecho acreedor a la confianza del doctor para ser uno de los elegidos.

Jon Ribera caminaba delante del sargento, y no perdía de vista aquellas largas zancas que temía le fueran a arrollar de un momento a otro. Su estilizada figura en contraste con la del militar le daba una acusada endebles que para nada hacía honor a la verdad, pues era experto en artes marciales. En otro tiempo había estado al frente de la mansión de Donald Samuelson, y para sus compañeros de hibernación seguiría siendo siempre el mayordomo. Era biznieto de una combinación vasco gallega y aquel humor cargado de ironía no anulaba sus finos modales acordes con su profesión. Entre chascarrillos, maldecía la mala ocurrencia de haberse embarcado en semejante aventura por muy científica que el doctor la calificase; aunque era cierto que su afición por toda la panoplia exotérica le había dado un argumento a Donald Samuelson para no desprenderse de tan buen servidor.

Karen Irwing y Melisa Campbell caminaban con dificultad por aquellos senderos pedregosos, y el grupo aminoraba su marcha para adaptarse a sus torpes y cansinos pasos.

-No lo soporto más –dijo la segunda, al tiempo que se deshacía del casco y la mascarilla-. Según Karol, no se aprecia ningún tipo de contaminación, y yo así no puedo caminar.

-No seas estúpida, Melisa –le apercibió el coronel-. Siempre eres tú la que rompe la disciplina.

El doctor Samuelson le miró con severidad por salirse de la norma, pero entendía que Melisa no fuera capaz de soportar aquel ritmo. Su elegancia natural no concordaba con aquella marcha a lo guerrillero. En otro tiempo, había alternado la publicidad con las pasarelas de moda. “Cómo se le habría ocurrido a él enrolarla en semejante aventura”, pensaba Donald; pero conocía sus habilidades y la había captado para la expedición, pensando que podía jugar un papel clave en el futuro.

Ella, por su parte, aún recordaba cómo empezó aquella locura, que le hizo alterar el rumbo de su cómoda y exitosa vida. Compartía apartamento con Karen, una antigua compañera de estudios, que había llegado a doctorarse como brillante biotecnóloga, pero que en aquel momento estaba en paro. Poco después, Melisa conoció a Rudolf Danhause en una fiesta celebrada en la mansión del doctor Samuelson.

Con el pelo recogido, a modo de coleta, Karen Irwing mantenía aún aquella figura elegante, que había llamado la atención en otro tiempo, recibiendo más de una oferta para probar suerte en el cine; pero sus padres le habían encarrilado en el mundo de la ciencia, y sus dudas le acarreaban, a menudo, problemas de estabilidad emocional. A sugerencia de Melisa, había entrado en las pasarelas, pero su carácter más bien tímido no se adaptaba fácilmente a aquel tipo de vida. En lo más profundo de sí misma, sentía que estaba traicionando su aspiración vocacional. En una de aquellas galas en las que participaba junto a su amiga Melisa, el coronel admiró la belleza y elegancia de Karen, y se le ocurrió que podía presentarla al doctor Samuelson. El problema no tardó en resolverse porque el doctor Samuelson se había fijado también en ella, y, poco tiempo después, además de convertirla en su última amante, la encuadraba en el equipo de investigación donde se estaba diseñando la máquina del futuro.

Nuevos ingenios espaciales, aparecieron de improviso, en vuelo rasante, siguiendo el curso del cañón, y todos se detuvieron, observándolos.

-Sigamos adelante –dijo el doctor-. Hay que salir cuanto antes de esta zona.

Sandra Sokoá, al igual que los demás, observaba recelosa aunque expectante, aquel grandioso paraje, sin olvidar la desconcertante visión de los extraños objetos espaciales. Su figura atlética, acostumbrada a los deportes, incluidos los de montaña, le permitía moverse con facilidad por aquel inhóspito paraje. Se sentía a la vez temerosa y emocionada por una aventura que todavía le parecía increíble. Habían viajado a través del

tiempo y no entendía que sus compañeros de expedición apenas le dieran la menor importancia; quizás por el temor que la novedad suscitaba. Era apasionada y rebelde. Su obsesión por descubrir vida extraterrestre le había hecho aceptar su participación en aquella misión, pero, sobre todo, el doctor la había elegido porque poseía amplios conocimientos en el terreno de la psicología, y quería, a través de ella, mantener cohesionado el grupo.

El sol, desde el cenit, calentaba con fuerza, y la escasa vegetación apenas mantenía su verdor. Era un calor excesivo y extraño, incluso aunque fuera al principio del verano. Parecía como si cerca de allí hubiera algún foco de fuego, y sentían como un ahogo que ninguno sabía explicar.

El Reverendo Peterson no pudo evitar el gesto que hacía a menudo antes de hibernar cuando algo le causaba extrañeza. Fue una mirada directa al sol y se estremeció al notar que el anillo le deslumbraba, perdiendo momentáneamente la visión y obligándole a detenerse. Notó de inmediato como si le quemara las retinas, pero no dijo nada. Había pasado ya la barrera de los cincuenta, pero a pesar de ello se sentía un entusiasta, y más tras el efecto inesperado de rejuvenecimiento. En su fuero interno se sentía un misionero frustrado y aceptaba aquel sacrificio como una cruz necesaria. En otro tiempo, había estado obsesionado por la evangelización de un mundo que él consideraba irremediabilmente condenado por su materialismo radical, abundando en manifestaciones excéntricas. Más de una vez le había pedido al doctor Samuelson que le dejara acompañar a las partidas de “luchadores por la libertad”, como gustaba llamar a los mercenarios que despejaban el camino de ARON en los países más atrasados del planeta; pero siempre se había quedado para tranquilizar la conciencia de Donald. Cuando el doctor Samuelson le habló de la hibernación, el Reverendo lo había interpretado como un signo evidente que Dios le mostraba para salvarse del castigo a un mundo pervertido. Debido a sus conocimientos de medicina, ahora tenía la misión de vigilar la salud del grupo en aquel delicado momento. Esperaría la ocasión oportuna para comenzar su misión evangelizadora.

Habían transcurrido más de cinco horas desde que despertaran dentro de los módulos de hibernación. “Posiblemente, sus cuerpos no estuvieran aún preparados” –pensaba Karol-. “Deberían haber esperado algún tiempo hasta habituarse a un ritmo normal” Pero el doctor Samuelson parecía tener prisa por tomar posesión del búnker.

Caminaban lentamente, buscando la sombra de las enormes rocas y de los escasos arbustos. De cuando en cuando, tenían que sortear las grietas que cortaban el paso, y el descenso se hacía lento y pesado; pero necesitaban encontrar agua para beber, y estaban a punto de desesperar por no haber hallado algún vestigio de manantial en el trayecto recorrido.

Una y otra vez, aquellos objetos espaciales cruzaban desafiantes el cañón o seguían su cauce sin que nadie de la expedición pudiera interpretar el sentido de aquellas apariciones.

Karol Bukoski, en su calidad de biólogo, se ocupaba de la analítica de todos los alimentos que los miembros de la expedición debían ingerir. No había superado aún los cuarenta, y ya era un científico polivalente que dominaba las áreas de microbiología, bioquímica y biotecnología. Pero a Donald le preocupaba porque desconocía bastante de aquel hombre tan brillante venido de la mano de Sandra Soko. Tenía una personalidad muy acentuada, y sabía liderar las situaciones complicadas; mas el doctor no estaba acostumbrado a este tipo de personas porque podían darle alguna sorpresa que escapara a su control.

Por el contrario, el doctor Samuelson siempre se había rodeado de personas como el profesor Okada, un virtuoso ingeniero nuclear, sumamente dócil, abstraído en sus teoremas ajenos al interés humano. Era el siervo perfecto para alguien poderoso. Eternamente agradecido al Mayor Samuelson, por haberle adoptado, al perder a sus padres en edad temprana, Kota Okada no se había liberado aún de su mentalidad dependiente, a pesar de haber sido compañero de juegos del mismísimo Donald Jr. Se movía, apoyándose en las paredes rocosas, para equilibrar su frágil contextura física. Su pequeña estatura no armonizaba con una cabeza desproporcionada, donde la nariz pasaba desapercibida, bajo diminutas lentes oscuras.

Conforme pasaba el tiempo, tanto el Reverendo Peterson como Karol Bukoski daban claras muestras de estar preocupados. El microlaboratorio que este último portaba a sus espaldas aún no se había estrenado. La expedición avanzaba ahora por un estrecho sendero sin perder la orilla del riachuelo. Al fondo, podían divisar ya la sinuosa quebrada del cañón, que penetraba en una garganta de paredes rocosas. Algunas veces, el arroyo se estrechaba tanto que saltaba entre las rocas, y el sendero se perdía bajo el agua turbia.

Mara Lezama levantó el brazo, pues había localizado algo. Debajo de una roca brotaba un manantial de agua clara con el suficiente caudal como para llenar sus dosificadoras. La alegría fue inmensa, y recorrió al instante a toda la expedición. Karol descolgó su mochila, y activó el instrumental

de análisis para cerciorarse de su inocuidad.

El grupo, visiblemente cansado, se dio un ligero respiro. El esfuerzo desarrollado en el descenso había sido excesivo para unos cuerpos aún débiles, y estaban al borde de la extenuación.

-Podéis abasteceros. El agua está en perfectas condiciones.

La voz de Karol Bukoski les alegró el semblante.

-Me pregunto si este cataclismo habrá sido un simple terremoto como señala el sismógrafo –dijo Mara.

-Saldremos de dudas cuando llegemos al final del cañón –precisó Donald Samuelson-. Ahora vamos a llenar cuanto antes las dosificadoras.

Uno tras otro, fueron recogiendo el preciado líquido, que en aquel momento les era vital. Algunos miembros de la expedición se habían separado ligeramente del grupo, y el coronel Rudolf les llamó al orden.

Cuando reanudaron la marcha, Onado Somoza turnó al coronel al frente de la columna expedicionaria. Apenas habían caminado unos pasos, cuando el sargento disparó una ráfaga y retrocedió temeroso. A las miradas inquisitivas del resto del grupo, siguió la alerta por la inmediatez del peligro, y todos dispusieron sus armas ante la sorpresa; pero se tranquilizaron después de comprobar que se trataba de un simple lagarto. El Mayordomo no perdió la ocasión para seguir la chanza.

-¡Eh sargento! ¿Qué vas a hacer cuando te encuentres con un dinosaurio?

Estallaron algunas carcajadas entre la expedición, y el eco de las risas se multiplicó en el cauce rocoso.

-¡Ya está bien! –exclamó Donald, con energía-. No debemos desperdiciar munición. Nos puede hacer falta en momentos de peligro.

Aquel incidente cómico había animado a todo el grupo. Era el primer síntoma de vida desde que habían despertado.

Estaban llegando al final de la garganta del cañón, y comenzaron a virar tras el último recodo con la ansiedad de descubrir algún vestigio de civilización. Después de algunos pasos, por fin, el nuevo horizonte se situaba en la cresta de un monte cercano en forma de herradura. En su vertiente se desplegaba un minúsculo valle de espesa vegetación, destacando del verdor una loma rocosa. Sobre el cielo de aquel remanso natural podían divisar ahora varios ingenios espaciales, inmovilizados en el aire, formando un círculo a modo de estrella. Un silencio sepulcral invadía el entorno.

5

Los miembros de la expedición no podían ocultar que se hallaban sorprendidos por aquella maravilla técnica. La marcha se fue ralentizando, casi, hasta detenerse. El propio coronel Rudolf dudaba si debía avanzar, y esperó la reacción del doctor Samuelson, quien, sin duda, evidenciaba un notable desconcierto.

-Adelante, Coronel –se oyó la orden del doctor-. A partir de ahora habrá que caminar al abrigo de los arbustos y las rocas; no me fío de esos aparatos.

Siguieron avanzando. Por el momento se conformaban con haber dejado atrás la desolación, y sus rostros mudaron el semblante, mostrándose más animados. No tardaron en adentrarse en la espesura de los

fresnos, alineados en torno al río, que ahora se había ensanchado, formando una especie de remanso.

Algunos se sentaron, agotados, y aprovecharon para beber de sus dosificadoras. El doctor Samuelson condescendió en el receso, pues él mismo necesitaba aliviar el reciente y penoso pasaje por el tórrido cañón.

Comenzaban a aparecer los primeros síntomas posthibernatorios: cansancio y añoranza. Tenían una sensación contradictoria: les parecía que había sido ayer mismo cuando se encerraran en la gruta de hibernación, pero en lo más profundo de sí mismos sentían la pesada carga del tiempo y la lejanía de un pasado engañosamente reciente, a la vez que inmensamente remoto.

Hasta Donald Samuelson, que mantenía la fachada del jefe, no pudo sustraerse al recuerdo. Y pensó que le gustaría situarse, por unos instantes, en la villa que poseía en Marin County, disfrutar la calurosa bienvenida de los suyos y el halago de la numerosa servidumbre, pero aquella realidad quedaba muy lejos.

Entretanto, aquellos intrigantes objetos espaciales seguían apareciendo de improviso detrás de las montañas por todos los puntos cardinales.

Cuando emprendieron la marcha, el coronel Rudolf mostró sus cualidades militares, jaleando al grupo para cruzar raudos un pequeño descampado; pero no pudo evitar que dos aparatos pasaran sobre ellos deteniendo casi el vuelo. Tenían forma ovalada, y eran del tamaño de un vehículo de otro tiempo. Kota Okada caminaba algo rezagado junto al doctor Samuelson, sin poder ocultar el recelo que le producían.

-Esto me da mala espina, Donald –advirtió el profesor-. Creo que se han fijado en nosotros.

-No te preocupes, Kota -le tranquilizó él-. Pronto estaremos en el búnker.

Poco después, entraban en un pequeño bosque de robles y acebos, buscando refugio. Habían perdido el sendero, y la maleza se espesaba entre los viejos árboles, impidiéndoles caminar. Al cabo de los últimos arbustos, se pararon frente a un descampado. Desde allí, podían divisar un desvencijado puente de piedra, que cruzaba el río. Al otro lado, aparecían los restos de una torre, y todavía se apreciaba el perímetro de lo que había sido una iglesia. En algunos prados cercanos, divisaron algunas cruces en evidente estado de deterioro, así como ruinas de lo que había sido un pequeño poblado de montaña.

Posiblemente, aquel fuera el pueblecito al que se refería la crónica, pensó Mara. Eso quería decir que no muy lejos de allí debía estar el lago, pues en su memoria se había quedado grabada la imagen de los lugareños, que seguían respetando aquel lugar como si de un cementerio acuático se tratara.

De nuevo, los artefactos voladores refulgieron espectaculares al sol de poniente, y dibujaron en el aire caprichosas piruetas y filigranas.

-¡Ahí están otra vez! –exclamó Karen-. ¡Vienen hacia nosotros!

Aquellos objetos hicieron un vuelo rasante, muy cerca de ellos, y acabaron desapareciendo en una maniobra relampagueante.

Emprendieron la marcha en dirección norte, caminando al abrigo de la loma que habían divisado desde el cañón. Al final del promontorio rocoso, comenzaba una pradera tras la cual se divisaba un lago. Tenía la forma de unas gigantescas lentes, que parecían observar el pequeño trozo de cielo que permitía el entorno montañoso. Donald Samuelson tomó los prismáticos y observó detenidamente. El coronel y algunos más del grupo le imitaron. Sobre las mansas aguas del lago, saltaban unos objetos muy brillantes, diferentes a los que habían visto en el aire. Aquellos vehículos parecían exclusivamente acuáticos, diseñados a modo de pez, y disponían de una cabina uniplaza. Se quedaron mirando entusiasmados cómo jugueteaban entre filigranas acrobáticas para desaparecer bajo el agua y volver a salir en un salto espectacular.

En la mente de los expedicionarios parecía que se estuviera produciendo una adaptación a lo extraño, y precisamente lo extraño inquietaba siempre al doctor Samuelson. No estaba acostumbrado a admitir fenómenos que escaparan a su control, y le torturaba su avidez insatisfecha de respuestas inmediatas y precisas. En otro tiempo, sólo bastaba con que pulsara un botón, y aquel ejército de asesores, a quienes pagaba con prodigalidad, se volcaba para facilitarle cuanta información deseara.

En esta ocasión, apenas le quedaban once subordinados, y sabía que de ellos no podía esperar las respuestas que ahora necesitaba. Sin embargo, aquel era un momento crucial, quizá el más crucial de su vida. A varios miembros de la expedición no los había elegido por ser eminentes científicos ni los más actos para aquella aventura, pero le ahuyentaban los fantasmas de una soledad que el tiempo no había dejado atrás. Necesitaba satisfacer su ego tanto como respirar, y, aquellos hombres y mujeres habían sido los elegidos para un mundo que él diseñara.

Se vio sorprendido en sus divagaciones, cuando escuchó un zumbido que parecía expandirse por el aire, como si viniera del cielo a modo de silbido acompañado por un estruendo lejano.

El grupo se había detenido, sin atreverse a cruzar el descampado. Una vez más, como por arte de

magia y procedentes del cañón por donde ellos habían descendido, volvieron a aparecer una veintena de aquellos extraños objetos. Se desplazaban en todas las direcciones a gran velocidad, como si estuvieran efectuando un alarde acrobático, y acabaron dividiéndose en varios grupos.

Sobre el espacio aéreo donde estaba el grupo expedicionario, habían quedado rezagados cinco aparatos. Ahora los podían apreciar con mayor nitidez: tenían el tamaño de un vehículo utilitario de otro tiempo, y cada uno de ellos llevaba un ocupante de facciones imprecisas. Tres de estos ingenios desaparecieron de nuevo por el cañón mientras otros dos se paraban, de improviso, quedando suspendidos a una veintena de metros sobre sus cabezas.

-¡Nos están vigilando! -gritó el coronel-. Escondámonos detrás de aquella roca.

Y corrieron a resguardarse bajo una techumbre natural.

Aquellos vehículos espaciales descendieron algunos metros más, mientras los miembros de la expedición los observaban estupefactos. No lo podían creer. Los ocupantes no eran humanos sino robots, pero no tuvieron tiempo para fijarse en mucho más. Cual rayo, los dos aparatos rezagados desaparecieron por el mismo lugar que los primeros.

-Este grupo parecía una patrulla de vigilancia -comentó Rudolf, mientras salían al descampado.

A pesar de la evidencia, aquello les parecía increíble. Habían transcurrido apenas unas pocas horas, y la neblina de la confusión trastocaba el esquema mental de todos ellos, hasta tal punto que parecían perdidos en el tiempo. ¿Acaso aquellos vehículos espaciales procedían del exterior y dominaban el planeta? De pronto, se encontraban atenazados por la duda, y sintieron temor ante un poderío desconocido.

Donald Samuelson recibió algunas miradas sin poder ocultar la inquietud. No podía evitar verse a sí mismo y a sus acompañantes como seres primitivos, pegados aún a la tierra, inermes ante aquel despliegue tecnológico.

Pero las sorpresas no hacían más que comenzar. Un agudo zumbido, amplificado por todo el espacio aéreo del lago les puso en alerta.

-¡Mirad... mirad! -exclamó Mara-. ¡Allá... sobre esa ladera!

Como movidos por un mismo resorte, todos dirigieron sus miradas hacia donde indicaba Mara. Un impresionante enjambre de naves espaciales surgía detrás de la montaña, que limitaba el lago por el norte. Eran cientos..., un número incontable. Su despliegue ofrecía un espectáculo asombrosamente increíble: vehículos espaciales de diversa forma y tamaño; los más pequeños ovalados, y otros muchos con distintas formas geométricas. Por unos instantes, cubrieron el sol, oscureciendo el lugar donde el grupo expedicionario se encontraba, y, poco a poco, sobrevolaron majestuosamente el lago.

Pero el inmenso enjambre se dividió en varios grupos. Uno de ellos quedó suspendido en el aire, cerca de la ribera oeste del lago y otro avanzó hasta la vertical de una loma situada al sur del mismo. El resto continuó desplazándose por el cielo del lago en dirección este. El zumbido fue cesando lentamente hasta hacerse el silencio. Luego, algunos de aquellos ingenios comenzaron a descender, y uno tras otro lo fueron haciendo ordenadamente.

Mas tarde, en el cielo, cerca del enclave donde se hallaban los miembros de la expedición, sólo quedaba un gigantesco rótulo luminiscente donde podía leerse: **COMUNIDAD VITAL DE CASTRO – ZONA NOROESTE DE IBERCOM.**

6

El doctor Samuelson se resistía a limpiar las telarañas del tiempo, porque recelaba de un poder que él no pudiera controlar. Había estado demasiados años en la cúspide de la gran pirámide social. En la cúspide nació y para la cúspide le educaron, y aquel complejo de niño todopoderoso le había incitado a dominar su

ciclo vital más allá del tiempo que le había tocado en suerte.

Muchas veces, en la preparación hibernatoria se había imaginado una nueva época, allende el tiempo, y a unos supervivientes atrasados, arrastrando en su miseria el castigo a la utopía igualitaria con la marca del miedo en sus genes. Ahora, ante aquella situación inesperada, se sentía preso de una zozobra que hacía tambalear todos sus planes.

Los demás miembros de la expedición acusaban en sus rostros el aturdimiento por una situación llena de sorpresas. La temeraria aventura de saltar al vacío del futuro había sido el denominador común de toda la expedición, aunque algunos no se lo creyeran. Era cierto que Donald Samuelson, antes de hibernar, les había hablado del objetivo de la misión, en la que ellos serían la élite y los guías de una población atrasada; pero cada uno lo había entendido a su manera, y hasta el mismo doctor había ocultado los verdaderos motivos de aquella intrusión en el tiempo.

El sol se inclinaba a poniente, pero todavía adormecía los sentidos. Hasta entonces, la expedición había sorteado el peligro de las máquinas espaciales, ocultándose bajo las rocas y las zonas boscosas. Donald miraba una y otra vez la espesura del matorral que limitaba el lago por el norte, buscando una vereda que les condujera a Alfa-20. Ahora que tenía el objetivo tan cerca, apenas unos cientos de metros, ladera arriba, las horas parecían transcurrir lentas, en una agonía de esperas.

En la ribera oeste del lago despuntaban las cúpulas de los ingenios espaciales y emitían unos destellos que los ojos de los expedicionarios, aún perezosos, apenas podían soportar. En el espacio aéreo, el tráfico de pequeños vehículos ovalados se había intensificado después del espectacular asentamiento, y el recelo de todo el grupo había ido en aumento al imaginar a los inquietantes pilotos robot manipulando aquellas máquinas.

-Me preocupa esta tranquilidad –comentó en voz alta el coronel Rudolf-. Me pregunto si, al vernos, nos han ignorado o si por el contrario estarán al acecho, esperando que salgamos al descampado.

Bordearon una extensa pradera, amparados en las sombras del tupido robledal. Luego, caminaron con dificultad a través de una vereda no hollada por pies humanos, y se adentraron en la espesura que terminaba en la ribera noroeste del lago. Allí descansaron unos instantes.

Karol, tras consultar con Mara el índice de radiación, sugirió al doctor Samuelson que, mientras estuvieran a cubierto, podrían liberarse de la máscara antirradiativa y del casco para no llamar la atención, a lo que Donald accedió con gusto, pues él también lo necesitaba.

Aquel murmullo del sinuoso riachuelo que lamía las raíces de viejos robles, el gorjeo múltiple de minúsculas aves y el olor a tierra húmeda indicaban que la naturaleza seguía plétórica de vida. Necesitaban utilizar los sentidos tocando y oliendo aquella fronda rebosante, necesitaban convencerse de que aún seguían vivos.

La confusión no distinguía categorías entre los miembros de la expedición, y sus mentes eran un hervidero de interrogantes. Sentían la imperiosa necesidad de ordenar aquellos hechos extraños. Se habían sentado cerca del arroyo, y no dejaban de comentar la espectacular visión de que habían sido testigos.

Karol descolgó de su espalda el microlaboratorio para analizar el agua. Entretanto, Pedro el Sureño, después de explorar la zona detrás del robledal, se incorporaba al grupo, dando muestras de estar vivamente emocionado.

-No os lo podéis imaginar. Acabo de ver detrás de estos robles algo increíble.

Tras un breve silencio y ante la curiosidad despertada en sus compañeros, Pedro continuó.

-Por ahí anda una de esas naves que hemos visto hace poco. Es de un tamaño enorme. He podido seguir con mis propios ojos la operación de aterrizaje. El piloto robot la ha realizado con una suavidad pasmosa, y sin que apenas hubiera espacio para la maniobra.

La cara de Pedro se había transfigurado mientras relataba sus impresiones. Sus compañeros seguían esperando la novedad, ya que, después de lo visto, aquello no despertaba curiosidad alguna. Entendían que el Sureño se emocionase por todo lo que se moviera en el aire, pero aquello que estaba contando ya no les llamaba la atención.

-Bueno, Sureño, ¿dónde está la gracia? -le espetó secamente el coronel Rudolf.

-Pues que la panza de la nave ha desplegado una especie de rampa por donde han salido, al menos, cincuenta vacas, como si de una corraliza se tratara. Ahora están paciando tranquilamente.

Y una sonora carcajada se oyó en el silencio del robledal.

-¡Lo que nos faltaba, vacas volando! -bromeó Onado-. Y yo que creía que el Mayordomo era el único chistoso.

Todos miraron a Pedro entre incrédulos y distantes.

-No entiendo cómo ponéis esa cara de circunstancias después de lo que hemos visto -volvió a insistir el Sureño, al ver que no le tomaban en serio-. Si queréis comprobarlo, os acercáis vosotros y salís de dudas.

El silencio reinó en el grupo, mientras Pedro se recostaba en la hierba junto a los demás. Nadie se levantó para comprobarlo; estaban demasiado agotados por la caminata a través del cañón. Por otro lado, ¿para qué querían más comprobaciones? Ahora, lo extraño era la norma.

-He recogido algunos albaricoques. Me imagino que esto sí os lo creeréis -volvió a decir el Sureño a la vez que extraía varias piezas de su mochila.

-Vaya, no has perdido el tiempo -dijo Sandra, animada.

-Es impresionante la cantidad de frutales que hay un poco más abajo, y lo más sorprendente es que están cuidados con un esmero fuera de lo común.

-¿Has visto a alguien por los alrededores? -preguntó Donald Samuelson con viva curiosidad.

-Ni un sólo ser humano, doctor, si a eso es a lo que se refiere -contestó Pedro, secamente.

-Pues, por lo menos, agricultores deben existir -comentó Karol Bukoski, convencido-. No entiendo para qué les pueden servir a los robots los animales.

-Estoy de acuerdo contigo Karol -siguió Jon el comentario-. No me imagino a los robots comiéndose un bistec de ternera.

Se oyeron algunas risas, mientras Onado pedía gestualmente al Sureño que le diera alguna pieza de la pequeña recolección.

-A propósito, esa fruta es muy oportuna -aclaró el Reverendo, a la vez que consultaba el manual de retorno.

-Pues aquí tenéis una pieza cada uno -apuntó Pedro espontáneamente, a la vez que repartía su apreciada recolección.

-Un momento -se oyó la voz de Karol a unos metros del grupo-. No os precipitéis. Podéis beber primero un poco de agua y, entretanto, veré qué pasa con esa fruta.

-Pues yo lo siento, pero ya le he hincado el diente -confesó inocentemente Onado.

-Tú, tan animal como siempre -le recriminó amigablemente el coronel.

-Ya estoy harto de beber agua -murmuró Onado-. Si por lo menos tuviéramos leche.

-Y, ¿por qué no whisky, Sargento? -comentó irónicamente Melisa.

Las risas brotaron espontáneamente de todo el grupo.

-¡Qué más quisiéramos nosotros! ¿Eh, coronel? -comentó Onado acompañando una sonrisa cómplice de Rudolf, a la vez que se dirigía al Sureño vivamente interesado-. Oye, Pedro, ese aparato del que nos hablaste, ¿se ha quedado vigilando las vacas?

-Vaya, al menos, el sargento me cree -comentó el Sureño, complacido.

-Digo esto porque podríamos aprovechar la oportunidad...

-Si... para ordeñarlas -le cortó Karen con socarronería.

-¿Y por qué no, señorita de compañía? -apuntó Rudolf, provocador.

El rostro de Karen enrojeció por unos momentos, y su mano crispada volteó con rigidez un mechón de sus cabellos, dejando a la vista unos hermosos ojos azules, que desafiaban airados a Rudolf. -Estoy harta de tus insinuaciones, coronel -dijo Karen, alzando la voz-. Se ve que la hibernación no te ha cambiado esa chulería de militar frustrado.

A Donald Samuelson no le gustaba aquel choque entre su amante y uno de sus más próximos colaboradores. Siguió sin levantar la mirada, mientras dibujaba en el suelo con una astilla, y esperó pacientemente que terminaran de desahogarse, aunque al final decidió intervenir

-¡Ya está bien! No quiero discusiones estúpidas. Estamos demasiado cerca de esos aparatos, y no podemos arriesgarnos. De momento, nos conformaremos con la fruta, si está en condiciones de comerse; más tarde ya veremos.

Sentían el acoso permanente de sus fantasmas interiores, y cualquier motivo bastaba para alterar la convivencia. Se hallaban como exploradores, perdidos en los vericuetos del tiempo, y sus mentes trataban de hallar alguna lógica sobre lo que habían visto en las pocas horas que llevaban en la nueva época. El pasado acechaba en cada recodo del pensamiento, presto para hundirles en el vacío de la locura.

-Sigo sin detectar elementos nocivos en los alimentos -comentó Karol tras analizar una pieza de fruta-. De haber sucedido alguna catástrofe nuclear ha debido de ser muy pequeña y muy lejos de esta zona. Todos los indicios apuntan a un fuerte movimiento sísmico.

-Pues yo me siento mal -se quejó Melisa, mientras buscaba en su mochila-. Parece como si me abrasara la cara.

-Es verdad –observó Mara-. Parece que te hubieras quemado.

Melisa no pudo contener una exclamación de horror, al verse en el espejo. Nadie se había fijado en ella hasta entonces, pero su cara se había enrojecido en exceso, y comenzaban a aparecer algunas llagas.

-¡Maldita sea! -exclamó el coronel-. No me hiciste caso cuando te dije que no te desprendieras de la máscara y del casco.

-Vamos a ver –intervino el Reverendo Peterson, mientras buscaba en su botiquín algo para calmar a Melisa-. No tiene la menor importancia. Las mujeres siempre os alarmáis cuando algo estropea vuestro cutis.

-Creo que hicimos mal al permitir que te quitaras la máscara cuando descendíamos por el cañón –dijo Karol, preocupado-. No sé, pero, a pesar de que el detector no indica nada, noto algo extraño en el ambiente.

Degustaron la fruta en silencio con la mirada perdida en el pequeño robledal. El sol apenas penetraba en aquella espesura, y sus rayos titilaban en un espectáculo mágico.

El doctor Samuelson observaba y escuchaba en silencio. Aunque disimulara delante del grupo, se sentía también preso de la nostalgia. Sabía que no podía eludir la responsabilidad de cumplir la misión por la que había hibernado, pero a la vez se sentía atrapado por el vértigo del retorno. Había dado un gran salto en el tiempo como para quedarse en el vacío del recuerdo, así que debería liberarse de las garras de la nostalgia si quería seguir dirigiendo aquella expedición, para sobrevivir al nuevo tiempo. Salió de su abstracción, cuando comenzó a escuchar la discusión que se había originado entre sus subordinados sobre lo que debería hacerse en unas circunstancias que inducían a la confusión. La mayoría del grupo apostaba por seguir observando para obtener más información, pero él consideraba otras prioridades, y ordenó reanudar marcha.

Caminaron con desgana hasta donde terminaba el robledal. Cuando salieron de la espesura quedaron en silencio observando el paisaje. Entre el robledal y la plantación había un pastizal, al final del cual aparecía visible, como suspendido en el espacio, un rutilante letrero espacial en el que podían leer: **AGROLAB24 - ZONA AGROBIÓTICA.**

Avanzaron a través de una estrecha franja arbolada, que rodeaba el pastizal. Muy cerca del pequeño bosque todavía continuaba en reposo un enorme aparato ovalado, de aspecto metalizado, al que había hecho referencia Pedro. Donald prohibió tajantemente salir a la pradera para explorarlo.

Mientras caminaban por el borde de la linde, observaron cómo varias decenas de vacas pacían tranquilamente.

-Ahí las tienes, sargento, ¿no querías leche? -comentó burlescamente Jon, mientras algunos de sus compañeros, incluido el propio Onado, reían el comentario.

El doctor Samuelson estaba preocupado y exigió silencio en un cómico gesto de siseo. Todos hicieron causa común en el mutismo mientras caminaban al descubierto. Cuando entraban de nuevo en la espesura del robledal, Karol Bukoski, que caminaba delante, se volvió hacia los demás para hacer un comentario, pero el destello del medallón que colgaba sobre la pechera del doctor Samuelson le hizo cerrar los ojos. Sus manos reaccionaron, en un reflejo condicionado, evitando el deslumbramiento. Luego, a través de los orificios que dejaban sus dedos, observó detenidamente y lo reconoció. Hasta aquel momento no le había llamado la atención, creyendo que era un simple amuleto. Le parecía increíble, pero era cierto; el medallón triangular existía. Apenas podía distinguir el círculo interior que enmarcaba los tres dígitos **A20**, debajo de un semicírculo solar con la letra **S** inscrita, y en la base triangular reconoció la enigmática serie alfanumérica tantas veces memorizada: **010712LSNO**.

Karol recordó entonces lo que había descubierto en el microfilm. Según sus investigaciones, aquel medallón ocultaba una llave, y, aunque no sabía exactamente de qué se trataba, era precisamente lo que había estado buscando antes de hibernar. Retiró lentamente las manos de su rostro, sintiendo como un escalofrío preñado de avidez insatisfecha. Había quedado como hipnotizado, y salió de aquel trance cuando escuchó la voz de Donald Samuelson.

-¿Qué le pasa Bukoski?

-Nada, doctor –contestó él mientras se restregaba de nuevo los ojos-. Parece que me haya deslumbrado un destello de esa nave.

Habían llegado al final del pequeño robledal que lindaba con la loma rocosa. Delante de ellos se extendía una amplia parcela de árboles frutales. Como había dicho el Sureño, estaba labrada con precisión geométrica.

-¡Vamos! -apremió Donald-. Hay que entrar cuanto antes en la plantación y llenar nuestras mochilas

de fruta.

Se adentraron en la parcela y corrieron entre los árboles. Poco a poco, sus mochilas se fueron llenando con los albaricoques y cerezas, que se hallaban en sazón, haciendo acopio para varios días.

Estaban a punto de reemprender la marcha cuando varios ingenios espaciales se les echaron encima sin que pudieran percatarse previamente. Temerosos de ser apresados, corrieron instintivamente hacia la franja del robledal, y observaron atentamente desde allí.

Eran cuatro naves ovaladas, del tamaño de un automóvil de otro tiempo. Todas ellas quedaron suspendidas a una decena de metros sobre la cabecera de aquella parcela de frutales, donde momentos antes recogieran ellos la fruta. Instantes después, se incorporó otra bastante mayor que las primeras, aunque del mismo diseño.

Las pequeñas naves, una vez en tierra, comenzaron a evacuar de sus panzas unas ruedas neumáticas de acentuado relieve, apoyándose en las mismas e imitando a los tractores de otro tiempo. Su ligereza permitía una gran movilidad, sin perder adherencia sobre el terreno, y en sus cabinas operaban con perfecta sincronización los robots. Luego, aquellas improvisadas máquinas avanzaron hasta situarse frente a los frutales. Cada una de ellas ajustó su posición y, con asombrosa precisión de movimientos, se metamorfosearon en una especie de crustáceos mecánicos.

Desde su escondite, Donald y los demás miembros del grupo quedaron impresionados por lo que estaban presenciando. Aquellos artefactos mecánicos desplegaron unas largas y flexibles garras con las que rodearon el tronco de su respectivo frutal en un prolongado abrazo. Acto seguido, el caparazón central de cada máquina liberó varios tentáculos de rojo bermellón que, introduciéndose entre las ramas, tomaban las piezas de fruta y las depositaban en el interior de una panza transparente. Poco a poco, en un alarde espectacular, los frutos que estaban en sazón iban desapareciendo del árbol.

Cuando los vientres de aquellos robots del agro estuvieron colmados, levantaron el vuelo para situarse sobre la nave gigante donde evacuaron la cosecha. Y así, árbol tras árbol, ante el asombro del grupo expedicionario, quedaba recolectado el fruto sin intervención humana alguna. Ni el más leve rasguño podía apreciarse en los árboles cosechados, como si las máquinas estuvieran dotadas de la fragilidad y ternura que para nada se suponía en unos artefactos mecánicos; como si la técnica, con un poder omnímodo, hubiera doblegado a la propia naturaleza.

-¡Vámonos! ¡Se acabó la observación! -ordenó Donald, mientras les incitaba a reemprender la marcha. Tenemos fruta suficiente al menos para una semana

-Pero, doctor, ¿no deberíamos saber algo más sobre lo que está sucediendo en esta zona? -objetó Karol.

-Tendremos tiempo más adelante -se reafirmó Donald-. Hemos de ajustarnos al plan trazado y llegar al búnker antes de la noche. Además, lo que debemos evitar a toda costa es caer en manos de esas máquinas.

Los miembros de la expedición echaron una última ojeada antes de emprender la marcha. Todo aquello era demasiado simple y complejo, a la vez, para ser entendido de inmediato. Por el momento, lo más razonable era seguir las órdenes del doctor Samuelson. El coronel volvió a colocar sobre su espalda la miniperforadora, mientras indicaba al sargento que no olvidara la paleadora mecánica, pues las necesitarían al llegar al búnker

A poco de iniciar la marcha, el Reverendo Peterson se detuvo, como si le fuera imposible caminar. No quería inquietar a nadie, pero sentía que de vez en cuando se le borraba la visión.

-Vamos, Reverendo, ¿qué le sucede? -le preguntó Donald Samuelson, al verle rezagado.

-No se preocupe, doctor, no es nada -le tranquilizó el clérigo.

No tardaron en encontrar un estrecho sendero cerca del barranco, donde la ladera iniciaba su ascenso. Todos caminaban en silencio, cuando una especie de silbido les apercibió a redoblar la vigilancia. Poco a poco, aquel extraño sonido se fue haciendo cada vez más agudo. Habían salido del robledal y avanzaban ahora al descubierto a través de una pequeña pradera. Unos golpes metálicos pusieron a todo el grupo en alerta, y prepararon sus armas.

De nuevo, la sorpresa les dejó paralizados. Cuatro robots avanzaban hacia ellos, uno por cada flanco. Se movían con increíble agilidad a pesar de su aspecto metalizado. La estatura de aquellos androides no superaba el metro y medio, y sus rostros, aunque inexpressivos, eran una copia bastante exacta de las facciones humanas.

El coronel Rudolf corrió con algunos del grupo hasta el tolmo que ocultaba el cañón por donde habían descendido. Los demás se parapetaron tras una roca, esperando las indicaciones del coronel. Como

surgidos de la nada, y en un alarde relampagueante, aparecieron también dos vehículos espaciales, los cuales se detuvieron a escasos metros sobre las cabezas del diseminado grupo de Donald. Una voz de timbre metalizado parecía apercibirles contundentemente de algo.

Los androides se habían acercado peligrosamente. El instinto de conservación hizo reaccionar a todo el grupo. Fue como un reflejo condicionado de autodefensa, y se sintieron impulsados a disparar frenéticamente contra los robots. Las máscaras metalizadas cerraron aún más el cerco, y unos fogonazos de intensa luminosidad salieron de sus apéndices mecánicos, mientras los miembros de la expedición se iban desplomando uno tras otro.

7

Cuando Donald y sus acompañantes recobraron el conocimiento, se hallaban en el interior de una gran sala circular. Habían sido despojados de todas sus armas y se hallaban recostados sobre una especie de neumáticos con soporte semicircular para la espalda. Frente a ellos, en la parte superior de los paneles que delimitaban la sala, aparecía el símbolo de una paloma con las alas desplegadas sobre un fondo azul celeste, y, debajo, un rótulo que indicaba: **módulo operativo de identificación.**

Se miraron presos de temor, acusando en sus rostros el atolondramiento por haber estado inconscientes durante algún tiempo. Pronto, sus gestos comenzaron a reflejar la alarma al darse cuenta de que faltaban Melisa Campbell y el Reverendo Peterson.

La euforia del primer momento en la gruta de hibernación había desaparecido. Tenían la sensación de estar secuestrados, y un siniestro interrogante les atenazaba. ¿Habrían hipotecado sus vidas, allá en otro tiempo, a cambio de un futuro irreconocible? Ignoraban si en aquel momento navegaban por el espacio o en qué lugar del planeta se encontraban. En este recinto sólo podían ver androides y computadoras además de una gran pantalla que se extendía, en torno a ellos, por todo el perímetro circular.

De nuevo, les asaltó aquella monstruosa idea de un mundo robotizado sin el menor indicio de vida humana. Los signos no podían ser más evidentes: cinco autómatas mantenían una animada comunicación con los terminales adosados bajo la pantalla circular. Después de la desconcertante experiencia del día anterior, sólo podían asegurar que aquel lugar estaba poblado por máquinas. ¿Sucedería lo mismo en el conjunto del planeta? Y la duda, cual fantasmagórica sombra, se encogía y estiraba, confundiendo sus mentes.

-¿Dónde, demonios, estamos! -exclamó el coronel Rudolf, al borde de la histeria.

-¿Qué ha pasado con Melisa y el Reverendo? -interrogó Sandra, inquieta.

Los demás miembros de la expedición se encogieron de hombros, y devolvieron la pregunta con el mismo interrogante, pero la voz de uno de los autómatas retumbó en sus oídos como una inquietante megafonía de prisión. Les estaba informando que se hallaban bajo investigación preventiva, y lo más desconcertante es que podían entender lo que aquella máquina les decía.

-Y, ¿quién diablos son ustedes? -dijo el doctor Samuelson en tono imperativo.

De nuevo escucharon la voz del robot. No lo podían creer; estaban detenidos. Aquellos androides eran Autodomas de la Red de Vigías y parecía que estaban obligados a investigar la procedencia de la extraña expedición.

Posiblemente, aquel módulo cibernético debía ser la prisión. En la pantalla aparecían todos los cargos, y el sargento fue leyendo a la vez que elevaba la voz con acentuado enfado:

Incumplimiento de las normas de identificación, apropiación indebida de armas antiguas, utilización de munición mortífera...

-¡Eh! Fijaos en la parte izquierda de la pantalla -indicó Sandra.

Allí aparecían los datos de su constitución física y, por último, una pregunta a la Unidad de Vigilancia Global sobre apariciones extrañas en otras comunidades del planeta.

Una misma idea pasó por las cabezas de todos ellos; una idea escalofriante, que nadie se atrevía a expresar. Allí se hablaba de comunidades “¿eran comunidades humanas?” Y, si así fuera, “¿las tenían en reservas y perfectamente controladas?”. Donald no pudo contenerse más. Aquellas copias mecánicas del ser humano les habían tomado por terroristas.

Los autómatas seguían en su tarea interactiva frente a la pantalla, como si los ignoraran. Los textos se sucedían interminablemente sobre la pantalla.

-¡No pueden hacernos esto! -gritó Donald a los androides-. Somos ciudadanos norteamericanos.

Pero los robots seguían impasibles, atentos sólo a los datos que iban apareciendo en la pantalla.

-Oigan ustedes -volvió a gritar Donald-. Soy el doctor Samuelson, y me siento responsable de estas personas. No tenemos nada que ver con los cargos que nos imputan; las armas que portamos son nuestras. Exijo que me expliquen dónde se encuentran los miembros de la expedición que faltan entre nosotros.

La última frase había sonado como una orden del pasado. Pero aquel gesto grandilocuente no intentaba otra cosa que reponer su orgullo. El bochorno siguió a la perplejidad en el rostro del doctor Samuelson, al escucharse a sí mismo. Estaba tratando de razonar con unas máquinas.

Los androides seguían comunicándose con los terminales, y Donald se acercó en actitud airada. Uno de ellos se volvió para indicarle, por señas, que regresara junto a los demás, pero el doctor no retrocedió, y quedó parado a muy corta distancia del mismo. Los demás autómatas se apiñaron en círculo mientras en las diminutas pantallas, sobre sus cabezas, aparecía una corriente incesante de símbolos alfanuméricos, sin emitir sonido alguno. La paciencia de Donald Samuelson había llegado al límite, y se crispó del todo cuando, de nuevo, el robot que tenía frente a él, le indicó por señas que volviera a su asiento.

-¡Chatarra apestosa! -gritó el doctor-. He mandado sobre miles de personas y, ahora ¿he de obedecer a una máquina?

Los acompañantes de Donald, en un gesto espontáneo y solidario, acudieron en su ayuda. Fue como una alarma instintiva en defensa de la especie. Avanzaron hacia los robots, cuando una potente voz de timbre metálico les detuvo.

-¡Quédense ahí! -ordenó con energía la voz megafónica del autómata más cercano, haciendo el gesto de Stop-. Debemos cumplir las órdenes. Hemos de identificarles y efectuar una analítica completa.

Rudolf se abalanzó sobre uno de los robots, seguido por Onado, y se enzarzaron en una ridícula pelea, dándoles patadas y puñetazos.

-¡Malditas chatarras! -exclamó Karol, a su vez, avanzando hacia los robots junto a Donald-. No permitiremos que nos manipuléis. Somos seres humanos.

En unos segundos, todos se hallaban implicados en el motín. Un flas de luz cegadora envolvió a todo el grupo, y pronto se vieron paralizados por una especie de sedantes brumas, a la vez que un sopor contra el que no podían luchar les arrastraba a un profundo sueño.

Los androides se volvieron hacia la zona de pantalla situada bajo la paloma, cuando comenzó a aparecer un círculo verde intermitente. Después de unos instantes, el círculo se difuminaba y aparecía un texto:

La Unidad Regional Infoperativa del Noroeste de Ibercom, después de consultar a la UVG, no ha podido recabar datos para identificar a las personas investigadas. Creemos, no obstante, que su extraña aparición se relaciona con el hallazgo de doce módulos hibernatorios, muy primitivos, en la zona del Cañón, donde se ha producido un reciente seísmo.

Y la pantalla mostró imágenes de la gruta donde había hibernado el grupo expedicionario.

En la Unidad Móvil de Regeneración Celular había una actividad fuera de lo común aquella noche. En el exterior del módulo estaba oscureciendo y la Red informaba de un evento tan importante como inusual. Los doce miembros de la expedición se hallaban tendidos sobre una especie de cinta transportadora compartimentada en dirección a un avanzado ingenio electrónico de regeneración celular, que denominaban el Vitagen. Por el centro de aquella sofisticada máquina pasaba el tubo de regeneración, que conectaba con la cinta de acceso, por donde se acercaban los hibernautas en estado de sedación.

Después de una hora de vigilancia de las constantes vitales, fue el cuerpo de Sandra el primero en pasar por el túnel operativo. Una especie de cortina plateada se desplegó tras ella, cerrando el círculo vacío

del regenerador. Dos autómatas por cada lado vigilaban las pantallas, mientras aplicaban un tratamiento celular. En el interior, el cirujano cibernético insertaba nanopartículas, y otros sensores de la ingeniería médica, que actuaban con determinación entre las moléculas, siguiendo las pautas del programa de recuperación, en una carrera acelerada para salvar la vida de aquellos intrusos del pasado.

Uno tras otro, los miembros de la expedición fueron pasando por aquella decisiva operación que apenas duraba veinte minutos.

Cuando la fase de regeneración hubo finalizado, los cuerpos de los enigmáticos comunitarios fueron saliendo hacia otro módulo operacional contiguo, de cuidados intensivos, al tiempo que la cinta se escindía en camillas individuales.

Las primeras luces del alba ponían fin a una noche que para los miembros de la expedición hibernatoria había sido decisiva.

Sandra Sokoia fue la primera en despertar. Su pensamiento fue lento para abrirse paso entre las brumas de la sedación, y creyó que todavía estaba inmersa en un profundo sueño cuando, al abrir los ojos, pudo contemplar una imagen borrosa, que poco a poco fue dibujando el rostro de una mujer. Contempló entonces que había una joven por cada camilla, vigilando el despertar de sus compañeros.

Ataviadas con atuendo blanco, mostraban en sus facciones una rara belleza de rasgos casi perfectos. Parecían seres irreales, ángeles de un cielo tecnificado, y su celo en el trato personal no era menor que la diligencia que mostraban.

Sandra se sintió halagada por la ternura que desplegaba aquella doctora, mientras le animaba sobre el buen resultado de la regeneración celular practicada. No había duda de que aquella amabilidad vigilante compensaba el azaroso momento por el que estaba pasando. Poco a poco, fue tomando conciencia de que podía ver, oír y pensar, mientras su cuerpo yacía desnudo y totalmente paralizado, como si se hubiera cortado toda conexión con su mente. Aquella sensación de vacío e inmovilidad no le producía angustia, sino una situación mentalmente placentera.

Lo más emocionante de aquel momento, pensaba Sandra, era sentirse en presencia de seres humanos; los primeros que veía en la nueva época. Más que nunca, hubiera querido hablar y expresar lo que sentía, pero le era imposible articular palabra. Luego, se sumió, de nuevo, en un profundo sueño.

8

Cuando Donald y su grupo despertaron de nuevo, se hallaban en una sala distinta. A todos les alegró ver a Melisa y al Reverendo junto a ellos, y al preguntarles qué había sucedido, no supieron darles una respuesta. Las quemaduras de la cara de Melisa, que tanto les alarmaran, habían desaparecido, sin que se apreciara huella alguna.

En el frontal, que señalaba el norte, aparecía de nuevo el símbolo de la paloma, pero el rótulo había variado, y ahora se podía leer: *Comunidad Científica del Lago – Módulo Residencial 24*. Aquí también existía una gran pantalla, pero no ocupaba todo el perímetro de la sala. Los androides volvían a ser los únicos acompañantes.

Desde los visores de aquel módulo sanitario podían contemplar ahora el lago en toda su extensión, y la añoranza de sus respectivos orígenes volvió a manifestarse como una imagen que se superponía en aquella extraña realidad.

Sus ropas habían sido sustituidas por otras más ceñidas aunque apenas era perceptible su contacto

con la piel. Todos se miraron con extrañeza al ver aquella pulsera en torno a sus muñecas, el piercing de plata insertado en el lóbulo derecho, y el collar de oro que adornaba sus gargantas. Surgieron comentarios e interrogantes sobre aquellos adornos, y ninguno pudo evitar la sensación de sentir su dignidad herida por aquella ornamentación impuesta. “¿Acaso aquello confirmaba sus temores sobre la esclavitud humana?”

Pero en esta ocasión se mostraron cautelosos. No querían verse de nuevo sumidos en un profundo sueño, pues ignoraban cómo luchar contra unas máquinas que emitían aquellos rayos, y les dejaban inermes, a merced de cualquier manipulación.

En aquel momento, Sandra recordó la experiencia cuando recobró por un breve tiempo el conocimiento.

-No sé si lo he soñado, pero me ha parecido ver a unas jóvenes doctoras atendiéndonos.

-Si eso ha sido un sueño no ha sido único, porque yo recuerdo lo mismo –corroboró Mara, al tiempo que asentían los demás.

No podían estar todos engañados sobre una apariencia tan real. Pronto se dieron cuenta de que no se equivocaban, porque, de nuevo, una joven doctora entraba en la sala.

-¿Cómo se encuentran?

Aquella voz suave, a la vez que maternal, alegró a los hibernautas, que por primera vez sonrieron, mientras el fantasma de sus temores parecía alejarse.

-Han estado dos días prácticamente sedados. No deben preocuparse por los complementos interactivos que les hemos colocado en su muñeca, cuello y oído. El receptor de su lóbulo izquierdo está sincronizado con el collar, y todo ello es un conmutador de lenguas para que puedan comunicarse en cualquier parte del planeta. Sólo tienen que pulsar el botón existente en el centro del collar.

-No veo para qué necesitamos todo eso si podemos entenderles perfectamente –dijo Donald.

-Tienen ustedes la ventaja de hablar el idioma universal –les informó la joven interlocutora-. Lo necesitarán cuando estén en presencia de gente que hable otras lenguas o asistan a alguna actividad que requiera su uso. Han de saber que ahora todo comunitario está obligado a conocer el idioma universal además del propio, pero a nadie se le puede prohibir la utilización de su lengua materna en la vida diaria. De todas formas, no deben preocuparse, porque en los eventos intercomunitarios existe un consenso implícito para utilizar el idioma universal.

A pesar de la explicación, los hibernautas mantenían un evidente recelo, y todos se mantuvieron callados.

-El videokit que portan en sus muñecas es un identificador como en otro tiempo lo era el documento de identidad, pero comprobarán que esta pulsera dispone de todos los adelantos interactivos además de la seguridad personal. Lleva incorporado un intercomunicador visual para todas las necesidades de comunicación y un navegador de Red que obedece la propia voz. Pero lo más importante es el kit de emergencia. Gracias a este último elemento nadie debe temer por su vida en un accidente fortuito, simplemente porque actúa mediante inyección, aplicándole un primer auxilio vital y comunicando con la unidad de emergencias más cercana.

Karol se removió inquieto en su asiento, pues acababa de echar en falta su mochila sanitaria. La doctora, ajena a su preocupación, siguió con sus explicaciones.

-Por lo general, los complementos interactivos los van adquiriendo los comunitarios desde muy temprana edad; sin embargo, el kit de emergencia se inserta en todos los seres humanos desde el mismo momento en que nacen. En el caso de ustedes, además de corregir las deficiencias en su vista y oído, era nuestra responsabilidad dotarles de los recursos indispensables para que puedan desenvolverse con normalidad en este tiempo.

-Oiga, doctora –dijo Karol acercándose a ella-. Existe algo más urgente para nosotros. No sé si es consciente que hemos estado hibernando y necesitamos mantenernos con vida. Me imagino que sabrá usted algo de la mochila sanitaria que yo portaba a mi espalda. Sin ella, podría suponer mi muerte y la de todos mis compañeros.

Ella le había escuchado con suma atención y de vez en cuando, inclinaba la cabeza, aceptando sus argumentos.

-Han tenido suerte. Les hemos podido aplicar a tiempo la oportuna regeneración celular. A propósito, sus cápsulas de recuperación no les hubieran servido para nada, pues han sobrepasado ustedes el tiempo normal de hibernación.

-Entonces, ¿cómo hemos podido sobrevivir? –inquirió Karol con ávida curiosidad científica.

-Es una pregunta interesante -siguió diciendo ella-. Efectivamente, su mantenimiento celular, durante ese exceso de tiempo, se ha debido a las excepcionales condiciones ambientales de la gruta hibernatoria. De hecho, su estudio nos servirá para ampliar el conocimiento sobre la criogenia.

El doctor Samuelson quedó sorprendido por aquella información. No tenía sentido que aquellas gentes conocieran el secreto, y menos el proceso posthibernatorio.

-¿Es que conocen ustedes el sistema de regeneración celular?

-Si, hace mucho tiempo –contestó sonriendo la doctora-. Cuatro siglos atrás, unos científicos descubrieron un programa informático en el que aparecían las bases de la hibernación artificial. Desde entonces, la técnica de este revolucionario proceso se ha desarrollado bastante.

-¡Cómo! ¡Cuatro siglos!

Fue una expresión colectiva. Desde luego, no habían dado crédito a lo que indicaba el crono hibernatorio, pero aquel periodo de tiempo, que decía la doctora, era algo inimaginable. Aquella toma de conciencia de una longevidad sobrehumana ni siquiera les había producido el lógico shock; simplemente, no lo creían.

-Existe una antigua leyenda sobre unos científicos desaparecidos en extrañas circunstancias –continuó informándoles-. Desde entonces, han ido surgiendo muchas teorías en torno a la procedencia de un enigmático programa de hibernación. Hasta el retorno de ustedes, cualquier especulación era posible.

El doctor Samuelson esbozó una sonrisa como si conociera parte de aquella historia. ¿Cómo iba él a olvidar todo lo sucedido en relación con aquel equipo de investigación tan brillante? Pero había preferido mantener el secreto. Además, “¡no había otro remedio!” -se justificó una vez más ante su conciencia. Si hubiera permitido que los curiosos descubrieran aquello, habría sido el fin del experimento, y al doctor no le gustaba dejar huellas en todo aquello que consideraba máximo secreto, aunque las huellas fueran de científicos o allegados suyos. Al fin y al cabo, “¿Qué era la vida de una persona si no un suspiro en la eternidad?” –pensaba Donald-, “y ¿qué importaban unas vidas más si contribuían al buen fin de aquel sueño?”

Una noche, cuando todo estaba a punto, el equipo de investigación en pleno había acompañado al doctor Samuelson y al resto de la expedición para sellar su viaje al futuro. Fue como en los tiempos remotos del Imperio Egipcio. Donald Samuelson, el faraón de una de las multinacionales más poderosas del planeta no quería ser menos. Al momificarse en los módulos de hibernación junto a sus elegidos, Donald esperaba regresar en un tiempo futuro y, esta vez, la técnica lo haría posible.

Aunque no dudaba de ello, el doctor se aseguró personalmente que sus instrucciones se cumplieran. Aquellos sacerdotes de la gran ceremonia, ignoraban que el coronel Rudolf manipularía el helicóptero que debería llevarles de regreso a la base más cercana de la Alianza. Cuando retornaban en plena noche, sobrevolando el manso lago, llegó el final. Una explosión desintegró en unos instantes tantos sueños e ilusiones, tantos desvelos en aquel proyecto que cambiaría el futuro de toda la especie humana.

“¡Un acto terrorista!” -exclamaba el doctor Samuelson en otro tiempo, en trance de cínico, cuando algo así sucedía, como si la amnesia le dominara por unos instantes, haciéndole olvidar sus propias órdenes; aquellas que decidían el destino de toda una serie de personas atrapadas en las telarañas del bienestar, que él les proporcionaba, cuando compraba sus vidas por unas cuantas monedas. Fue su última orden.

Para la opinión pública del siglo veintiuno, el poderoso doctor Samuelson había muerto en un accidente o un acto terrorista; siempre quedaría la duda. Pero las partes de aquel descubrimiento se esparcieron por el aire para desaparecer bajo las límpidas aguas, ocultando para siempre el secreto mejor guardado de todos los tiempos.

Ni siquiera el propio doctor Samuelson, inmerso en sus sueños de grandeza, era consciente de que las generaciones de siglos venideros se lo agradecerían eternamente, aunque ignoraran el sinuoso recoveco de aquella decisión, propia de un loco o de un sabio.

Había sido un corto retazo de los recuerdos que ocupaban la memoria de Donald Samuelson a raíz de la información que les había dado aquella mujer. Los demás miembros de la expedición se habían quedado también sorprendidos. Más allá de la novedad, les embargaba un silencio que nadie se atrevía a romper.

-Ha sido una suerte que los vigías les hayan localizado a tiempo –dijo la doctora-. Quiero

informarles que, además de la regeneración celular, les hemos aplicado un dermomasaje de protección solar. Esto les aislará durante algún tiempo de los rayos letales ultravioleta. El sol tiene ahora dos caras: mientras una da la vida, la otra puede ser un enemigo implacable.

-Eso quiere decir que lo sucedido a Melisa era debido a la radiación solar –dijo Karol, preocupado.

-Así es –contestó la doctora-. Con nuestro nivel de conocimiento, apenas podemos contrarrestar los efectos devastadores de un sol, que ataca a las indefensas criaturas terrestres, en esta parte del espacio. Por ello, la hibernación se ha convertido en un acto obligado para contrarrestar la exposición a la luz natural. Su compañera de expedición estaba ya en una situación muy grave, pero se ha podido atajar gracias a una técnica criocelular de regeneración de tejidos, a través de nanorecuperadores. Ya ven ustedes los resultados.

Melisa sonrió halagada, a la vez que sorprendida.

-También hemos podido salvar la visión a otro de los miembros del grupo. No obstante, unas horas más hubieran sido fatales.

Y todos miraron al Reverendo, que no parecía afectado por una ayuda tan oportuna.

-Pero... ¿Por qué está sucediendo todo esto? –preguntó ahora Donald Samuelson.

-Deberían adivinarlo –dijo la interlocutora.

-¿Acaso ha habido alguna tragedia nuclear? –inquirió Mara Lezama.

La joven doctora sonrió comprensiva, mientras recorría con su mirada la expresión interrogante de los miembros de la expedición.

-No cabe duda que en sus conciencias permanece aún el temor a la radiación nuclear. No se preocupen, no ha habido más demencia nuclear de la que se produjo en el siglo que ustedes hibernaron, aunque algunas zonas siguen contaminadas desde entonces.

-Pero, ¿cómo es posible, entonces, esta situación? –inquirió Sandra.

-La verdad es que convivían con un peligro mayor, sin que le dieran la debida importancia. En otro tiempo, abusaron en exceso de los combustibles fósiles, y, aún hoy, están padeciendo las consecuencias sus descendientes. Ustedes saben que la actividad humana, ávida de una necesidad ilimitada de energía, irrumpió de una manera devastadora en el equilibrio atmosférico del planeta. Las consecuencias están a la vista: primero fue el efecto del oscurecimiento global el que hizo descarrilar los ciclos naturales de lluvias, produciendo violentos ciclones, inundaciones y sequías, con las consiguientes hambrunas que suponían una catástrofe a escala planetaria; pero este efecto engañaba, a su vez, a los científicos de aquel tiempo sobre el pavoroso calentamiento global que se avecinaba.

-¡Vaya! –exclamó Karen, incrédula-. En el exterior no se aprecian cambios importantes.

-Esta zona es engañosa, pues la naturaleza sigue manteniendo el frescor y el aire limpio de otro tiempo; sin embargo, cuando salgan de este lugar, verán los efectos destructivos en el medio ambiente. El deshielo de los polos ha modificado tanto las zonas costeras que a ustedes, sobre todo, les va a costar reconocer. Por otra parte, llegó un momento en que la escasez de precipitaciones creó un problema vital, pues faltaba el agua no sólo para el riego de los campos sino también para el consumo humano; por ello, hubo que acelerar la construcción de desaladoras. Les anticipo que la red de canalizaciones ha modificado el paisaje de todo el planeta para llevar el agua a las zonas interiores, acuciadas por la sequía. Verán que ahora mismo, muchos de los ríos pequeños y medianos se han secado, y los más grandes apenas sobrepasan el caudal de un arroyo.

-En otro tiempo ya sabíamos que la dependencia de los combustibles fósiles estaba creando problemas al futuro, pero pensábamos que siempre habría tiempo para corregir los efectos –dijo Karol.

-En mi extensa memoria aparece la ingente cantidad de datos que les advertían del peligro, y en sus debates parecía que llegarán a entenderlo, pero no fue así. Dejaron transcurrir excesivo tiempo en la inercia de lo inevitable, mientras los gases contaminantes alteraban el equilibrio de esta genuina atmósfera. Como podrán ustedes comprobar más adelante, el equilibrio de la meteorología y consiguientemente de la temperatura es una de las batallas más heroicas del ser humano en los últimos siglos. Hemos podido incidir en la atmósfera de Marte, pero, aquí en la tierra, a veces se tiene la sensación de que es una batalla perdida. Ahora, a pesar de los avances de la geoingeniería, y los esfuerzos de miles de científicos, los efectos de aquella imprudencia se dejan sentir en la mayor parte del planeta.

-No puedo entender que los combustibles fósiles hayan podido llevar a este desequilibrio –intervino Donald Samuelson, quien había permanecido expectante hasta ese momento.

-Pues ya ve usted. El planeta, como todo ser vivo, tiene también sus limitaciones. En otro tiempo disponía de sus propios mecanismos para la corrección de los desequilibrios, pero la actuación del ser humano ha hecho saltar todos los controles. Convendrá conmigo en que la estabilidad de nuestra atmósfera, a pesar de sus imprevisibles cambios, parece un milagro en medio de las temperaturas extremas del sistema solar. Pues bien, en los últimos siglos se ha tenido que recurrir a diversos métodos de ingeniería espacial para contrarrestar el calentamiento global hasta descubrir las Lentes Reflejas, que desvían una buena parte de los rayos letales ultravioleta. Es posible que todavía, durante varios milenios, haya que emplear importantes recursos para mantener algún sistema efectivo contra la radiación solar.

Reinó un profundo silencio entre todos los miembros de la expedición. Algunos de ellos recordaron, entonces, que tales temores parecían monsergas de científicos aguafiestas. Ahora, desde la lejanía del tiempo, les parecía ridículo y mezquino que los países que más contaminaban vaciaran de contenido sus compromisos al comprar la cuota de contaminación a los menos desarrollados.

-Bien, pues ha llegado el momento de despedirnos -dijo la joven doctora-. Si desean alguna cosa en especial, nuestros colegas Autodomas seguirán a su disposición.

-Sí -aprovechó Donald la oferta-. Quiero protestar enérgicamente ante la persona que dirija esto. Somos ciudadanos norteamericanos, y, cuando nos han detenido, hemos sido tratados como si fuéramos terroristas.

-No se preocupen, transmitiré sus deseos -contestó la doctora con serenidad-. Admito que nuestros colegas, los vigías, se han equivocado en la valoración inicial. De cualquier manera, reconozcan conmigo que el error es humano y somos un producto de ustedes.

Tanto Donald Samuelson como el resto de los expedicionarios habían quedado sumidos en la perplejidad más absoluta, y, en medio de aquella confusión, escucharon cómo la doctora se despedía sin que tuvieran tiempo de reaccionar.

-En nombre de todo el equipo de los Almas, les deseo una pronta recuperación. A partir de ahora sólo necesitarán el mantenimiento de pauta normalizada.

9

Ahora resultaba que aquellas jóvenes doctoras eran sólo unas máquinas. Después de aquel desenlace inesperado, los miembros de la expedición se miraron buscando alguna respuesta, pero nadie se atrevió a romper el silencio. A pesar de todo, en su fuero interno reconocían que les habían salvado la vida. Era francamente una situación surrealista.

Una vez repuestos del asombro, los comentarios más descabellados volvieron a circular por el grupo. ¿Cómo era posible aquella semejanza? Ni siquiera el hecho de haber visto en el cine, allá en otro tiempo, robots con apariencia humana, les había hurtado la sorpresa.

Sin embargo, lo que más les preocupaba era que el ser humano no se dejaba ver por ninguna parte. ¿Quería aquello decir que las personas eran esclavas de las máquinas? En aquellos momentos, aclarar la tremenda confusión que les embargaba era tanto como dar sentido a sus vidas.

-¡Dios mío! ¡Esto es el fin! -explotó el Reverendo Peterson-. Los hombres se han elevado a la categoría de dioses, creando seres a su imagen y semejanza.

El clérigo se había puesto en pie y, en estado de trance, gesticulaba preso de histeria. Sus compañeros más próximos tuvieron que calmarle, a la vez que le recostaban en su asiento. Luego, el silencio les embargó a todos, mientras se miraban entre atemorizados e incrédulos.

El doctor Samuelson era consciente de que aquellas cosas tan extrañas les estaban haciendo perder los nervios, y temía que el miedo acabara paralizando a los miembros de la expedición.

Se habían olvidado de los androides metalizados, pero allí seguían, en silencio, frente a la pantalla, analizando la abundante información que volcaban los periféricos. Posiblemente fueran otros distintos, pero, para ellos, eran todos tan iguales que no veían la forma de identificarlos.

-Eh, vosotros, como os llaméis -exclamó Donald Samuelson, alzando la voz-. ¿Se puede saber dónde está la gente de este tiempo?

Uno de los autómatas, abandonó la pantalla, por unos momentos, para acercarse al grupo de Donald, y su voz metalizada se escuchó en medio de un silencio que se mascaba.

-En cualquier momento aparecerá un responsable de integración. Deben permanecer tranquilos.

El robot regresó al frontal de los periféricos, mientras los miembros del grupo expedicionario se quedaban desconcertados.

No mentía el robot. Instantes después, uno tras otro fueron orientando sus miradas hacia el lateral que indicaba el norte sobre los paneles grisáceos de aquella sala circular.

Franqueando la entrada, apareció la imagen de una mujer. Avanzó hacia ellos con paso firme. La naturalidad de sus movimientos resaltaba la elegancia de su figura, dándole un encanto especial. Vestía unos pantalones ajustados, color plata, de una brillantez extraordinaria, y una especie de blusa tornasolada que, sin unir con el pantalón, dejaba al desnudo la franja de la cintura, recuperando modas de un tiempo pasado. A todos llamó la atención que su cuello aparecía rodeado por una frágil malla tejida en oro, semejante a la que llevaban los miembros de la expedición, y en la muñeca no faltaba la pulsera que tanto les alarmara.

La curiosidad despertada por lo que parecía ser una persona de carne y hueso no podía hacerles ocultar el lógico recelo después de la frustrada experiencia con los Almas. Posiblemente, aquella elegante mujer no fuera más que una simple máquina, pensaban ellos, pero su abierta sonrisa parecía invitar a la confianza.

-Bienvenidos al futuro -saludó la recién llegada, al tiempo que estrechaba sus manos-. Mi nombre es Laia Treval, profesora de Antropología en la Red.

-Donald Jumper Samuelson -se adelantó el doctor, marcando la diferencia con el resto del grupo.

Fueron presentándose todos y, al final, la gentil anfitriona les invitó a sentarse. Se acomodaron en los sillones circulares, mientras esperaban expectantes sus explicaciones.

-Será un placer acompañarles durante algún tiempo. He tenido el honor de ser elegida por el Consejo de Preferentes para ser su anfitriona.

-Agradecemos sus atenciones, pero a mis compañeros y a mí nos gustaría aclarar algo fundamental -dijo Karol, con manifiesta intencionalidad-. Hasta ahora no hemos visto más que robots, y en la única ocasión que creíamos estar en presencia de personas, resultó que también eran máquinas. De verdad, quisiéramos saber quién es usted.

La joven interlocutora sonrió, al tiempo que su atenta mirada recorría los rostros inquisitivos de los miembros de la expedición.

-Comprendo que los Almas les hayan inducido a confusión -reconoció la profesora Treval-. Son androides de última generación; una copia mejorada del ser humano. Sus diseñadores han combinado la belleza y ternura con la inteligencia más sofisticada.

Antes de continuar, la profesora hizo un paréntesis y se dirigió a los autómatas que mantenían la función interactiva con la computadora de la pantalla.

-Atención, Zeta-veinticuatro, necesito estar a solas con nuestros invitados. Yo misma seguiré explicándoles todo lo concerniente a su retorno. Desplieguen el salón-relax y activen el retroholograma.

-Estamos a su línea de comando, profesora Treval -dijeron al unísono los autómatas.

Delante del grupo de robots comenzó a elevarse una mampara, al tiempo que se despedían de los miembros de la expedición con un gesto servicial. Se hizo un largo silencio, y al final la profesora continuó.

-Posiblemente hayamos cometido el error de no habernos presentado antes, sobre todo teniendo en cuenta la diferencia de época. Espero que recuperemos el tiempo perdido. Ahora, en nombre de la comunidad planetaria, quiero desearles una pronta adaptación al nuevo tiempo. En cuanto a mí, quisiera añadir que pertenezco al Complejo Científico de la Zona Centro de Ibercom y he realizado diversos estudios sobre el periodo del que ustedes proceden. Los ciento cincuenta años de experiencia en este tema avalan mi conocimiento sobre su tiempo.

Todos se miraron incrédulos. ¿Cómo era posible? La profesora Treval no aparentaba más de

cuarenta años. Ante los comentarios de asombro, la mujer salió al paso.

-Les extraña mi edad, ¿no es cierto? Pues es bastante menor que la de ustedes. Han estado casi cinco siglos en una situación hibernatoria que aún a nosotros nos parece increíble y, ¿acaso no es verdad que han rejuvenecido?

-Por lo que veo, según la información de los robots y lo que usted dice, profesora, conocen el proceso de hibernación artificial –inquirió Donald con manifiesta curiosidad.

-Así es. Se ha teorizado mucho en los últimos siglos sobre la regeneración celular, pero, en resumen, se ha demostrado que dejando la vida en suspensión se interrumpe la división celular decreciente. Imagino que usted, como bioquímico y pionero de la hibernación, sabrá que en el retorno es imprescindible realizar una correcta regeneración celular y regular la actividad de la telomerasa.

Donald asintió mientras escuchaba atento la disertación de aquella mujer.

-Bien, doctor. Entonces no le habrá pasado inadvertido que después de este proceso, el reloj biológico comienza a contar de nuevo, casi como si se volviera a nacer.

Donald se quedó en silencio sin saber qué responder. Desde el primer momento, allá en la gruta hibernatoria, tenía el presentimiento de que sus días podían estar contados considerando el excesivo tiempo transcurrido tras haber fallado el mecanismo de retorno. Y la sombra de aquella duda, que rumiaba en silencio, parecía difuminar sus proyectos; pero después de la importante noticia sobre los avances en la regeneración celular, la incertidumbre sobre el futuro de aquella aventura parecía alejarse, aunque intuía en lo más profundo que posiblemente el final les aguardara detrás del primer recodo.

-Está bien, profesora -salió al paso el coronel Rudolf-. Al margen de ese mundo tan perfecto que usted nos pinta, quisiéramos saber qué van a hacer en adelante con nosotros.

-En primer lugar quiero confirmarles lo que ya les habrán adelantado los Almas. Se les ha practicado con éxito la oportuna regeneración celular, y ahora están en la fase normalizada de mantenimiento.

Todos seguían boquiabiertos las palabras de aquella mujer que había sabido captar su atención. Sus mentes, aún presas de una maraña de dudas y celos, no acertaban a discernir hechos tan extraordinarios que enturbiaban un raciocinio sereno; pero parecía que por fin tenían delante de ellos un auténtico ser humano, y esto era lo más importante que les podía ocurrir después de las experiencias vividas.

La litografía rectangular empotrada en uno de los paneles laterales, se difuminó de pronto y, en un flash, se transformó en una pantalla que comenzó a emitir noticias.

-Disculpen un momento. Creo que están hablando de ustedes en la cosmovisión -dijo la profesora.

Así era, en efecto. La Unidad Regional Infoperativa destacaba el evento de la primitiva hibernación como la noticia más importante en aquellos días.

“Terminada la fase de regeneración celular, los pioneros de la hibernación están listos para iniciar un programa de integración, que les facilitará la adaptación a la nueva época”.

La televisión del nuevo tiempo, a la que llamaban cosmovisión, seguía relatando la aventura de aquellos hombres y mujeres que procedían de otra época. Eran las estrellas del momento, y la propia Red destacaba la simpatía de los comunitarios con aquel hecho extraordinario.

-Está bien -dijo Laia Treval-. Era una de las noticias que quería comunicarles, pero veo que se me han adelantado. Mañana mismo conocerán al Equipo de Integración del que soy coordinadora.

En el grupo expedicionario hubo un cruce de miradas, sobre todo dirigidas al doctor Samuelson, quien se sintió en la obligación de intervenir.

-Debo decirle en nombre de este grupo, del que soy responsable, que me siento molesto porque alguien ha tomado la decisión de incluirnos en un programa de integración, sin contar con nosotros.

De nuevo, las miradas volvieron a cruzarse ante la expeditiva manifestación de Donald, y asistieron expectantes al desenlace.

-Creo doctor Samuelson que no ha considerado usted todos los factores de riesgo en la situación actual de su grupo -contestó Laia Treval-. Entiendo, y así lo entienden nuestros superiores, que el equipo va a ayudarles a incorporarse a una época, donde ya nada es igual a lo que sucedía en otro tiempo. Además, está la parte sanitaria, en la que ha de consolidarse el mantenimiento celular. Si les dejáramos abandonados, el proceso degenerativo de sus cuerpos sería imparable.

-Yo entiendo perfectamente su interés por nosotros -salió al paso Sandra Sokoa-, pero, al menos, espero que no nos traten como a menores de edad.

-Pues no será por los años que tenemos -dijo Jon Ribera, distendiendo la tensa situación, mientras algunos esbozaban una sonrisa.

-Creo que, a pesar de todo, debíamos haber tenido la opción de elegir –apoyó Mara la queja.

-Nada más alejado de nosotros que herir su dignidad como personas y comunitarios –dijo la profesora-. De verdad, siento que así lo hayan interpretado. De cualquier modo, ahora mismo están ustedes en periodo de rehabilitación, y tendrán que depender de alguien hasta completar su proceso de adaptación.

-Eh, profesora –salió al paso el coronel Rudolf, con talante envalentonado-. Nosotros somos capaces de sobrevivir por nuestra cuenta sin necesidad de niñeras.

-Les pido disculpas si se han enterado de esta manera –trató de conciliar ella-. Vuelvo a repetirles que no es nuestra intención coartar a nadie en su capacidad de decidir, y menos a unos huéspedes tan especiales como ustedes. Pero al menos les pedimos que nos consideren sus anfitriones por algún tiempo. Luego, podrán regresar a su hermosa tierra de California o quedar con nosotros, si lo prefieren.

-Creo que las cosas están claras o al menos yo así lo entiendo –opinó Karol Bukowski-. No debemos despreciar la buena disposición de esta gente.

Hubo de nuevo un silencio, pero en los rostros de la mayoría de los hibernautas había desaparecido la tensión. Sólo el doctor Samuelson y sus más próximos colaboradores seguían manteniendo las reservas.

La profesora Treval interpretaba aquello como una aceptación, aunque intuía que algunos de ellos seguían sin estar convencidos.

Una música de Kitaro sonaba de fondo, y en los laterales del salón-relax se desplegaron unas bandejas, que portaban extraños envases. Formaban éstos dos cuerpos superpuestos, imitando los antiguos relojes de arena: el cono inferior estaba lleno de líquido, y se unía al superior por medio de un embudo, rematando en una especie de copa cerrada.

-Espero que acepten estos glaxos para celebrar nuestro encuentro –dijo Laia Treval-. Además, son un buen complemento vitamínico para su recuperación. Verán que es fácil utilizarlos.

Y la profesora procedió a abrir el suyo, tirando de la lengüeta que cubría la parte superior. Algunos de los hibernautas, aún dubitativos, tomaron el glaxo, siguiendo el ejemplo. El líquido de la parte inferior del recipiente, ascendía, una vez liberado, y bebieron en silencio, mientras el resto de los miembros del grupo se decidían a tomar el suyo.

-Bueno, esto está mejor –dijo Jon Ribera-. Entiéndame profesora, no estamos acostumbrados a tanta novedad en tan corto espacio de tiempo.

La antropóloga sonrió, mientras todos degustaban el combinado vitamínico. Pronto, el cansancio se ahuyentó de aquellos cuerpos, aún débiles, y sus rostros parecieron reanimarse con los comentarios más diversos.

-Tengo una curiosidad, profesora –intervino Sandra Sokoa-. Entre tantas máquinas, sólo usted parece de carne y hueso, y me asalta la duda sobre si la especie humana se está extinguiendo.

-No debe preocuparse. Es verdad que ahora hay menos población que en siglos pasados, pero no por el motivo que usted ha indicado –contestó Laia-. Sencillamente, existe una conciencia de autorregulación entre todos los comunitarios, porque la longevidad actual ha alargado las generaciones y el nivel de vida se ha igualado en todas las zonas del planeta. Hubiera sido problemático seguir con el ritmo de otro tiempo. De todas formas, les comprendo; al despertar, se han visto rodeados de autómatas y se han alarmado. Comprobarán que en este tiempo los androides son omnipresentes en todos los quehaceres de la vida. Nosotros les llamamos Autodomas y nos sentimos muy compenetrados con ellos. Son tan serviciales, amables y eficientes que ningún ser humano podría hacerlo mejor.

-Pero un mundo robotizado a esos niveles tiene que haber deshumanizado a las personas –objetó Mara Lezama.

-Parte usted de un concepto erróneo –replicó la profesora Treval-. Cuando habla de un mundo robotizado presupone que las personas están deshumanizadas; pero no se atreve a reconocer que en este tiempo las máquinas nos han liberado del trabajo mecánico en las tareas rutinarias. La alternativa de la creatividad es precisamente la que nos diferencia de cualquier otra especie conocida. Además, ustedes mismos comprobarán que el trabajo mecánico lo realizan los androides con mayor precisión y eficacia que los humanos.

-Pero si ocupamos una posición tan marginal en la organización del trabajo, quiere decir que estamos supeditados a las máquinas –objetó Karol Bukoski.

-Es justo lo contrario, y eso es lo que intento explicarles –intervino Laia, sonriendo-. La nuestra no es una posición marginal, y pronto se darán cuenta de que somos el alma de todo el proceso productivo. Si se paran a pensarlo, verán que ahora es cuando de verdad ocupamos el espacio que nos

corresponde. En el último tramo del proceso tecnológico ni siquiera éramos eficaces como auxiliares de las máquinas. Pues bien, llegó un momento en que se nos planteó la disyuntiva de desaparecer de la historia, por haber sido desplazados en todas las funciones mecánicas, ó dedicarnos por entero a la creatividad, haciéndonos insustituibles en nuestra proyección universal. Creo que acertamos a resolver el problema. Como especie humana, hemos llegado a un punto cualitativamente superior en el desarrollo evolutivo que nos abre mil posibilidades de supervivencia en el futuro. Posiblemente, esto no hubiera sido posible si las cualidades propias del alma humana no hubieran aflorado más que nunca en esta coyuntura; si el reto ante la utopía, no nos hubiera dotado de esa fortaleza de gigantes; si la imaginación y el afán de crear no nos hubieran catapultado hacia el futuro. Ahora las funciones pueden estar decididas para mucho tiempo. La imaginación y la creatividad serán un terreno acotado por el homo sapiens en cualquier parte del universo donde nos encontremos, mientras que las máquinas sabrán encontrar, mejor que nosotros, soluciones técnicas a problemas técnicos, sin apenas intervención humana. En el futuro no habrá competencia; cada cual sabrá su puesto.

Tras el discurso de Laia Treval, se hizo el silencio entre los miembros de la expedición, y ni siquiera el propio Donald Samuelson intentó hacer una réplica para decir la última palabra, como acostumbraba. Sólo el coronel Rudolf no pudo disimular su desagrado ante aquella mujer que pretendía darles lecciones de futuro, y lo hizo de manera bronca.

-Decía usted antes que los robots son amables. Pues esa amabilidad se les debió olvidar cuando nos apresaron, como si fuéramos terroristas.

-Ya me han informado los Almas de su queja -se disculpó la profesora-. Reconozco que su encuentro con los autodomos ha sido poco afortunado, pero deben comprender que fueron apresados por los vigías cibernéticos, quienes actuaron obedeciendo una ley común a todas las comunidades del planeta: las armas que ustedes portaban era algo inusual, y se limitaron a neutralizarles.

-Vamos, invéntese otra historia –dijo el coronel.

-Desde luego, estaba fuera de toda norma que un grupo de humanos portara consigo un arsenal de armas antiguas y disparara munición mortífera con ellas–volvió a insistir Laia-. Esta falsa apariencia les indujo al error.

-Pero las armas eran nuestras –Se reafirmó el sargento Onado, con evidente sentido de la propiedad.

La profesora Treval se limitó a sonreír. Luego, se levantó como si fuera a dirigirse a la pantalla, pero se dio media vuelta, en actitud reflexiva, recorriendo los rostros de los hibernautas.

-Hace mucho tiempo que los seres humanos abandonamos las armas. Han de saber que llevamos varios siglos disfrutando un fructífero periodo de paz. La verdad, es casi un milagro después de varios milenios transcurridos entre guerras, unas veces de conquista, otras de liberación, y las más, guerras civiles, fratricidas, alimentadas por el imperio de turno.

10

Seguían en el Módulo Residencial, y sus gestos no disimulaban una acusada incredulidad. Se habían quedado desconcertados ante la inesperada información sobre el desarme. Sencillamente no lo entendían, y no lo podían admitir de buenas a primeras.

Donald Samuelson, sobre todo, no hallaba ningún argumento lógico para un cambio tan radical. Entendía que se hubieran abandonado las antiguas armas, por obsoletas; pero no podía admitir que se privara a los humanos de la tenencia de estas, cuando allá en otro tiempo, él había defendido en la Asociación del Rifle la libertad de poseer armas, como legítima defensa. “Eran la bandera de la libertad” –pensaba el doctor.

Además, aquello contradecía el discurrir del homo sapiens a través de los tiempos. Todas las generaciones de humanos habían convivido con las armas: las habían creado y perfeccionado en principio para cazar, pero también para defenderse o conquistar lo ajeno. Con ellas habían luchado en muchos casos hasta la muerte, unas veces por ideales y por la libertad, otras por intereses que unos consideraban legítimos y otros la usurpación de lo que era de todos. Pero esa había sido la dinámica a través de los siglos. Donald estaba convencido de que aquel proceso violento, pero inevitable, había servido para avanzar por el tortuoso camino del desarrollo, y ahora aquella profesora les decía que los seres humanos habían renunciado voluntariamente al empleo de las armas.

“¡Es absurdo!” -repetía machaconamente Rudolf, mientras el sargento Onado inclinaba la cabeza una y otra vez, manifestando su aquiescencia con el coronel. “Abandonar las armas era tanto como renunciar al orden y la disciplina -remachaba el militar-, y qué ejército se podía mantener sin esos dos principios básicos. Además, el ejército era la columna vertebral del estado, y qué sistema podía existir sin él. Posiblemente, aquellas pobres gentes se habían dejado embaucar por algún pacifista visionario”.

Aquellas cosas tan extrañas parecían sumirles en la confusión más absoluta. En aquel momento, necesitaban más que nunca mantenerse unidos frente a un mundo irreconocible, aferrándose a un sentido profundo de la supervivencia.

La profesora Treval seguía allí, abierta a los comentarios, pues intuía el inevitable impacto de sus informaciones.

-Por lo que se ve, ustedes dependen totalmente de las máquinas -observó Mara Lezama-. ¿No temen que éstas actúen por su cuenta, y el ser humano pierda el control?

-No es posible -contestó la profesora sonriendo-. Esas cosas sólo sucedían en sus filmes, pero en el fondo era un miedo al futuro y a la auténtica libertad. El libre albedrío de los autómatas está sujeto a los parámetros marcados por el ser humano.

-De acuerdo, profesora Treval -salió al paso Donald Samuelson-. Yo no temo a las máquinas, si eso es lo que le preocupa. Me da más miedo el libre albedrío del ser humano, y por tanto no entiendo cómo se puede prohibir la autodefensa.

-No es una prohibición -intentó explicarse Laia Treval-. Quizá no lo entiendan de momento, pero la verdad es que los humanos abandonamos voluntaria y conscientemente las armas, después de superar violencias ancestrales que nos mantenían en un círculo vicioso.

Donald Samuelson se encontraba incómodo. La sabia ingenuidad de aquella mujer mortificaba la altivez megalómana de quien se veía a sí mismo por encima de todos los seres vivos. No importaba que se comportara de la manera más natural, aunque acusara un excesivo talento de profesora, y una clara tendencia a trascender cualquier comentario. El orgullo de Donald necesitaba una satisfacción.

-Vamos, profesora Treval -dijo Donald Samuelson a modo de disertación académica-. La violencia está inscrita en nuestro código genético. ¿Acaso es apreciable la línea que separa al pacifista del revolucionario dispuesto a pasar por las armas todo lo que considera malo? De ahí al terrorismo sólo queda un paso. Por cierto, tuvimos muchas experiencias en nuestro tiempo.

-Conozco bien esa parte de la historia -dijo Laia-. Fue un periodo tan violento que posiblemente hizo tomar conciencia a nuestros antepasados de la necesidad de un cambio profundo de mentalidad. Desde luego, no podían seguir pagando los inocentes la locura y el fanatismo de unos pocos, ya fuera para perpetrar atentados o para bombardear a pueblos enteros por si caía algún terrorista. No fue de esta manera cómo se acabó con el terror.

-Me extraña que el terrorismo se acabara sin machacarlo allí donde se reproducía -salió al paso el coronel Rudolf.

La profesora Treval miró al coronel sin entenderle, y permaneció unos instantes en silencio. El doctor Samuelson esbozó una sonrisa y volvió a su disertación.

-Estará de acuerdo conmigo en que el ser humano está condicionado por todo tipo de ambiciones, envidias y frustraciones. Si ahora no existe la violencia, será porque se reprime con otra violencia. No nos va a hacer creer que en este tiempo la actitud pacífica se ha adquirido como hábito.

-Es el avance de la civilización, doctor Samuelson -opinó la profesora-. Admito que, aún en los casos en que la violencia estaría justificada, como la autodefensa, la acción violenta acaba convirtiéndose en su contrario, porque la tozuda dialéctica de la vida se encarga de mantener este círculo vicioso. Por eso, al final, nuestros más cercanos antepasados decidieron recurrir a un tercero, imparcial, como un juez justo que no combate la violencia con la violencia.

-Pero eso es absurdo –salió al paso Karol Bukoski-. ¿Cómo se puede combatir entonces el crimen organizado o defenderse ante una agresión?

-En este tiempo quien incumple las leyes, sabe que será videocontrolado –dijo la profesora Treval-. Eso quiere decir que a través de una pulsera especial será controlado por máquinas cada uno de sus movimientos y cada segundo de su existencia. Por eso no necesitamos tantos presidios como tenían ustedes, pero el sistema es más efectivo, porque además el controlado se verá expuesto a la vergüenza pública, y esto es lo peor que le puede pasar a una persona en este tiempo.

-Vaya tontería –comentó Onado.- Con quitarte la pulsera, todo arreglado.

-¿Eso cree usted? -inquirió Laia, dejando escapar una sonrisa-. Si alguien intenta forzar la pulsera del videocontrol, se inyecta automáticamente un chip en el brazo con lo que el efecto de control es el mismo, y daría tiempo para practicar una incomunicación. En este caso, el controlado es recluido por un periodo que dictamina el juez.

-Vete por otra, Sargento –dijo irónicamente Jon, al tiempo que concitaba algunas risas.

-Me alegra que pongan ustedes objeciones, aunque puedan parecer ingenuas. Es de la manera que entenderán mejor nuestro modo de vida.

-¿Y todo eso lo hacen esas chatarras? -preguntó el coronel con expresión hosca.

-Desde luego -dijo la profesora Treval, enfatizando la respuesta-. Pronto observarán que nuestra paz y seguridad dependen ahora de los autodomos. Pero ellos no ponen nunca en riesgo la vida humana y hacen solamente lo que les marcan nuestras leyes.

-Vamos, profesora –concluyó Donald Samuelson-. Los robots ya hacían muchas cosas en nuestro tiempo, incluso la guerra; todo depende de quien los programe.

-Usted lo ha dicho: todo depende de los humanos, y las personas de este tiempo hemos decidido consciente y voluntariamente evitar la violencia y las guerras.

-Parece increíble y demasiado bonito -opinó Sandra Sokoia.

-Esto sólo fue posible con el desarrollo de la técnica, y no sucedió de un día para otro -aclaró la profesora-. También fue decisivo cuando en un determinado momento la mayoría de los líderes del planeta estuvieron dispuestos a cambiar el principio de represión por los de justicia y desarrollo sin abandonar la persecución del delito.

-Oiga, joven, replicó ahora el sargento Somoza-. Sus teorías son muy bonitas, pero dígame ¿acaso es mejor dejar las armas en manos de unos robots?

-Ciertamente que sí -se reafirmó la antropóloga en su argumentación-. En primer lugar, las armas que utilizan los autodomos no ponen en peligro la vida de ningún ser humano; simplemente se limitan a neutralizar a los posibles agresores. Por otra parte, estos excelentes servidores están exentos de las pasiones que nos caracterizan a los humanos y se limitan a obedecer, sin discriminación de ningún tipo.

Se produjo un largo silencio, y el doctor Samuelson miró a Laia Treval, desafiante, aunque sin argumentos. La susceptibilidad de Donald parecía acusar el talante de una mujer segura de sí misma, que se movía con soltura sobre los parámetros de aquel tiempo tan extraño. Ahora el recelo no provenía del temor a que fuera una máquina, sino que, por el contrario, le molestaba que aquella sabelotodo tratara de darle lecciones, y comenzó a temer que pudiera influir en sus subordinados.

-Bueno, no cabe duda que tenemos una visión diferente de las cosas, pero esto no importa tanto como el acontecimiento de tener unos huéspedes tan especiales –dijo la profesora, sonriendo-. No quiero abusar de la paciencia de ustedes, pero a propósito del debate que acabamos de mantener, me gustaría ilustrarles sobre una de las decisiones más importantes de los últimos siglos.

La antropóloga activó el retroholograma y a modo de prólogo inició el programa de integración. Donald y el resto de la expedición se miraron entre sorprendidos y molestos, porque aquella profesora parecía tratarles como a simples colegiales, que, a sus años, debieran examinarse de una lección que nunca habían estudiado.

“...Y las gentes sencillas salían a las calles conjurando el miedo, como aluvión de voluntades, dispuestas a cambiar el orden de las cosas”.

Así terminaba el documental, mientras los hibernautas respiraban como si hubieran salido de una pesadilla.

Pero era una pesadilla con la que, en parte, habían convivido, tiempo atrás, como lo más natural del mundo, y ahora retornaba ante sus ojos con la cruda realidad de un espejo que devolvía las fealdades de un tiempo remoto, sin pedir permiso.

La profesora Treval, con aire de gravedad, trató de explicarles que aquellos acontecimientos habían supuesto un punto de inflexión, y cómo la paz había germinado después de algún tiempo.

Todo aquello suscitaba en el doctor Samuelson ciertos recuerdos, que inevitablemente hacían aflorar unos hechos apocalípticos. No le sorprendía que las armas nucleares hubieran escapado al control de los estados, pero discrepaba con la profesora Treval sobre las causas de la proliferación.

Donald Samuelson pertenecía a aquella casta de ejecutivos que, antes que él, se habían aprovechado de la propaganda sobre la confrontación de bloques, en la guerra fría, y después, él mismo, conocedor de las mejores artes en la sombra, había atizado el fuego de un choque de civilizaciones, que sólo estaba en la cabeza de sus estrategias y en algunos miles de fanáticos repartidos por el mundo. Siempre había soñado con un indiscutible liderazgo, bajo la égida de una gran potencia, que impusiera la ley del más fuerte sin fisuras de autoridad. Desde hacía mucho tiempo, y en distintos foros, sus propagandistas habían propugnado aquella filosofía, y él mismo no desperdiciaba ocasión para hacerlo, porque estaba convencido que el mantenimiento de las distintas soberanías sólo podía llevar a la anarquía planetaria.

Poco había faltado para que los sueños de Donald se cumplieran. A punto estuvo de consolidarse un nuevo orden mundial, forjado a sangre y fuego, bajo la hegemonía de una sola potencia incuestionable. Pero sus adeptos no habían logrado vencer la resistencia de cuantos preconizaban una comunidad de pueblos soberanos en pie de igualdad. El terror desatado y la afirmación de las diversas culturas no admitían un emperador al viejo estilo; como máximo, un liderazgo que respetara la identidad y personalidad de cada pueblo.

Recordó, entonces, que con la elección del Emperador Negro, habían llegado tiempos difíciles para ARON, sobre todo para la División de Armamento Extratético. Aquellos inoportunos acuerdos de desarme repercutían drásticamente en una reducción del presupuesto de defensa, tanto de su país como de otros a los que proveía. Todo ello estaba generando unas pérdidas irre recuperables a la compañía. Y, por si fuera poco, salieron a la luz aquellos escándalos por el asunto de las comisiones pagadas a senadores sin escrúpulos. El propio doctor Samuelson había sido interrogado por una comisión del senado, y los turbios asuntos que salieron a la luz no sólo consiguieron apartarle del camino a la presidencia sino que estuvieron a punto de desplazarle del máximo puesto en la alta dirección.

Llegó un momento, en que Donald Samuelson quedó enrocado en la cúspide, inerme frente a otros ejecutivos más flexibles, competidores por el máximo poder dentro del grupo. El problema era que él no estaba preparado para cambiar su filosofía de la vida. Siempre había considerado que la democracia era un bonito envoltorio, que se podía usar en las elecciones, y tirar, llegado el caso; pero pensaba que la participación colectiva en las decisiones era algo absurdo e inoperante, pues agravaba la autonomía y dispersión existentes.

Pronto, sus influencias se diluyeron como un azucarillo en aquel mar democrático, donde confluían cada vez más voluntades. En aquella situación y contraviniendo su propia filosofía, Donald comenzó a hacerse algunas preguntas que actuaban como rémora de su posición en las altas esferas, y el declive de su liderazgo se fue acentuando de manera imparable. Hasta entonces, no le había asaltado aquella duda vital que ahora le consumía: saberse rodeado de obedientes subordinados a los que sólo importaba mantener la

posición que él les proporcionaba, pero teniendo la certeza de que comenzarían a darle la espalda ante mejores ofertas.

Fue entonces cuando Donald Samuelson se acordó de aquel viejo proyecto de hibernación artificial, que en más de una ocasión le habían presentado a sugerencia del Maestro, y que en tantas otras él había rechazado por considerarlo descabellado y poco rentable; “un proyecto para chalados o idealistas, no para un hombre práctico como él” –había dicho con aquella soberbia investida de sensatez. Mas, en esta ocasión, ante un mundo que se le escapaba de las manos, lo quimérico y absurdo servía ahora como tabla de salvación. Hizo un alarde de fe, y dio el visto bueno para aquella aventura como si hubiera visto el faro en medio de aquella tormenta de dudas. “Sin límite de fondos” -dijo un día, ante la incredulidad de los propios científicos.

Pero Donald Samuelson no abandonó sus sueños de grandeza, sino que los catapultó al mundo del futuro. En aquella deriva, llegó a convencerse hasta la obsesión que él, tan osado en los negocios, debería arriesgarse hasta el final. Pensaba que durante la orgía destructora de aquel diluvio anárquico, estaría placentemente dormido, y, al final, quedarían pocos supervivientes para hacer frente a su poderío. Dispondría de un laboratorio integral, enterrado en las entrañas de una zona alejada, allá donde nadie pudiera imaginarlo.

En los últimos meses, antes de la hibernación, Donald Samuelson había empleado muchas horas con algunos colegas del Club de los Elegidos para debatir las líneas de un gran proyecto. Todos estaban de acuerdo en desarrollar aquella maquiavélica idea que hacía mucho tiempo tenía el Maestro en su cabeza y para ello era necesario hacer un viaje en el tiempo que despejara las incógnitas para su desarrollo. El mejor equipaje para aquella aventura hibernatoria sería una máquina biotecnológica que él propio doctor Samuelson se encargaría de diseñar y fabricar con la ayuda de un selecto equipo de científicos. Deberían configurar un futuro que no obedeciera a la impredecible voluntad del ser humano.

En el horizonte esperaba una nueva especie, ajena a la disyuntiva del bien y del mal.

12

El doctor Samuelson se hallaba preso, sin barrotes; vigilado, sin guardianes. Barrotes en la mente, que anulaban la libertad de su ego; guardianes en la conciencia, que censuraban sus proyectos megalómanos.

Presentía, a su pesar, que el sistema en el que había desembarcado era como una trampa que le hubiera tendido el tiempo; una gigantesca tela de araña que apresara sus sueños de un mundo uniforme. Le aturdía la amabilidad vigilante de unos autómatas, que parecían fiscalizarlo todo; pero, sobre todo, le mortificaban los comentarios de aquella profesora, que aparentaba estar por encima del bien y del mal.

Había pasado toda la noche en vela, imaginando el papel que él pudiera jugar en la nueva época, y no encontraba un encaje digno de su rango; pero una duda le preocupaba sobremanera: necesitaba comprobar si existía algún vestigio de las otras hibernaciones que él mismo había programado y de las que nadie hablaba en aquel tiempo. Estaba ya cerca el día de la ansiada cita con los otros portadores de la llave, pero tenía pocas esperanzas de que tal cita se produjera. Había transcurrido demasiado tiempo, y ya no podía confiar más que en un milagro. Su propia experiencia le decía que había fallado el mecanismo de retorno. ¿Quién podría asegurarle que los demás intentos no habían fracasado?

Apenas llevaban unas horas instalados en aquella nave espacial, que llamaban *transovalar*. Estaba destinada a comunitarios de paso y, según les había dicho la profesora Treval, allí estarían alojados durante algún tiempo. Habían llegado en el atardecer del día anterior a bordo de un *oval*. El autodomio, que les había recibido, había adjudicado a cada uno de ellos una especie de aposento transformable, al que referían como

movilat.

Aquella residencia espacial, dotada de la domótica más avanzada, disponía de tres plantas y era completamente circular. Nada tenía que ver con los antiguos hoteles, aunque lo poco que allí podía verse era sencillo y funcional. La planta baja disponía de un gran salón relax, y otros cinco salones reservados, de tamaño más reducido. En la segunda planta estaban los movilates, y en la planta superior había una especie de restaurante, que en aquel tiempo llamaban *mirador espacial*. Todo tenía una ubicación precisa. En la panza de la nave se hallaban los dos motores de interacción gravitatoria, así como todos los mecanismos automáticos, que la técnica había fusionado para formar aquel caparazón móvil del ser humano. De esta manera, el sistema bipolar de alojamiento y transporte había arrebatado una parcela más a las barreras naturales del espacio y del tiempo, más allá de lo que pudiera imaginarse unos pocos siglos atrás.

Desde el *visor* de su nuevo habitáculo, el doctor Samuelson podía ver otros muchos módulos espaciales de variadas y caprichosas formas, a los que Laia había llamado *ovalares*. La mayoría de aquellos ingenios espaciales hacían honor a su nombre con aquel diseño tan común. Salpicaban la ladera en medio de jardines, que se inclinaban hacia el lago, a modo de escalera. La disposición de los ovalares parecía seguir un modelo urbanístico organizado, pues formaban agrupaciones de cuatro módulos en torno a un patio ajardinado, aunque los de mayor tamaño no se sometían a tal agrupación.

En el aire, innumerables vehículos se entrecruzaban con increíble precisión y orden, desplazándose por el espacio aéreo. Según les había explicado Laia Treval, aquellos vehículos espaciales realizaban todo el transporte en el nuevo tiempo. Apenas se oía un leve zumbido que para nada recordaba a los automóviles de otro tiempo.

El transoalar se hallaba ubicado en lo alto del cerro que se asomaba al lago por el sur, formando un entrante, a modo de espolón, donde se asentaba el embarcadero principal. Era una atalaya natural desde la que se divisaba, a vista de pájaro, toda la extensión del lago así como un minúsculo y hermoso valle que discurría por la ribera oeste dentro de un entorno montañoso espectacular.

En el jardín que rodeaba la residencia espacial, y a ras del verde césped, destacaban dos plataformas circulares, de unos diez metros de diámetro, que llamaban la atención por aquella tonalidad azul celeste, de brillo reflectante. Se conocían popularmente como *dianas*, y aparecían diseminadas, por todas partes, entre los ovalares. Allí era donde aterrizaban y despegaban los ovals.

Desde aquel privilegiado lugar, podían divisarse, al menos, otros dos asentamientos de aquellas naves espaciales. Uno de ellos estaba ubicado sobre una pequeña loma, allá abajo, muy cerca del lago, en la ribera oeste, y su rótulo indicaba que se trataba de la Comunidad Vital del Castro. Había otro asentamiento al otro lado del lago, sobre la pequeña planicie que ondulaba la ladera, al ascender abruptamente desde la orilla norte. Apenas podían divisarse los primeros módulos que enviaban destellos en medio del bosque de urces y acebos.

Donald Samuelson conocía aquel enclave cuando seleccionó el lugar para la expedición hibernatoria, y sabía que el búnker de Alfa-20 estaba allá arriba, cerca del antiguo monasterio. Había sido una base tardía de la Alianza, a la que Donald Samuelson tenía fácil acceso, no sólo como militar en la reserva, sino también por estar al frente de una de las mayores compañías proveedoras de armamento. Ahora sólo le preocupaba que lo hubieran descubierto en los siglos transcurridos.

Eran las doce del mediodía cuando en el videokit del coronel Rudolf comenzó a sonar el himno de “Barras y Estrellas” y éste no pudo evitar un saludo instintivo en un cómico gesto marcial. En la minúscula pantalla del visualizador apareció la imagen de la profesora Treval.

-Amor y paz a todos. Espero que hayan descansado bien. En media hora estaré con ustedes para el almuerzo y les presentaré al resto del equipo.

La imagen de Laia desapareció de la pantalla del videokit. Era la primera vez que aquel ordenador miniaturizado, que lucía en la muñeca cada uno de los expedicionarios, daba señales de vida.

-La que faltaba –comentó con desdén Rudolf-. La estúpida sabionda que está agotando mi paciencia.

El coronel, francamente irritado, no pudo contener su arrebató y lanzó una patada contra el *buodoc*.

-No entiendo cómo el doctor puede soportarla. Me da la sensación de que se está ablandando, y eso sería lo peor que le puede suceder a la misión. Intentaré convencerle de lo fácil que sería desaparecer.

En el movilat contiguo, el doctor Samuelson escuchaba el desahogo del coronel y esbozó una sonrisa nerviosa. Él también estaba inquieto y volvió a observar desde el visor de su aposento el tráfico aéreo.

Cuando bajó su mirada para observar el aterrizaje de un oval, divisó a Sandra y a Karol que regresaban a la residencia espacial, conversando animadamente.

“Qué habrían ido a hacer aquellos estúpidos sin contar con él” -se dijo para sí mismo, sin poder contener el enfado.

Donald abandonó la observación, y bajó a su encuentro. Antes de salir al exterior, se encontró con Sandra, que subía a su movilat.

-¿De donde vienes? -le preguntó Donald con cierta acritud.

Fue una pregunta imperativa, exigiendo una explicación a la que Sandra, sin inmutarse, contestó con toda naturalidad.

-Hemos estado Karol y yo dando una vuelta por los alrededores; es todo tan original...

-Por lo menos podíais haberme avisado -le cortó Donald con cara de pocos amigos-. Dentro de un cuarto de hora nos vemos en el comedor.

-Ya lo sé -contestó Sandra, en tono desenfadado-. He visto el mensaje de la profesora Treal.

Fingiendo no enterarse del mal talante de Donald, ella se alejó rauda y entró en el *levátor*. Una vez a solas, en su habitáculo, no pudo contener una expresión de fastidio.

-¡Qué pelmazo de hombre!

Era difícil que la fuerte personalidad de Sandra se hubiese reprimido, mas la confianza de haber sido en otro tiempo su amante tenía sus consecuencias, y una de ellas era la de soportar alguna impertinencia de quien se consideraba todavía su dueño y señor. Pero, al cabo, advirtió con cierto alivio que pasaba de aquel hombre. Ahora tenía otras cosas en la cabeza, que reclamaban su atención. Intuía que aquella vida no era tan monstruosa como en principio había pensado, y comenzaba a ilusionarse por aquel mundo que, aunque extraño, tenía un encanto especial.

Sandra se acomodó en la maquilladora automática, declaró sus preferencias y esperó el trabajo de la máquina. Presentía que aquel día era importante en su nueva vida. En el aposento contiguo, escuchó al coronel Rudolf, que mantenía un acalorado monólogo, desfogando su carácter violento. De vez en cuando, se oía algún golpe seco como si un terremoto sacudiese el módulo espacial.

-¡Pobre Rudolf! -exclamó Sandra.

13

Era la hora de dirigirse al comedor, pero cuando el coronel vió a Donald Samuelson en el jardín bajó a exponerle sus quejas.

Momentos después, un oval tomaba tierra en una de las dianas del transoalar. No tardó en descender la profesora Treal en compañía de los miembros del Equipo de Integración, que les había anunciado.

El oval levantó el vuelo, y desapareció en el tráfico aéreo. La profesora Treal, al ver a Donald Samuelson y al coronel Rudolf en el jardín, se dirigió hacia ellos, seguida de sus acompañantes.

-Amor y paz -saludó la profesora.- El doctor Samuelson, responsable de la expedición hibernatoria, y el coronel Rudolf..

A continuación, fue nombrando a sus compañeros de equipo: Nacho Garmendia..., Toni Farrell..., Lena Trevinca..., Nico Sanabria.

-Amor y paz -fueron diciendo uno tras otro los presentados, mientras Donald Samuelson y su hombre de confianza el coronel Rudolf les estrechaban la mano.

-Me parece increíble estar viviendo este momento -exclamó Nacho Garmendia, a la vez que se fijaba

en el amuleto de Donald, y sonreía.

Donald Samuelson se le quedó mirando, extrañado por aquel comentario, pero no dijo nada. Sandra Sokoia, que se acercaba al grupo en aquel momento, se adelantó a saludarles al tiempo que Laia Treval hacía la presentación.

-Creo que usted es Sandra, si no recuerdo mal.

-No se equivoca usted –dijo ella mientras terminaba de saludar.

-Me recuerda usted a alguien –dijo Nacho Garmendia, tras saludarla.

-Es curioso –siguió Sandra el comentario con cierto sarcasmo-. No sabía que hubiera habido más hibernaciones.

Y Nacho Garmendia esbozó una sonrisa, mirando de reojo a Sandra por su metedura de pata.

-Es evidente que no nos conocemos. Perdona mi estupidez.

Tras el cómico incidente, Sandra había quedado impactada por aquel cuarentón de tez morena, que aparentaba la ingenuidad de un niño grande. Era biólogo y doctor en bioquímica, según lo había presentado la profesora Treval, aunque su larga melena y descuidada barba le daban más aspecto de artista que de científico. Mostraba un aspecto jovial con una sonrisa perenne, tan abierta que resaltaba en aquel rostro curtido.

Poco después, el resto de los hibernautas fueron saliendo al jardín y saludaron a los miembros del Equipo de Integración.

-Será agradable convivir con ustedes –comentó Toni Farrell en tono afable-. Estoy impaciente por conocer de primera mano cosas de su tiempo.

Era un joven de mirada aguda, y largos cabellos negros, cuyos rizos caían en bucles sobre su tez morena. Sus modales delicados armonizaban con un semblante frío y distante, dándole un toque especial. Era ingeniero en robótica, y había intervenido directamente en los diseños más vanguardistas.

A su lado se hallaba Lena Trevinca, la responsable del mantenimiento celular mientras durara el proceso de integración. Tenía un cierto parecido con los Almas aunque su humanidad estaba fuera de toda duda. Su pelo rubio, muy corto en el cuello, se prodigaba en la parte superior de la cabeza con minúsculos bucles rizados que caían sobre su frente. Poseía una mirada enigmática y huidiza, bajo largas pestañas, que parecían seguir el ritmo de las palabras al saludar.

-Estoy convencida que además de hacernos buenos amigos, vamos a aprender muchas cosas, juntos –apuntó ella.

Nico Sanabria, infoperativo de profesión, era el más joven del equipo. Sus suaves ademanes y larga cabellera rubia le daban un toque afeminado, que para nada hacía honor a la verdad de sus tendencias sexuales; pero que más de una vez le había acarreado situaciones comprometidas a su intimidad.

-He seguido de cerca vuestro increíble retorno –dijo él-. Creo que estoy tan sorprendido como mis compañeros.

-Bien, pues ahora que ya todos nos conocemos, es el momento de celebrarlo -sugirió Laia

Caminaron charlando hacia el interior del módulo residencial. Dentro, una voz clara, con modulado timbre metálico solfeaba una melodía.

-la-do-mi-la-do-si-mi-si-la-si-do-re-do-si-do-la...

De un salón, al fondo del pasillo, salió un robot de tonalidad dorada, quien cortó en seco la extraña melodía, y se parapetó a la entrada del habitáculo.

-Bienvenidos –saludó al llegar la comitiva a su altura, con clara voz de tenor-. Todo está a punto para el almuerzo.

-A propósito –dijo Laia-. Quiero presentarles a Dorremi.

Algunos miembros de la comitiva de Donald le miraron entre la extrañeza y la simpatía que inspiraba.

-Se encargará del servicio y de la intendencia mientras dure nuestra estancia en este transovalar. Es un detalle que ha tenido el doctor Garmendia.

-Será un honor estar a su disposición –volvió a decir el robot.

-Deben disculpar su manía de solfear -dijo Nacho Garmendia, sonriendo.- La verdad es que le he puesto este nombre porque antes de serme asignado impartía clases de música en la Red; por eso, ahora, no será raro que le oigan solfear cualquier melodía que capte su transmisor cerebral.

Hubo algunas sonrisas en el grupo de Donald mientras caminaban detrás de la profesora Treval en dirección al comedor.

Sin darse cuenta, se encontraban esperando a la entrada de una sala circular. Estaba totalmente vacía.

A través de una celosía se divisaba el jardín, y la luz del día iluminaba la estancia. Las curvadas paredes se adornaban con sugerentes litografías espaciales, y sus motivos pictóricos eran resaltados por oportunos tubos focales empotrados en el techo. En el suelo, una línea roja delimitada una franja circular por todo el lateral del salón. Donald y sus acompañantes se miraron con la seguridad de haberse equivocado, y como nadie se atreviera a pasar, Nacho Garmendía les invitó a hacerlo.

-Adelante, pueden situarse en los laterales.

Pasaron con cierto recelo, a la vez que Nacho pulsaba el mando situado en el panel de acceso. El solado se abrió en canal replegándose sobre los laterales, y comenzó a elevarse una repisa circular con sus respectivos asientos, dejando un hueco en el centro de la misma. Laia Treval tuvo que tomar la iniciativa de sentarse en primer lugar para que los hibernautas se decidieran a hacerlo.

-Tomemos asiento -dijo ella, como si aquello fuera lo más natural del mundo.

Los miembros del grupo expedicionario esbozaron una sonrisa incrédula mientras, aún dubitativos, fueron tomando asiento.

-Vamos de sorpresa en sorpresa -comentó Mara.

-En estos tiempos debemos aprovechar al máximo el espacio modular. Este transovalar donde se alojan no es sólo una vivienda, como ya les adelanté, sino también una nave espacial. Por eso, debemos aprovechar cada centímetro de espacio y dar a cada sala diversas utilidades. Por ejemplo, este comedor cumple a la vez la función de salón relax, y supongo que les habrán informado los autodomos sobre las distintas utilidades del movilat.

-De todas formas -intervino Karol-, me imagino que tardaría bastante tiempo en imponerse una forma tan radical de vivienda.

-Supone usted bien -puntualizó Toni Farrell-. Durante más de dos siglos convivieron el antiguo y el nuevo sistema de transporte, la antigua y la nueva vivienda. Lógicamente, el cambio llevaba aparejado un nuevo paradigma, una nueva mentalidad, y tardó en producirse. Se pasaba de un obligado apego a la tierra hasta aceptar que podíamos volar con nuestra casa donde nos apeteciera.

-Estoy impresionada por la originalidad práctica de esta residencia -admitió Mara, sin ocultar su admiración-. Reconozco que los elementos integrados son claramente funcionales. De esta forma, me imagino que no hará falta gastar mucho dinero para decorar, y admito que en su sencillez no les hace perder comodidad y atractivo.

La mirada de censura de Donald Samuelson sobre Mara Lezama evidenciaba el malestar que al doctor le producía aquella admiración de uno de los suyos sobre las cosas de la nueva época; pero ella hacía tiempo que no tomaba en cuenta las contrariedades de su antiguo amante. Había tantas preguntas que hacer, tantas cosas por conocer...

-Me imagino que el gasto de energía será astronómico para mover esta nave residencial -apuntó el profesor Okada.

-Precisamente la energía es lo más barato en este tiempo -contestó Nico Sanabria-. Como ejemplo, han de saber que sólo tres baterías solares autorrecargables son suficientes para todas las necesidades de esta residencia, durante un mes.

-Deduzco, entonces, que dependen fundamentalmente de la energía solar -intervino Karol Bukoski-. Recuerdo que en nuestro tiempo las distintas energías renovables, incluida la solar, eran minoritarias en el mercado energético.

-Así es -contestó Nacho Garmendía-. La sustitución de los combustibles fósiles fue un proceso muy lento, según me he podido documentar.

-Pues, la verdad, me gustaría saber cómo se logró hacer el cambio hacia la energía solar, y en qué coyuntura se dio -inquirió Donald Samuelson-. Como dice el doctor Bukoski, en nuestro tiempo no había ninguna energía alternativa que pudiera suplir al petróleo, en un corto espacio de tiempo.

-Desconocen ustedes algo que cambió radicalmente el panorama energético en todo el planeta -aclaró Toni Farrell-. Con el descubrimiento de la *lumins*, la tecnología dio un paso de gigante. Después de muchas investigaciones, se había logrado la célula multiunión, un punto minúsculo, apenas perceptible por el ojo humano; un concentrador trabajando a mil soles, capaz de convertir en energía útil el ochenta por ciento de los neutrinos, que el sol envía cada día, desde el principio de los tiempos.

-Y pensar que en nuestro tiempo hubo guerras terribles para controlar el petróleo -dijo Sandra Sokoia, a modo de reflexión.

-Decir eso, Sandra, es ignorar la historia -reaccionó Donald Samuelson, como movido por un

resorte-. En nuestro tiempo se había invertido demasiado para extraer el petróleo y dependíamos de él porque la energía solar no se había desarrollado. Te recuerdo que la inmensa mayoría de la gente de nuestro tiempo podía mover el coche todos los días, y no le preocupaba cómo se hacía. Además, no tergiverses lo de las guerras; no se podían dejar las mayores reservas de energía en manos de países irresponsables, que amparaban el terrorismo y nos podían dejar sin suministro.

El coronel Rudolf, siempre atento a defender las tesis de su jefe, creía un deber salir al paso, y, como siempre, quiso hacerlo de manera bronca, pero Karol Bukoski estuvo al quite tratando de conciliar las posturas para evitar un espectáculo.

-No creo que Sandra pretenda molestar a nadie con algo que ya es historia. Todos sabemos que era difícil cambiar a una energía alternativa, pero hay que admitir que no había mucho interés en acelerar las investigaciones tanto en la energía solar como en la fusión nuclear, y, por lo que podemos comprobar ahora, esa tardanza nos costó cara a todos, sobre todo a las generaciones posteriores.

Laia, que había estado observando la disputa con suma atención, sonrió ante el último comentario de Karol,

-Reconozco que me gusta escucharles hablar sobre este tema, porque veo que reproducen ustedes fielmente el debate que se daba en aquel tiempo.

-De cualquier forma –intervino Nacho Garmendia-, aunque en la actualidad tengamos resuelto el problema energético, algunos dudamos si hubiera sido preferible haber acelerado la línea de investigación en torno al reactor de fusión. Yo soy uno de los convencidos sobre nuestra capacidad de ser autónomos, produciendo nosotros mismos la energía de las estrellas.

-Creo que el doctor Garmendia es un inconformista -exclamó Laia sonriendo, al tiempo que se dirigía al grupo de Donald-. Deben saber nuestros invitados que un veinte por ciento de nuestra energía ya es de fusión nuclear y la tendencia en este sentido se acentúa.

El doctor Garmendia se sonrojó ante el comentario de Laia Treval, y acabó sonriendo, al tiempo que Sandra le acompañaba en el gesto.

-Bueno, con el debate tan interesante que ha surgido, se nos ha olvidado hacer la petición de los combinados –dijo Lena Trevinca.

Sobre la superficie del panel de comensales aparecían unas señalizaciones para la petición del menú, y Nico Sanabria les explicó cómo deberían utilizar el videokit, pasándolo sobre el rectángulo verde señalizado al efecto.

-Ahora pueden comenzar a pedir lo que cada uno elija –les animó Laia Treval.

Nico Sanabria fue el primero en hacer la petición, mientras ellos se mostraban remisos, observando.

-Esto parece más complicado que nuestros antiguos restaurantes –comentó Jon.

-No lo crean -salió al paso Nico Sanabria-. Para nosotros es algo rutinario.

-¡Joder! ¡Esto no funciona! -exclamó el sargento Somoza en voz baja-. Donde esté un buen camarero...

-No seas bruto, Onado -dijo Melisa, que estaba sentada a su lado-. Estás poniendo el videokit al revés.

Entretanto, Donald Samuelson se mostraba receloso, sin atreverse a elegir el menú. Cruzó su mirada con la del coronel, y ambos parecían sentirse fuera de lugar. Añoraban aquellas comidas en los restaurantes de San Francisco, con aquel ritual imperturbable del Maitre: "pase el señor..., ¿qué desea el señor?" "Allí sólo había máquinas sin que hubiera otra opción" –pensaba el doctor.

-¿Qué sucede, coronel Danhausse, no se decide? -se interesó Laia.

-Ah, sí, ahora mismo -contestó Rudolf para salir del paso, sustrayéndose a la atracción mental de otro tiempo. Miró de nuevo al doctor y éste hizo ademán de seleccionar el menú.

"No había más remedio que elegir ó se quedaba sin comer" –pensaba el coronel. Se fijó en la pantalla: *...alcachofas con jamón.....choto con extracto de algas...*

Instantes después, por el hueco que quedaba en el centro de la mesa circular, comenzó a ascender el levátor domótico portando los primeros menús solicitados. Laia y los demás compañeros del equipo retiraron las bandejas hacia sus respectivos espacios de comensales. Una vez más, el grupo de Donald seguía con asombro renovado aquel alarde de automatización. Continuaron los murmullos, comentarios de admiración y hasta alguna gracia a cuento de aquella magia mecánica.

Después de aparecer sobre la repisa las últimas bandejas, algunos comensales del grupo de Donald se quedaron indecisos, al abrir las tarrinas.

-¿Qué te pasa, Onado? -inquirió socarronamente Jon.

-¡Esto es una mierda! -exclamó Onado, junto al oído del Mayordomo.

-¿Qué esperabas, un choto asado sobre el plato?

Las inevitables risas de algunos de sus compañeros más cercanos habían llamado la atención del resto de los comensales, que no sabían de qué iba la gracia.

-Creo que a Onado le ha frustrado la elección de menú y no ha podido contener sus impulsos –aclaró Melisa.

-Entiendo -se hizo cargo la profesora Treal-. Ya les previne que las comidas, en este tiempo, difieren bastante del pasado. Ahora toda la gastronomía integrada funciona a base de combinados, donde se equilibran las proteínas y vitaminas para no dañar nuestro organismo.

-Así es -confirmó Lena Trevinca-. Además, en esta fase de recuperación deben ustedes hacer un esfuerzo especial, pues es necesario que tomen sus alimentos perfectamente triturados. Si procediéramos de otro modo, pondríamos en peligro sus vidas.

-Entonces, ¿es cierto que han desaparecido las comidas de nuestro tiempo? –preguntó Onado, con cierta preocupación-. Yo creía que eran sólo cosas del cine.

-Vaya viaje más estúpido que hemos hecho, sargento –comentó Rudolf en voz baja.

-No se preocupen –les aclaró la profesora Treal, sonriendo-. Sigue habiendo comidas de acuerdo con la vieja tradición, pero esta gastronomía clásica se da fundamentalmente entre los *Oris*. Cuando termine la primera fase de recuperación, y en la primera ocasión que haya, podrán disfrutar esas delicias que tanto añoran ustedes.

-Por curiosidad, ¿quien va a pagar todo esto? –Se adelantó a decir Jon-. No quisiera que acabáramos fregando los platos.

Aquella salida, en clave de humor, concitó algunas risas entre sus compañeros.

-La respuesta es obvia, pues son ustedes nuestros invitados -contestó Laia-. Mi videokit recogerá el gasto de este almuerzo en nombre del equipo.

-Pero digo yo que de alguna manera habremos de pagar cuando queramos comprar algo por nuestra cuenta –se interesó Melisa Campbell.

-Desde luego –les informó Laia-. Aprovecho para decirles que se ha dotado la cuenta personal de cada uno de ustedes con cien mil activos. Ya les adelanté que ahora no existe una moneda física, y además está unificada a nivel planetario. Pueden considerarlo como un préstamo sin interés del Fondo Especial Eurocomunitario, y no tendrán que compensarlo hasta que realicen una actividad lucrativa.

-Esto sí que es un detalle –dijo Melisa, complacida, mientras el coronel fruncía el entrecejo.

Y siguieron conversando sobre las peculiaridades de la nueva época, de las costumbres culinarias, y de los gustos y modas que ahora prevalecían.

La conversación se fue diversificando, formándose grupos según la proximidad de los comensales. Mientras Donald Samuelson y el Reverendo Peterson porfiaban con Toni Farrell y Lena Trevinca, Onado Somoza miraba su bandeja y movía la cabeza con desaprobación, no tanto por las ideas que estaban en liza como por el contenido de su menú.

Tras el almuerzo, los soportes cilíndricos se replegaron sobre la panza del módulo espacial, ocultando la mesa de comensales con sus asientos, al tiempo que las dos planchas del solado central volvían a su lugar. Luego, los laterales de aquella sala transformista expelían unos cómodos cojines en forma de neumático con espaldas automáticas adosadas a la mampara circular. La profesora Treal les invitó a

acomodarse. El salón relax estaba a punto.

Nico Sanabria seleccionó para la ocasión música clásica del final del segundo milenio. Lo había hecho en atención a los invitados y así se lo hizo saber.

-Si no recuerdo mal, esta música es de Enya -dijo Sandra.

-Esta usted en lo cierto -afirmó Nacho, que estaba próximo a ella-. Exactamente, “the celts”. Por lo que veo, coincidimos en los gustos musicales.

-En otro tiempo me decían que estaba obsesionada con la música. En mi apartamento quedó toda una colección de compact disc, sobre todo de “new age”. Conocía casi todas las grabaciones que se hicieron en distintos países, aunque me entusiasmaba: Enya, Deuter, Kitaro y Suzanne Ciani.

-Para nosotros son ya los clásicos postmodernos como ha dicho Nico –siguió Nacho el comentario-. De todas formas, siguen teniendo mucha influencia en esta época. Posiblemente, esta corriente ha perdurado más por unir elementos de folk tradicional y darles una dimensión planetaria.

-Estoy de acuerdo –dijo Sandra-. Con la paradoja de que los distintos creadores interpretaban melodías ancestrales con los más avanzados instrumentos y técnicas electrónicas al día.

Rudolf no ocultó un gesto de evidente fastidio por aquellos arranques intelectuales de Sandra, que, en diversas ocasiones, había tachado de arrogantes, y que tanto humillaban al coronel.

Enya seguía sonando, mientras Sandra hacía gala de aquel entusiasmo que le caracterizaba, desgranando las peculiaridades musicales que tanto le habían hecho disfrutar en otro tiempo. Nacho le escuchaba sin pestañear.

-Quisiéramos invitarles a degustar un licor refrescante de cosecha Ori que no perjudicará su recuperación –propuso la profesora Treval.

El ambiente de sobremesa era relajado. En unos instantes, los glaxos de licor aparecieron sobre unas bandejas desplegadas en los paneles laterales. Nacho y Laia brindaron, en primer lugar. Luego, todos degustaron con deleite aquel licor que sabía a regaliz y menta.

-Me imagino que aún no han paladeado el aroma de los tónicos -sugirió Nico Sanabria.

Donald Samuelson y los demás miembros de la expedición se quedaron mirándole sin comprender.

-Nosotros le llamamos paladear, porque al aspirar este extracto de hiervas aromáticas, se activan las papilas gustativas, y nos embarga una relajación indescriptible –trató de explicarles la doctora Trevinca.

-Lo que te digo, sargento, aquí acabamos colocándonos, y gratis -comentó Rudolf al oído de Onado.

-No deben preocuparse –dijo Nico, sonriendo-. Los tónicos están exentos de todo elemento nocivo para los pulmones, y además no tienen los efectos de adicción que poseían la nicotina y otras drogas de otro tiempo.

Instantes después, sobre la boca de un estrecho tubo metálico, insertado en el lateral de cada espaldera, asomaba un estilizado cigarrillo.

Nico Sanabria inició el ritual, tomando el suyo, y se lo llevó a la boca con toda naturalidad. Algunos hibernautas siguieron el ejemplo.

¡Qué maravilla! -exclamó Sandra, mientras se deleitaba con la primera bocanada.

Apenas se dieron cuenta que una de las litografías del Salón-relax difuminó su motivo pictórico, y comenzó a emitir imágenes. Nico Sanabria recabó la atención de todos.

“...los hibernautas se hallan ahora reposando en la Comunidad Vital del Lago, situada al noroeste de Ibercom. Esta misma tarde se celebrará un acto de bienvenida en el recinto festivo de la comunidad, donde habrá una conexión interplanetaria. Esperamos que participen en el evento interactivo”.

-Espero que no lo tomen a mal, pero mis colegas infoperativos les han bautizado ya con el nombre de hibernautas –comentó Nico, sonriendo.

-¡Que original! –exclamó Melisa, divertida.

-Creo que no es el momento de tener la cosmovisión conectada –salió al paso Laia Treval-, sobre todo cuando nuestros invitados han tenido varias sesiones delante de la pantalla. Además, creo que tenemos mucho de qué hablar.

La litografía espacial volvió a su estado decorativo, mostrando la bella imagen de la Cabeza de Caballo en la constelación de Orión.

-Vejo que somos las estrellas del momento -se expresó Donald Samuelson con cierto regodeo-. No quisiera desaprovechar la ocasión para darles las gracias por el agasajo que nos están dispensando.

Con esta intervención, el doctor Samuelson trataba de mantener las formas, pero no podía disimular su inquietud porque las imágenes de la cosmovisión le habían traído a la memoria aquel imprevisto programa de integración que retrasaría todos sus planes.

-Por cierto, no hemos visto un sólo edificio de nuestra época -intervino Karol Bukoski-. ¿Es acaso esto una zona de ocio? Nos gustaría saber si existen las antiguas ciudades o al menos qué ha pasado con ellas.

-En el Parque de las Lagunas quedan pocos vestigios de antiguas edificaciones –prosiguió Nico Sanabria-. Salvo la iglesia románica de un antiguo monasterio que da nombre a una de las comunidades más próximas, apenas quedan algunos templos antiguos en los poblados más importantes, conservándose por ser de piedra y tener una estructura más sólida; sin embargo, ahora vive más población aquí que en tiempos remotos por ser una zona menos castigada por el cambio climático. En cuanto a las antiguas urbes, ahora les llamamos cibertecnópolis. Suponen un patrimonio histórico y artístico que todas las comunidades vitales se esfuerzan en preservar.

-Puede decirse que las comunidades vitales son la consecuencia de un retorno paulatino de los humanos a la naturaleza -matizó Nacho Garmendia-. En estos últimos siglos se ha producido un cambio de hábitat contrario al que se produjo a finales del segundo milenio.

-Sí, estoy de acuerdo –intervino la profesora Treval-. En mis años de investigación antropológica, pude estudiar el movimiento migratorio del campo a la ciudad, que se produjo entre los siglos diecinueve y veintiuno, y llegué a la conclusión de que se generó toda una serie de problemas medioambientales: cinturones superpoblados en torno a las grandes urbes, un tráfico rodado próximo al colapso, atmósfera irrespirable, y, consecuentemente, un aumento de las enfermedades respiratorias; en fin, una degradación ambiental que en nada favorecía una calidad de vida. Eso, sin citar la delincuencia, que atemorizaba el convivir diario. Creo que todo esto fue lo que incitó al cambio.

-Bien, pero a eso ya nos habíamos acostumbrado en otro tiempo, y yo nunca sentí deseos de abandonar la ciudad -comentó Melisa Campbell.

-Deduzco por sus explicaciones que las ciudades están ahora muertas –comentó Karen Irwing con cierta pesadumbre.- Lo siento, porque me encantaba el teatro y las exposiciones de pintura.

-Nada de eso -les aclaró Nacho-. Pronto visitaremos alguna de ellas, y comprobarán ustedes mismos la vitalidad de las antiguas urbes.

-Si les digo la verdad, yo también echo en falta la ciudad -manifestó Melisa entornando sus ojos y dejándose llevar por la añoranza-. Había tanto para divertirse, y tantas cosas para comprar... No puedo negar que disfrutaba recorriendo los escaparates de Union Square, eligiendo aquellos originales diseños, que yo misma había lucido en las pasarelas, y la satisfacción que sentía al ponerme una joya. Luego, estaban las fiestas donde podías lucir la última novedad para deslumbrar a tus amistades. No digo que aquello fuera la felicidad absoluta, pero me sentía a gusto.

-Es curiosa esa expresión –salió al paso Laia Treval-. Durante mis años de investigación me he preguntado muchas veces sobre las motivaciones profundas del consumismo que se produjo tiempo atrás. Ese empeño en acaparar cosas, esa asociación de la felicidad a la posesión del mayor número de objetos. Nunca he podido entenderlo, pero veo que ustedes lo sienten.

-Ahora empiezo a comprender algunas cosas de su tiempo –observó Nacho Garmendia-. Me he documentado hasta la saciedad y sé perfectamente que mientras algunos disfrutaban consumiendo una inmensa variedad de cosas, otros no tenían ni lo necesario para vivir.

-¡Vaya! Yo creía que esa mentalidad sólo se daba en nuestro tiempo -intervino Donald Samuelson con aquel aplomo mordaz del triunfador-. Pues mire, amigo, para su conocimiento, le diré que quien se moría de hambre en nuestra época era porque quería. Yo siempre me situé entre los que luchábamos por hacer posibles nuestras ambiciones.

-Por la forma en que habla, doctor Samuelson, se deduce que usted no era pobre -salió al paso Nacho Garmendia.

Donald Samuelson le miró con poca simpatía. Luego, levantó la cabeza con orgullo, y sonrió desafiante.

-Los pobres en nuestro tiempo se conformaban con su dignidad, pero para mantener ese patrimonio debían rodearse de escrúpulos morales que les paralizaban como una rémora, y nunca salían de pobres.

Donald Samuelson, una vez más, había aprovechado la ocasión para airear su filosofía y quedar por encima como lo había hecho tantas veces. Sandra hizo un gesto de fastidio al tiempo que observaba el rostro

de Nacho.

-Bueno, entiendo que no coincidamos en algunas cuestiones -concluyó la profesora Treval-. La verdad es que nuestro concepto de calidad de vida se basa fundamentalmente en el desarrollo de nuestras capacidades creativas, ya sea en la ciencia, el arte...

-...ó en los negocios, profesora Treval -acabó Donald la frase con un acusado talante de soberbia.- Por cierto, no he visto en la Red que haya empresarios emprendedores como en mi tiempo. Por lo que he podido deducir, todo se reduce a una economía planificada por las máquinas.

-Ya irá comprobando cómo nos organizamos y posiblemente se sorprenda -dijo Nacho para terminar, en medio de una sonrisa.

Laia sonrió también, mientras se producía un largo silencio, que sólo la música de Kítaro se encargó de llenar.

Todavía quedaban dos horas de sol, y Nico Sanabria propuso visitar el Parque Virtual, antes de la fiesta de bienvenida. La idea fue bien acogida y todos se levantaron, dando por terminada la sobremesa.

Fueron saliendo al jardín, en silencio. Dorremi, de pie, junto al distribuidor, les despidió con gestos serviciales. Jon Ribera se había quedado el último, y pidió al autómatas que le dejara recoger el salón relax. Pulsó el botón situado en el panel de acceso, y se quedó mirando, embelesado, cómo desaparecían los cojines y las repisas con sus espalderas. De nuevo, allí sólo se veía una sala circular vacía.

15

Estaba ya avanzada la tarde cuando los hibernautas, acompañados por el Equipo de Integración, subieron a bordo de un oval de gran tamaño, que pilotaba Dorremi. La nave estaba diseñada para trayectos más largos, pero había sido puesta a disposición de los hibernautas por la Comunidad Vital del Lago y, según Nico Sanabria, la utilizarían discrecionalmente mientras durara el proceso de integración.

En su interior, los asientos aparecían dispuestos irregularmente a ambos lados del espacio central, formando compartimentos, algunos de ellos individuales, y otros hasta de cuatro plazas. Una pantalla articulada de cosmovisión discurría por todo el frontal superior, tras la cabina de control.

Según les iba explicando Toni Farrell, aquel vehículo espacial cumplía varias funciones: medio de transporte, oficina, restaurante y hasta un cómodo salón-relax. Cada asiento llevaba incorporado un complejo mecanismo automático que le convertía en un robot multiuso, al servicio de cada viajero; desde la bandeja de consumo, que, al darse la vuelta, se convertía en una mesa de trabajo, hasta un sistema integral de video y audio conectado a la Red. Cada pasajero podía seleccionar a su gusto noticias, música, deportes o cualquier otra cosa que deseara ver o sólo escuchar. Además, de manera opcional, una pantalla de *videolet* se desplegaba delante de cada asiento mediante un brazo articulado, pudiendo visualizar el libro o revista que desearan. Incluso, en los viajes largos, los pasajeros más activos podían descargar de su videokit el trabajo creativo que estuvieran desarrollando en aquel momento, y así aprovechaban el tiempo de vuelo, utilizando la pantalla de trabajo. Sólo hacía falta seleccionar la opción preferida, y aquel asiento-robot se ponía en acción, con obediencia automática. Era tal la automatización, que el propio oval, con el piloto automático activado, tenía autonomía absoluta de navegación, con lo que el robot de a bordo podía dedicarse a tareas de atención a los clientes.

El ovalbus despegó suavemente sin restar agilidad a la maniobra, y poco después sobrevolaba las cúpulas plateadas de los ovalares residenciales. Contemplaron absortos el espectáculo de las naves más próximas, que volaban a distintos niveles. Algunas de ellas emitían una luz roja intermitente a modo de

estrella que, según las explicaciones de Laia, era el saludo de otros pasajeros, y les invitó a devolver el gesto, pulsando la placa interactiva situada en el brazo derecho de cada asiento.

-Este saludo electrónico es el mismo que nosotros utilizamos en el lenguaje oral -les explicó la profesora Treval-. Recoge la cultura de los últimos siglos y evoca la paz en una comunión de razas y pueblos.

-¡Que rollo de tía! -exclamó el Rudolf, en voz baja.

El doctor Samuelson, que ocupaba el mismo compartimento, sonrió ante el comentario del coronel.

Dorremi prestó atención al tráfico, que se complicaba por momentos. De vez en cuando, tenía que hacer malabarismos para guiarse entre aquella maraña de ingenios espaciales. El ovalbus hizo un quiebro para esquivar a otra nave que se había acercado demasiado.

-¡Eh, colega, mira por donde vuelas! ¡A ver si te ajustas el chip!

La exclamación del robot hizo que algunos de los hibernautas soltaran una carcajada, no exenta de cierto temor.

-Entiendan a Dorremi -comentó Toni Farrell, dirigiéndose al grupo-. Últimamente se han originado algunos problemas técnicos porque algunos ovals están ya anticuados y habría que reciclarlos.

-¿Está seguro, señor Farrell, que no existe peligro con estos aparatos? -inquirió preocupado el profesor Okada, a quien siempre había dado pánico volar.

-No se preocupe profesor -le tranquilizó el ingeniero-. Ahora nadie muere por accidente de oval.

-¡Joder, señor Farrell! -exclamó Jon, mirando de reojo a sus compañeros-. Lo ha arreglado usted.

-Precisamente en la actualidad, hemos logrado minimizar los riesgos -continuó explicando Toni su intervención anterior-. Tanto los autodomos como los ovals disponen de innumerables recursos técnicos para hacer casi imposible una situación irreversible.

-¡Sí, y yo me lo creo! -exclamó el sargento Onado, despectivo.

-Eh, sargento, si tenemos que soltar lastre, tú vas el primero -ironizó Jon.

Algunos rieron, mientras Dorremi hacía su observación particular.

-¡Ay, estos humanos! Que poco confían en nosotros. Me pregunto cómo han podido hibernar.

Estaban ya sobre el recinto recreativo del Parque Virtual, cuyo perímetro aparecía señalado por una hilera de castaños que hacían de valla natural. Se parecía a un parque de atracciones de otro tiempo aunque desde el aire no podían divisar ningún artilugio lúdico conocido; sólo extraños diseños que despertaban su curiosidad.

-Ahí será la fiesta de bienvenida -dijo la profesora Treval, señalando el lugar.

Debajo de ellos, podían apreciar un amplio graderío, en forma de abanico, rematando en una plataforma circular que se adentraba en el lago y descansaba sobre un gigantesco neumático en forma de copa. Era el escenario donde actuaban los grupos musicales del momento.

El ovalbus sobrevoló lentamente el recinto hasta el otro extremo. Habían llegado a su destino, según les acababa de anunciar Dorremi. La nave tomó tierra sobre una de las dianas que estaba libre en el *Ovalpuerto* contiguo al Parque Virtual entre una orgía de luces parpadeantes. Pedro el Sureño había cronometrado el tiempo entre el despegue y el aterrizaje, llegando a la conclusión de que el vehículo aéreo había tardado menos en el trayecto que en la subida y bajada de los pasajeros.

-Me imagino que estos aparatos aparcarán en alguna parte -inquirió el Sureño, dirigiéndose a Nico Sanabria-. Digo esto porque observo que en estas plataformas sólo despegan y aterrizan.

-Efectivamente -contestó Nico-. Además de las dianas y de los ovalpuertos, que sólo se utilizan para carga y descarga, existen los *Círculos de Reposo*. Todos los ovals de transporte permanecen en vuelo durante periodos de cuatro horas, y, al cumplir su turno, regresan automáticamente a su plaza.

Habían descendido ya todos del ovalbus, que despegó de inmediato, y se encaminaron hacia la entrada del recinto.

-Oye Nico -intervino de nuevo Pedro Menchaca-. Lo que más me llama la atención es que no he visto un solo aparato pilotado por personas. ¿Es que está prohibido pilotarlos?

-Por supuesto que no -aclaró él-. Pero no podemos hacerlo en las rutas regulares, donde se mueve todo el transporte.

El Sureño era insaciable en su avidez por los detalles. Buscaba en todo momento la compañía de Nicho Sanabria, con quien había empezado a simpatizar. No es que fingiera aquella afición por la

aeronáutica, pero, en el fondo, se sentía atraído por el verbo fácil del joven integrador, dispuesto en todo momento a dar cuantas explicaciones se le requiriese, con tal de mostrarse útil dentro del equipo.

-Hay que tener en cuenta que los humanos produciríamos muchos accidentes –siguió explicando el infoperativo-. Con los autodomos, la precisión en el vuelo es casi absoluta.

-¡Vaya aburrimiento! -exclamó Rudolf, que caminaba junto a Onado detrás de ambos.

La profesora Treval sonrió ante la expresión del coronel, y trató de explicarle que no sufriría tal decepción. Según ella, cualquier comunitario podía alquilar un oval por un precio módico y pilotarlo en espacios abiertos, fuera de ruta. Aquello era un auténtico placer.

-¿Cómo es posible que una sociedad tan avanzada haya abolido la propiedad sobre un bien de consumo tan común? -preguntó Donald Samuelson, que seguía en silencio los comentarios.

-No existe tal prohibición -puntualizó Nacho-. Por lo general, los ovals tienen tarifas de alquiler muy reducidas, y al no tener problemas para su disfrute, pocos comunitarios optan por adquirirlos en propiedad. Imagínense que cada uno de los comunitarios tuviera un oval. Las consecuencias serían desastrosas, pues tendríamos que soportar individualmente un coste excesivo, el tráfico sería agobiante, el peligro sería altísimo y a la postre no redundaría en un mayor disfrute sino que por el contrario este recinto estaría rodeado de ovals aparcados en lugar de hermosos jardines.

-Ese problema ya lo teníamos en nuestro tiempo y no era el fin del mundo -dijo Onado Somoza.

-Para algo nos tenía que servir la experiencia que vivieron ustedes –concluyó Nacho sonriendo.

El grupo se dirigió al centro del recinto. Mientras paseaban, algunos comunitarios se acercaron a saludarles.

-¡Qué lata! -se quejó Rudolf-. Parecemos las estrellas de la NBA.

Por indicación de Nacho, se desviaron hacia un bulevar, donde unos extraños módulos en forma de peonza se alineaban a ambos lados del paseo. Allí se vendían objetos artesanales, a la vez que los vendedores les ofrecían gratuitamente bebidas refrescantes.

Los hibernautas se quedaron mirando con aire interrogante a Laia y a sus compañeros de equipo. Estaban confundidos por algo que en otro tiempo les hubiera parecido lo más natural del mundo. Aquellos garitos estaban atendidos por personas de carne y hueso. Su atuendo no era distinto del resto de las personas que paseaban por allí, y todos disponían del videokit correspondiente.

-Éstos, me imagino que serán un nuevo tipo de robots –preguntó Sandra, dejándose llevar por la curiosidad.

-No –contestó Lena-. Son los comunitarios del colectivo marginal a quien se refirió la profesora Treval en el almuerzo. Se les conoce con el nombre de Oris, y no participan de la vida comunitaria tal como la entendemos los integrados.

-A ver si nos aclaramos -exclamó el Jon el Mayordomo con evidente confusión-. En el almuerzo nos decían ustedes que estos trabajos no eran atractivos para las personas de este tiempo.

-Bueno, Jon, quizá no nos explicamos bien -contestó Nico Sanabria-. No nos referíamos en aquel momento a los Oris, sino a los comunitarios en general.

-Veo que les llama la atención el hecho de que haya personas que sirvan bebidas –observó sonriente la profesora Treval-. Eso evidencia que están cambiando ustedes de mentalidad. Ya que estamos ante ellos, quiero comentarles que estas personas eligen libremente trabajar con sus propias manos, como se hacía en el pasado. Eluden la robótica y crean directamente todo tipo de productos. Son los mayores creadores de artesanía, a nivel planetario, y cultivan todas las artes. Además, se dedican a mantener las tradiciones y costumbres de cada región. Por lo general son artistas a la antigua usanza, aunque los verán en los parques recreativos ofreciendo bebidas para vender mejor sus creaciones, y también en el *Abastol* y en los *Ferriagos* donde permutan sus productos con los Oris campesinos. Éstos viven en cabañas construidas al viejo estilo arquitectónico, dentro de parcelas alquiladas a la comunidad vital que llamamos *Agronates*. Les prometo que haremos alguna visita a estas comunidades para que aprecien de cerca su modo de vida.

En cada uno de los tenderetes aparecía la señalización de abono para el cobro de la variada gama de mercancías artesanales: bisutería, cuadros, piezas de cerámica, caricaturas, prendas de vestir bordadas, marroquinería y un sinfín de adornos personales.

Mara, Karen y Melisa fueron las primeras en animarse a adquirir algunos pañuelos de encaje con originales bordados. Sus rostros evidenciaban disfrutar como en los mejores tiempos, aunque aquello no fuera Financial District.

-No falla -comentó Rudolf en tono despectivo-. Por mucho tiempo que pase, las mujeres no pueden

vivir sin comprar sus chucherías.

-Y tú, Rudolf, además de bestia sigues tan machista como siempre -le espetó Mara, mientras Nacho Garmendia y algunos hibernautas cercanos al grupo rieron la reacción.

Poco después, Sandra y Karol se retiraban de uno de los tenderetes con algunos objetos de artesanía. Cuando el Ori les recordó que debían abonar el importe, Karol miró a Sandra, y, por un instante, hizo amago de buscar en unos bolsillos inexistentes; pero ambos soltaron una sonora carcajada al darse cuenta de lo ridículo de la situación, ante las caras comprensivamente sonrientes de Nacho y Lena. Luego, pasaron el videokit por el rectángulo de abono, y se unieron a ellos por la rampa que daba acceso al bulevar.

-Está claro que nos cuesta acostumbrarnos al videokit -comentó Sandra entre abochornada y divertida.

-Por cierto, este aparato funciona mejor que nuestras tarjetas-siguió Karol el comentario mientras Sandra le acompañaba en una risa espontánea.

A algunos de los hibernautas, aquel ambiente comenzaba a conquistarles. Al cabo de unos minutos, el grupo se había diseminado entre los tenderetes de los Oris. No lejos de allí comenzó a sonar una música vibrante al ritmo de sonidos espaciales, y daba la sensación de que las notas brotaran del suelo, del aire, de todas partes. Era una pista circular de patinaje que basculaba con manifiesta dificultad para los participantes. El sol comenzaba a ocultarse tras el macizo montañoso, y un despliegue de luces al otro lado de la pista atrajo la atención de todos.

En aquel momento comenzaba a girar sobre sí mismo un enorme cilindro transparente, estirándose hasta una altura de treinta metros mientras desplegaba, a distintos niveles, plataformas articuladas sobre unas simuladas ramas mecánicas. El nivel inferior del árbol comenzaba con seis plataformas para ir decreciendo en los niveles superiores hasta configurar una especie de abeto mecánico gigante. Cada plataforma remataba en una balconada de luces parpadeantes a modo de anillos de neón, que parecían bailar un ritmo de chispeantes luces, mientras rotaban en torno al soporte cilíndrico.

-Ahora no tenemos tiempo, pero en otra ocasión subiremos a relajarnos en el *Spacetree* -dijo la profesora Treval-. Es una sensación que merece la pena disfrutar. Deben saber que este tipo de equipamiento lúdico procede de su tierra. Aquí, en Ibercom, tenemos una réplica en los miradores, solo que éstos no tienen movimiento.

Poco después, se adentraban en la zona sur del recinto recreativo, parándose junto a una esfera gigantesca, que llamó la atención de los hibernautas. En su interior, se podía observar cómo volaban minúsculos ovals uniplaza, que chocaban entre sí, dibujando piruetas en el aire. Desde el exterior, daba la sensación de que las arriesgadas maniobras suponían una gran pericia por el peligro que entrañaban; pero, para su sorpresa, comprobaron que aquellos ovals estaban pilotados por niños. Se quedaron embelesados, observando aquel despliegue de malabarismos, ante los gestos divertidos de Laia y sus compañeros de equipo.

-¡Que gente! -exclamó Pedro, entusiasmado.

Su mirada lo decía todo. Le parecía increíble estar viviendo lo que algunas veces había imaginado en sus sueños. El Sureño salió de aquel trance al escuchar las explicaciones de Toni Farrell.

-Además de ser una atracción divertida, tiene la ventaja de que los niños se van adaptando para dominar el espacio, lo cual es imprescindible en esta época.

-En nuestro tiempo existían carreras de coches, de motos y de todo cuanto se moviera sobre ruedas -dijo el sargento Onado, orgulloso de poder comparar algo con más emoción.

-Todavía hay minorías que siguen manteniendo la vieja tradición de la velocidad sobre tierra firme -les informó Nico Sanabria-, pero lo que más aceptación tiene en este tiempo son los campeonatos de ovals. Suelen organizarse para todas las edades y niveles. Los que destacan y llegan a la primera categoría son premiados con un oval uniplaza.

-Me imagino que habrá alguien dedicado a enseñar el manejo de estos aparatos -inquirió el Sureño sin disimular su ilusión de niño grande.

-Así es -se explayó Nico al ver el interés permanente de aquel hombre-. Los primeros vuelos se hacen en compañía de un autodomio. Después, cada cual se perfecciona según su capacidad de pilotaje y disponibilidad económica. Además, existen clubes de ovals deportivos, que ayudan al perfeccionamiento de los socios.

Cada minuto que pasaba en aquella fase de integración, Donald Samuelson se sentía más preocupado por la admiración que todas aquellas novedades suscitaban entre los miembros de la expedición. Se quedó

con ganas de replicar a Nico Sanabria, porque, en el fondo, le costaba admitir que su propia admiración se hallaba pareja con la rebeldía que sentía dentro.

-A propósito, un poco más adelante tenemos la *Cabina Cósmica* –dijo Nico Sanabria, señalando una enorme cúpula.

Era una especie de planetario, aunque de mayores dimensiones. Según Nico, su techo abovedado reflejaba el espacio celeste y el suelo se asentaba sobre una plataforma basculante. Todo consistía en someterse a una experiencia virtual, soportando mentalmente las cuatro estaciones del año, de manera continuada, con tormentas de nieve, aguaceros, vientos huracanados y hasta la aridez de mismo desierto.

-Esta sí que es una experiencia que merece la pena vivirse –terminó diciéndoles.

-¡Vamos, Nico! –exclamó Laia-. Cómo se nota que no has pasado ni la primera hibernación.

-No exageres, Laia, tampoco es para tanto –dijo Nico, acentuando la modestia-. Sabes que lo único que hace falta es un poco de control mental.

Siguieron caminando en dirección al lago. A lo lejos se oía una música que a los hibernautas no les era desconocida.

-Lo que me extraña de todo esto es la ausencia de publicidad, ¿Te has dado cuenta Karen? –dijo Melisa, dirigiéndose a su amiga.

-Sí que me he dado cuenta –contestó ella-; pero es todo tan diferente...

-¿Tan importante era la publicidad en vuestro tiempo? –inquirió Laia Treval, como si no lo hubiera estudiado detenidamente.

-Las marcas publicitarias –continuó diciendo Melisa-, eran el decorado ineludible de cualquier lugar del planeta. No es que a este parque le falte atractivo, pero a mí me da la sensación que carece de algo.

-Como infoperativo, he estudiado el arte publicitario de vuestro tiempo y admito que hay que inclinarse ante lo imaginativo de algunos spots; pero creo que nuestros antepasados debieron acabar tan saturados, que decidieron eliminarlo de su rutina como consumidores. La ventaja, ahora, es que los precios no soportan el coste añadido de esa propaganda machacona.

-Así es –intervino la profesora Treval-. Ahora, tenemos suficiente información de cualquier producto en la Red sin que haya necesidad de configurar uno determinado en nuestro cerebro.

-¡Que gente más rara! –comentó el coronel a media voz, recabando un gesto del doctor Samuelson.

Se detuvieron frente a una especie de esfera de una altura de tres plantas. Sus plateados paneles exteriores se adornaban con pantallas a distintos niveles en forma de abrazaderas que al proyectar el movimiento de las imágenes, parecía que la esfera girase. Aquellas pantallas anunciaban de forma resumida los espectáculos en videhollograma, que tenían lugar aquella noche. En la entrada, llamaba la atención un rutilante triángulo en el que se podía leer: "Centro Creativo Virtual".

Lena Trevinca les explicó que el espectador podía sumarse a la acción que allí se desarrollaba, improvisando sobre la marcha, y terminó diciendo que a través del videhollograma habían confluído el teatro y el cine, dando lugar a un nuevo tipo de arte participativo, donde se generaban interesantes debates sobre las obras expuestas.

El Reverendo Peterson movía la cabeza, mostrando su falta de sintonía con aquel tipo de arte, y no pudo evitar hacer su propio comentario.

-No entiendo cómo la gente puede disfrutar con esto. A mí me gusta ver una película o una obra de teatro, tranquilamente, y si me sugiere algo, tengo tiempo después para reflexionar.

-Entendemos que no compartan este tipo de creatividad interactiva –dijo Nico Sanabria-. He leído que en su tiempo la actitud del público ante lo artístico era puramente pasiva, es decir, una elite creaba, y los espectadores aceptaban o rechazaban a través del aplauso, quedando la crítica para entendidos.

-¿En que lugar ha quedado entonces el arte clásico? –inquirió Mara Lezama.

-Aunque el arte interactivo es la forma más común en nuestra época, no es la única –precisó Nacho-. También ahora reponemos obras clásicas. Casi todo el arte clásico se desarrolla en las cibertecnópolis. Allí siguen existiendo hermosas salas teatrales, de cine, música y exposiciones de pintura. Deben tener en cuenta que aunque residamos en un lugar tan apartado, podríamos viajar a cualquier parte de Ibercom en pocos minutos.

-Pero la gente que se dedica a este tipo de arte participativo no podrá vivir del mismo –apuntó Kota Okada.

-Tengo que discrepar con usted, Profesor Okada –puntualizó Laia Treval-. Cuando se refiere a poder vivir de un quehacer creativo, expresa un concepto del pasado. La aportación de los comunitarios en este

tiempo no viene dada por la producción de mercancías físicas sino por crear algo que enriquezca a la comunidad. Basta con que alguien, de manera individual o en grupo, registre su obra. La aceptación o el rechazo del público reflejarán el índice valorativo que ha de aplicar la administración robótica.

En aquel momento, comenzó a sonar una música como si surgiera del mismo lago. Pronto advirtieron que no les era desconocida.

-Esa melodía me parece que es "sing of the times", de Europe -trató de recordar Mara Lezama.

-Así es -dijo Nacho Garmendia-. Tiene usted buena memoria.

-Debiéramos acercarnos ya al auditorium -sugirió Lena Trevinca-. Falta poco para que empiece la fiesta aerospacial de bienvenida, y en esta ocasión son ustedes los protagonistas.

-De acuerdo -aceptó Laia-. Si les parece, vamos hacia la plataforma.

Siguieron caminando, mientras sonaba con más fuerza la melodía, pero pronto se hizo el silencio. El sol acababa de ocultarse tras el enclave montañoso, y el reino de las luces de neón se mostraba espectacular. El graderío, labrado sobre una gran roca, estaba repleto de asistentes. Cuando estuvieron a un tiro de piedra del mismo, alcanzaron a ver el soporte en forma de copa, que se adentraba en el agua y hacía las veces de escenario. En el frontal de la copa gigante aparecía un letrero de "BIENVENIDOS".

Un grupo de Oris, ataviados al estilo de los viejos rockeros, subía en aquel momento a lo alto de la plataforma, en medio de la algarabía reinante en el recinto. De inmediato, los músicos comenzaron a contorsionarse al ritmo de sus guitarras eléctricas, y los asistentes, enardecidos, siguieron el ritmo mientras coreaban viejas piezas musicales.

Después de algunos minutos, el autómatas que hacía de animador en el escenario rogó a los miembros de la expedición hibernatoria que se acercaran. Un atronador aplauso ensordeció la música, que dejó de sonar. Los asistentes se levantaron sin dejar de aplaudir, mientras Laia y sus compañeros de equipo encaminaban el grupo hacia el interior del cilindro que sustentaba la copa, y pronto aparecieron en el escenario. El animador saludó a tan peculiares protagonistas en nombre de la Mancomunidad del Parque de las Lagunas, y destacó su gesta como algo que engrandecía a la especie humana.

Una nueva sinfonía, acompañada de sonidos espaciales, se expandió por el recinto al ritmo de un baile de gigantescas esferas, que mostraban imágenes del exterior. Los miembros del Equipo de Integración facilitaron a los hibernautas unas *lentes interactivas* para poder seguir la comunicación.

Una nutrida representación de las comunidades planetarias y extraplanetarias irrumpía en la fiesta, saludando desde las esferas a los pioneros de la hibernación. Ellos con cierta sorpresa y azoramiento contestaron a los saludos, y por un momento se sintieron los héroes de aquel extraño tiempo.

Después de la experiencia interactiva, el animador del espectáculo pidió unas palabras a los protagonistas del evento.

Por unos momentos, Donald Samuelson se olvidó de sus celos. Estaba pletórico, como si el homenaje fuera sólo en su honor, y sintió que volvía a ser el centro de atención en una fiesta, como en los viejos tiempos.

-Buenas noches a todos -comenzó el doctor, improvisando su discurso-. Yo empezaría diciendo queridos ciudadanos, pero situándome entre vosotros os digo: queridos comunitarios y amigos.

Tronaron de nuevo los aplausos y Donald continuó.

-En aras de la ciencia y a merced del destino, unos pocos hombres y mujeres de otro tiempo tenemos la satisfacción y el honor de compartir vuestros sueños. A nosotros nos queda mucho que aprender y esperamos vuestra comprensión. Sólo me resta dar las gracias por vuestra calurosa acogida y os saludo en nombre de toda la expedición hibernatoria.

Siguieron los aplausos, y la música volvió a sonar con fuerza, mientras los hibernautas bajaban del escenario y eran acomodados en las primeras filas del graderío. Para el coronel Rudolf, el discurso del doctor había sido excesivo, pero era el oportuno para aquella ocasión, y nadie hubiera podido hacerlo mejor.

La banda sonora de "**La guerra de los mundos**" sonó con una estridencia estereofónica, que el espacio se encargó de amplificar, y parecía que la música lo inundara todo; luego fue bajando la intensidad, y el escenario quedó a oscuras. Potentes reflectores, procedentes de ovals suspendidos en el aire, marcaron un amplio círculo en el espacio, que poco a poco se fue convirtiendo en el planeta Tierra. Dos impresionantes sombras con figura humana efectuaban una siniestra danza sobre el globo terráqueo, que era zarandeado de un lado a otro. De las sombras salían misiles en forma de dragones que echaban fuego por su boca y orbitaban temerosamente sobre el planeta.

Abajo, sobre una enorme pantalla aparecía un título:

"En otro tiempo"

y de un antiguo pergamino comenzaron a salir palabras, mientras los coros de varios puntos del planeta cantaban.

*En otro tiempo hubo dos hombres:
el hombre de la fuerza, ávido de poder,
que se asentaba sobre las ruinas
de su propia destrucción;
el hombre de la razón, ávido de sabiduría,
que construyó sobre la paz
de un planeta maravilloso y único.
En otro tiempo hubo dos mundos:
el mundo de la paz
que respetó la pluralidad de los pueblos;
el mundo de la guerra
que intentó aterrorizar a los hombres libres
comprando sus miedos para esclavizarlos.
En otro tiempo, un grito de humanidad
desterró al hombre de la fuerza,
y en la penumbra espera
la debilidad del ser humano.
En este tiempo, las gentes de paz
ya no temen a la guerra.
Sólo la injusticia y el olvido pueden incubar el odio,
que es germen de violencia y debilidad de la especie.*

Y, mientras los coros hacían un piano hasta el silencio más profundo, los infernales misiles tomaban forma humana y contorneaban sus cuerpos en ademán de lanzarse contra el hermoso planeta, y sus rugidos no eran palabras sino truenos, y de sus ojos salían relámpagos de furia, que se extendían por todo el cielo visible y sobrecojían a los espectadores. En el fragor del espectáculo, otra pantalla reflejaba hongos nucleares y destrucciones sin fin, mientras el contorno planetario ardía y la música elevaba su estereofonía, acabando en una estridencia enloquecedora.

Pero, lentamente, un murmullo humano se fue haciendo cada vez más potente y acalló los truenos, y la música fue haciéndose piano, y emergieron sobre el planeta infinidad de figuras humanas hasta ensombrecerlo, al tiempo que estallaban con fuerza las notas del himno de la alegría.

En los graderíos hubo un largo y atronador aplauso en el que participaron algunos de los hibernautas. Poco a poco se fue haciendo el silencio, y, mientras el escenario se quedaba vacío, los espectadores elevaban sus miradas hacia el cielo, al tiempo que una cascada de luces multicolores se esparcía por todo el espacio aéreo, reflejándose en el oscuro espejo del lago.

Aquella mañana no todos se levantaron a la misma hora. Sandra salió temprano del transovalar, y se alejó dando un paseo por los alrededores. El sendero se perdía allá en la fronda en un zigzagueante descenso. Había llegado a un recodo, que invitaba a admirar toda la grandiosidad del entorno. Se detuvo por unos momentos cerca de una valla de madera, justo en el borde del acantilado.

Desde aquella atalaya natural, no pudo sustraerse al recuerdo de su añorada bahía, y cerró los ojos mientras su memoria proyectaba imágenes de un tiempo lejano. Su imaginación voló hasta lo más alto de Pacific Heights, mientras la ciudad de San Francisco bullía, allá abajo, llena de vida.

Le costó abrir los ojos a la nueva realidad. Quizá, ahora, tomaba conciencia de que había dado un gran salto en el tiempo, y necesitaba más que nunca estar en el lugar que le vio nacer. No entendía aquella fijación de Donald en cumplir al pie de la letra una misión de supervivencia, que suponía una disciplina a ultranza frente a un entorno hostil. Recordaba como ridículas aquellas arengas del doctor sobre una élite que rigiera los destinos de una nueva civilización. Pensaba que en aquel momento ya no tenía sentido, al menos para ella, y posiblemente tampoco para algunos de sus compañeros de expedición.

Emprendió de nuevo el paseo a la sombra de los robles, que bordeaban el sendero. Aquello parecía tan especial, que llegaba a dudar si todo era fruto de un sueño en el interior del módulo de hibernación; mas sus ojos no podían traicionarle hasta aquel punto.

Se encontraba extraña en un mundo que había hurtado al tiempo, y caminaba sin rumbo fijo, observando con la atención de alguien que quiere comprender. Una voz conocida sonó a sus espaldas. Era Nacho Garmendia, que la había sorprendido absorta en sus recuerdos.

-Hola, Sandra. Te he visto desde lejos, y no he podido contener la curiosidad de acercarme.

-¡Ah! Hola, doctor Garmendia -contestó Sandra, volviéndose hacia él sin ocultar cierto sonrojo-. Perdona que no le haya visto, pero es que estoy algo aturdida con tanta novedad.

-Entiendo -asintió él-. Es demasiado brusco vuestro cambio. Me gustaría que nos tuteáramos. Parece que los del equipo fuéramos los profesores, y me siento incómodo en esa situación. Creo que nosotros también podemos aprender.

-Por mí no hay inconveniente; prefiero el lenguaje directo -dijo ella al tiempo que sonreía.

-Estoy seguro que con un poco de esfuerzo lograremos situaros en esta realidad. No tengo la menor duda de que tú, personalmente, te adaptarás sin traumas, pues he visto que tienes una mayor predisposición a entender lo que te rodea.

-Me encanta todo esto, pero añoro mi tierra.

-Ya, el maravilloso San Francisco y su bahía.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Sandra, halagada.

-Sé de vosotros todo lo que se puede saber. A mí también me encanta California, sobre todo San Francisco.

-¿Has estado allí?

-¡Oh! Sí. Muchas veces. Y siempre vengo enamorado de aquel lugar.

-¿Sabes que mis antepasados procedían de Cantabria? -le informó Sandra en castellano.

-¡Qué sorpresa! -contestó también él en castellano.

-Me gusta hablar en mi idioma materno.

-Lo bueno es que entre nosotros no necesitamos utilizar el conmutador de lenguas.

-Tienes razón. Reconozco que al principio nos inquietó mucho este artilugio de la técnica.

Ambos rieron divertidos, y Sandra acarició el collar.

-Antes de hibernar, tenía previsto hacer un viaje para conocer la tierra de mis bisabuelos, pero lo había ido posponiendo, y, luego, el reto de la aventura hibernatoria alteró definitivamente mis planes. Fue toda una sorpresa cuando me enteré que la hibernación se realizaría en esta zona.

-El tiempo lo va cambiando todo, incluso el destino de las gentes. Si te digo la verdad, yo respeto mis raíces, pero me siento comunitario del mundo. Se puede ser feliz en cualquier parte; sólo hace falta tener a tu lado personas a las que quieras.

Sandra se sonrojó al darse cuenta de que estaba mirando a Nacho embelesada, y bajó la vista con cierta vergüenza.

-A propósito, tengo hora para el *kombinátor*. ¿Te gusta el deporte?

-En otro tiempo practicaba el tenis, pero no he visto aquí a nadie que juegue a este deporte; posiblemente haya desaparecido como tantas otras cosas.

-No ha desaparecido, pero ahora lo practican sobre todo los Oris -dijo él-. A mí me gusta el kombinátor por el efecto sorpresa. Es muy común en esta época, y se celebran grandes campeonatos. Se parece a los antiguos deportes de frontón y se juega con palas, pero es más dinámico. Dentro de media hora comienza mi tiempo, pero si me admites en tu paseo cancelo el partido, salvo que tú desees aprender este juego.

-Me encantaría -aceptó Sandra-. Así se me quita la nostalgia, que me estaba empezando a entristecer, y no me gusta estar así.

-Pues tenemos tiempo para hacer las dos cosas -sugirió Nacho-. Si te parece, vamos paseando hasta el *Módulo romboidal* y aún llegaremos a punto para ponernos el equipo de deporte.

Se produjo un largo silencio, mientras continuaban bajando por el sendero del parque.

-A propósito, Sandra, ¿cómo te metiste en la aventura hibernatoria?

-Pues creo que fue fruto de la improvisación como en tantas ocasiones. Mi vida nunca fue programada como hacían otros a mí alrededor. Siempre fui fijando objetivos sobre la marcha. Recuerdo que la causa de mi hibernación comenzó mucho antes de fraguarse el proyecto, y todo se debió a mi relación con Donald Samuelson. Mi padre era ingeniero electrónico y trabajaba en una de las compañías que controlaba el doctor. Por aquel tiempo, en mi casa, nos podíamos permitir un holgado nivel de vida; pero luego llegó la crisis. Un día me enteré que le habían despedido con motivo de una reconversión industrial. No era ya sólo el hecho de estar ante un futuro incierto, sino que encontraba a mi padre cada vez más deprimido. Yo le admiraba tanto que no podía admitir su postración; así que un día me presenté ante el director de personal, a quien conocía desde pequeña, pero aquel burócrata parecía que se le hubiera helado el corazón, como si nunca nos hubiera conocido, y me dijo fríamente que no esperara ver readmitido a mi padre, pues había muchos como él. Cuando salía de aquel siniestro despacho dando un portazo, me encontré frente a frente con Donald, a quien no conocía de nada y, en tono de burla, me dijo: "parece usted un ciclón, señorita". Con el malhumor que yo llevaba, le contesté desabridamente. Al día siguiente, me llamaron para que acudiera de nuevo a aquellas elegantes oficinas, en relación con el problema de mi padre, pero en esta ocasión me recibió el mismísimo doctor Samuelson.

Habían llegado paseando a una loma cercana al módulo romboidal. Al otro lado del lago se divisaban las primeras estribaciones de la cadena montañosa que ascendía formando una amalgama de peldaños y vaguadas entre pastizales, alisedas y cambronales. Sandra aspiró profundamente y llenó sus pulmones.

-Y allí estaba yo frente al director general de la compañía -continuó Sandra-. Me extrañó que desde el primer momento se mostrara tan amable a pesar de mis modales del día anterior. Intentó convencerme del interés que tenía por resolver lo de mi padre, como si él no tuviera nada que ver en el despido. Llamó al jefe de personal y, delante de mí, le ordenó que se encargara de citar a mi padre para que ocupara su puesto. Señor Samuelson, ese puesto no existe ya, le informó el burócrata. Pues se lo inventa Usted, le contestó Donald con energía. Imagínate que alegría; no podía creerlo. Entonces comprendí quién era Donald.

Hubo un largo silencio, mientras Nacho miraba a Sandra sonriendo. Seguía su relato con tal atención que, por unos instantes, se había olvidado de su papel de integrador, para acercarse a la intimidad de una mujer, que arrastraba el lastre de tiempos remotos, pero en la que se apreciaba que su autenticidad estaba fuera de duda.

-Donald sabía entrar en la intimidad de alguien cuando le interesaba -continuó Sandra-. Si te digo la verdad, comprendí tarde que me había dejado arrastrar por las circunstancias, sin darme cuenta que el doctor Samuelson no amaba; sólo compraba lo que le apetecía. Me vi atrapada en su amabilidad, los detalles que conmigo tenía y, lo más importante, el agradecimiento que sentía por lo que había hecho con mi padre. Me invitó una noche a cenar, luego a una fiesta en su casa, más tarde a su apartamento secreto, y comenzó mi vida de amante. Cuando tomé conciencia de lo que estaba sucediendo, y me di cuenta de que no le amaba, era ya tarde para dar marcha atrás. En cuanto a Donald, sólo puedo decirte que mientras le duró mi atracción se mostró incluso lacayo, pero cuando el celo del macho comenzó a declinar, quiso dominarme como todo lo que poseía, y entonces fue cuando me negué a convertirme en su trasto usado, dejando las cosas claras en nuestra relación.

-Después de lo que me acabas de contar, comprendo un poco mejor lo que significaban la riqueza y el poder, en vuestro tiempo -comentó Nacho en tono reflexivo.

-Tengo la impresión de tener un borrón en mi vida, pero debo admitir que la vida es fruto de nuestras decisiones, y yo tomé la mía aunque fuera condicionada.

Caminaron en silencio, y Sandra exhaló un profundo suspiro, preso de recuerdos no siempre

agradables.

-Pero aún no te he respondido a lo que me preguntabas. Después de esto, estuve varios años sin ver a Donald. Pasó un tiempo en el que logré graduarme en psicología, y a través de un grupo de amigos me hice aficionada a la astronomía. No sé si conoces la obra de Carl Sagan.

-Bastante -dijo Nacho-. Ahora, le consideramos un clásico de la divulgación científica.

-Pues yo era una gran admiradora suya, y me empapaba de cuanto había publicado. No niego que en aquel momento estaba pasando por una etapa confusa y era sensible a las teorías de la existencia de vida extraterrestre, que el mismo Sagan no descartaba. Unos meses antes de hibernar, me encontré con Donald en un restaurante. No sé por qué me quedé hablando con él, y le dije que me había graduado en psicología además de haber terminado varios máxter. También le conté mi afición por la astronomía y todas aquellas cosas raras que ocupaban mi cabeza en aquel momento. Unos meses más tarde, Donald se acordó de nuestra conversación, y me propuso una aventura impensable. Al principio, cuando me explicó lo de la hibernación no podía creérmelo, pero ya ves que estoy aquí.

Continuaron el paseo por aquella vereda que bajaba hasta una explanada, donde podía verse una gran nave en forma de rombo y a su alrededor se alineaban otros módulos más pequeños con equipamientos deportivos.

Sandra sabía reconocer los síntomas de esa presión placentera y profunda que acompaña en ciertos momentos de la vida, cuando alguien ha logrado penetrar en lo más hondo del alma. Recordó la primera vez que había visto a Nacho, y el impacto de aquel semblante sonriente que incitaba a la confianza, pero en aquel momento no le había dado mayor importancia. Ahora, sin embargo, se sentía feliz caminando junto a él, y aquello ya era preocupante.

-Bueno, sólo hemos hablado de mí -dijo Sandra-. Me imagino que, al margen de tu cometido profesional, tendrás una familia que te espera.

-Si te refieres a mi pareja, te diré que no hay nadie -contestó Nacho con toda naturalidad-. He conocido íntimamente varias mujeres en mis periodos vitales, pero en este momento no existe ninguna en especial. Si he de ser sincero, tengo buenos amigos. Lo más importante de mi vida ahora mismo es una hija maravillosa, que me hace soportable el paso del tiempo. El problema es que desde hace quince años sólo le veo de manera virtual. Ahora mismo está en una de las comunidades de Marte. Es doctora en bioquímica, aunque sus investigaciones las ha orientado en la búsqueda de vida en el exterior. Pronto regresará para su primera hibernación.

Nacho suspiró, y miró instintivamente al cielo como buscando donde ubicarla, a pesar de ser pleno día. Luego, bajó la cabeza, preso de añoranza.

-Fuimos muy felices mientras estuvimos juntos, pero la vida de cada persona sigue sus propios destinos, y no vamos a hacer una tragedia por eso.

-Por tu forma de expresarte, adivino que estás orgulloso de ella -observó Sandra.

-No cabe duda, aunque es ella la que dice que está orgullosa de mí; pero prefiero no creérmelo, para no acabar postrado ante mi ego.

Habían llegado al módulo romboidal. Los paneles exteriores parecían estar dotados del mismo material de los ingenios espaciales. En la entrada, Nacho pasó su videokit por la señalización de rigor y se abrió una puerta que daba a los vestuarios. Un autodomio les recibió e inmediatamente les proporcionó el equipo de deporte.

En su interior, el módulo era de lo más imaginativo, y su armonía decorativa dejó prendada a Sandra desde el primer momento. En la mampara frontal se superponían una amalgama de paneles de diverso colorido, que cambiaban de posición al azar. En la pista, unas líneas blancas semicirculares sobre verde oscuro delimitaban los distintos niveles de puntuación, que aparecían numerados, y sobre éstas últimas, otras líneas rojas marcaban el ángulo de movimiento de cada jugador. Según las explicaciones de Nacho, la distinta orientación de los paneles devolvía la pelota de manera sorpresiva, por lo que debía estar muy atenta y ser lo suficientemente hábil en el manejo de la paleta para enviarla de nuevo al frontal.

-Bien, Sandra, sitúate mirando hacia el vértice de tu ángulo. Ahora lanza la pelota sobre los paneles.

Y la pelota golpeó en un panel, hizo una serie de movimientos chocando sobre otros paneles y, al fin, se precipitó en el ángulo de Nacho, quien la devolvió al frontal.

-¿Has visto qué sencillo? -le animó él.

-Sí. Creo que me va a gustar -dijo ella divertida.

Sandra, con la alegría y el entusiasmo que le caracterizaban, lanzó la pelota, que volvió a recorrer

rauda los paneles una y otra vez.

Sólo jugaron la mitad del partido, porque Nacho Garmendia era consciente de la situación de Sandra, aunque el entusiasmo de ella no parecía constatar aquella realidad.

-Has estado formidable -exclamó Nacho, halagando su entusiasmo-. Si me descuido, hubieras podido ganarme.

-Bueno, no es para tanto -restó Sandra importancia.

-A propósito, ¿por qué no terminamos la mañana almorzando juntos en el mirador espacial? -le propuso Nacho.

-Me parece fantástico -dijo Sandra-. Hablaré con Karol para que lo comunique a los demás.

Cuando Sandra salió del vestuario, evidenciaba a las claras su cambio de aspecto. Se le veía alegre, y podía apreciarse que había superado la nostalgia de horas atrás.

Se alejaron paseando por el sendero que llevaba hasta los ovalares. Por unos instantes, se mantuvieron en un silencio cómplice, mirándose de vez en cuando a hurtadillas. En lo alto de la loma, no muy lejos del transovalar, asomaba el mirador espacial. Sandra se había prometido a sí misma naturalidad, pero no pudo evitar sentirse nerviosa. Como aún era temprano, se recostaron sobre el frondoso césped en animada charla.

-Me siento feliz porque veo que el futuro no es tan monstruoso como lo habíamos imaginado en las primeras horas.

-También en este tiempo tenemos problemas, aunque no se aprecien a primera vista.

-Pero en mi tiempo, el poder y el dinero ensuciaban algunas veces lo más bonito del ser humano. Me atrevería a asegurar que ahora no se violenta la voluntad de nadie.

-No estés tan segura. Las personas somos muy complicadas. Eso no le pasa a los Autodomos.

Los dos rieron divertidos. Las palabras iban surgiendo espontáneas, envueltas en una sensualidad que la fronda llenaba de anhelos olvidados.

17

Aquel día de finales de junio estaba programado para la asistencia a un retorno hibernatorio. El evento tenía como protagonista a una de las personalidades más relevantes de la comunidad científica de Ibercom.

En la entrada del Hibernatorio les esperaba la doctora Serrano, que había sido intermediaria ante los parientes de la hibernada para que aceptasen la presencia de los miembros de la expedición. La doctora les recibió con acentuadas muestras de simpatía, y, antes de entrar, les explicó que había sido su compañera de aventuras en los años de experiencia vital.

Évora Soyinka era la mejor muestra de aquel cruce que se había producido en los últimos siglos, rompiendo los prejuicios estereotipados de raza y cultura. Sus antepasados procedían de la inmigración subsajariana que, jugándose la vida en cayucos y pateras, había invadido toda Europa en busca de una vida mejor, y ahora esta preclara descendiente de aquellos inmigrantes era una destacada personalidad en el mundo de la ciencia, muy lejos de su origen geográfico. Como muchos otros, en el nuevo tiempo, la doctora Soyinka había manifestado en más de una ocasión sentirse comunitaria de la Tierra, sin reivindicaciones que pudieran contener una connotación de purismos estrechos.

-Me alegro de que hayan venido. Es una experiencia importante para comprender lo relevante de su aventura hibernatoria.

Mientras se dirigían al módulo de descontaminación, la doctora Serrano no pudo evitar los

elogios a Evora Soyinka: una extraordinaria mujer que había contribuido de manera destacada al perfeccionamiento de los Autodomas. Era una auténtica “Ciberwoman” y gran parte de su longeva existencia la había dedicado a la creatividad en el campo de la robótica, habiendo participado en casi todas las convenciones planetarias sobre los avances cibernéticos. Hoy retornaba de un largo viaje; de aquel sueño artificial vigilado por las máquinas que ella misma había diseñado a través de años de experiencia creativa.

“Es la revolución más importante para el futuro de la humanidad” -había dicho en más de una ocasión. Este convencimiento le había situado frente a los que intentaban manipular a la especie humana a través de la clonación, creando castas sometidas, pues entendía que cada humano debía ser único, como había sido desde el principio de los tiempos, y sólo defendía la dimensión terapéutica de las células madre, adultas, en el desarrollo de nuevas técnicas de regeneración celular.

Entraban ahora en la Sala de Retorno, y la pantalla S ofrecía a la vista el siguiente rótulo: “*ÚLTIMA FASE DEL MÓDULO KVZ13485 DE EVORA SOYINKA CARRION*”. Por unos instantes, reinó un silencio de tumba pues era aquel un momento culminante en el parto artificial, aunque sucediera todos los días en las comunidades del planeta; era la resurrección más allá del mito, que la creatividad humana había osado desafiar a pesar de sus creencias ancestrales.

Por la cabina de eyección comenzó a salir el módulo hibernatorio. A través del caparazón transparente podían contemplar el cuerpo de Évora, aún inconsciente. En el centro de la sala se elevó una especie de camilla sobre la que se deslizó el módulo, al tiempo que dos Almas ejecutaban la tarea de comadronas mecánicas, vigilando las constantes vitales de la hibernada.

Los asistentes a la ceremonia seguían el proceso con una quietud apenas alterada por el parpadeo de los ojos. Los androides daban las últimas órdenes a la computadora hibernatoria. Poco después, la cúpula transparente se deslizaba hacia la parte de los pies, y los laterales del nódulo se abrían, formando arco sobre el pavimento de la sala.

El cuerpo de Évora había quedado ahora al descubierto, y sus mejillas comenzaron a sonrosarse. Estaba joven y hermosa aún, sin que aparentara los cuarenta años de otro tiempo, a pesar de sus ciento sesenta ya cumplidos desde su nacimiento real. Era su segunda hibernación de una combinatoria estándar. Su rostro parecía sumido en un dulce y profundo sueño, como si esperara el beso del buen príncipe que le devolviera a la vida.

Los reunidos en la sala mantenían el silencio, situados en los laterales. Eran todos amigos y parientes, reunidos en torno a un rito al que no podían faltar las personas más entrañables de la hibernante. Había también compañeros suyos, personalidades del mundo científico, muchos de ellos prestigiosos creadores dentro de la cibernética. Sólo los invitados del grupo de Donald marcaban la excepción en aquel acontecimiento.

Los párpados de Évora comenzaron a moverse perezosamente para abrir posteriormente sus ojos y acariciar la imagen de los seres queridos. Una tímida sonrisa en los labios fue el primer saludo, seguido de unos movimientos ralentizados como los de un despertar agradable. La base del módulo, que sustentaba la espalda y la cabeza, comenzó a articular un movimiento de incorporación hasta situarla en posición de sentada. De su boca salieron las primeras palabras.

-Amor y paz a todos.

-Amor y paz, Évora -contestaron a coro la mayoría de los presentes.

-Qué alegría veros de nuevo -añadió la retornada, al tiempo que se fijaba en el grupo de Donald-. Pero hay algunas caras que no reconozco.

-Estos comunitarios vienen de una hibernación más antigua que la tuya -le explicó la doctora Trevinca-. Te has perdido algunos acontecimientos importantes, pero ya te contaremos.

-Estoy impaciente por estar con vosotros -dijo la doctora Soyinka.

Todos los presentes volvieron sus caras al acercarse a la retornada un anciano, algo desaliñado, como si se hubiera colado por error en el Centro Hibernatorio. El doctor Samuelson miró con descaro al anciano como si le conociera de algo. A Karol Bukowski no le pasó desapercibido que aquel hombre devolvía la mirada a Donald en un gesto de mutuo reconocimiento.

Acto seguido, el enigmático anciano, tras un breve saludo a la retornada, volvió sobre sus pasos al tiempo que Karol le seguía con la vista hasta la salida. Donald Samuelson hizo un intento de ir tras él, pero se contuvo.

Los Almas movieron la camilla hacia otra estancia. La retornada debía pasar por una última fase de

regeneración celular, que se realizaba sin asistentes en otra de las salas del módulo hibernatorio. La ceremonia había terminado, y los asistentes comenzaron a salir de la Sala de Retorno para dirigirse al Salón-relax.

La llamaban “la sala de los brindis”, y allí era donde se celebraba el acontecimiento más importante en la vida de cualquier retornado. Sobre las repisas adosadas a las mamparas laterales estaba ya todo dispuesto: las tarrinas biorefrigerantes, los combinados y los glaxos con una variada gama de licores, para celebrarlo entre amigos y familiares.

Todos los asistentes charlaban animadamente, formando diversos grupos. En uno de ellos se encontraban el doctor Samuelson y el Coronel Rudolf. La doctora Trevinca comentaba que en el pasado no todos los retornos habían tenido un final feliz. Recordaba que en los primeros años de aquella extraordinaria experiencia el retorno suponía a veces un duelo, pues no había manera de despertar al hibernado a pesar de que la computadora indicara señales de vida, y cuando el módulo se abría, el cuadro era espeluznante. “Incluso, hubo un tiempo en que llegaron a prohibir el acto de retorno –terminó diciendo la doctora.

Donald Samuelson, ajeno a los comentarios de Lena Trevinca, seguía manteniendo en su cabeza la imagen de aquel hombre tan poco sociable, que se le parecía tanto al doctor Collins. Se acercó a la profesora Treval, que en ese momento charlaba con el profesor Okada, y apenas le dejó que terminara la última frase, para preguntarle por el enigmático anciano.

-Se trata del doctor Colinas -dijo la profesora sonriendo como si conociera de cerca la historia de aquel hombre-. Es un destacado bioquímico que colaboró en algún proyecto con la doctora Soyinka.

Luego, se extendió en hacer un perfil de aquel hombre como uno de los más destacados científicos de aquel siglo, habiendo logrado grandes avances el campo de la genética; pero su acento se cubrió de gravedad al reseñar que últimamente había perdido la confianza de la comunidad científica y se había vuelto un poco extraño, recluyéndose en la soledad de un agronat.

18

El verano iniciaba su recorrido, y, en aquellas latitudes, las noches mantenían aún el frescor, que duraba hasta mediada la mañana. El metalum externo de los ovalares lloraba con el rocío de la mañana, antes de proyectar sus destellos sobre las laderas que custodiaban aquel remanso. En el lago, las brumas impedían ver las aguas en calma y envolvían los jardines de la comunidad vital, como si las cúpulas de los ovalares durmieran sobre nubes de plata, en una hora donde el sol acariciaba aquella parte del planeta, para despertarlo de su letargo nocturno.

Los miembros de la expedición descansaban aún. Aquel día no había programa de actividades, y el equipo de integración se había ausentado la tarde anterior.

En la soledad de su mobilat, el doctor Samuelson trataba de reinventar el futuro. Su universo mental lo constituía la gran pirámide que trataba de levantar desde las ruinas de un pasado remoto. La obsesiva idea de unos pocos hombres superiores que dominaran sobre la mediocridad de sus congéneres, corroía la mente del doctor. Su egotismo mesiánico le hacía verse a sí mismo como uno de aquellos seres superdotados, batiendo alas sobre las miserias de la igualdad humana.

Acarició una vez más el amuleto, que colgaba de su cuello, como si de aquel trozo de metal dependiera el universo. La noche anterior, una pesadilla le había hecho desvelarse con un ahogo de

muerte al observar cómo un enigmático Ori lo reciclaba en su horno artesanal. Tenía el convencimiento de que los tres ángulos representaban la trinidad creadora y el paradigma que debía imponerse en el nuevo tiempo. Recordaba las veces que había hablado con el Maestro sobre la necesidad de que los elegidos ocuparan la cúspide de la gran pirámide hasta el final de los tiempos. Pero la base del nuevo sistema comunitario había cambiado el orden de las cosas, trastocando el mundo que él conocía, y ahora veía una figura invertida que mantenía su equilibrio por haber sido segada su cúspide, como si le hubieran cortado la cabeza a la mismísima jerarquía del mundo.

Observó detenidamente la inscripción, y sus ojos centellearon con ese gesto de locura que le transformaba. Aquel ideal de disponer de servidores humanos, felices, pero sin voluntad, estaba recogido en el Proyecto Clonyman: seres amorfos, máquinas humanas o robots vivientes; humanos con inteligencia, pero carentes de imaginación, como si se les hubiese practicado una leucotomía, porque se habría extirpado en ellos su libre albedrío y creatividad.

Aquella complacencia de sentirse servido no podía suplirla ningún autómatas por muy solícito y eficiente que fuese. El auténtico poder necesitaba para su reconocimiento aquellos pequeños detalles de sometimiento entre seres de la misma especie, como siempre había sido desde el principio de los tiempos. ¿Quién podría suplir la obediencia ciega de Rudolf, la docilidad del profesor Okada y un valedor de su conciencia como el Reverendo Peterson, quien saldaba gratuitamente sus cuentas ante el supremo hacedor?

No le pasaba inadvertido al doctor un detalle que lo cambiaba todo: aquel grado de desarrollo técnico había creado las condiciones para que un hombre ambicioso, como él, encontrara la forma de utilizar todo su potencial, y estaba convencido que le sobraban recursos para ello. En el fondo, Donald Samuelson compadecía a las gentes de aquel tiempo, porque, disponiendo de una sofisticada automatización, estaban en manos de unas máquinas, susceptibles de ser manipuladas. Lo que le extrañaba es que alguien no lo hubiera intentado ya. “¡Pobres gentes! -exclamaba para sí mismo-. “Habían caído en la mayor ingenuidad: desarmarse”. Con ello, pensaba que habían infringido la más elemental norma de supervivencia desde el principio del mundo. Tarde o temprano la tragedia les sorprendería sin posibilidad de autodefensa, y dejó escapar una sonrisa preñada de malsana satisfacción.

Pero el proyecto Clonyman necesitaba un tiempo para desarrollarse; probablemente más del que Donald Samuelson pudiera disponer aunque el Cronotron se activara inmediatamente, y aquel pensamiento asediaba constantemente su avidez de futuro.

Mientras vocalizaba el código de apertura del burodoc, el rostro del doctor pareció iluminarse, como disfrutando el momento. Su ego irredento nadaba en mares de orgullo por haber sido capaz de enterrar las semillas del pasado en aras de que algún día germinaran, y ahora veía llegado el tiempo de la cosecha. Extrajo de su mochila un plano numerado, y con una lupa de traslación aumentó las coordenadas del ángulo \hat{A} hasta el dígito 4; luego, llevó la lupa hasta el plano, y quedó observando la zona de la montaña donde se encontraba el secreto mejor guardado de su tiempo.

Rudolf escuchó a través del videokit la orden de Donald Samuelson, y no pudo contener una mueca de satisfacción. Debería acompañarle en el reconocimiento de la zona donde estaba ubicado el búnker. Sabía que sus servicios eran imprescindibles para el doctor en el nuevo tiempo, y tenía la seguridad de que no daría un paso sin contar con él. De hecho, las instrucciones secretas de la expedición autorizaban al coronel para sustituir al doctor en el supuesto de que a éste le sucediera algo imprevisto.

Desde el visor de su movilat, Karol Bukoski observaba en silencio cómo Donald y el coronel se alejaban en un oval, sobrevolando el lago. Era aquella una de las pocas oportunidades que tendría si quería encontrar la conexión entre el amuleto y la misión de la que Donal hablaba siempre en abstracto. Sabía que Dorremi se había ausentado con Nacho la tarde anterior, y los otros autodomos se hallaban inmersos en sus labores domésticas. Cuando salió al pasillo, vio con sorpresa que la puerta del movilat de Donald se hallaba en posición “on” como si hubiera olvidado ordenar el código de cierre. Entró en el habitáculo, procurando no llamar la atención, y comenzó a inspeccionar cada uno de sus objetos personales. Por supuesto, no esperaba encontrar allí el amuleto porque, según Karen, Donald no se desprendía de él ni para dormir.

Por unos momentos, dudó si debía continuar con sus pesquisas. La verdad es que no tenía por qué hacerlo y, pensándolo bien, tampoco tenía sentido, porque estando a una distancia de más de cuatro siglos, nadie, en aquel tiempo, esperarían su informe; pero, de pronto, sintió que se hallaba ante el reto de continuar por su cuenta aquella investigación, y no sabía muy bien si por deformación profesional o porque pudiera existir algún peligro en los planes del doctor Samuelson.

Allí estaba la mochila. Descorrió las cremalleras de los distintos compartimentos y halló un censo estadístico con el padrón catastral del año 2028, así como un plano de una zona cercana al lago. Comprobó que estaba mal doblado, como si el doctor lo hubiera dejado así aquella misma mañana por las prisas, y vio con sorpresa que faltaba una parte del mismo.

Estaba claro que Donald ocultaba algo importante en aquellas montañas, porque de lo contrario no tenía sentido mantener en secreto un búnker, que según el doctor sólo servía para la supervivencia. Tampoco tenía lógica actuar con tanto misterio si sólo se trataba de un almacén de armas y municiones convencionales, como les había dicho antes de hibernar. Siguió buscando instintivamente, a la vez que recorría en rápida ojeada el conjunto del habitáculo. Iba a abandonar la mochila cuando se dio cuenta que en su base había algo. Abrió el compartimento, y sus manos temblaron cuando descubrió aquel sobre lacrado con un sello triangular semejante al amuleto. Estaba dirigido al coronel Rudolf H. Danhause.

No podía levantar sospechas, y tuvo que improvisar, aplicando su profesionalidad. Allí estaban las instrucciones para llevar a cabo la misión. Su semblante mostró pronto el asombro por lo que estaba leyendo: el amuleto de Donald era una de las llaves para poner en marcha un arma biotecnológica que denominaban Cronotron; la serie alfanumérica no era más que una cita.

¡Ahora lo entiendo! –exclamó Karol.

Al final del documento aparecía la firma del Maestro. Cerró el sobre, como si nunca hubiera sido abierto, y lo depositó donde antes estaba. Luego, salió del movilat y respiró sin reponerse aún de la sorpresa. Salió del transoalar y paseó abstraído por el minúsculo jardín. Por primera vez, en mucho tiempo, sintió sobre sí una pesada carga que le abrumaba, pero sintió que no podía sustraerse al reto que aquello suponía.

El doctor Garmendia había acudido temprano, aquella mañana, al Mirador del Embarcadero. Le acompañaba Dorremi, quien le observaba en silencio. Mientras ascendían en el levátor que les debía transportar al cuarto anillo de aquel restaurante espacial, Nacho no podía disimular su inquietud.

No había ningún cliente en aquella hora tan temprana, y la sala, completamente diáfana, aparecía

acusadamente pulcra, con las mesas replegadas en la base. Un autodomio repasaba las existencias detrás del recinto de servicio. Dorremi se acercó a los visores que miraban a la zona oeste del lago y, una vez situado junto al perímetro dibujado en el suelo, extendió su mano sobre el espacio vacío. Automáticamente, comenzaron a desplegarse una mesa y varios asientos.

Nacho seguía de pie, observando el lago en calma, en aquella mañana de principios del verano. Desde la atalaya del mirador, parecía que las nubes se hubiesen caído del cielo; sólo silencio y paz en aquel remanso del parque.

-Creo que algo importante ocupa su cabeza esta mañana -comentó Dorremi, tratando de sacar a Nacho del mutismo.

Garmendia sonrió en silencio, y tomó asiento. Luego, desplegó la pantalla de su videokit y visualizó el amuleto con aquella enigmática inscripción. Necesitaba observarla una vez más entre las muchas que ya lo había hecho. Comprobó la fecha y respiró tranquilo.

-No intuyes mal, Dorremi, pero tú, además de buen observador, eres un cotilla -le sermonéó paternalmente Nacho, tratando de relajarse.

-Mal ayudante sería si no supiera qué le preocupa, doctor -contestó el autodomio con toda naturalidad.

-Yo creo que estás algo averiado -continuó Nacho, sonriendo-. Anda, pide algo para mí, pues las máquinas de carbono, como tú dices, necesitamos de estos pequeños detalles para sentirnos vivos.

-Pues ¡vaya lata! Prefiero mi batería LX21 de alto voltaje -añadió el robot, orgulloso de su especie cibernética.

Dorremi desplegó en su frente el intercomunicador ciberK, y pidió un zumo de naranja y un café frío, bien cargado. No tardó mucho en elevarse la placa central con el refrigerio de Nacho. Éste tomó el zumo de un trago, y puso en sus labios un tónico para relajar la tensión en un momento tan trascendente. Comenzó a saborear el café mientras extraía de su chaqué coaxial aquellas *lentes sónicas*, capaces de observar en las condiciones meteorológicas más adversas. Una vez ajustadas en sus ojos, digitó en el videokit los parámetros del videotelescopio, y la sonda láser rastreó, a través de las brumas, en los tres embarcaderos del lago.

No se apreciaba actividad alguna en aquel momento, y el marco focal sólo registraba el chapoteo del agua sobre las viejas embarcaciones a motor, que se confundían entre los *Pisciovales*. Se quitó las lentes y las depositó sobre la mesa, al tiempo que se recostaba sobre su asiento en actitud de espera. Entretanto, dejó su vista perdida sobre los ovals que sobrevolaban aquel espacio aéreo.

Por unos momentos, el doctor Garmendia quedó absorto en los vericuetos de su larga investigación, y ni siquiera fue consciente de que su aguda memoria le hacía retroceder a un tiempo pasado. Algunas imágenes le hicieron recordar cómo había descubierto el secreto de las hibernaciones, y no pudo menos que sonreír. Había sucedido por pura casualidad, cuando investigaba al doctor Colinas sobre su implicación en el asunto de la droga hipnótica.

Volvió a la realidad de lo que le había llevado allí, y aparcó sus recuerdos. Apuró el último sorbo de café, y dejó el pequeño cubo de plata sobre la plataforma de servicio. Luego, se ajustó de nuevo las lentes sónicas, y prosiguió la observación.

El lago parecía seguir tranquilo aquella mañana, y volvió a rastrear toda la ribera con la paciencia de un profesional. De pronto, hizo retroceder el rastreador al divisar algo que se movía en una de las embarcaciones. Fijó el objetivo, y la sonda electrosónica registró el movimiento de una persona. Allí estaba alguien oculto en una vieja motora, amarrada cerca del Embarcadero del Sur. Yacía tumbado boca abajo y tapado hasta los hombros por una lona grisácea, mientras observaba el embarcadero del oeste con unos antiguos prismáticos. Centró el objetivo, y aproximó la imagen para visualizar el rostro del inquietante observador.

-¡Increíble! -exclamó mientras se quitaba las lentes-. ¡Pero si es Karol!

No podía entender lo que estaba sucediendo. ¿Qué pintaba Karol en todo aquello? Y rechazó por absurda la idea que le rondaba en su cabeza. Precisamente, en las dos últimas semanas, Nacho había hecho cierta amistad con él, pero aquella variable nunca la hubiera podido contemplar. Debía de haber alguna explicación, y no pararía hasta encontrarla.

Pasaron unos minutos de incertidumbre. Nacho, sin permitirse un respiro, apenas apartaba de sus ojos las lentes sónicas. No tardó mucho en comprobar que una embarcación moderna se alejaba del embarcadero del oeste hacia el centro del lago. Esto no era una novedad para él, porque el piloto no era otro que el profesor Farrell, y cuando éste se hubo alejado unos quinientos metros de la orilla, quien comenzaba a

salir del embarcadero con la misma dirección era el doctor Colinas.

Minutos después, en el centro del lago se unieron las dos embarcaciones, y Nacho centró su objetivo, precisando la imagen de los dos miembros de la cita. Luego, activó la sonda electrosonica, y escuchó.

-Hola, doctor Colinas –saludó el profesor Farrell, mientras situaba su embarcación al lado de la del doctor.

-Hola, profesor; parece que seguimos pescando los dos, como en años anteriores.

-Estoy convencido de que nuestro colega aparecerá –aseguró el profesor Farrell.

-Sería un desastre que no lo hiciera –reflexionó en voz alta el doctor Colinas-. Puede ser la última oportunidad. Percibo que estamos solos en un tiempo que se nos escapa.

De pronto, la cara de ambos se transformó. Alguien se acercaba con una vieja motora desde el Embarcadero del Sur, y se mantuvieron en silencio, soportando la espera.

Desde su improvisado observatorio, Nacho seguía cada detalle con un silencio de claustro, y Dorremi le acompañaba en la expectación. El sol comenzaba a reflejarse sobre el lago, y las brumas parecían evaporarse como espíritus en fuga. El videokit de Nacho estaba a punto de marcar las diez, y su pulso se aceleró. Como un rayo, movió el rastreador de imagen y centró el objetivo al ver que los dos falsos pescadores señalaban hacia el sur.

Por fin, el triángulo se completaba. Nacho movió el rastreador hacia el observatorio de Karol, y vio como éste sonreía con cierto aire de triunfo.

Donald Samuelson, erguido en su embarcación, avanzaba cauteloso y dubitativo, sin apartar la vista del centro del lago. No tenía mucha fe en que la cita funcionara después de tanto tiempo, y menos que sus aliados en el Proyecto Clonyman vivieran todavía; pero a pesar de ello se había decidido a asistir. Podía divisar ya las siluetas de dos embarcaciones que se hallaban en el centro del lago. Al acercarse, reconoció de inmediato al profesor, que apenas había variado su aspecto físico. Su apariencia enérgica y arrogante evidenciaba la dureza de sus facciones, con una nariz prominente, acusadamente aguileña. La otra, bastante más anciana, apenas dejaba traslucir algún rasgo que le identificara, bajo su descuidada barba y aspecto desaliñado. Recordó entonces haberle visto días atrás en el Centro Hibernatorio, y le parecía increíble aquella coincidencia; pero, aún así, acabó reconociendo la imagen de George Collins. Apenas quedaba algo en él de su figura robusta y anchas espaldas, que habían enmarcado, en su día, la fuerte personalidad de un hombre capaz de todo por un gramo de poder. Su rostro reflejaba un profundo cansancio, y poco se parecía al brillante doctor, cuya imagen mantenía intacta en su memoria.

-Bienvenido doctor Samuelson -saludó a voz en grito el anciano con una tonalidad atiplada-. Le esperábamos hace mucho tiempo.

La disonante voz del anciano había repicado a gloria en los oídos de Donald Samuelson.

-Es un placer después de tanto tiempo, caballeros -contestó Donald al saludo.

-Bienvenido doctor -repitió el profesor Farrell-. Es un honor tenerle entre nosotros.

-Le sonará raro, doctor Collins, pero me pareció verle hace unos días en un retorno hibernatorio; aunque creo que se referían a usted como doctor Colinas.

-No se confunde en su apreciación. Yo también le ví a usted ese día, y estaba deseando que llegara este momento.

-Deduzco que ignoro muchas cosas y espero que ustedes me informen –dijo Donald.

-No duce que lo haremos, pero este no es el lugar adecuado –contestó el anciano.

Donald Samuelson echó un último vistazo sobre la soledad que reinaba en la cuenca este del lago, y preguntó por el Maestro.

-Tenemos que comunicarle que el doctor Ransfel no asistirá a la cita -le informó el profesor Farrell con cierta gravedad.

-¿Acaso fracasó su expedición? -preguntó Donald, preocupado.

-Algo peor que eso –contestó el doctor Colinas lacónicamente-. Fue asesinado.

Nacho Garmendia apenas parpadeaba mientras aguzaba sus oídos para seguir aquella reunión tripartita. Recordó que en sus investigaciones se hablaba del maestro, y, según sus informes, había sido detenido allá en otro tiempo, habiendo sido juzgado como máximo líder del Club de los Elegidos.

Se hizo un largo silencio mientras Donald Samuelson ocultaba su rostro entre las manos.

-¿Cómo fue posible? -inquirió Donald apesadumbrado.

-Un infiltrado de la CIME le tendió una trampa –siguió el profesor informándole-. Posteriormente el club fue disuelto.

-¡Malditos ignorantes! -exclamó Donald Samuelson, preso de aquella especie de arrebató que le cambiaba el semblante.

-Estoy convencido que de no haber ocurrido aquella desgracia, el Maestro estaría ahora con nosotros, como prometió –deploró el anciano doctor.

-Eso ya no tiene remedio, doctor Samuelson –le animó el profesor-. Piense de manera positiva y considere que al menos nosotros seguimos vivos para continuar la misión.

-Algunos somos ya muy viejos, y nos asalta a veces la desilusión.

El profesor Farrell miró con reprobación no reprimida al doctor Colinas.

-No creo que sea oportuno desmoralizar a nuestro colega.

Desde su observatorio, Nacho Garmendia seguía con sumo interés la conversación; pero se percató que, aunque se referían a la misión, evitaban los detalles, lo cual suponía un trabajo extra si quería convencer al Alto Preferente de Seguridad.

-Tenemos muchas cosas de las que hablar, pero si me permite una sugerencia, doctor Samuelson...

-Diga usted, profesor.

-Creo que debiera adscribirse al Complejo Científico de La Moncloa, pues además de ser una de las instituciones más importantes de la Unión Territorial de Ibercom, tiene un nivel de influencia considerable en la Eurounión.

-No lo había programado así, pero estoy dispuesto a pensarlo.

-Hay una cuestión importante, antes de separarnos –precisó el profesor Farell-. Por el momento, siempre que sea necesario, nosotros nos pondremos en contacto con usted, doctor Samuelson. No olvide que nuestros encuentros deben ser casuales, aprovechando actividades culturales o científicas, para no levantar sospechas.

Nacho había seguido con suma atención la cita triangular; sólo faltaba descifrar el enigma de Karol. De pronto, se dio cuenta que se había olvidado de él, y movió el rastreador hacia la embarcación donde antes le había localizado, pero ya no seguía allí.

21

Aquel mismo día, por la tarde, sonó una llamada en el videokit de Karol Bukoski. En la pantalla apareció la imagen de Nacho Garmendia, quien deseaba hablar con él a solas, y le esperaba en el Mirador del Embarcadero. Karol quedó sorprendido por aquel secretismo, pero aceptó ávido de curiosidad.

Poco tiempo después, se hallaban frente a frente en el quinto anillo del mirador, mientras degustaban un burbujeante lotario.

-Bueno, debe ser muy importante lo que vas a decirme –dijo Karol sin poderse contener.

-Bien, creo que ha llegado el momento de sincerarnos –comentó Nacho pausadamente, meditando cada palabra-. Contigo no quiero andar con rodeos. Estoy convencido que sabes algo importante sobre el doctor Samuelson.

-No sé a donde quieres llegar, Nacho. Además ¿en qué te basas para decir eso?

Karol estaba inquieto y dubitativo. Necesitaba aclarar qué quería saber Nacho sobre la vida de Donald, cuando aquello pertenecía a un pasado remoto.

-Tenemos confianza suficiente como para que me digas los motivos concretos de vuestra hibernación. Dispongo de documentación auténtica, y sé que la expedición tenía un objetivo más allá de la mera aventura científica.

-Esto es absurdo –dijo Karol molesto.

-Entonces, tengo curiosidad por saber qué hacías a primeras horas de esta mañana con unos prismáticos antiguos, ocultándote en una barca a motor.

Karol quedó sorprendido, a la vez que desconcertado, y no pudo controlar un parpadeo nervioso que

le delataba.

-Qué mierda es esta -exclamó irritado, tratando de salir de aquella embarazosa situación-. Tanto equipo de integración, y nos estáis vigilando como si fuéramos delincuentes.

-En confianza, necesito que me expliques por qué vigilabas esta mañana a Donald y a los otros dos. -inquirió con una firmeza que acabó de desconcertar a Karol.

-No sé si te das cuenta que me estás interrogando como si fueras un policía.

-Efectivamente, soy un vigía secreto, lo que antiguamente equivalía a vuestros agentes especiales -se confesó Nacho, a la vez que miraba a Karol inquisitivamente.

Hubo un silencio sepulcral, mientras Karol miraba con cierta perplejidad a Nacho, y más tarde bajaba la cabeza.

-Es curioso, pero yo también soy policía -se sinceró Karol abochornado, como si le hubiesen arrancado un terrible secreto.

Pero ahora era Nacho el que no ocultaba la perplejidad en su cara.

-No entiendo nada.

-Lo más sorprendente es que parece que los dos andamos detrás de lo mismo -dijo Karol con cierta incredulidad.

-Ahora si que necesito una doble explicación -declaró Nacho, confundido.

-Soy víctima de mi propia investigación policial, que rebasando la profesionalidad me embarcó en esta locura. Aunque ahora me alegro, creo que he ido demasiado lejos en mi osadía por desenmarañar lo que a primera vista parecía una utopía de mentes desquiciadas, sobre todo, porque evalué insuficientemente el riesgo.

Hizo un silencio y movió la cabeza como admitiendo su juego temerario. Luego, continuó su confesión, mientras Nacho ni siquiera parpadeaba, escuchándole.

-En otro tiempo me había reclutado, en calidad de biólogo, la CIME, una agencia estatal ultrasecreta, encargada de investigar la existencia de armas químicas y bacteriológicas en manos de terroristas. A mí me ordenaron hacer un seguimiento del tráfico de estas armas. Un topo, que trabajaba en una investigación paralela sobre la clonación humana, me llegó a pasar un documento donde se hablaba de una máquina de manipulación genética que podría revolucionar el futuro de la humanidad. Así que investigando el entorno de Donald llegué a tomar contacto con Sandra. Recuerdo que en varias ocasiones estuve en el grupo de astronomía al que ella asistía, y llegamos a hacer una buena amistad. Algún tiempo después, Sandra me propuso participar en una experiencia increíble. Cuando tomé conciencia de mi decisión ya era tarde para dar marcha atrás, porque comprendí que de cualquier forma podría peligrar mi vida. Aquella decisión me había hecho perder los contactos con los mandos de la agencia, porque el periodo de las pruebas prehibernatorias nos alejó a todos del mundo como si hubiéramos entrado en un convento de clausura; pero yo no tenía mujer ni hijos, y salté hacia el futuro, consciente de que ningún ser querido me esperaba. Cuando desperté en la gruta, no podía creérmelo. Comprendí, entonces, que debía adaptarme a la situación, sin que mis compañeros de expedición supiesen jamás la motivación real de mi accidentado viaje. Cuando descubrí el amuleto de Donald, temí que mi instinto volviese a jugarme una mala pasada, como así ha sido. Desde ese momento, tenía la seguridad de estar detrás de un enigmático acertijo, y sabía que no podía dejar de encontrar la solución.

-Estás de suerte, Karol. Sé bastante más de lo que te imaginas sobre Donald y las hibernaciones de tu tiempo. La verdad es que me enteré de este secreto de manera casual. Conocí al doctor Colinas hace más cien años, cuando yo era aún un joven brioso, y comencé a colaborar con él en el Instituto de Biología Molecular de La Moncloa. El doctor se convertiría en mi maestro, antes de que yo consumara mi primera hibernación. Eran los tiempos en que los equipos de investigación comenzaban a depender en su totalidad de las comunidades territoriales. Desde el primer momento, y antes de conocer la verdadera identidad de Yago Colinas, no me había pasado desapercibido el amuleto que colgaba sobre la pechera de mi mentor; pero lo tomé como una rareza, pues creía que al doctor le gustaba disfrazarse con modas antiguas. Fue después del retorno de mi primera hibernación, cuando conocí al profesor Farrell de la Facultad de Robótica y amigo personal del doctor Colinas. La sorpresa fue mayúscula al reconocer el mismo amuleto colgando del cuello del profesor. Aquella curiosidad empezó a constituir en mí una fijación enfermiza sobre el significado de un trozo de metal. En aquel tiempo, visitaba a menudo la Videoteca de las Comunidades, aprovechando el tiempo libre que me permitía la rehabilitación posthibernatoria, hasta completar el ciclo bianual de recuperación celular. Un día visualizaba en el videolet un libro titulado “*el poder de las sectas*”, cuando

descubrí que una de ellas, denominada “*el club de los elegidos*”, tenía como símbolo el enigmático medallón. Aquello abría un camino inédito en mi vida, y no pude sustraerme al reto que aquel amuleto me incitaba. Algún tiempo después, la ASP me propuso trabajar en algunos casos de investigaciones no registradas oficialmente, y soterradas bajo otras denominaciones que se apartaban del objetivo inscrito. Fue para mí una sorpresa que mi antiguo maestro, el doctor Colinas, fuera uno de los objetivos de aquella investigación. Se le acusaba de desarrollar una droga hipnótica que modificaba el comportamiento de las víctimas, anulando su voluntad. Al principio me negué a intervenir porque seguía teniéndole en gran estima. Además, sentía compasión por el doctor que envejecía con celeridad y a menudo tenía que recurrir a la terapia génica por su precaria salud, sin que hubiera superado los ciento cincuenta años.

-Por casualidad –se interesó Karol-. Ese tal doctor Colinas ¿no es el anciano que estuvo el otro día en el Centro Hibernatorio.

-El mismo. Ahora está viviendo en un agronat de esta zona. Me gustaría conocer sus planes inmediatos. Por cierto, debes saber también que Toni Farrell es el hijo adoptivo del profesor Farrell, y puedes imaginar que no está en el equipo de integración por casualidad.

-Qué decepción –dijo Karol incisivo-. Esto no se parece mucho al mundo que pinta la profesora Treval.

-Es que la vida es mucho más compleja de lo que parece a primera vista –contestó Nacho a la vez que continuaba con su relato-. Como te estaba diciendo, la ASP me eligió, precisamente, por mi conocimiento y cercanía con el doctor. La balanza, al fin, se inclinó del lado enigmático, porque yo seguía con la obsesión del amuleto, y vi en la propuesta de la agencia planetaria una oportunidad para descifrar aquel misterio. Mi incontrolable curiosidad tomó el protagonismo en aquel reto, sin pensar en las implicaciones que aquello tendría para mi vida. La primera gestión que realicé fue trasladarme a la cibertecnópolis de San Francisco donde se había desarrollado la enigmática secta. Para ello tomé contacto con un especialista en antiguadas de la comunidad vital de Coit Tawer. Con su orientación pude acceder a los archivos olvidados de la vieja ciudad y hallé una lista de los personajes influyentes dentro de la secta. Entre esos nombres se encontraban tres que habían desaparecido sin dejar rastro: Donald J. Samuelson, George R. Collins y Frank S. Farrelli. Coincidió en todos ellos que alguien había anotado su defunción por accidente aéreo, y resultaba que ese alguien era el doctor Gordon C. Ransfel de Monterrey, el Maestro, quien a su vez dirigía por aquel tiempo el club. Cuando presenté un informe completo al Alto Preferente de la ASP, me llevé una decepción, pues no aceptó la teoría de las hibernaciones, y me pidió que me centrara en la investigación de la droga hipnótica. A pesar de aquel fracaso, fui atando cabos durante un largo periodo de tiempo, y lo siguiente que llegué a descubrir era que el amuleto contenía una cita en aquel código alfanumérico que cubría la base triangular, comprobando que año tras año la cita se estaba realizando entre dos miembros. Al producirse la noticia sobre la extraña aparición de vuestra expedición hibernatoria, al mando del doctor Samuelson, yo estaba en condiciones de demostrar que aquella expedición era una más de las que se realizaron, tiempo atrás, al amparo del *Club de los Elegidos*.

Ambos quedaron en silencio mientras apuraban los glaxos. Eran conscientes de la importancia de aquel descubrimiento, pero ignoraban que habían abierto la caja de pandora sobre el futuro del mundo conocido.

22

En los últimos días, el comportamiento de Sandra Sokoá había suscitado todo tipo de comentarios entre algunos de sus compañeros de expedición. El coronel Rudolf aprovechaba cualquier ocasión para lanzar alguna indirecta, cada vez que Sandra les comunicaba su intención de ir a jugar con Nacho un partido de Kombinator. Por descontado que Donald Samuelson no veía con buenos ojos aquel alejamiento, no por el hecho de que ella hubiera sido su amante sino por lo que podía suponer para la desintegración del grupo; sólo Mara, Karol y Pedro se mostraban comprensivos con su amiga.

El ovalbus acababa de recogerles en la diana del transovalar para ir a visitar un agronat de los oris. El que iban a visitar aquel día era de dimensiones reducidas, habitado por un sólo miembro, según les iba explicando Nico Sanabria. El equipo de integración había propuesto empezar por Viejo Tronco, y después verían otro de los más extensos, conocido como El Almendro, que funcionaba con un sistema comunal bajo la forma de cooperativa; así podrían comparar y hacerse una idea de la vida marginal en el campo.

En aquel momento, sobrevolaban la Comunidad Vital de Monasterio. Más allá, hacia el oeste, las tonalidades de robles y cambrones mostraban el romántico entorno de Las Veiradas, como si fuera un cuadro pintado sobre la depresión que inclinaba el paisaje hacia el viejo cañón.

Instantes después, Lena les invitaba a mirar hacia una pequeña parcela delimitada por castaños de gruesos troncos. El agronat ocupaba un terreno acusadamente inclinado, cuya parte más baja lamía las rocas de un arroyo, que discurría saltarín en busca del lago.

El espacio había sido distribuido en cuatro niveles mediante terrazas soportadas por paredes de piedra. Algunos robles autóctonos destacaban sobre la diversas tonalidades de la vegetación, formando un conjunto natural que no se diferenciaba del resto del monte.

Estaban a punto de tomar tierra, y el ovalbus se encontraba con la dificultad de posarse en aquella pequeña diana, preparada para ovals de menor tamaño. Dorremi activó el mando externo para el despliegue suplementario de la plataforma circular. Entretanto, los visitantes, ajenos a aquella maniobra técnica, se quedaron observando el jardín en torno a la cabaña.

De la diana partía un amplio sendero hasta el porche del hogar estable. A ambos lados crecían las madre selvas que se retorcían en torno a unas columnas de tono ocre, jaspeadas de blanco. Aquí y allá se ofrecían a la vista broches de rosales de diverso colorido, y en distintos parterres circulares había cantidad de arbustos agrupados por familias y ordenados con un sentido artístico de la composición floral.

Acababa de tomar tierra el ovalbus, cuando una hermosa niña de rizados cabellos negros salió corriendo de la cabaña. No aparentaba más de diez años, pero su espontaneidad infantil se desbordó ante la llegada de los visitantes.

-¡Ya están aquí, papá! -gritó, jadeante.

Luego, se quedó clavada en el porche, como avergonzada.

Xidro San Román se encontraba en el tercer nivel; un espacio destinado a huerta, junto al invernadero. Era un hombre de mediana edad, de aspecto robusto, y su cuidada barba le daba un cierto aire de intelectual. Sus facciones suaves disimulaban un semblante imperturbable. Se hallaba tan centrado en su faena agrícola, que sólo se percató de la visita cuando los ladridos de Atrevido, su perro pastor, le alertaron de la presencia de forasteros. Mientras subía al encuentro de los visitantes, el inquieto mastín comenzó a agitarse, corriendo de una parte a otra dentro del primer nivel. Su bella estampa, de pelo negro moteado de lunares blancos, llamó la atención de Mara, que se sintió prendada desde el primer momento por el animal.

-¡Ven, Atrevido! -gritó la niña.

El mastín se acercó a la pequeña, agachando sus orejas, y se sentó junto a ella. En aquel momento, Xidro llegaba donde estaban los visitantes. La profesora Treval se adelantó para saludarle y, de paso, presentó a los miembros de la expedición hibernatoria y a sus compañeros de equipo.

-Esta es mi hija Frila -dijo Xidro al final-. Está pasando unos días conmigo. Normalmente, suele vivir en la Comunidad Vital del Lago con su madre, pero antes de iniciar el ciclo medio de aprendizaje, hemos decidido que conozca un poco esta vida.

-¡Amor y paz, señores! -saludó Frila mientras les examinaba de arriba abajo-. Dicen en la Red que ustedes hibernaron hace más de cuatro siglos ¿Es cierto eso?

-Si pequeña -contestó Mara-. Me parece que eres muy inteligente.

-¡Qué espacial! -exclamó la pequeña-. Mis amigos no se lo van a creer.

Y se situó en medio de Mara y Sandra, ávida de preguntas.

-He visto en la cosmo que estaban ustedes hibernando en una cueva del Cañón y que andaban con armas -se expresó Frila inocentemente a la vez que temerosa-. Claro, nos han dicho en la Red Escolar que hace mucho tiempo la gente se mataba con las armas que están en los museos. ¿Es verdad?

Los hibernautas cruzaron sus miradas ante las palabras de la niña, mientras algunos de ellos sonreían. El coronel miró a Donald Samuelson sin disimular el desagrado que le producía la expresión de la pequeña retoño.

-Vale ya, Frila -le cortó su padre.

-Deben disculparle -se excusó Xidro-. Tiene obsesión con ser infoperativa, y a todo el que nos visita

le acosa a preguntas

-Déjela, no se preocupe –salió al paso Mara-. Nos han explicado muchas cosas del nuevo tiempo, y es comprensible su comentario.

Donald Samuelson, a pesar de sus recelos, no escatimó la mejor vena de simpatía que sabía mostrar cuando algo le interesaba. Había oído hablar a la doctora Trevinca de la influencia de aquel hombre entre los Oris de la zona, y no quería desaprovechar la ocasión para hacerle algunas preguntas.

-Si les parece, antes de nada puedo enseñarles las distintas partes del agronat.

-Creo que sería interesante –se adelantó a decir la profesora Treval, mientras escrutaba la disposición de los demás.

Xidro comenzó por enseñarles el módulo de emergencia, que aparecía ligeramente camuflado junto a la cabaña de piedra, y se extendió en explicarles que disponía de los sistemas mas avanzados de seguridad, y estaba dotado con el equipo de navegación más sofisticado.

Mientras su dueño hablaba, Atrevido olisqueó cariñoso a los visitantes, agachando sus orejas. Mara lo acarició, y el animal se mostró decididamente dócil.

-¡Qué animal tan precioso! –exclamó ella-. Me gustaría tener uno así.

-¿Sabe una cosa? –saltó Frila, eufórica-. Veira ha parido hace unos días.

-Así es –dijo Xidro-. Vengan por aquí. Les voy a enseñar algo que les va a gustar.

Abrió la portezuela de una caseta de madera, y Melisa se asomó en primer lugar.

-¡Qué cositas tan monas! –exclamó ella sin poderse contener.

Era una vieja y tierna estampa. La recelosa hembra se hallaba tumbada, de lado, con aquella paciencia heredada cuando amamantan a sus crías, y los cachorros, con sus ojos aún entornados, disfrutaban del banquete, ajenos al mundo circundante.

-Posiblemente, pocas personas tienen la suerte de disfrutar esto en su vida –dijo Xidro, mientras entornaba el portón de la caseta.

-Me ha prometido mi padre una cría de Veira para llevarla al ovalar, ¿sabe? –confesó Frila, dirigiéndose a Mara.

Xidro sonrió ante el comentario de su hija, y aprovechó para dirigirse a Mara.

-Si, usted...

-Mara –dijo ella.

-Si usted, Mara, sigue interesada, más adelante le guardaré un cachorro cuando los destete.

-¡Sería maravilloso! –exclamó ella, halagada.

Siguieron bajando, mientras Xidro se esmeraba en darles todo tipo de detalles.

-En este segundo nivel está la caseta con los aperos y alguna maquinaria de labranza altamente avanzada: la autovertedera, el levátor dirigible y la carretilla autónoma.

-Observo una contradicción entre lo que nos dice la profesora Treval, de volver a la naturaleza, y la realidad de esta granja –comentó Karol-. Veo que existe una cierta mecanización, sin hablar del módulo de seguridad que, según nos ha explicado, se sitúa en lo más avanzado de esta época.

-Cada agronat emplea la mecanización en función del proyecto diseñado por sus miembros –contestó Xidro-. En éste, a pesar de su apreciación, la mecanización es mínima, pero comprenderán que recurra a la ayuda de herramientas auxiliares. Este trabajo es duro, y sería excesivo para personas como yo, que no estamos acostumbrados, y tampoco somos tan jóvenes. Por lo demás, me gusta utilizar técnicas antiguas, que son más eficaces en pequeños agronates. Verán que el sistema de riego es totalmente artesano. Debajo del solanero existe un aljibe bastante profundo, construido al estilo antiguo. Ya existía cuando yo vine aquí, pero lo he adaptado para un sistema de riego por goteo, favorecido por la inclinación.

Donald Samuelson no quería ser menos que Karol, y simuló interesarse por el invernadero. Xidro se extendió en explicarles el proceso de selección de semillas, el mantenimiento de los semilleros, así como el transplante de las hortalizas y otros tipos de plantas de jardín.

En el tercer nivel había una amplia variedad de árboles frutales, que se distribuían por todo el espacio cultivable, siguiendo las técnicas ecológicas más al día. Xidro estiró sus brazos para alcanzar algunas peras tempranas, y las refrescó en el agua, que bajaba por el reguero hasta el estanque, invitándoles a saborearlas.

-Tengo la costumbre de recolectar mis frutos en plena maduración, y prefiero que algunos caigan antes que cosecharlos fuera de sazón –les explicó Xidro, convencido de su proceder en aquellas lides-. No es conveniente exprimir la naturaleza en aras de la rentabilidad, porque acaba muriendo

agotada. La tierra necesita libertad para producir en cada estación los frutos adecuados, y sólo hay que ayudarle.

El nivel más bajo era una especie de pastizal, donde algunas ovejas, ajenas a la comitiva, mordisqueaban la hierva. Había también tres cabras, que se erguían para comer los tallos de los agotados sardones. Frila quería llamar la atención, y corrió por la pradera, seguida de Atrevido, asustando a los animales, pero Xidro tuvo que poner freno a la desbordante euforia de su hija. Junto al lindero pastaba un soberbio caballo negro con un lunar blanco en la testuz, quien lanzaba de vez en cuando algún relincho al advertir la presencia de los forasteros.

Cuando hubieron terminado de recorrer el agronat, el atento anfitrión les sirvió una copa de veirandel, preparado por él mismo, y lo degustaron sentados en el porche, antes de la comida.

-Espero que les guste -dijo Xidro-. Es un licor de guindas que algunos Oris de esta zona elaboramos artesanalmente. Podrán comprobar que tiene fama en todo el parque.

A la hora de la comida, se encontraron con una agradable sorpresa. Por fin, pudieron disfrutar de una apetitosa comida campera con setas silvestres, truchas y tarta de mora, que degustaron con evidente deleite. Parecía que el campo les hubiera abierto el apetito, y el hecho de salirse de los combinados fue toda una novedad.

En la sobremesa, se formó una animada tertulia, y Frila se ausentó para dar de comer a Veira.

-No entiendo para qué trabajar en el campo, cuando los robots lo hacen con bastante eficacia, según parece -dijo Karen.

-Sencillamente hay que tener mentalidad de Ori -contestó Xidro, sonriendo-. Es la satisfacción personal de hacer las cosas con tus propias manos.

-Pues estoy segura que a mí me gustaría este tipo de vida -dijo Mara.

-Bueno, en el agronat el trabajo humano es fundamental -siguió diciendo Xidro-. Por lo que se refiere al agrolab, donde todo el trabajo lo hacen los autodomos, es otro mundo.

-Pero en el fondo, ¿cuál es el verdadero motivo de abandonar la ciudad o las comunidades vitales como ustedes les llaman? -preguntó ahora Sandra.

-Motivos existen muchos -contestó Xidro-. Desde la simple necesidad de cambio hasta el deseo de encontrarse a uno mismo, creando algo auténticamente personal. En estas pequeñas unidades de actividad marginal hacemos desde el diseño hasta la producción y distribución, aunque lo esencial es ser autosuficientes, porque para abastecer el mercado está el agrolab.

-Intuyo que también deben existir otros motivos -comentó Donald Samuelson, quien no se resistía a provocar las interioridades de Xidro-. Debe ser muy difícil convivir en unas comunidades tan igualitarias y tecnificadas, donde costará afirmar la propia personalidad, la ambición personal, el deseo de destacar.

-Bueno, mi personalidad siempre la he afirmado en cualquier parte -contestó Xidro, sonriendo, sin entender las verdaderas intenciones de Donald-. La verdad es que nunca me he visto condicionado por la comunidad vital, sino que llegó un momento en que necesitaba un cambio, y lo bueno es que el sistema lo permite; de otra forma yo sería el primer rebelde.

Laia Treval miró a Lena, y ambas sonrieron ante la salida de Xidro. Para él, era todo tan sencillo como la preñez del otoño y el parto de la primavera, y Donal Samuelson se estaba comportando como un niño prepotente, que balbuceara el abc de los Oris.

-No quisiera que interpretara mal mis palabras -insistió Donald-. Quiero decir que en la comunidad vital todo está tan programado..., que incluso a los más inteligentes les costará destacar sobre los mediocres. ¿No se contradice eso con el desarrollo de la propia personalidad?

-Pero ellos pueden elegir, y no creo que elijan esta vida para destacar -salió al paso Mara, que hasta ese momento había estado callada.

-Estoy de acuerdo con Mara -intervino Sandra-. Si lo más importante es la libertad de elegir, ellos la tienen, y si quieren vivir de esta forma no es por obligación sino por voluntad propia.

Donald miró a Sandra y a Mara con claras muestras de desaprobación. Por su parte, Laia Treval sonreía en silencio, examinando de soslayo la reacción de sus compañeros de equipo.

Xidro se mostró también sorprendido por la intervención del doctor. No podía entender por qué se empeñaba tanto en marcar unas diferencias evidentes entre la actividad de los Oris y la vida automatizada de las comunidades vitales. Posiblemente, se debiera a querer cerciorarse de elegir bien cuando terminara el periodo de integración, y valoró aquella actitud como positiva.

Donald Samuelson intentó disimular el desagrado que sentía, pero entendía que él mismo se lo había buscado.

Estaba ya mediada la tarde, cuando los hibernautas y el equipo de integración abandonaron el Agronat Viejo Tronco. A Mara, la experiencia le había impactado, y no dejaba de hablar de aquella visita, idealizando el tipo de vida de los Oris, aunque tenía que soportar la mofa de los compañeros más reticentes.

23

Aquella mañana, Nacho Garmendia tomó un oval y se dirigió al Centro Regional de Genética Molecular, que tenía su sede en una antigua villa cercana al lago. El oval que transportaba al doctor Garmendia sobrevoló el valle, siguiendo el curso del río, y poco después tomaba tierra en una de las dianas del módulo científico. En la pequeña cibertecnópolis se ubicaban algunos centros de investigación que sobrepasaban el marco de las comunidades vitales del Parque, aglutinando las necesidades de toda la zona, además de mantener una conexión con otros centros de mayor renombre.

No perdió un instante para hacer una visita a un antiguo amigo y colega, Domingo Galende, quien estaba estudiando el efecto de una hibernación prolongada. El profesor Galende se alegró mucho de verle y le confesó estar al tanto del cometido que le habían encomendado a Nacho los altos preferentes de Ibercom.

-Aunque no tengo pruebas definitivas sobre mi estudio, la anomalía del efecto retardatario en los miembros de la expedición me inclina a pensar que no va ser posible un mantenimiento celular permanente -le explicó Domingo Galende-. Tienes que tener en cuenta que el retorno se produjo después de una prolongada fase hibernatoria

-¡No es posible! -exclamó Nacho.

El profesor Galende le invitó a observar en la pantalla una prospectiva esquemática del efecto de regeneración.

-Si te das cuenta, Nacho, la regeneración asistida mantiene una efectividad normal durante los cuatro primeros años -señaló sobre la pantalla el profesor-. A partir de ese momento, comprueba tu mismo que la curva desciende como si se produjera...

-¿Una degeneración celular? -terminó la frase Nacho, ávido de alguna conclusión.

-Exactamente -puntualizó Domingo Galende-. Da la sensación que se invirtiera el proceso y comenzara la degeneración celular, lo cual llevaría a un envejecimiento acelerado con todos los factores de riesgo propios de una edad tan avanzada. Tienes que aceptar conmigo que no tenemos ningún caso de una longevidad tan prolongada en el planeta.

Nacho paseó inquieto por la sala, mientras atusaba con su mano derecha la barbilla, a la vez que infinidad de interrogantes se agolpaban en su cerebro sin saber por cual empezar.

-Dime la verdad, amigo Galende, ¿esta es una conclusión tuya o la has contrastado con otros centros de regeneración?

El profesor Galende movió varias veces la cabeza por la desconfianza de su amigo. Su profesionalidad había estado siempre fuera de toda duda, pues había dedicado más de cien años al estudio de la regeneración celular.

-Es mi conclusión, Garmendia, pero además está contrastada -contestó él con la gravedad que un asunto de aquella naturaleza requería-. Se enviaron muestras de sangre y de tejidos a varios centros por todo el planeta, pues era de suma importancia para toda la comunidad científica estudiar las causas de esta longevidad. De todas formas, te advierto que no es una conclusión definitiva..., aunque veo pocas perspectivas.

-Y en caso de ser así, ¿Cuánto tiempo calculas tú que les puede quedar? -volvió a inquirir

Nacho, como si en ello le fuera la propia vida.

Domingo Galende, se mantuvo en silencio por unos instantes, y miró a Nacho como si quisiera entenderle.

-Un máximo de ocho años -contestó, secamente.

Nacho, se pasó su mano por la frente.

-Estoy dispuesto a colaborar contigo, si es preciso. Hay que intentarlo hasta donde sea posible.

-Lo tuyo supera los propios límites de la ciencia -exclamó el profesor, mientras examinaba detenidamente a su amigo-. Hay algo que no me has contado, Garmendia.

-Sólo interés profesional, Galende -exclamó él de manera un tanto embarazosa.

Se hizo un silencio entre los dos, mientras Nacho bajaba la cabeza y se volvía de espaldas. Domingo Galende bostezó de manera inquisitiva, pues conocía de sobra a su amigo Garmendia como para saber que algo le preocupaba.

-Bueno... la verdad es que sí -balbuceó tímidamente Nacho-. Estoy tocado por una de las hibernautas, y el problema es que ella lo está también por mí.

-Estás loco, Garmendia -le recriminó amistosamente-. De todas formas, te ha costado soltarlo.

Domingo Galende le dio una palmada en la espalda a su amigo.

-La investigación no ha terminado. Hace pocos días he participado en una videoconferencia de coordinación planetaria sobre este tema y tanto mis colegas como yo hemos visto necesario continuar la investigación hasta que se cumplan al menos dos años desde su retorno. Además, contamos con el visto bueno de los preferentes del Consejo Científico Planetario. De manera confidencial, te diré que estamos investigando una vía de regeneración de nuevo tipo, pero te advierto que no hay ninguna garantía. De antemano, tú no sabes nada de esto. Quiero decir, que no les vamos a inquietar indebidamente hasta que no haya resultados definitivos. Sería contraproducente que su estabilidad fisiológica estuviera condicionada por parámetros emocionales.

-No sé si éticamente será correcto ocultar la verdad a estas personas. Si tienen que morir, que mueran dignamente y en paz.

-Nacho, vamos a intentarlo como me pedías hace un momento, casi de rodillas. Si no lo conseguimos, todavía dispondremos de otros dos años para prepararles psíquicamente antes de que comiencen a aparecer los primeros síntomas de regresión. Además, por lo que concierne a la ciencia, tú no eres nuevo en este campo. Espero que entiendas los motivos de este silencio, en bien de ellos y de los comunitarios en general. Este es un momento decisivo para la regeneración celular. Poco a poco, vamos arrancando nuevas parcelas para el periodo vital, aunque debemos ser conscientes de que los seres vivos tenemos inevitablemente un principio y un final

Y conversaron largamente como buenos amigos, mientras almorzaban juntos. Nacho estaba de acuerdo en el fondo, y se despidió de su amigo con la sensación agrídulce de una larga espera.

Donald Samuelson estaba inquieto. El calendario digital marcaba el cuatro de Julio, y había elegido este día para hacer un picnic, aduciendo que no podían olvidar la celebración de un día tan importante para ellos. El ambiente había sido cuidadosamente preparado por el doctor. Su propuesta, casi como una orden, consistía en celebrar aquella fecha al mejor estilo de otro tiempo. El equipo de integración había aceptado dejarles aquel día a su libre albedrío, y el doctor tenía pensado aprovechar la fiesta campera para señalar sobre el terreno el búnker, sin levantar sospechas.

Desde primera hora de la mañana, Jon y algunas de las mujeres prepararon las viandas junto a Dorremi. Entretanto, Donald revisó una vez más con Rudolf el mapa de la zona, una vez reconocido el lugar desde un oval, días atrás. Sandra no renunció a su hora de combinátor, y Karol había salido temprano para su acostumbrado baño en el lago, prometiendo acompañar más tarde a Sandra.

A Donald le molestaba profundamente aquella decidida independencia de Sandra y Karol, pues nunca actuaban al unísono, ni se sometían a sus deseos como los demás, y no pudo dejar de hacer un comentario cargado de disgusto. Además, veía con desconfianza aquellos encuentros, cada vez más continuos, entre Sandra y Nacho Garmendía. Para ello, el coronel Rudolf se encargaba de atizar algunos comentarios con marcada intencionalidad, por si al doctor se le olvidaba.

Era casi mediodía, cuando el ovalbus recogió a los hibernautas en el ovalar residencial. Sobrevolaron las cúpulas de la comunidad vital y cruzaron la franja sur del lago, que ahora parecía una pista de plata sobre la que saltaban los pisciovaes. Luego, pasaron sobre la boscosa ladera que besaba las aguas del lago, y pronto estuvieron sobre las cúpulas de la Comunidad Vital de Monasterio.

El vistoso rótulo espacial coronaba con su nombre aquel rellano de la sierra, que se elevaba sin sorpresas en una interminable secuencia de lomas tupidas de arbustos. Casi en el borde del acantilado se podían divisar unos hermosos jardines, de trazado geométrico, seguidos de una amplia pradera sobre la que destacaban viejos castaños.

-¡Qué vista más hermosa! -exclamó Mara.

-Sí, este es el lugar -ratificó Donald Samuelson-. Descienda aquí, Dorremi.

Todos observaban a través de los visores el punto que Mara indicaba. El ovalbus comenzó a descender, y un minuto después les dejaba en una de las dianas que desde el aire habían divisado. Un pórtico de piedra se alzaba frente a ellos. En el arco frontal se podía leer: "Parque Antropológico". Cerca de allí, había un antiguo recinto monástico, cuyo majestuoso ábside le daba un encanto de leyenda en aquel privilegiado lugar.

Al Reverendo Peterson pareció iluminársele el rostro, y quedó embelesado contemplando el exterior de la iglesia románica. No dudó un segundo en manifestar su intención de visitar el recinto sagrado en primer lugar y los demás se dejaron arrastrar ante el ímpetu pastoral del Reverendo.

Cuando llegaron al pórtico principal, Peterson no pudo disimular su disgusto al leer el rótulo: "Museo de Arte Sacro". A pesar de la contrariedad, el Reverendo no quiso decir nada en aquel momento. Sentía tal enojo interior que sus palabras sonarían a blasfemia en un recinto que él seguía considerando santificado.

Cuando Sandra y Karol llegaron al Parque de Monasterio, sus compañeros habían improvisado una mesa en la misma pradera. Mara y Karen preparaban las ensaladas y Jon atendía la barbacoa. A un tiro de piedra, Pedro y Onado simulaban jugar al base-ball, teniendo a Melisa como animadora y, al fondo, sentados sobre la barandilla que servía de mirador, conversaban tranquilamente el Reverendo y el profesor Okada.

-Hola, Mara, ya estamos aquí -gritó Sandra, según se acercaba.

-¡Por fin! Creía que tendríamos que dejaros sin ración -dijo Mara bromeando-. Venga, preparad las bebidas, y que no les falte el hielo.

Al fondo, a lo lejos, se veía a Donald y Rudolf como si discutieran en torno a un papel que Donald portaba en sus manos.

-Y aquellos, ¿a qué juegan? -inquirió Karol con evidente intencionalidad.

-No sé -contestó Jon-. Se traen un secretismo..., como si estuvieran buscando el tesoro de Montecristo. Creo que por aquí debe estar el búnker.

-Buen lugar para instalarse -dijo Karol con doble intención-. No cabe duda.

Poco después, degustaban juntos con voraz apetito la parrillada adquirida por el sargento Onado en el rastrillo Ori. Todos sabían que habían infringido temerosamente el menú prescrito por la doctora Trevinca, pero cómo iban a disfrutar un picnic con aquellos combinados, que sólo sabían a envase, según decía una y otra vez Jon.

Trascurrió el banquete campestre en un ambiente festivo y alegre. Por unas horas, se olvidaron del futuro, como si aquel lugar fuera el Twin Peaks de sus recuerdos, y hablaron de muchas cosas que les retrotraían a otro tiempo. Sólo el doctor Samuelson y el coronel Rudolf no parecían relajados, y Karol observaba en silencio todos sus movimientos y expresiones. Al fondo, sobre los ovalares de la

comunidad vital, el suave zumbido de los ingenios espaciales les devolvía a una realidad distinta a la que todavía predominaba en la memoria de todos ellos.

Después de comer, recostados en la pradera, dejaban entrever en sus rostros una profunda mirada que se perdía en el ocaso de la tarde. Aunque eran conscientes de la nueva situación, se resistían a aceptarla y se entregaban a la añoranza de un tiempo sin retorno.

El sol se acercaba al horizonte, y comenzaron a recoger con pereza, como si quisieran eternizar aquel momento. Luego, se encaminaron con paso lento al mirador espacial.

Acababan de subir al primer anillo del mirador, y desde sus visores todavía pudieron contemplar los últimos destellos de la puesta de sol.

Tras el círculo de servicio, dos autodomos preparaban los detalles para una fiesta, al estilo de otro tiempo. Sonaba fuerte un rock and roll y, poco a poco, los hibernautas se fueron animando. Pedro y Mara abrieron el baile, seguidos de Karol y Sandra, mientras los demás se reían en plan de mofa.

-Estos robots creen que somos del tiempo de Matusalen -se oyó la voz socarrona de Jon.

-Venga Jon, deja de decir tonterías y ámate -le incitó Pedro.

Jon miró a Melisa, cuya cintura aparecía atrapada por las manos del coronel, y declinó la invitación como si algo le disgustara.

-Ahora si que nos vendrían bien aquellas “robocitas” que nos atendieron en el hospital ¿eh, Mayordomo?

-¡Joder, Sargento! -exclamó Jon, soltando una carcajada-. Se ve que tienes necesidad

-Por fuera no se les nota, y me conformaría con un buen magreo.

-Yo prefiero a las nuestras, y miró de nuevo a Melisa apurando el glaxo de un trago. Luego, se lanzó a la pista sin pensarlo.

Después de una hora, el ambiente de la fiesta se había ido caldeando entre un animado baile, buena bebida y aperitivos variados. Hasta el profesor Okada y el Reverendo Peterson habían perdido la compostura que les caracterizaba, y se decidieron a practicar un olvidado karaoque. Luego, todos juntos cantaron melodías de otro tiempo.

Estaban extenuados, pero aquellas horas habían conseguido hacerles olvidar los muchos interrogantes que en aquellos momentos les inquietaban.

Rudolf bebía sin descanso en un lugar apartado del círculo de servicio, donde operaban los autodomos. De pronto, Onado hizo un guiño al coronel, señalando la entrada. Allí estaba Nacho Garmendia, con esa sonrisa perenne. Una buena parte de los hibernautas, le miró como si se tratara de un intruso, mientras en la cara de Sandra se dibujaba una sonrisa.

-¡Hola a todos! -saludó Nacho.

Ante las incisivas miradas, se sintió fuera de lugar y a punto estuvo de volver sobre sus pasos; pero fingió no enterarse, mostrando su carácter más animado.

-Veo esto muy apagado, y yo tengo otra idea de vuestras fiestas -dijo él, mientras escrutaba con su vista el rostro de Sandra.

-La verdad es que ya estamos cansados de tanto bailar -dijo Sandra, acercándose a él.

-Siéntate con nosotros -le invitó Karol-. ¿Qué quieres tomar?

-Me conformo con un Lotario -contestó Nacho, mientras un autodomo se dispuso a servirle

-Estos ya han formado pareja -comentó Onado en el otro extremo de la sala.

-¡Por la mujer integrada! -brindó el coronel mientras apuraba su copa en un trago prolongado.

Algunos rieron el comentario, mientras Karol miraba a Rudolf, con un gesto de desagrado, por aquel exabrupto.

Nacho, que acababa de sentarse junto a Karol y Sandra, no se inmutó ante el comentario.

-Bueno, yo he venido para que me enseñéis a moverme con vuestro ritmo, pues tengo entendido que era muy alegre -comentó mientras probaba su glaxo.

-Creo que llegas ya tarde, pero por mí que no se diga -exclamó Sandra animada.

Sandra le tomó de las manos, y Nacho se dejó llevar al centro de la pista.

-A ver cómo se te da -dijo Sandra, feliz y divertida-. Tú fíjate en mí.

Nacho, al principio torpe, fue cogiendo el ritmo, y bailó con el entusiasmo de un aprendiz.

-¡Joder con los integradores! -comentó Jon, en plan jocosos-. Ya baila mejor que usted, coronel.

Momentos después, Sandra y Nacho volvían a la mesa junto a Karol, mientras Rudolf se movía

inquieto al tiempo que espetó al autódromo.

-Eh, tú, dame otra copa. El autómata no se inmutó, pues estaba atendiendo en aquel momento a Pedro y Mara.

-¿Es que no me has oído chatarra de mierda?

Se produjeron unos instantes de absoluto silencio, y la tensión se mascaba en el aire. La sonrisa desapareció de la cara de Nacho, que le miraba ahora fijamente.

-¡Vale ya Coronel! -se oyó en el otro extremo la voz de Donald.

-Me gustaría dar un paseo por los jardines -exclamó Sandra un tanto nerviosa.

-Ha sido un placer -dijo Nacho, dirigiéndose a todos, y volvió a sonreír, mientras caminaba junto a Sandra en dirección a la salida del recinto espacial.

-Este cerdo en cuanto se toma dos copas ya está provocando camorra -dijo Sandra, una vez fuera, sin poder contenerse-. Tiene un currículum muy abultado en este tema.

-Posiblemente, ha sido un error por mi parte no haber respetado vuestra fiesta. Parece que he herido algunas susceptibilidades con mi presencia, pero me atreví porque quería entender mejor vuestro tiempo.

-Hubiera dado lo mismo -dijo ella, mientras le miraba feliz-. Rudolf necesita su espectáculo.

-La verdad, si te soy sincero, quería verte.

-Yo me alegro mucho de que hayas venido -dijo Sandra halagada.

Habían llegado paseando a la atalaya natural desde la que se divisaba el regazo plateado del lago, envuelto en una orla de luces. Aquella noche, la pálida claridad dejaba ver un cielo decorado de cuerpos celestes, y sobre el terraplén de urces y acebos se perfilaba la imagen de dos figuras errantes, como si caminaran en busca del último destello.

-¡Qué noche tan hermosa! -exclamó ella, presa de la atracción que comenzaba a sentir por aquel hombre-. Te reirás de mí si te digo que de niña me gustaba mirar la luna durante horas, cuando, en los veranos, salía al campo con mi padre. Por cierto, ¿qué es esa cadena de luces que parece recorrer el cielo? No me había fijado hasta ahora. Parece una cruz..., y allí hay otra..., y...

-No puedes saberlo, porque en tu tiempo no existían las *Cruces de Neón*, como vulgarmente las llamamos. Son pistas espaciales de captación de energía solar. De ahí procede una buena parte de la que consumimos en el planeta.

-¡Es una visión espectacular! -exclamó Sandra, emocionada-. Y la luna, en el centro, de esas dos cruces, parece que tuviera alas.

-Ahora la luna, sin dejar de ser romántica, la contemplamos de manera distinta. Ha pasado a ser la factoría de la Tierra; una base imprescindible para nuestra supervivencia.

-Nos quedan tantas cosas por saber... Recuerdo el día que se celebró la conexión interplanetaria; me di cuenta que algunos habitantes de la Luna apenas se parecen a nosotros.

-Sí -dijo él-. Sus figuras esqueléticas y estilizadas, cercanas a los tres metros de altura, les dan un aspecto muy extraño; pero son muy acogedores, además de inteligentes. La primera vez que hablé con ellos me produjeron una impresión formidable. Lo peor es que si vas paseando en su compañía, hay que mirar al cielo para poder seguir su amena conversación y puedes acabar con tortícolis.

-Resulta ahora ridículo el concepto de razas que, en otro tiempo, suscitó tantos odios y estúpidas creencias de superioridad.

-Tenemos algo en común todas las razas de nuestra especie: el afán de conocimiento y la capacidad creativa -añadió Nacho.

-No sé que decir; estoy fascinada. Siento que este es uno de esos momentos en que el universo entero cobra sentido, al menos para mí. Pensar que allí arriba existen personas, que hacen su vida y se quieren...

-A la luz de la tierra -dijo Nacho, divertido.

Y los dos rieron el comentario en una sintonía de atracción mutua.

Estaba ya mediada la tarde, cuando Nacho acudió a la reunión de evaluación con sus compañeros de equipo. La profesora Treval comenzó con una cuestión previa, señalando que Nico Sanabria seguiría la reunión por videokit, ya que debía cubrir una información que le había pedido, hacía tiempo, la videorevista **Virtual Gaia**.

Después pasó al primer punto del orden del día, que, según ella, tenía cierta importancia por afectar al objetivo de coronar con éxito la misión de integrar a los hibernautas. Les informó que aquella misma mañana había recibido una queja del doctor Samuelson. Por lo visto, no había sido de su agrado la visita que Nacho realizara al Mirador de Castañeda. Laia se extendió, recordando que el doctor Garmendia pertenecía al equipo por decisión de las altas esferas comunitarias, pero eso no le daba ninguna patente para hacer lo que quisiera. Sobre todo, consideró imprudente e irresponsable el comportamiento de éste, al dejarse arrastrar a una relación íntima con una de las hibernautas. Y terminó manifestando sus dudas de que pudiera producirse una integración correcta con semejante condicionamiento.

Nacho Garmendia, por su parte, eludió referirse a la motivación de su pertenencia al equipo, y pasó directamente a defender su posición respecto al fondo del asunto. Aceptó como erróneo haber acudido a un acto exclusivo de los miembros de la expedición; pero no estaba de acuerdo en que el hecho de acercarse a los hibernautas perjudicara el objetivo de la integración, cuando allí mismo se había hablado en más de una ocasión sobre la conveniencia de aprovechar toda oportunidad para convivir con ellos.

-De cualquier manera, Nacho, pienso que te has dejado arrastrar más allá de lo profesional -dijo Toni Farrell-. Todos hemos visto cómo el coronel Rudolf ha acosado insistentemente a Lena, con insinuaciones de todo tipo, y no por ello la doctora Trevinca se ha apartado de su cometido profesional.

-Vamos Toni -salió al paso Nacho-. No me compares una situación tan burda con el caso de Sandra. Mis escasos conocimientos de psicología me indican que existen contradicciones entre los propios hibernautas. En la fiesta de que hablamos, pude comprobar de nuevo que existe un grupo afín al nuevo tiempo, como Karol, Pedro y Sandra, y creo firmemente que son susceptibles de integrarse. Además, en torno a este grupo pivotan algunos otros como Mara y Jon, que empiezan a separarse mentalmente del grupo del doctor Samuelson y el coronel.

Hubo un silencio en la reunión, como esperando más explicaciones por parte de Nacho.

-¿Hay algún problema, Nico? -preguntó Laia, mirando a la pantalla, mientras pedía un momento de silencio.

Se le veía preocupado. Estaba con su amiga Rosalía en el Centro Sismográfico, y estaba viendo con sus propios ojos el último análisis espectral que ofrecía la computadora.

-¿Es que no ha informado la cosmovisión? -inquirió Nico desde la pantalla de videoconferencias.

-He anulado yo la conexión automática para que no nos molestaran -le contestó Laia.

Y orientó su videokit hacia la litografía, que se difuminó para emitir imágenes del centro sismográfico.

...la evolución de la actividad sísmica en esta zona hace pensar que en cualquier momento pueden producirse nuevos movimientos. Seguiremos informándoles sobre las novedades que se produzcan. Les rogamos que dejen activada la conexión automática.

-Me preocupa la reacción de nuestros invitados -dijo Laia-. No vamos a inquietarles antes de tiempo. De momento, seguiremos con la evaluación para terminar lo antes posible. ¿Tienes algo más que añadir, Nacho?

-Sí. Quería concluir que no he sido consciente hasta ahora de mi implicación en la intimidad de

Sandra. Simplemente, me he dejado llevar por un afán de conocer sus motivaciones para hibernar, y, posiblemente, la amistad surgida entre nosotros esté sobrepasando los límites de lo puramente profesional. De todas formas, sigo considerando que no se puede funcionar como un equipo frío y distante, pues no tratamos aquí con máquinas sino con unas personas muy especiales que han sufrido los traumas de su época y el cambio radical de verse en otro tiempo distinto al suyo. ¿Os habéis acercado a ellos para ver cuáles eran sus problemas antes de hibernar? ¿Conocéis el torbellino de sentimientos contradictorios que invaden ahora sus mentes? Esa es la vida real, y yo como apasionado que soy de todo, me he dejado arrastrar por la vida misma, incluido el delicioso peligro de sentirme tocado por esa mujer.

-Nacho, que podría ser una antepasada de tu tatarabuela –intervino Toni.

-Hombre Toni ¡tiene gracia! ¿Desde cuando nos dejamos llevar por los prejuicios de la edad? Creo que tú tienes cerca de cien años menos que yo, y se entiende que no tenemos grandes divergencias generacionales.

-No se trata de eso, Nacho –intervino ahora Laia, más conciliadora-. No quiere decir que los demás no sintamos emociones, ni que dejemos de simpatizar con algunos de los hibernautas, pero podías haber esperado a que terminara el periodo de integración.

Después de algunas consideraciones, el punto parecía agotado, y Nacho les prometió que pensaría sobre ello. Siguieron con otros puntos de la evaluación, sobre todo en relación con la visita efectuada al Agronat Viejo Tronco.

En aquel momento, las alarmas de los videokit sonaron al unísono, y la cosmovisión se conectó automáticamente. Parecía que las preocupaciones de Nico se materializaban. Las instrucciones desde el Centro Sismográfico del Lago eran claras y precisas, sin lugar a dudas.

“La actividad sísmica, desde el último temblor se ha ido acentuando. Se prevé una réplica de 7.3 Richter aproximadamente dentro de treinta minutos. Las comunidades del Parque de las Lagunas deben despejar de su ubicación actual, antes de que termine ese tiempo. Se han tomado las medidas necesarias para la conexión automática de todas las máquinas en condiciones de volar. Todos los comunitarios que se encuentren fuera de los recintos espaciales deben acudir sin demora al módulo de emergencia más cercano. Les recordamos que cualquier retraso puede ser peligroso”.

-Es el primer aviso de las normas elementales de evacuación -dijo la profesora Treval-. Conviene acompañar de inmediato a nuestros invitados.

Cuando entraron en el salón relax, los hibernautas, hablaban atropelladamente, evidenciando el impacto de la noticia. Al ver entrar a todo el equipo de integración, volvieron sus ojos interrogantes hacia la comitiva.

-No deben alarmarse –dijo Laia, meditando las palabras, y tratando de aparentar tranquilidad-. Saben ustedes que recientemente esta zona está sufriendo algunos movimientos sísmicos. Pues, bien, como habrán escuchado, acaban de dar la primera instrucción de emergencia. Vamos a evacuar la zona, pero veo que faltan algunos del grupo.

-Sí –informó Donald-. El coronel Rudolf y Onado me pidieron permiso para ir al Mirador de las Ruinas.

-Bien –dijo la profesora Treval-. Nos pondremos en contacto con ellos para que se queden allí y se incorporen al módulo de emergencia más cercano. Les rogaría tranquilidad, pues ahora todo está controlado en estos casos.

-Bueno, no os pongáis tan serios -dijo Nacho, restando importancia a la información-. Esto sucede en diferentes puntos del planeta, y no creo que hagan una tragedia de ello, sobre todo teniendo en cuenta los medios de los que disponemos hoy en día.

Hubo unos instantes de silencio. Los hibernautas miraban a la profesora y a sus compañeros de equipo, sin ocultar un cierto temor. Se evidenciaba la preocupación, y algunos encendieron un tónico. Ni las palabras de Laia ni las de Nacho les habían tranquilizado para nada, pero se aprestaron para seguir las instrucciones. Desde la cabina de control del transovalar, se oyó la voz del autodomio de navegación.

-Preparen la sala para volar. Voy a proceder en diez minutos si no hay objeción.

-De acuerdo -contestó Nacho-. Avisaremos cuando estemos preparados.

Todos se incorporaron al correrse las mamparas exteriores del salón relax. Instantes después, aquel recinto se transformaba en un espacio de viajeros, y se acomodaron en los asientos de vuelo mientras se ajustaban automáticamente la abrazadera de seguridad, el reposacabezas y el protector auditivo.

-A este paso, si no hemos muerto al hibernar, vamos a hacerlo de un infarto -dijo Jon, mientras se preparaba con cierto recelo.

Ninguno de los hibernautas rió aquel comentario cargado de incertidumbre.

Las últimas luces del crepúsculo coloreaban aún el entorno del lago, cuando el transovalar comenzó su ascenso lentamente, para integrarse en un enjambre de ingenios espaciales semejante al que había inquietado a los hibernautas el primer día. Laia Treval les sugirió que miraran hacia el exterior. El espectáculo no dejaba de ser asombroso mientras observaban aquella nube de máquinas, cuyas cúpulas reflejaban un extraño brillo espectral.

-¡Mirad! ¿No es impresionante? -exclamó Pedro, ajeno al trágico problema que motivaba la ascensión. No podía disimular que le emocionaba sobremanera aquel acontecimiento, y se sintió como un viajero del espacio.

-¡Mil pies..., mil quinientos! -se oía al piloto de emergencia desde la cabina de control.

Continuaron observando en silencio aquel despliegue espacial, mientras seguía imparable una evacuación a la que se sumaban cada vez más naves. Para los hibernautas era difícil asimilar la propia realidad que analizaban sus retinas. Ahorán comprendían que aquellas máquinas eran uno de los grandes avances del tecnosistema comunitario respecto a un tiempo pasado. En esta ocasión, donde la supervivencia de la especie era lo más importante, allí estaban, una vez más, desplegando la técnica de sus creadores, dispuestas a protegerles de los inevitables peligros de su hogar en la Tierra.

Y los sueños de tantas y tantas generaciones, condensados en el alambique terráqueo, sorteaban un incidente más, como si fuera una rutina. Durante unas horas, los humanos abandonaban su hogar sobre la corteza terrestre para habituarse a vivir en el espacio, y quizá algún día en el infinito cosmos. Aunque no hubiera llegado el momento, estaban preparados para emigrar, pues habían cortado las amarras con la vieja nave nodriza de miles de millones de años, quien les protegía unas veces, y les hacía víctimas indefensas en otras.

Allá abajo, la madre Tierra temblaba, liberando las fuerzas opuestas de sus entrañas. Y se oía su quejido, como de parto de algo nuevo, aunque viniera acompañado de la destrucción. En algún lugar preciso de aquel rincón del planeta, la tierra se agrietaba devorando implacable el suelo que tantas veces pisaran los seres vivos; y rodaban las rocas ladera abajo, formando taludes como cerros. Entretanto, la vida continuaba, y varias comunidades de humanos vibraban allí arriba en sus caparazones móviles.

Ya de madrugada, el Centro Regional de Emergencias hacía una evaluación de los daños. Las comunidades del Lago, Castro y Monasterio podían volver a su antigua ubicación; sólo la Comunidad Vital de la Presa debía abandonar el enclave anterior para trasladarse más hacia el sur, siguiendo el curso del río.

Había pasado casi un mes desde el último movimiento sísmico en el Parque de las Lagunas, y el programa de integración continuaba con variadas experiencias para conocer el nuevo tiempo.

Era la primera vez que los hibernautas salían de aquella zona montañosa. Tras sobrevolar lomas y vaguadas donde la vegetación todavía ornamentaba el entorno, el ovalbus no tardó en llegar a un

hermoso valle donde confluían varios ríos. Dominando sobre el cerro, aparecía una cibertecnópolis mediana con algunas edificaciones antiguas en medio de cinco asentamientos de ovalares que se desperdigaban por las laderas.

Dorremi, en la cabina de control, solfeaba una de las últimas canciones de moda. Los comentarios jocosos de Jon Rivera y las risas cómplices de los demás no se hicieron esperar. El Autodomo volvió la cabeza, y parecía sonreír a pesar de la inexpresiva carcasa facial.

Mara y Karol sonrieron también divertidos, pero Sandra apenas dibujó una mueca en su rostro. Hacía varios días que Nacho se había ausentado del transovalar, y según le había informado Dorremi posiblemente dejara el equipo de integración. Para el autómata, sólo había dos amores en la vida de Nacho: uno era su hija y del otro no podía dar detalles. Sandra se había quedado rumiando aquella información, acusándose a sí misma de ingenua por haberse dejado arrastrar a un sentimiento que posiblemente en aquellos momentos le estaba vedado por ocupar un tiempo que no le correspondía.

-Algo te sucede, Sandra –se interesó Mara.

-A mí, nada -contestó ella, sin demasiada convicción.

-Vamos, no trates de disimular entre nosotros -salió al paso Karol-. Sabemos que echas en falta a Nacho Garmendia.

-De acuerdo, sí –se sinceró ella.

El valle terminaba antes de llegar a una loma calva de vegetación, donde bailaban los gigantes de metal, con sus axpas danzando al ritmo del viento; y, tras el bosque eólico, una inmensa llanura confundía los sentidos en un mar de luz que alejaba el horizonte. No eran los trigales con sus mieses doradas los que coloreaban el paisaje de la meseta sino aquel incontable número de placas, pegadas a la tierra cual voraces seres de conchas planas capaces de captar la energía del cosmos. Sólo algunos islotes de antiguos pinares marcaban el contrapunto en el desértico páramo.

Minutos después, el horizonte se vestía de verde con las primeras estribaciones de la cordillera central. A través de los visores podían apreciar cómo se acrecentaba el tráfico de los ovals, conforme se acercaban a lo que había sido una gran urbe. Estaban penetrando en el espacio aéreo de la Gran Cibertecnópolis. Al fondo, se perfilaban las siluetas de algunos rascacielos, que les recordaban a los hibernautas un lejano pasado.

Pronto quedaron sorprendidos por aquellos conos achatados, tan altos como cerros, escalados por terrazas y cubiertos de arbustos. Aparecían intercalados entre amplios espacios verdes y en su base estaban rodeados por una vía acuática, a modo de anillo, formando una combinación ambiental no exenta de originalidad.

Cientos de ovals sorteaban las grandes torres, mientras ascendían o descendían en el complejo de dianas de los ovalpuertos, visibles por aquellos círculos reflectantes de tonalidad plateada, que ocupaban amplios espacios sin edificios ni vegetación.

Toni Farrell, como ingeniero de robótica, aprovechó para explicarles que en aquellas antiguas torres se cruzaban las órdenes, proyectos, voluntades y hasta la misma creatividad humana. Era un complejo sistema de celdas de un hiperordenador, donde millones de autómatas cumplían su función específica. Y siguió diciendo que durante varios siglos, distintas generaciones de programadores humanos y, más tarde, los propios autodomos, habían ido configurando aquella gran colmena cibernética con todas las conexiones que la nueva sociedad comunitaria demandaba.

No tardaron en divisar la parte más antigua de la cibertecnópolis, con zonas verdes salpicadas de edificios históricos, donde se albergaba una pequeña muestra de la cultura humana, en aquella parte del planeta.

Dorremi pidió permiso para descender en el Ovalpuerto de la Estela. Era una base de carga y descarga de pasajeros ubicada al principio de la Avenida de los Miradores. Se asentaba sobre una gran plataforma circular de quinientos metros de diámetro que se sustentaba sobre pilares de metalum. Su diseño concéntrico estaba configurado por veinte anillos, a modo de una gigantesca tela de araña circular. Las ciento sesenta dianas se alineaban con simetría sobre ocho radios, con diámetros decrecientes de la periferia al centro. En el punto cero sobresalía una cuña, de cabeza octogonal, desde la que se sincronizaba todo el tráfico aéreo.

Una vez, recibidas las coordenadas, Dorremi dispuso el oval en posición de entrada para la maniobra de asentamiento.

-Hemos llegado -anunció la profesora Treval-. Les recuerdo que dentro de media hora nos

espera un recibimiento oficial del Preferente de Ibercom, después visitaremos la Estela de Cervantes y, por último, almorzaremos en el Mirador Espacial de Poniente. A última hora de la tarde tendremos una fiesta en el Gran Transoalar de la Montaña. Por cierto, en este transoalar estaremos alojados durante estos días.

La profesora Treval comprobó su videokit, que marcaba las once y cuarenta de la mañana, mientras el grupo iba saliendo del oval para situarse en el anillo de descenso.

Una vez abajo, varios adolescentes se acercaron a los hibernautas para pedirles un dactilograma, y crearon un cierto desbarajuste entre la comitiva, pues aquel recibimiento espontáneo no estaba en programa. Detrás de los inquietos jóvenes destacaba la serena figura de Nacho, que les esperaba con aquella sonrisa perenne, de inevitable contagio. Sandra cambió su semblante, y trató de aparentar una tranquilidad que no sentía.

-Hola Nacho -saludó Laia.

-Hola a todos –contestó él-. He visto los preparativos de la recepción y parece que sólo faltáis vosotros.

Sandra había quedado rezagada del grupo, y Nacho se acercó a ella, aunque no pudo recabar una sonrisa de su cara.

La comitiva encaminó sus pasos hacia la salida. El coronel hizo un gesto a Onado y a Jon, señalando a la pareja. Nacho y Sandra siguieron al grupo, y durante algún tiempo caminaron sin mediar palabra.

-¿Qué sucede, Sandra? –dijo él, rompiendo el mutismo-. Aún no he visto una de esas sonrisas que tanto he echado en falta estos días.

-Al menos podías haberte despedido –dijo Sandra al fin-. Soy tan ingenua que me creía haber simpatizado contigo, pero veo que tienes cosas más importantes de que ocuparte.

-Perdóname por haber sido tan poco detallista –se disculpó Nacho-. Mi cabeza está en otra parte. Algún día te lo explicaré todo.

-¿Tú crees que llegará ese día? -dijo Sandra sin poder disimular el enfado.

A la salida del ovalpuerto sonaron unos aplausos, y Nico Sanabria saludó a algunos colegas entre un grupo de infoperadores, mientras éstos sometían a los hibernautas a un variado repertorio de preguntas. Una de ellas fue dirigida expresamente a Donald Samuelson como jefe de la expedición hibernatoria.

-Doctor Samuelson, ¿piensa volver con su grupo a San Francisco?

Aquella pregunta desconcertó un poco al doctor, pero estaba acostumbrado a salir airoso del hostigamiento de la prensa en otro tiempo.

-No le quepa la menor duda que volveremos a nuestra querida ciudad, pero ya que estamos aquí nos entretendremos un poco –contestó el doctor sonriendo, mientras hacía un silencio para pensar la salida, y algunas risas brotaron de los infoperadores-. Recuerde que aquí hemos vuelto a nacer.

Hubo de nuevo aplausos, y el grupo tuvo dificultades para abrirse paso hacia la Plaza de la Eurounión. Eran muchos los comunitarios que se habían acercado para ver a los miembros de la expedición hibernatoria. El Himno de la Alegría resonó por toda la plaza, haciendo vibrar el entorno, mientras los curiosos se aglutinaban frente al escenario. Un rutilante letrero de BIENVENIDOS cruzaba la fachada de una vieja torre de oficinas reconvertida en colmena cibernética. Laia y los demás miembros del equipo caminaron al frente de la comitiva hacia la plataforma, donde les esperaban los organizadores de la recepción oficial.

Los aplausos volvieron a sonar, pero esta vez por la presencia del Preferente de Ibercón, el profesor Marín, quien saludó a los congregados. Le acompañaba una nutrida representación de altos preferentes y otras personalidades de diversos puntos del planeta. En aquel momento, sonaban los últimos compases del Himno de la Alegría, y luego se hizo el silencio.

Laia llegaba en aquel momento al estrado. Saludó al Preferente de Ibercom y a las demás personalidades, a la vez que aprovechaba para presentar a todo el grupo en medio de la algarabía circundante. Luego, los hibernautas junto al equipo de integración se situaron en fila, arriba en el estrado, frente a los jardines de la plaza. El profesor Marín se adelantó hasta el borde del estrado y les dio la bienvenida oficial.

-Amor y paz –resonó con fuerza la voz del Alto Preferente, mientras el saludo era contestado por un clamor general-. Es para mí un honor recibir a este grupo de heroicos comunitarios que

arriesgaron sus vidas, allá en otro tiempo, en aras del futuro de todo el género humano. Hoy es un gran día para celebrar que están entre nosotros. Su gesta quedará en la historia de Ibercom y de todos los pueblos del mundo. Bienvenidos.

Hubo algunos discursos más en la misma línea, y tras el acto oficial los altos preferentes abandonaron el lugar. Luego, hubo una interminable petición de dactilogramas a los hibernautas por parte del público asistente. Una hora después, el equipo de integración tuvo que suspender la demanda aduciendo el cansancio como motivo. Desde allí caminaron en grupo hacia el Mirador Espacial de la Plaza, y repusieron su fatiga con unos refrigerantes vitamínicos servidos en el primer anillo.

Al salir del mirador, Pedro se sentó por unos instantes en la escalinata que daba acceso al Surtidor de las Civilizaciones, y se dejó arrastrar por las imágenes de un tiempo remoto, abriendo la puerta a la añoranza cuando era estudiante de telecomunicaciones. Apenas conservaba la sombra de una emoción, dimensionada allende el tiempo, junto a un decorado de viejos troncos de olivo con algunas ramas verdes, como ofrenda al preclaro escritor del Quijote. La efigie mayestática del primado de las letras castellanas seguía allí, encuadrada en aquel monumento, en forma de prisma cuadrangular, mirando el entorno, ajeno al tiempo, cubierto por su capa, y apoyando la mano derecha en un libro.

Los demás compañeros de expedición se recrearon en silencio, admirando la exuberancia de aquel hermoso espacio natural, que enmarcaba la gran obra hidráulica, al principio de una extensa zona verde que se perdía en el horizonte, hacia el oeste. Allí nació una laguna en cuyo centro destacaba aquella esfera gigante como monumento a Gaia. Algunos metros más abajo el agua se encauzaba rauda hasta deslizarse bajo los arcos del Puente de las Culturas. Algunos miembros del grupo se encaminaron hacia lo más alto del arco central. Desde arriba pudieron contemplar cómo debajo de ellos el agua se precipitaba hacia un vacío de treinta metros, creando una catarata artificial, conocida como La Estela de Cervantes.

Detrás del velo blanco y brumoso aparecían las aguas agitadas y espumosas que lamían los torreones del Museo de la Guerra y se deslizaban incontroladas, formando una vía de rápidos y cascadas en busca del Manzanares. En la margen derecha de la vía acuática, y en lo alto del cerro aparecía majestuoso el Gran Transovalar. Era hartamente conocido por alojarse en él las personalidades que visitaban el centro de Ibercom desde todas las latitudes del planeta. A los hibernautas se les había querido dar un trato preferencial, y ocuparían los movilates de los huéspedes de honor.

Por la tarde, los hibernautas pasearon por los alrededores del Gran Transovalar. Sandra, acompañada de Karol y Pedro, rumiaba en silencio la despedida de Nacho durante la comida. No había podido evitar que alguna lágrima recorriera sus mejillas, y lo había soportado en silencio, por encima de alguna mirada burlona del coronel, que, junto a Donald, parecían mostrarse ufanos con la noticia. Ella no sabía, entonces, si era amargura lo que sentía en su interior o quizá la decepción de una esperanza infundada.

Durante el paseo, por la Avenida de los Miradores, se quedaron observando aquella especie de cerro artificial, en forma de cono, semejante a los que habían observado al entrar en la cibertecnópolis. Sus paseos, a modo de escalón, configuraban una singular obra faraónica, con hermosas terrazas ajardinadas. Arriba destacaba una voluminosa antena, que giraba con acentuada parsimonia. La extraña edificación cónica ascendía desde el propio cauce del río, y su parte más alta se elevaba sobre la avenida a una altura de cuatro terrazas. Llamaba la atención porque no tenía continuidad con otras lomas cercanas, como si fuera una gigantesca torre que se hubiera desmoronado sobre sí misma.

-Ah, ya veo que les llama la atención la Babelia de la Rivera –dijo la profesora Treval-. Es una colonia residencial donde antiguamente habitaba la gente más pudiente de la ciudad. Ahora, la ocupan los Oris urbanos, y en las terrazas cultivan hortalizas y flores. Podemos visitarla uno de estos días.

-¡Qué impresionante! –exclamó Mara-. Me pareció ver algunas obras de este tipo cuando sobrevolábamos la ciudad.

-Existen por todo el planeta –dijo Nico Sanabria-. Comenzaron a construirse a finales del siglo veintiuno. Fue una generación de arquitectos, que suplió la falta de suelo con estas inmensas moles habitables. Poco a poco fueron sustituyendo a los antiguos rascacielos, pues una sola babelia podía albergar el equivalente a varias decenas de aquellos edificios. Disponen de todas las medidas de seguridad, con zonas estancas para evitar la propagación del fuego. Son como pequeñas ciudades en las que se puede encontrar desde un teatro a un abastol. Por sus calles, ahora peatonales, circulaban antiguamente los vehículos rodantes, y había helipuertos, cada quinientos metros, en cada uno de los niveles.

Estaban llegando al final de la avenida, cuando algunos de los hibernautas se quedaron mirando los viejos edificios, donde se exponían nuevos diseños de moda. Varios ovales, suspendidos en el aire, descargaban ceremoniosamente mercancías en las plantas más altas.

Dentro de los escaparates, los autómatas, a los que denominaban vulgarmente *marketes*, se movían con una soltura digna de admiración, mientras hacían un pase intermitente de modelos. Jon y Onado, que caminaban junto a Karen y Melisa, no pudieron evitar algunos gestos y comentarios burlones sobre ellos.

27

A última hora de la tarde, según les había anunciado la profesora Treal, se celebró una fiesta en el Gran Transovalar de la Montaña.

El doctor Asimov, delegado de la Eurounión, no había faltado a la cita. Era un hombre de talante sencillo que emanaba confianza a primera vista. La elegancia natural en sus modales no restaba fuerza al entusiasmo que desplegaba a su alrededor al haber sobrevivido a las mil batallas de sus periodos vitales. Su mirada penetrante se encuadraba de manera perfecta en aquel rostro de rasgos orientales, y no cabía imaginarle con cabello sin que desdibujara aquel contorno craneal que le daba un aspecto de sabio decano de las ciencias. Para entonces, era considerado ya como el gran Cíberman y el más activo dinamizador de proyectos de Ibercom.

Nacho Garmendia, que conversaba en aquel momento con Asimov, aprovechó la ocasión para presentarle a algunos de los hibernautas, y el doctor les saludó con apasionado interés.

-Le comentaba hace un momento al doctor Garmendia que han traspasado todas las barreras del tiempo -dijo el Delegado, magnificando la importancia de tamaño acontecimiento-. Es de reconocer su audacia, sobre todo en un tiempo donde no había garantías de éxito.

-No es para tanto, doctor -se expresó Sandra con modestia-. Sólomente fuimos unos inconscientes, pero me da la sensación de que hemos resultado útiles.

El doctor Asimov rió el comentario espontáneo de Sandra, y no dejó pasar la ocasión para invitarles a la fiesta de su cumpleaños en el Transovalar de Vallehermoso.

Karol Bukowski, como buen observador, siguió los movimientos de un extraño y solitario personaje, que apenas participaba del entusiasmo circundante. Su corpulencia física y aquel cabello rojizo, peinado a raya, no le hacían pasar desapercibido. Saludaba cortésmente a algunos de los presentes, pero parecía un intruso, que se hubiera colado por la puerta de atrás. Poco después, se lo presentó Laia como el doctor Monegros, uno de los más prestigiosos neurofisiólogos del Complejo Científico de La Moncloa.

El doctor Samuelson estaba inquieto, y apenas seguía los comentarios de Rudolf y Okada. Sus ojos buscaban insistentemente a alguien, y mudó el semblante al descubrir al profesor Farrell entre los invitados. No tenía la menor duda de que la ocasión era propicia para un contacto con su colega, y no tuvo que esperar mucho para que aquel se acercara a saludarles. Cuando terminaron las presentaciones, Donald se excusó ante sus más próximos colaboradores, y se alejó con Farrell en animada charla. Éste recorrió toda la sala haciéndose el encontradizo con algunos de los científicos más influyentes que habían acudido a la fiesta, porque entendía que era una buena ocasión para facilitar a su colega algunos contactos necesarios. A fin de cuentas, era lo que le había dicho a Donald en la cita del lago cuando le sugirió su traslado a aquella cibertecnópolis. El doctor Monegros no les perdía de vista y al doctor

Samuelson tampoco le pasó desapercibida su mirada vigilante.

Cuando abandonaron el Gran Transovalar, Donald no perdió tiempo en comentar a su colega aquella sensación de sentirse vigilado.

-No debe preocuparse –le tranquilizó Farrell.- Puedo asegurarle que ese hombre es de plena confianza.

Dirigieron sus pasos hacia una explanada en forma de terraza ajardinada. Frente a ellos aparecía la Babelia de la Ribera iluminada, como un abeto gigante el día de navidad. El sol se había ocultado hacía apenas unos minutos, y la tenue luz del crepúsculo resaltaba el horizonte de la Sierra de Guadarrama.

-Pronto serán las elecciones, y ya sabrá que me he presentado para la Alta Preferencia. Confío que con su ayuda lo logremos.

-No dude en contar conmigo -aceptó Donald seguro de sí mismo.

-Comprobaré que el profesor Marín no me tiene mucha simpatía, y habrá que emplear todas las armas a nuestra mano para disputarle el cargo de máximo preferente. Por cierto, ¿ha pensado Usted sobre mi propuesta de traslado a esta cibertecnópolis?

-Le aseguro que estoy preparando las condiciones dentro del grupo para que vean coherente mi decisión de separarme de ellos. Posiblemente, habrá tres miembros de la expedición con los que no pueda contar, pero donde tendré mayores problemas será con mi hombre de confianza, el coronel Rudolf.

-Una cuestión importante, doctor Samuelson. Debería saber que en el equipo de integración tengo destacado a Toni, mi hijo adoptivo. Créame que no lo he hecho porque desconfiara de usted, pero quería asegurarme que todo estaba bajo control. Con quien debe tener cuidado es con el doctor Garmendia. Mis contactos me han asegurado que podría ser un agente de la ASP. Además, según Toni, hace buenas migas con Karol Bukoski, el más eminente científico de su expedición salvando al profesor Okada. Sólo le pido vigilancia y precaución.

-Lo tendré en cuenta profesor. La verdad es que el doctor Garmendia no me cae muy bien; pero no debe preocuparse porque hoy mismo se ha despedido. En cuanto a Karol Bukoski, le diré que es el único miembro de la expedición que me crea cierto recelo.

-Es una noticia muy importante que el doctor Garmendia deje el equipo. A propósito, creo que ya les han anunciado la fecha para la opción de vida.

-Si. Nos han hablado de dos meses. Antes visitaremos la tierra de nuestros antepasados.

-Lo sé, pero no esperen encontrar allí nada diferente de esto. Le aconsejo que mantenga la disciplina del grupo, no sólo porque algunos son imprescindibles para la misión sino también para tenerlos controlados de cerca, no sea que se filtre alguna información que pudiera perjudicar al proyecto.

-No todos son conocedores de lo que realmente existe en el búnker, y creo que debe seguir siendo así. Además, antes he de asegurar que el enclave del búnker se nos cede por las autoridades de la zona. He averiguado que podemos solicitar una parcela para constituir una comunidad Ori, y estoy haciendo gestiones para que sea donde está el búnker.

-Entonces, según deduzco, parece que todo está en orden. Desde esta cibertecnópolis podrá dirigir sin problemas los trabajos en el búnker sin despertar sospechas. Yo, por mi parte, puedo justificar la presencia en el agronat a través de Toni. De cualquier forma, lo más importante es que la expedición esté preparada para poner a punto el búnker en cuanto se produzca la opción de vida. Usted sabe que necesitamos la máquina para cualquier plan posterior.

-Pero no olvide que sin el cuarto amuleto es imposible utilizar la máquina.

-No se preocupe doctor. Tengo un hombre tras la pista del amuleto que nos falta.

-Le felicito profesor. Eso sí que es una noticia importante.

-Quiero insistir en que se traslade a esta zona. No es que el poder esté centralizado en esta cibertecnópolis sino que aquí puede relacionarse con personajes influyentes, como ha podido observar en esta fiesta.

-De cualquier forma habrá un lugar concreto desde donde se tomen las decisiones, como antes era Wasintong, Londres o París.

-El poder político está ahora muy difuminado, y tanto la Asamblea de Preferentes como el Consejo de las Comunidades pueden celebrar sus sesiones a través de la red o elegir cualquier punto de Ibercom. Se trata de no romper el complicado equilibrio entre el conjunto de las comunidades regionales.

-Sin embargo, habrá que cultivar las relaciones con el poder para recuperar el tiempo perdido. Espero que mis habilidades en este campo sigan siendo las mismas.

-La verdad es que la pérdida del Maestro y el prolongado retorno de su expedición nos han retrasado demasiado.

-Además, para colmo, las autoridades nos están ralentizando la segunda fase de la operación retorno con ese estúpido periodo de integración.

-Fue un error de vital importancia que el Maestro decidiera ocultar la ubicación del Cronotrón a los otros portadores de la llave.

-Cuestión de seguridad, profesor –disculpó Donald la decisión.

Donald evitaba entrar en los interrogantes del profesor Farrell, pero era consciente de que no había sido el Maestro sino él quien en otro tiempo condicionara la construcción del Cronotrón.

-Me imagino que por motivos de seguridad, ahora ustedes se hacen llamar por otros nombres.

-No, doctor Samuelson. Supongo que el equipo de integración les habrá dicho que la gente de este tiempo no vive más de trescientos años. ¿Cómo supone que sus colegas iban a durar más?

-Entonces, quiere decir...

-Si, doctor. Tanto Yago Colinas como yo somos clones de Collins y Farrelli.

Donald quedó desconcertado y su rostro dejó traslucir el recelo que aquella novedad le producía.

-Esto lo cambia todo. ¿Cómo sé que ustedes no son una trampa de este sistema?

-Sencillamente porque disponemos de las otras llaves. ¿Quién de este tiempo podía conocer el secreto? Aquí tiene la mía.

El profesor Farrell le mostró un amuleto semejante al que portara Donald, y éste aún dubitativo lo tomó en sus manos, observándolo.

-El doctor Collins avanzó bastante en sus investigaciones, clonando marginales dentro del colectivo Ori, y mi progenitor investigó las posibilidades en el campo de la cibernética. Pero llegó un momento en que sus cuerpos no pudieron aguantar más el paso del tiempo, y tomaron la decisión de clonarse. Desde niños, recibimos toda la información y preparación que ellos podían darnos, y cuando murieron nosotros ya éramos conscientes de que debíamos continuar el proyecto. Durante años, asistimos a la ceremonia de la cita en el lago como si fuera un día de pesca, y durante ese mismo tiempo hemos estado buscando la gruta hibernatoria de su expedición teniendo que simular una inusitada afición por la arqueología. Ya nos dábamos por vencidos, cuando tuvimos noticias de su retorno.

-Ahora lo entiendo -contestó Donald mientras le devolvía el amuleto.

-No le quisimos decir nada en la cita del lago, porque pensamos que estamos siendo vigilados. Espero que su desconfianza no suponga un problema añadido al desarrollo del proyecto.

-Yo también lo espero –dijo Donald más tranquilo-. Me imagino que deberemos revisar el plan de acción para ajustarlo a la situación actual.

-Así es. Cuando el búnker esté listo, nos reuniremos para ver el plan a seguir.

Las sombras se habían apoderado ya de los jardines del Gran Transovalar, y un aura azul de extraordinaria luminosidad giraba en torno a la residencia espacial. Un cielo grisáceo se cernía sobre los ovalares de la Comunidad Vital de Poniente.

A un tiro de piedra, Nacho y Sandra hablaban animadamente, mientras se alejaban de la residencia espacial, absortos en ellos mismos. Por unos instantes, se detuvieron para besarse.

un prolongado abrazo, mientras el ardor de sus cuerpos dejaba suspiros, y el arrebató buscaba en cada beso los cinco sentidos que debían configurar la imagen del otro.

Una llamada a su amigo Karol había servido para tener informados a sus compañeros de expedición, aunque el doctor Samuelson maldijo por lo bajo, y el coronel Rudolf echó leña al fuego sobre el problema que Sandra estaba suponiendo para el buen fin de la misión. Pero poco importaba ya entonces lo que Donald y el coronel pudieran decir o pensar.

Al mediodía, Dorremi se posaba con el ovalbus en la diana del Gran Transovalar. Sandra estaba ya dentro del vehículo espacial, en silencio, removiendo los rescoldos de la noche. No podía ocultar cierto temor ante el encuentro con los demás, pero en el fondo de su alma había paz, y la felicidad que sentía lo embargaba todo.

Cuando sus compañeros de expedición subieron a bordo, hubo más de una mirada recriminatoria hacia ella, aunque ya se lo esperaba. Sobre todo, se estremeció ante los ojos saltones del coronel, enmarcados por aquel iris rojizo, que aparecía en Rudolf cuando bebía más de la cuenta. Éste, algo rezagado, no subió hasta que todos lo hubieron hecho, y, una vez arriba, no pudo evitar ciertos comentarios cargados de provocación.

-No te preocupes, sargento, esta noche nos vamos de juerga con quien nos apetezca.

Sandra fingió no enterarse, mientras el ovalbus ascendía y se internaba en el animado tráfico aéreo. En menos de cinco minutos estaban en el Ovalpuerto del Complejo Ori.

Fuera del recinto, les esperaba Kalina, una joven de la comunidad marginal de la Rivera. Su pelo negro de cuidados bucles caía sobre su espalda como una catarata, realzando un cuerpo estilizado y atlético. En sus grandes ojos verdes anidaba la serenidad de la experiencia, a pesar de no haber pasado la primera hibernación. Era líder de las comunidades Oris de aquella parte de la cibertecnópolis, y había sido elegida por la Junta de Preferentes para hacer el honor de recibir a tan especiales visitantes.

-Amor y paz -saludó ella cuando los hibernautas y el equipo de integración hubieron llegado a su altura.

Algunos contestaron con el mismo saludo, mientras otros dijeron un simple “¡hola!”.

-Qué manía con el saludito -se oyó el comentario burlón del coronel Rudolf, que caminaba perezosamente, junto al sargento Onado.

-Creo que entre vosotros conozco a alguien -dijo Kalina, levantando la voz, mientras se acercaba a Toni Farrell para saludarle con un beso.

-Hola, Kalina, no sabes lo que me alegro de verte. Ignoraba que serías tú la anfitriona.

-Yo tampoco sabía que estuvieras en el equipo de integración hasta que lo vi en la cosmo.

Y Toni Farrell se dejó llevar por aquella mirada alegre y cautivadora, que Kalina sabía desplegar en su entorno. Luego, fue presentando a los hibernautas y a sus compañeros de equipo.

-Bien, ¿por dónde queréis empezar?

Los hibernautas se encogieron de hombros, y Tony sugirió que podían pasar primero por el Complejo Expositor.

-Por mí, no hay inconveniente si queréis dejar algunos activos en la Comunidad Ori.

Estaban en la ladera sur del complejo, justo detrás del centro histórico de la cibertecnópolis. Miles de casetas de dos plantas, se alineaban en un pintoresco diseño arquitectónico, formando una especie de laberinto, que necesitaba de permanente señalización para no perderse.

Comenzaron a bajar por la galería de los pintores, y Kalina, poseedora de una basta cultura, les fue dando minuciosos detalles sobre las tendencias del momento.

Aquella simpatía, que la joven Ori derrochaba, se tornaba envolvente para los que le escuchaban, aunque ella permaneciera ajena a los sentimientos que pudiera despertar. Estaba saboreando aquel momento con el orgullo de sentirse la anfitriona de unas personas venidas de otro tiempo, y aquello era más de lo que hubiera podido soñar.

Toni Farrell, en silencio, observaba cada uno de los gestos de su amiga, y su mirada, sin apenas parpadeo, trataba de encontrar aquellos ojos huidizos, que siempre le habían parecido únicos. Conocía a Kalina desde niño, pues tenían una edad muy cercana. Habían sido compañeros de estudios, y realizado juntos la experiencia vital de supervivencia. Hacía ya algún tiempo que ella sabía de los sentimientos de Toni, no porque él se lo hubiera manifestado, sino por ese instinto especial de mujer; pero Kalina se había enamorado de Antón. Cosas de la vida; el amor jugaba a veces al escondite sin que los protagonistas pudieran evitarlo. Pero Toni no había tirado la toalla, manteniendo la ilusión de que algún

día llegaría su turno.

Tuvieron que acelerar el paso, pues era la hora del almuerzo y les esperaban en el Recinto Recreativo de la Rivera, donde los oris solían celebrar sus fiestas.

Estaban cansados, aunque a algunos de las hibernautas no les hubiera importado seguir curioseando aquella muestra de arte popular. Ahora entendían por qué los comunitarios apreciaban tanto aquellas mercancías producidas por los Oris.

Sólo Rudolf y Onado se mostraban indiferentes, reflejando aún más el cansancio, como si les hubieran sometido a una tortura insoportable. Por su parte, el doctor Samuelson parecía tener cara de pocos amigos, al considerar todo aquello como una pérdida de tiempo.

Poco después, llegaban al Ovalpuerto del Embarcadero. Cerca de allí, una algarabía festiva les esperaba entre vítores y aplausos. La pradera aparecía engalanada de colorido, y sonaba una música de organillo, que hacía honor a la vieja tradición local. Esperando entre los oris se encontraba Nacho Garmendia, quien buscó impaciente el rostro de Sandra, al tiempo que los hibernautas descendían del ovalbus. A pocos metros del anillo acuático en el lado oeste de la Babelia, una veintena de barbacoas desprendían un apetitoso olor a carne asada, que crepitaba sobre las parrillas.

-Vaya, esto es otra cosa -exclamó el Mayordomo-. Creo que estamos de suerte, sargento; aquí huele a carne fresca. Si quieres combinados a la tarrina, vas a tener que tomar un oval de regreso.

-¡A la mierda con las tarrinas! -exclamó el sargento-. Estoy deseando hacerme un Ori; por lo menos, esta gente come como dios manda.

Cuando llegó la hora del almuerzo, se fueron formando grupos, y extendieron floreados manteles sobre aquellas rústicas mesas. Degustaron las hamburguesas y la ensalada campera, regando todo ello con un buen vino de cosecha marginal. No había duda de que aquellas gentes conservaban las buenas costumbres, al margen de la tecnología imperante.

Aquel ambiente lúdico sólo era alterado por el lejano zumbido de los ovals de transporte, que sobrevolaban en torno a la Babelia de la Rivera.

Al final de la comida campestre, los brindis se sucedieron, y desearon una feliz adaptación a los hibernautas, además de muchos más años de vida, ofreciéndoles la opción de integrarse en aquellas comunidades marginales. Nacho se levantó para brindar y los aplausos aumentaron entre los oris. Era un comunitario muy conocido en aquellas comunidades de la Ribera del Manzanares, pues gustaba de convivir con ellos, como uno más, en sus deportes, en sus fiestas; y, a través del tiempo, había concitado muchas simpatías.

-Yo también quiero brindar por todos los oris, en especial por los de la Ribera -gritó Nacho, mientras los aplausos se multiplicaban-. Aunque yo no sea oficialmente un Ori, me siento uno más entre todos vosotros. Podéis sentirlos orgullosos, porque mantenéis el aliciente de una alternativa de vida que nos humaniza, mucho más allá de la propia técnica.

Después, Nacho hizo un silencio, tomó a Sandra de la mano y le instó a ponerse a su lado. Ella no podía disimular que sentía toda la felicidad del mundo, ignorando que su horizonte vital casi podía tocarlo con las manos.

-Tengo que deciros... -sonó con fuerza la voz de Nacho-. Bueno, no se como empezar.

Algunos de los asistentes le instaron a hablar, y se formó una algarabía que fue cesando cuando él les pidió silencio gestualmente.

-Me siento feliz de anunciaros que Sandra y yo nos queremos, y vamos a iniciar una relación como pareja. Espero que nos acompañéis en la fiesta que celebraremos en vuestro Recinto Invernal de Festejos.

El doctor Samuelson se removió inquieto en la mesa que ocupaba junto al coronel, mientras éste miraba hacia otra parte sin poder disimular su desagrado por aquel espectáculo.

-¡Que hable Sandra! -dijeron algunos.

Entre los asistentes, algunas voces siguieron pidiendo a coro que hablara. El coronel Rudolf llevó su mano hasta la garganta para desactivar el conmutador de lenguas.

-Está bien -exclamó Sandra en un castellano titubeante-. Sólo quiero deciros que estoy encantada de estar aquí, y que soy muy feliz en este nuevo tiempo junto al hombre que quiero.

Los aplausos atronaron el lugar. La pareja se besó largamente, mientras los vítores y la alegre algarabía daban un toque romántico al compromiso. Sonó en el viejo organillo la marcha nupcial, y los

Oris hicieron un corro en torno a la pareja, al tiempo que se sucedían las felicitaciones de algunos de los presentes.

Una música de danza se expandió de pronto por la pradera, cambiando el ritmo de aquella espontánea ceremonia. En el centro de aquel banquete campestre quedó suficiente espacio libre como para que Kalina se dispusiera a bailar.

-Quiero dedicar esta danza a los hibernautas que nos han honrado con su presencia en este día de fiesta Ori, y para que la felicidad envuelva a la nueva pareja de Sandra y Nacho.

Y danzó al socaire de una pieza musical, recién compuesta para la ocasión. El atlético cuerpo de Kalina se deslizó por la hierba con la soltura y gracia de una danzarina consumada. Corrió, volteó y trazó piruetas en el aire, mientras sus largos cabellos formaban un abanico, que los últimos rayos de sol teñían de fuego, y sus ojos resplandecían cual estrellas en movimiento.

Un largo aplauso puso punto final a la actuación de Kalina. La fiesta continuó con viejos ritmos, y fueron Nacho y Sandra los que iniciaron el baile, mientras algunas parejas le imitaban. La puesta de sol doraba los torreones del Museo de la Guerra, y la alargada sombra de la Babelia se cernía sobre el lado este del anillo acuático al tiempo que los árboles centenarios pintaban un entorno de embrujo, cual testigos de un tiempo que parecía estancado.

Con las primeras luces del crepúsculo, comenzó a notarse inquietud entre algunos grupos de Oris, que observaban el baile. Pronto, corrió la voz sobre la presencia de la Banda de Petre, que hacía ya algún tiempo estaba dando problemas al colectivo marginal.

En aquel momento, Kalina bailaba con Toni Farrell, ajenos ambos al relvuelo que la noticia estaba suscitando. Desde el punto más elevado de la pradera, Antón observaba el espectáculo preso de celos. Poco a poco, la furia fue asomando a sus ojos. Se hallaba flanqueado por dos individuos de atuendo oscuro, cuyos semblantes contrastaban con el ambiente festivo del lugar. Los tres sujetos se acercaron a la pareja, y Antón agarró a Toni Farrell de los hombros.

-Te he dicho más de una vez, ciberman de mierda, que no te acerques a mi pareja -dijo el malcarado individuo, mientras empujaba a Toni Farrell, y, acto seguido, tomaba a Kalina de la mano.

-Vete de aquí -gritó Kalina al borde de la histeria, mientras se soltaba de su mano-. No quiero verte más en la vida. Tú y tus amigos sois la vergüenza de los Oris.

Algunos de los presentes se acercaron a defender a Toni, que yacía en el suelo, y Nacho le dio la mano para ayudarlo a levantarse. Los tres individuos se alejaron a toda prisa bajo una lluvia de insultos.

Los hibernautas habían observado en silencio el incidente. Donald Samuelson cruzó su mirada con la del coronel Rudolf y ambos dejaron escapar una sonrisa.

29

Aunque la constitución planetaria prohibía a los humanos contratar a sus semejantes para cualquier tipo de trabajo asalariado, la Banda de Petre el Rumano constituía una flagrante excepción en aquella zona. Era un consorcio mafioso al viejo estilo que tenía un número considerable de Oris trabajando para la organización.

La leyenda urbana sobre Petre no salía de los márgenes de lo puramente romántico, y a él le gustaba que le tildaran como un tipo aventurero, que ayudaba a sus amigos y comparsas, pero era implacable con los delatores y los que no se sometían a sus deseos.

Era Petre de tez aceitunada y pelo negro, alto y musculoso, a quien gustaba hacer ostentación de sus dotes naturales. Tenía una relación casi familiar con bastantes Oris, aunque el respeto que le profesaban se

debía más a su fama de frío e implacable, que a la simpatía que pudiera despertar a su alrededor. Nunca se había demostrado, pero todos intuían que Petre estaba detrás de algunas desapariciones de antiguos colaboradores.

Hacía algún tiempo que la droga hipnótica del doctor Colinas estaba sirviendo para alimentar la red paralela, y la banda conseguía sus objetivos sin llamar la atención. El efecto de amnesia que producía no dejaba ningún cabo suelto que pudiera poner en peligro la actividad delictiva, y la red marginal fabricaba, compraba, vendía, y todo lo hacía coordinadamente a través de los agentes del Rumano.

Todo había empezado siglos atrás cuando su antepasado Collins iniciara las clonaciones entre la gente más desarraigada del colectivo marginal. Tanto Boris Sumeiko, un agente doble en los tiempos de la Guerra Fría, como Farrelli, su compañero de expedición, habían sido donantes de sus respectivos clones: Boris K. y Enzo Farrell. De esta manera, el joven Boris, entrenado en las artes del más refinado camuflaje, conseguiría pasar desapercibido, gracias a que Enzo, su amigo de la infancia, había mantenido en secreto la doble personalidad llamándole siempre K.

Con el paso del tiempo, Boris se convertiría en el doctor K y era la sombra protectora del profesor. Aquel enigmático nombre y el atuendo que utilizaba en aquellas ocasiones eran la seña de identidad ante el colectivo marginal. Su aspecto corpulento y el pelo rojizo, algo descuidado, le daban más la apariencia de un concienzudo científico que de un mafioso de nuevo tipo. El misterioso doctor se había convertido en un ser escurridizo, un verdadero camaleón que se movía con soltura en las altas esferas del poder comunitario. Era el cerebro que coordinaba los dos pilares de la red paralela, fraguada pacientemente en los últimos cien años entre Enzo Farrell y él mismo.

Pero el doctor K necesitaba de alguien en el que pudiera confiar para llevar a cabo aquella actividad sin levantar sospechas, y hasta el momento aquella misión la había cumplido bastante bien la banda del Rumano.

Petre era producto de la tercera clonación de la saga, realizada cien años antes; pero en cada duplicación del mismo ADN parecía que los genes más determinantes del carácter del Rumano se agudizaban hasta convertirse en problemáticos. Sus apariciones chulescas mantenían aquella leyenda que estaba empezando a preocupar a su protector.

En esta ocasión, el doctor K había citado a Petre en el módulo 3216 del complejo expositivo. El Rumano había acudido a la cita bajo indumentaria femenina, y recostado sobre su asiento, asentía a las instrucciones de su jefe con aquella frialdad que le caracterizaba.

-Pronto comenzará la campaña de elecciones. Es necesario que desaparezcas por algún tiempo, al menos mientras dure el proceso electoral. Asegúrate de que tu gente lleva a cabo el plan trazado, pero a ti nadie debe verte. ¿Está claro?

Petre hizo una vez más la mueca de asentimiento, sin ocultar el desagrado que le producía la recomendación, pero estaba acostumbrado, y siguió, impasible, en su asiento.

-Espero que hoy me informes sobre el amuleto. Mis colegas están impacientes con este asunto.

-Debe saber doctor K que alguien se me está adelantando. He podido verificar que un tal doctor Garmendia anda detrás del maldito amuleto. La buena noticia es que debe conocer dónde se encuentra. Le advierto que esta misión le va a costar más activos de los acordados. He puesto en marcha un sistema de rastreo las veinticuatro horas del día.

-Sabes que yo no discuto de activos, Petre. Si te encargo de una misión es para tener resultados.

-De acuerdo -dijo el rumano, mientras activaba su videokit.

-Por cierto, había dejado para el final advertirte que me disgustan las espectaculares apariciones públicas de tu gente. Me preocupa que se haga referencia tan a menudo sobre la Banda de Petre. Es el último aviso.

Hubo un silencio, que Petre se encargó de romper, haciendo crujir los nudillos de los dedos, como demostrando su malestar.

El doctor K necesitaba del prestigio de la comunidad científica tanto como respirar, y si se descubría su doble identidad por su relación con aquel sujeto, podría tener problemas muy serios. Por este motivo, tenía ya tomada la decisión de deshacerse de aquel subproducto una vez que su colega alcanzara el máximo poder dentro de Ibercom.

-Me han llegado informaciones de que uno de tus agentes está encoñado con una tal Kalina, líder del colectivo Ori. Debieras sugerirle que la olvidara, pues la influencia y contactos de esta mujer entre las

comunidades vitales podrían poner en peligro nuestra red.

La pasividad indolente del Rumano cambió de pronto, abandonando su postura relajada y denotando una inquietud no exenta de ira mal disimulada.

-Le recuerdo doctor K que mi negocio con Usted no implica la vida privada de mis hombres. Además, creo que siempre he funcionado sin hacer preguntas, pues esa es mi seña de identidad, y la base de nuestro acuerdo.

-Te advierto que un paso en falso sería tu final -zanjó la polémica el doctor K.

Se despidieron en medio de una acritud no disimulada, pero así había sido siempre la relación entre aquellos dos hombres.

30

Nacho Garmendia se encontraba desde hacía una semana en una de las más importantes cibertecnópolis de Amerland. Faltaban todavía tres días para la llegada de los hibernautas, dentro del periplo planetario, y quería tener resuelto el asunto del amuleto antes de esa fecha. Sabía que no podía faltar a la cita en un momento tan importante para Sandra, pero aquella búsqueda del medallón, hasta entonces infructuosa, le mantenía en una tensión que no se correspondía con su talante investigador.

En sus constantes visitas a la Videoteca de las Comunidades, Nacho había tenido que vencer ciertas resistencias de la preferencia local para acceder a viejos archivos, y hasta los propios autodomos tuvieron dificultad para bucear en la memoria de un pasado tan remoto.

Después de visualizar en el archivo virtual el expediente W24SCE, Nacho no había logrado ir más allá de la existencia de un cuarto amuleto. Necesitaba urgentemente alguna pista sobre el lugar donde se encontraba; sobre todo ahora que el alto preferente se había interesado por la existencia de la diabólica máquina, y le exigía celeridad en la investigación.

Días atrás, había concertado una entrevista con Mark Hanff, el más famoso especialista en antiguas sectas. Si la reunión con el profesor no le descubría nada nuevo, no sabría cómo explicarlo en las altas esferas.

Aquella mañana, mientras esperaba en uno de los reservados del Transovalar de Soma, no pudo evitar que le asaltara de nuevo la imagen de aquel extraño individuo de anchos pómulos y cráneo aplanado, cuya inquietante mirada le seguía en todas sus gestiones. Tenía la impresión de que estaban detrás de sus pasos, y le preocupaba que alguna indiscreta filtración frustrara el penoso proceso; ahora que se encontraba tan cerca del final.

Nacho se levantó para saludar al viejo profesor, que entraba en aquel momento.

-Bienvenido, profesor Hanff. Es un honor poder conocerle en persona.

-Encantado, doctor Garmendia -dijo él con una afonía, que hacía inaudibles sus palabras-. Nos hemos habituado tanto a las máquinas, que estos encuentros son necesarios para mantener viva la mejor tradición del ser humano.

El anciano profesor, tomó asiento con dificultad, ocultando su acusado encorvamiento en el respaldo del cojín. Después de acomodarse, atusó su larga perilla cana, como si fuera lo que más le preocupara de su imagen. Aquellos ojos hundidos, pero vivaces, examinaron de arriba a abajo a Nacho Garmendia, que le contemplaba con respeto.

-¿Qué desea tomar, profesor?

-A esta hora, un combinado de soja, me vendría bien. Ya no tengo mi máquina biológica en tan buen

estado como la suya.

-No se fie, profesor. Por mí también pasan los años.

Mark Hanff sonrió ante la contestación de Nacho, y siguió con su vista los movimientos del brazo articulado, que depositaba en aquel momento el combinado sobre la repisa de consumición

-Bien, doctor Garmendia, parece que últimamente existe mucha demanda sobre el amuleto.

-No le entiendo, profesor.

-Hace unos días, he recibido un preocupante mensaje –dijo, mientras tomaba el glaxo en sus manos-. Alguien más quiere saber donde se encuentra el medallón. Si le digo la verdad, me pareció claramente una amenaza.

-¿No se identificó de alguna manera?

-Nada de nada. Traté de rastrear el origen del mail, pero había desaparecido como si fuera un fantasma.

-Confidencia por confidencia, profesor –dijo Nacho, con cierto sigilo-. Estoy convencido de que alguien sigue mis pasos en las visitas a los archivos comunitarios.

-A estas alturas de mi vida, ya no me preocupa nada, doctor Garmendia, ni siquiera la idea de morir; pero quisiera que al menos mi conocimiento sirviera al bien común. Siempre intuí que el misterioso triángulo era mucho más importante de lo que aparentaba, pero incluso, cuando usted me lo demostró, me resistí a creerlo. Quiero confesarle que en mi larga vida de investigador, nunca me había encontrado con un símbolo que fuera a la vez llave de una máquina con fines harto diabólicos.

-Ya ve, profesor. Quizá el acicate de los que investigamos es que la sorpresa espera siempre tras el último recodo, sin que podamos imaginar, muchas veces, qué se oculta al final del siguiente paso.

-Estoy de acuerdo, doctor Garmendia –afirmó el profesor, sonriendo halagado-. Por eso, algunos nos hacemos viejos tras la pista de quimeras.

Hubo un silencio, que rompió el profesor Hanff.

-Bien, pues he de ir al grano para no hacerle perder más tiempo. Hasta ahora no había querido decirle donde se encontraba el medallón para no comprometer a mi gran amigo Phil Reed, pero lo he hablado con él, y está de acuerdo en que el amuleto debe pasar a la responsabilidad de la Alta Preferencia. Sólo hace falta llegar a un acuerdo económico, aunque será flexible, tratándose de un tema de seguridad.

Aquella misma tarde, Nacho Garmendia no quiso perder un instante, y logró que Mr. Reed hiciera un hueco en su agenda. La colección privada de Phil Reed se asentaba en una lujosa y antigua mansión de Marin County. Se trataba ni más ni menos que del famoso Reed Museun. Nacho sabía muy bien que algunos calificaban a su patrocinador como un extravagante Ori que, en aras de mantener la tradición, lo había hecho provocadoramente, de la forma más ostentosa.

En la entrada del pórtico, previo a la lujosa mansión, Nacho se cruzó con algunos comunitarios que comentaban con evidente entusiasmo lo que acababan de ver. Avanzó decidido por un paseo, flanqueado por viejos Prunos en la parte delantera del museo, y se volvió disimuladamente antes de entrar en la amplia sala de recepción.

A través del videokit, Nacho informó de su presencia, y, poco después, aparecía un autodomo, quien le indicó que le siguiera. Caminaron por un largo pasillo, en cuyas paredes se sucedían elegantes vitrinas, repletas de originales objetos, que habían pertenecido a destacadas figuras de la historia. Según indicaban los rótulos, sobre relucientes anaqueles, allí se encontraban piezas únicas, conseguidas en distintas partes del globo. Nacho tenía la misma sensación que cuando visitaba un templo de arte sacro, pues hasta los visitantes mantenían aquel ambiente de silencio, observando la diversidad allí atesorada. Era todo tan antiguo, que la figura del robot, con sus andares rítmicos, suponía un contraste tan evidente que, más bien, parecía un intruso en aquella mansión.

Tras finalizar el recorrido por aquella galería del recuerdo, el autodomo esperó unos instantes frente a una puerta, cuyo rótulo indicaba: “sala singular”. La puerta se abrió automáticamente, y Nacho Garmendia siguió al robot hasta el interior.

Era un salón decorado al viejo estilo, con hermosas butacas de piel, en torno a una mesa de cristal, sobre un barroco soporte de oro, frente a una chimenea de mármol.

-Puede esperar aquí, doctor Garmendia –dijo el autodomo-. En unos instantes, le recibirá mister Reed.

Nacho se acomodó en una de las butacas e hizo ademán de tomar un tónico, pero desistió mientras

sus ojos recorrían las lujosas paredes, forradas en madera de nogal, donde colgaban algunos cuadros del más rancio clasicismo pictórico.

-Bienvenido, doctor Garmendia -saludó Phil Reed, a sus espaldas.

Nacho volvió la cabeza y vio acercarse al famoso coleccionista, procedente de un despacho contiguo, al tiempo que Nacho se levantaba para estrecharle la mano.

Era un hombre de avanzada edad, y, aunque cargado de espaldas, se adivinaba una estatura superior a la media. Nacho recordó entonces que su fama no procedía sólo del Reed Museum, sino que en sus buenos tiempos, aquel hombre había cultivado el tradicional deporte del baloncesto.

-Encantado mister Reed -saludó Nacho-. Es un honor acudir a esta casa del arte y la tradición.

Phil Reed invitó a sentarse de nuevo a Nacho, al tiempo que él hacía lo mismo.

-Le esperaba desde hace unos días, cuando hablé con mi amigo el profesor Hanff -dijo el atento anfitrión-. Antes de nada, me gustaría invitarle a tomar una copa de mi bebida especial. Espero que la acepte para celebrar nuestro encuentro.

Mr Reed pulsó el intercomunicador del videokit, y, acto seguido, ordenó a Roco, su autodomio personal, que le sirviera dos copas de aquella bebida, que denominó con un nombre exótico. No tardó en aparecer el autodomio, con sendas copas sobre una bandeja de plata, y las sirvió de una pequeña garrafa forrada de la más fina mimbre. Luego, el robot salió del salón dejando la bandeja de servicio sobre la mesita de cristal.

-Creo que no hace falta que le explique mi conocimiento de sus pesquisas sobre la secta del Club de los Elegidos -dijo Mr Reed, mientras extendía una copa a Nacho.

-Entonces sabrá que en el fondo soy como usted -dijo Nacho sonriendo-. Usted colecciona objetos tradicionales, y a mí me apasiona investigar los vericuetos de una antigüedad más rica y sorpresiva de lo que ningún mortal pueda imaginar.

-Me alegro de ello -siguió diciendo Mr Reed-. Nuestro común amigo, el profesor Hanff, me habló de su búsqueda de un amuleto que servía de anagrama a la antigua sociedad secreta. Si le digo la verdad, adquirir el lote de objetos de la extraña sociedad, sin tener conocimiento de lo más importante. Hace algún tiempo, el profesor me habló de la teoría que usted estaba elaborando sobre las primeras hibernaciones, y el club que las auspiciaba, pero fue muy recientemente cuando me descubrió algo que en principio me resistí a creer: el amuleto que yo poseía era una de las cuatro llaves de un arma biotecnológica, en cierto modo, peligrosa. No le miento si le digo que para mí supuso un aliciente, por el valor que aquello le daba al insignificante medallón.

El anciano coleccionista hizo un silencio como esperando algún comentario de su invitado.

-La máquina en cuestión es más peligrosa de lo que usted pueda imaginar -corroboró Nacho Garmendia-. Quiero informarle que la secta sigue viva, y me temo que un influyente grupo de comunitarios intenta hacerse con la última llave, que no controlan. Mis superiores están dispuestos a poner a su disposición medidas excepcionales de seguridad por si alguien intentara forzar su tenencia.

-Se lo agradezco, doctor Garmendia, pero no hace falta. Sabrá que dispongo de más seguridad que la mayoría de los comunitarios, y más de una vez me he preguntado para qué.

Mr Reed se levantó con sigilo, como si no quisiera despertar los fantasmas del pasado.

-Después de pensarlo muy bien, he tomado una decisión. Creo que si la Alta Preferencia desea tener el medallón, podemos llegar a un acuerdo.

-Bien, mister Reed, entonces creo que no hay mucho más que hablar. Mis superiores esperan que le haga saber su valor, confiando en su apreciación. Entretanto, mi dactilograma será suficiente para avalar el compromiso de pago.

Phil Reed digitó en su videokit una clave. En una de las paredes del salón se abrió una portezuela, y una especie de alacena dorada quedó a la vista de Nacho. Dentro de un cofre antiguo, el coleccionista extrajo una caja negra y, después de abrirla, tomó la cadena de plata, que sostenía el medallón triangular, dejándolo mecerse en el aire como un péndulo.

Macho Garmendia no pudo evitar quedarse extasiado, mirando el amuleto. Lo había imaginado tantas veces que ahora que estaba a punto de tomarlo en sus manos, le parecía un sueño.

Cuando Nacho regresó aquella noche a su movilat, en el Transovalar de Soma, halló todo revuelto, y algunos de sus objetos personales estaban esparcidos por el suelo. Sin dudar, extrajo de su chaqué coaxial una Aspid25, y se dispuso a inspeccionar el habitáculo con las debidas precauciones. ¿Qué habría sido de la

vigilancia integrada, de la que tanto alardeaban los transovalares? -se preguntaba Nacho con evidente enfado. Después de echar un vistazo a la galería circular, volvió de nuevo a su movilat, y no tardó en escuchar un zumbido muy agudo, que le apercibió de la presencia de alguien a su espalda. Cuando se dio la vuelta, dos individuos, cuyos rostros se cubrían con carcasas faciales, le apuntaban con un tipo de arma, muy parecida a la Aspid.

-Suelte su arma -dijo uno de ellos, tras la inmutable máscara que imitaba el rostro de un autómeta.

Nacho soltó su arma en el suelo, al tiempo que el otro individuo la recogía.

-Estamos hartos de que se nos adelante, doctor Garmencia-. Nos tiene intrigados que un hombre de ciencia como usted, pierda el tiempo en la búsqueda de un simple amuleto.

-No sé de qué me hablan -dijo Nacho, aparentando tranquilidad-. Creo que se han equivocado de hombre. Si ustedes están al tanto de las noticias, sabrán que formo parte del Equipo de Integración, y estoy en la cibertecnópolis esperando a los hibernautas.

-Vamos, doctor, no somos estúpidos -volvió a decir el que llevaba la voz cantante-. Sabemos que últimamente se ha vuelto muy estudioso de la antigüedad, y eso no corresponde a su especialización.

-Ya ven, tengo mis rarezas.

El individuo hizo ademán de apuntarle, pero inmediatamente volvió su brazo al estado de prevención.

-Anda, invíta a una copa, al doctor -ordenó a su compañero, que permanecía callado-. Posiblemente, tenga sed y por eso no habla.

Obedeciendo la orden, el otro individuo sacó un extraño frasco, y se dispuso a verter el contenido en un minúsculo recipiente.

Nacho Garmendia les miraba con inquietud, temiendo lo peor. De improviso, los paneles del movilat cambiaron de posición y comenzaron a lanzar rayos de laser, envolviendo al individuo que portaba el arma. Era el sistema Cibot, instalado en los grandes transovalares para situaciones extremas, el que se había puesto en marcha gracias a que Dorremi había tenido la previsión de conectarlo. El agresor que portaba el arma había quedado neutralizado y controlado en cuestión de segundos. El otro individuo salía de estampida sin que Nacho pudiera alcanzarlo.

31

El transoval en el que viajaban los hibernautas sobrevolaba en aquel momento las tierras del sur de Amerlat. Era aquella una de las últimas etapas antes de visitar los territorios de Amerland. Siro, el autodomio personal de Laia, pilotaba la nave intercontinental y acompañaba en aquella ocasión al grupo, asumiendo las funciones de intendencia y gestión del periplo planetario.

Para entonces, habían tenido ocasión de visitar la mayor parte del mundo conocido, incluidas las colonias exteriores. El turismo interplanetario se había intensificado de tal manera que no sólo los exploradores del espacio tenían acceso a los nuevos mundos, sino que cualquier comunitario podía viajar a los asentamientos consolidados. Para los hibernautas había supuesto una novedad excitante viajar fuera del planeta, aunque en el nuevo tiempo aquellos viajes fueran algo rutinario. Había sido como realizar un crucero galáctico en los predios del astro Sol, navegando sobre mares de energía.

Todavía recordaban con detalle el emocionante momento de subirse al transbordador espacial; cómo, durante el ascenso, habían contemplado las gigantescas plataformas de energía que rodeaban el planeta, con sus aspas de cinco kilómetros de longitud rodeadas por aquella aura espectral.

Habían hecho una primera escala en la Estación Espacial Internacional, ahora convertida en museo espacial. El brillante rótulo de Yuri Gagarin les había dado la bienvenida sobre aquel anillo oscilante que la rodeaba, mientras seguía su ritmo cíclico en torno al planeta. En su interior se conservaban algunos módulos

tal como habían sido utilizados en otro tiempo, pudiendo contemplarse algunas piezas de la MIR, la más antigua estación de los humanos en el espacio. Desde aquel escalón espacial en el que se apreciaban las huellas de otro tiempo, disfrutaron con el hermoso espectáculo de observar la nave azul y esmeralda en un rincón de la Vía Láctea. Ahora comprendían lo importante de aquellos primeros pasos para cortar el cordón umbilical de los seres humanos respecto a la madre Tierra, que seguía girando impasible en torno a su nave nodriza de fuego y vida, como si aquella parsimonia le dotara de eternidad.

Luego, habían seguido la ruta espacial hacia el satélite que había enamorado a tantos humanos en las mil y una noches de la historia. Mientras orbitaban en torno a la roca tallada en el corazón de la Tierra, contemplaron absortos las enormes cúpulas de las comunidades lunarias, que parecían gigantescas plantaciones de hongos plateados.

Cuando alunizaron en el Cosmódromo de Los Tres Astronautas, les recibieron aquellos comunitarios de alta y estilizada figura que ya habían saludado virtualmente en las conexiones interplanetarias. Pronto, pudieron admirar la transformación del satélite terráqueo, que había pasado de elemento romántico a una base imprescindible para la supervivencia del ser humano mientras el astro sol permitiera el milagro de la vida en aquellas latitudes del espacio.

Ejércitos de Minarroas escarbaban en las entrañas del ancestral satélite para sacar los tesoros necesarios que la técnica del siglo veinticinco demandaba. Todavía resultaba menos costoso transportar veinte toneladas del satélite al planeta que una tonelada en sentido inverso. La débil gravedad de la Luna facilitaba la manipulación de las materias primas y demás productos transformados, con lo que el desarrollo de la minería había favorecido la manufactura. Poco a poco, el satélite se había ido convirtiendo en la factoría de la Tierra y ésta recibía diariamente infinidad de productos terminados, que antes contaminaban extensas zonas del planeta en su proceso de fabricación.

También habían podido contemplar cómo desde las estaciones espaciales de la Luna despegaban las grandes naves para vuelos interplanetarios, en las misiones colonizadoras. La propulsión desde aquellas latitudes había demostrado que el camino hacia el cosmos ya no tenía límite. La hibernación había creado las condiciones para largos viajes, y no había transbordador espacial que no dispusiera del correspondiente hibernatorio.

Un día después, se acercaban a Marte, que estaba cambiando su uniforme tonalidad rojiza por una amalgama de colores, en los que predominaban los verdes y azules. El génesis se había vuelto a reeditar de la mano del hombre por su necesidad de nuevos hogares allende el cosmos. Primero habían colonizado el inhóspito planeta aquella generación de robots primates, para preparar el camino a los andróides y más tarde al ser humano; el creativo diseñador y constructor de un nuevo hábitat. Luego, la elevación de la temperatura a través de un efecto invernadero, programado con profusión de gases, había hecho brotar el agua de los polos y otras cuencas congeladas; y con el agua la vida encontraba su cauce.

Convivieron por algunos días con las comunidades marcianas. Ahora no eran hologramas los que les saludaban con aquella amabilidad rayana en lo servil. Los humanos nacidos en el planeta rojo no eran tan altos como los de la luna, pero daba la sensación que su delgadez no fuera capaz de soportar una cabeza más voluminosa que la de los terráneos; a pesar de lo cual se movían con una agilidad increíble, pues eran capaces de saltar cualquier obstáculo. Incitaron a los visitantes para que emularan sus saltos, y los hibernautas, entre risas, dieron muestra de una torpeza evidente.

Completaron la estancia en el nuevo hogar del hombre volando hasta la cumbre del Monte Olympo. El transbordador espacial fue bordeando aquella impresionante elevación de veinticinco kilómetros, que parecía no tener fin. Cuando estuvieron en la cima, les invadió una sensación extraña y se sintieron por unos instantes como los dioses de la mitología.

Para terminar el periplo interplanetario, realizaron un largo viaje de dos días y pudieron al fin contemplar con asombro los gigantes de gas mientras el equipo de astrofísicos calculaba las órbitas de Europa y Ganimedes para acercarlos hasta el límite de lo permitido en aquel tiempo. Más allá, se extendía un espacio sin límites comprensibles, sólo reservado a los pioneros de la exploración, donde el tiempo era sólo una invención de los humanos por su destino mortal.

De vuelta a la Tierra, volvieron a cruzarse con algunos de los telescopios espaciales, que según Laia constituían la mayor red de observación en aquella parte de la galaxia. Eran los nuevos ojos del ser humano que éste había colocado allí para que desapareciera el arriba y el abajo, para sentirse parte de la maravilla del cosmos. ¿Quién renunciaba a contemplar la dinámica belleza de los cuerpos celestes, al ritmo estremecedor de sus colisiones transformadoras, donde la vida y la muerte no tenían una frontera definida? El ser humano,

desde luego, no; seguiría arriesgando su efímera existencia en aras de un sueño: la necesidad de encontrar compañía, la necesidad de expandir la especie por el universo para asegurar su inmortalidad.

Tras el periplo interplanetario, se habían relajado en las paradisíacas playas mediterráneas. La visita a las factorías criomarinadas había sido una experiencia inolvidable. Pasear bajo el agua en los alledaños de la costa se había convertido en algo rutinario sin necesidad de especialización ni entrenamiento previo. Se sumergieron dentro de un batiscafo a modo de oval subacuático, cuyos visores alcanzaban los cuatro puntos cardinales, y asistieron fascinados a la belleza de un fondo marino, donde laboraban los Aquarroas. Luego, vestidos con unos trajes impermeabilizados, ceñidos al cuerpo, pasearon entre los cultivos de algas, como si fuera lo más natural del mundo.

Dentro del periplo planetario, habían visitado la mayor parte de la inmensa Eurounión en la que habían confluído todos los pueblos de Europa incluido el gigante del Este con la consiguiente incorporación de la extensa zona euroasiática de Siberia. También habían podido comprobar que la zona subsahariana ya no era el territorio por excelencia de los safaris turísticos, sino que la constitución de Africana había supuesto la mayor transformación del planeta en los últimos siglos. Más tarde, habían recorrido los pueblos de Oriente Medio donde la paz había favorecido su convivencia. Y, por último, constataron lo que ya les habían adelantado sobre la mayor agrupación territorial y humana de la Tierra con la unión de Aseacom y la Federación Austral, que aún servía de motor a la nave planetaria.

La profesora Treval no había perdido ocasión para explicar a los hibernautas que aquellos nuevos bloques políticos y en cierta medida geográficos habían configurado una supra civilización que englobaba distintas culturas, aunque el paso del tiempo había desdibujado los purismos de raza y religión que tantas pugnas inútiles habían promovido en el pasado. Tras el último imperio, en América del Norte, se había logrado un equilibrio entre las regiones continentales sin que nadie osara imponer una hegemonía dominante, como había sucedido en los milenios anteriores. Ahora, sólo se consentía un liderazgo que impulsara el desarrollo de toda la especie y respetara ejemplarmente las leyes planetarias. Según ella, las diferencias se hallaban en las peculiaridades y tradiciones de cada pueblo: “un mundo unido en la diversidad”, como decía el artículo más importante de la Constitución Planetaria.

Tras hacer escala en las principales cibertecnópolis, habían podido comprobar que en todas ellas el nivel tecnológico y organizativo era muy semejante. Aquel día descansarían en Mar del Plata, donde Mara visitaba a sus abuelos cuando apenas contaba ocho años.

Dos días después, en el vuelo hacia la cibertecnópolis de Brasilia, pudieron contemplar la tierra semidesértica de la Amazonia, moteada de islotes verdes, que se desperdigaban por los cuatro puntos cardinales y parecían despojos de un antiguo esplendor, como si un ciclón hubiera arrasado la hermosa estampa de interminables bosques.

Por fin, había llegado el día de la última visita antes de la opción de vida, aunque para ellos era la más esperada. En aquel preciso instante penetraban en el espacio aéreo de Amerland, y Siro puso rumbo oeste. No tardaron mucho en avistar la costa del Pacífico; estaban llegando a casa.

El equipo de integración había preparado aquel acontecimiento con todo lujo de detalles. La suave voz de Suzanne Ciani comenzó a sonar entre las notas de Turning; una melodía que Sandra había pedido expresamente para celebrar la vuelta a casa. Aquella voz angelical, junto al piano, invadía todo el recinto de la nave, como si el universo entero les acompañara en su regreso, y sobre las mejillas de Sandra se deslizaron algunas lágrimas.

Poco después, uno tras otro, fueron fijando sus ojos en la impresionante estructura de la cibertecnópolis espacial de Silicon Valley. Parecía un pulpo gigante que brillaba en pleno día como una gran nave caída del cielo. Los incontables ovals que sobrevolaban aquel superingenio cibernético parecían pequeños insectos comparados con la gigantesca estructura aerospacial. Aquella mole electrónica parecía tener vida propia. Movía sus tentáculos acompasadamente, mientras las pequeñas naves oscilaban sobre las dianas, que, a modo de ventosas, se extendían a lo largo de sus apéndices mecánicos.

Posiblemente era la primera vez que Donald Samuelson sentía auténtica emoción en relación con sus descendientes, y no pudo evitar alguna que otra manifestación de orgullo patrio.

Nunca como en aquella ocasión las pulsaciones de los hibernautas se habían elevado hasta aquel punto. A sus mentes acudieron los mil recuerdos y vivencias de un tiempo lejano, que para ellos parecía ayer mismo. La estampa se mantenía intacta en la memoria de todos ellos como si estuvieran en lo más alto de Sutro, dominando las numerosas colinas, que, mas abajo, realzaban el esplendor de la romántica bahía color turquesa, rodeada de montañas.

La Red informaba en aquellos momentos sobre la visita, bajo el titular de “la vuelta a casa”, y destacaba el evento como uno de los acontecimientos más importantes de los últimos años.

Pero una noticia inquietante parecía ensombrecer la recepción prevista: dos hombres de reconocido prestigio en San Francisco, como eran el profesor Hanff y el coleccionista Reed, se habían lanzado aquella misma noche desde lo alto de Coit Tower, sin que el videokit pudiera cumplir su función de emergencia, una vez despojados de aquel imprescindible elemento vital. Tras la autopsia, el análisis efectuado a los fallecidos había detectado una droga desconocida. El infoperativo se preguntaba consternado qué motivos podían tener aquellos hombres, cuando él mismo les había entrevistado dos días antes en el homenaje al profesor Hanff, y estaba seguro que nadie, al escucharles, podía intuir semejante desenlace.

Nacho Garmendia, que esperaba en el Cosmódromo Intercomunitario de Luter King, escuchó la información con la vista perdida. Él había sido uno de los primeros en asistir al levantamiento de los cadáveres, pero no por ello la información que estaba escuchando le impactaba menos, y bajó la cabeza sin que pudiera ocultar su abatimiento.

Poco después, los hibernautas y el equipo de integración tomaban tierra ante la efusiva acogida de numerosos comunitarios. Sandra, al ver a Nacho, se abrazó a él, como si llevaran separados una eternidad.

Siro, tras alquilar un ovalbus que pilotaría él mismo mientras estuvieran en la cibertecnópolis, despegó la nave en medio de la avalancha de los comunitarios, y se alejó sobrevolando Castro. Algunas babelias aparecían moteando el paisaje caprichosamente, mientras los ovalares decoraban las colinas, emitiendo los destellos del nuevo tiempo.

Era mediodía cuando el ovalbus se deslizó majestuoso a la altura del Puente de San Mateo. Los rostros de todos ellos evidenciaban la agitación interior, y se mostraron expectantes, escrutando los lugares comunes con la decepción en el semblante. Bajo ellos aparecían los restos de una Financial District desconocida por una impensada estampa fantasmagórica, como si las torres ancladas en las aguas rosadas de la bahía navegaran a la deriva en busca del océano.

Donald Samuelson, ajeno a la invasión de las aguas, contempló embelesado la cúspide de la Transamerica Pyramid, cuya imagen reflejaba para él un rasgo distintivo de la ciudad; pero ya no podía ver el ajetreo humano que le gustaba observar desde lo alto, como hormiguitas con las que jugueteaba en sus sueños cuando palpitaba en sí de soberbia aquel niño todopoderoso. Allí resistía un edificio que para él había sido siempre el emblema del éxito, coronando San Francisco, allá arriba, cuando todavía el cielo era la barrera natural.

De Union Square apenas quedaba algún vestigio, y Donald no pudo sustraerse a la añoranza. Allí había dado forma a muchos de sus proyectos más ambiciosos. ¡Cuántas decisiones tomadas en momentos de gloria! –pensaba sobre una estampa retrospectiva. Allí había realizado sus conquistas amorosas y elegido los costosos trajes que le permitieron marcar una línea de distinción. Ahora sólo quedaban islotes de hormigón nadando entre las aguas.

Cuando rebasaron Financial District, dentro de la nave reinaba el más absoluto silencio. El ovalbus parecía dirigirse ahora hacia un pequeño islote en cuyo centro seguía destacando Coit Tower con aquel impertérrito monumento al fuego; era lo que quedaba de Telegraf Hill. Más hacia la costa, los barrios de Marina, Presidio y Fisherman warf habían quedado bajo las aguas, y apenas era reconocible el paisaje resultante.

Aquella misma tarde, después del almuerzo, los hibernautas se dispersaron formando grupos espontáneos.

Sandra junto a Nacho, Karol y Mara iniciaron el recorrido a pie desde el Transovalar de Telegraph Hill. Cerca de allí había nacido ella, y no pudo evitar la emoción mientras bajaban por las escaleras de Filbert Steps. Las amapolas, fucsias, bungavillas y lirios alfombraban el suelo en medio de una amplia variedad de arbustos. Apenas se dio cuenta de que la añoranza se alejaba al contemplar aquella estampa de viejos recuerdos. Su excitación se acentuaba cada vez que reconocía un recodo ajeno al tiempo, y las espontáneas exclamaciones acaparaban la sonrisa complaciente de sus amigos. No pudieron seguir descendiendo, como en otro tiempo lo hiciera ella, hasta el Embarcadero, y se detuvieron justo al borde de la nueva orilla. Allí estaba el límite que habían fijado las impetuosas aguas de la bahía, y volvieron a contemplar los rascacielos que parecía se movieran a la deriva.

Tras el primer impacto emocional, un extraño sentimiento de culpabilidad no cesaba en acechar a Sandra en cada instante. Parecía que fuera ayer mismo cuando decidió abandonar la casa de sus padres para

realizar aquella aventura hibernatoria. Sentía en el fondo de sí misma como un nudo en la garganta, quizá porque sabía que no podría encontrar ni siquiera un pedazo de su alma escondido en algún recoveco del tiempo. Escrutaba en cada rostro un recuerdo, una imagen de sus antepasados, pero no halló ni siquiera una huella. El velo de la añoranza había caído, y no soñaría más su anhelada bahía, como había sucedido durante los últimos meses. Comprendió de pronto que ya no había nada en aquel lugar que le retuviera, y abrió la puerta de su alma a la melancolía que aquellos lugares le suscitaban.

Nacho Garmendía trataba de acompañar en la medida de lo posible los emotivos recuerdos de Sandra, pero tenía que hacer un esfuerzo añadido para que no se notara su zozobra interior. Una y otra vez le asaltaba la imagen del profesor Hanff y el coleccionista Reed, lanzándose desde lo más alto de Coit Tower y no podía evitar un sentimiento de culpa por no haber tomado las medidas de seguridad que la situación requería.

-¿Sucede algo, Nacho? -le había preguntado Sandra, tras haber aprendido a leer en su rostro esos sentimientos que delatan el estado de ánimo. Pero, una vez más, él le había mentado asegurándole que no pasaba nada, y trató de arreglarlo al añadir que se alegraba de ver cómo disfrutaba su vuelta a casa. “¿Hasta cuando tendría que soportar aquella tortura?” –se decía para sí mismo. Nunca había experimentado aquella sensación de culpa como ahora, y contenía su violencia interior tratando de disimular. Sabía muy bien que a Sandra no le podía engañar fácilmente, pero por el momento sólo tenía claro que ella debía ignorar lo que estaba sucediendo en la penumbra del sistema comunitario. No tardó en asaltarle un pensamiento aún más doloroso, pues tendría que abandonarla al día siguiente para seguir con sus pesquisas.

Completaron el día, visitando Haight-Ashbury, donde Mara había vivido con la tía Elsa y el tío Jhon después de la trágica muerte de sus padres. Allí había jugado la pequeña Mara en los momentos de olvido, y también llorado en silencio cuando el recuerdo le asaltaba sin previo aviso. Buscó algún vestigio de la hermosa casa victoriana, cercana a Golden Gate Park Panhandle, donde había crecido al abrigo de aquel ambiente progresista que participó del espíritu del flower power. Todo aquello había configurado en otro tiempo su talante intelectual e independiente. Ahora, mientras paseaba en compañía de sus nuevos amigos por aquellos senderos de añejos recuerdos, tenía como una sensación agridulce que le presionaba en lo más hondo de su alma.

Donald Samuelson se había hecho acompañar por su séquito predilecto. Claro que Rudolf y Onado hubieran preferido patear juntos las calles de North Beach, donde en otro tiempo se habían corrido más de una juerga. Pero ahora en aquella zona sólo quedaba el islote de Telegraph Hill, que había sido recuperado por los Oris urbanos, ambientando una zona monumental en homenaje a la generación beat, donde vendían sus trabajos artesanales. Era el lugar por excelencia para la relación personal directa, además de propiciar un marco idóneo para la creatividad artística y literaria, sin perder la bohemia beatnik de otro tiempo.

El oval de Donald cruzó la boca de la bahía, y contemplaron la monumental obra de aquel puente, viejo y herrumbroso, que aparecía, tras el paso del tiempo, un poco inclinado y hundido, como una estampa fija sobre el paisaje envolvente de eternas brumas. Donald se recostó en el asiento del oval, mirando el paisaje, como en los viejos tiempos. Necesitaba comprobar que existía alguna señal de su poder, pero sólo en su memoria seguía siendo el todopoderoso doctor Samuelson. Comprendió entonces que había desaparecido la base de su poder detrás de una cortina que el tiempo había tejido inexorablemente.

Aquellas visitas a los lugares añorados eran un desahogo necesario, y el equipo de integración fue flexible en el programa, dejando transcurrir los días sin prisas.

Durante aquel periplo, los más viajeros en otro tiempo de entre los hibernautas habían podido apreciar los cambios operados en el nuevo mundo, pero ahora sentían el impacto del cambio en su mismo lugar de origen, y aquello les estaba afectando profundamente. Por más que buscaran con ansiedad los lugares familiares, los que estaban enraizados en sus neuronas, los que se habían pegado a sus retinas mientras crecían jugando a ser adultos, no encontraron nada que les pudiese inspirar una emoción, que les reconciliara con el pasado. Sólo restaba acudir a las estampas archivadas en lo más hondo de su memoria siempre que el tiempo no las acabara difuminando.

Cuando llegó el momento de partir, hubo de nuevo reticencias para abandonar aquel pedazo de tierra. Quizá por ese malestar interior de haber huido hacia un tiempo que no les correspondía, aquel lugar les envolvía en la tristeza, manteniendo sobre su voluntad una especie de imán. Para algunos de los hibernautas, los cambios en el entorno estaban configurando un nuevo paradigma, difícil de mirar con los ojos del pasado.

Nacho Garmendía se había ausentado, tras haber sido requerido de urgencia por la ASP después de los últimos acontecimientos. La detención de aquel individuo con un arma tan sofisticada había puesto sobre

32

El trabajo del Equipo de Integración había llegado a su fin, y la profesora Treval, con Toni, Lena y Nico se habían despedido la tarde anterior con efusivas muestras de emoción.

En buena medida, la opción de vida había sido ya decidida por Donald Samuelson al presentar un proyecto de agronat a nombre de Rudolf H. Danhausse en la pequeña meseta del Parque Antropológico. Como buen negociador, había vencido las resistencias de la Comunidad Vital de Monasterio, que en principio se oponía a ceder aquel espacio público, pero la asamblea comunitaria lo había aprobado por tratarse de tan peculiares comunitarios

Hacía varios días que se mascaba la tensión entre los hibernautas, porque algunos sentían que, como siempre, el doctor había usurpado las decisiones del grupo, obligándoles a permanecer alejados de la tierra de sus antepasados; sobre todo, cuando los planes prehibernatorios ya no tenían ningún sentido en el nuevo tiempo.

El doctor había reunido a todos los miembros de la expedición y les había expuesto la idea de establecerse con Karen en el complejo científico de La Moncloa, arrojando la decisión con el pretesto de ayudar a la misión a través de ciertas influencias necesarias.

Aquello había creado un ambiente de dispersión que en nada favorecía los planes de Donald. El coronel había recibido la noticia como una bofetada a su rígido sentido de la disciplina, cuando de otros se trataba. Melisa quería vivir en California e insistía sobre Rudolf para volver. En más de una ocasión, el temperamento impredecible del militar le había hecho explotar. Incluso Jon, con su habitual temperamento irónico, no dejaba de hacer bromas con Onado para volver a San Francisco, y de nuevo Rudolf, sin que pudiera evitarlo, permanecía en el centro del torbellino ante las tendencias centrífugas del grupo. Hasta el mismo Reverendo dudaba si deberían continuar en una zona a la que no les unían ni siquiera los recuerdos de un pasado remoto. Sólo el profesor Okada era consciente de la misión, pues conocía algunos detalles del Proyecto Clonyman, y se mantenía en silencio, mientras animaba a Donald a ser más explícito, sobre todo con algunos miembros de la expedición.

La verdad es que Donald estaba teniendo bastantes dificultades para tener a todo el grupo bajo su control. En otro tiempo, una orden suya hubiera bastado, pero en esta ocasión no había sido así. Estaba convencido de que la profesora Treval les había envenenado con aquellas ideas sobre la liberación integral, y lamentaba que Sandra en lugar de ayudarlo a mantener la cohesión del grupo se había enamorado ridículamente de Nacho Garmendía. En cuanto a Karol no ignoraba su deseo manifiesto de integrarse en la Comunidad Científica de La Moncloa. Por otro lado, ¿quién podía sujetar a Pedro el Sureño después de haber hecho amistad con algunos pilotos de naves interplanetarias? Mara era la única que le suscitaba

algunas dudas, pues muy pocos sabían que la relación con Xidro, a través de la Red, se había estrechado insospechadamente; pero a estas alturas pensaba incluso que la separación del grupo era beneficiosa porque de no estar él presente en todo momento, la influencia de los díscolos podría desdibujar el objetivo la misión.

En la sobremesa de aquel almuerzo, la tensión se palpaba en el aire, y fue precisamente Rudolf el que abrió el fuego.

-Si aquí no hay un objetivo común, yo me vuelvo con Melisa a Los Angeles.

Y la voz del coronel sonó fuerte, en tono provocativo y amenazador, mientras Melisa asentía convencida.

-Pues si todos hacemos lo mismo, ¿qué coños pinto yo aquí? -explotó el sargento, un tanto nervioso.

Kota miró a su hermanastro, que permanecía callado, con la cabeza baja. Era necesaria una intervención de Donald sin demora, pensaba el profesor, para poner coto a la confusión reinante. Y, efectivamente, era excesiva la presión de las tendencias disgregadoras como para que Donald se mantuviera en silencio.

-Vaya, los señores quieren abandonar el proyecto -comenzó su discurso, matizando cada palabra-. Ahora resulta que lo de ser fieles a la misión no sirve para nada. En los entrenamientos, ante distintos supuestos, estábamos todos como una piña, y ahora puedo verificar que algunos se han olvidado de las promesas.

El doctor Samuelson no señaló a nadie, pero todos miraron con cierto recelo a Sandra y a Karol.

-Vamos a ver ¿es que habéis perdido el juicio? -les increpó Donald con autoridad-. Todos hemos visitado nuestros lugares de procedencia, y ¿qué hay allí? Nada, lo mismo que aquí. Empezando por ti Melisa, ¿qué ibas a hacer en un lugar donde no existe ni rastro de lo que tú conociste? Al menos aquí tienes una familia, que somos nosotros. ¿Acaso no queremos vivir en un mundo con nuestros valores y nuestras ambiciones? Pues para ello hemos de hacernos fuertes, tener influencia, dominar la situación, y aquí tenemos los medios dentro del búnker. Si yo me voy con Karen al complejo científico no es por alejarme de vosotros sino por ser más útil al proyecto. Debéis confiar en mí como en otras ocasiones. Tengo una sorpresa que nadie se puede imaginar y de antemano os aseguro que no vamos a contentarnos con las migajas de este tiempo. Queremos para nosotros lo mejor, pero para eso debemos actuar juntos.

-Como siempre, has hecho un discurso convincente -salió al paso Sandra-. Pero no tienes en cuenta para nada los deseos de muchos de los que estamos aquí. Hemos visto que la gente de este tiempo parece disponer de un sistema capaz de integrarnos en la actividad que queramos elegir. No entiendo un plan que nunca nos has detallado, que sólo está en tu cabeza, y del que lo único que teníamos claro era que debíamos mantenernos unidos para un supuesto de supervivencia.

-Ya está la lista de siempre poniendo todo en cuestión -salió al paso Rudolf en defensa del doctor-. Todos nos comprometimos a estar juntos pasara lo que pasara; claro que con tus aportaciones, más vale que te vayas cuanto antes. Seguro que ese novio tan chulo no te defraudará.

Sandra movió la cabeza molesta, y a punto estuvo de estallar, pero Karol la contuvo mientras él intervenía.

-Creo que debemos analizar las cosas con detenimiento y sin crispaciones. Sandra tiene razón en cuanto a que las circunstancias que nos hemos encontrado en este tiempo nos permiten mantener una libertad de elección y, por otra parte, no se aprecian peligros que nos obliguen a mantenernos unidos a toda costa. Pero si existe algo tan importante que ignoremos, el doctor debe comunicarlo porque de esa manera podremos convencernos de la conveniencia de seguir juntos.

Se hizo un profundo silencio, y Donald miró fijamente a Karol como queriendo adivinar sus intenciones. Después, movió la cabeza sin disimular el recelo.

-No me cabe la menor duda de que he perdido vuestra confianza, o quizá voy a ir más allá; intuyo que ya no me necesitáis. Os han convencido con eso de que aquí nadie está sometido a nadie, y lo entiendo; os han entrado deseos de independencia. Pues bien, adelante, podéis renunciar a la misión, aunque eso suponga traicionar mis sentimientos. Creo que habéis olvidado que os traté como a miembros de mi propia familia, o mejor, como a elegidos, y parece que ahora rechazáis mi protección. En cuanto a lo que dice Karol, no puedo dar detalles por el momento, pero debéis saber que existe otra gente que hibernó como nosotros y vive en esta época. Ellos siguen confiando en la misión.

La sorpresa recorrió los rostros de los hibernautas y hasta Karol simuló perplejidad por haber conseguido arrancar de Donald una declaración.

-Os prometo que, a su debido tiempo, iréis sabiendo cada detalle del proyecto -dijo Donald con

solemnidad-. Ahora sólo os pido por última vez que sigáis confiando en mí. Debéis tener la seguridad de que quizá seamos los únicos capaces de reorientar el futuro de nuestra especie; si Dios lo quiere.

-Creo que has perdido el juicio, doctor Samuelson -exclamó Sandra mientras se levantaba para abandonar la reunión-. Tus delirios de grandeza te han hecho creer siempre que eras superior a todos tus semejantes; veo que el tiempo no te ha curado.

Se hizo un silencio sepulcral tras la salida de Sandra. Donald tenía claro que no iba a hacer cambiar de opinión a su antigua amante y mucho menos a Karol, pero le bastaba con conservar a la gente más dócil. En cuanto a Pedro, le dejaría cumplir su obsesión de volar al espacio, y quizá resultaría rentable en su momento.

Las convicciones del resto del grupo comenzaron a decantarse como siempre a favor de Donald. Empezando por el Reverendo, todos fueron hablando favorablemente para seguir unidos en torno al doctor, y algunos como Mara y Jon asintieron, simplemente, dejándose arrastrar por el grupo. La autoridad estaba restablecida y con ella la estabilidad de buena parte de la expedición. La borrascosa sobremesa había terminado, y Donald, una vez más, había conseguido su objetivo.

33

Los últimos rayos del sol bañaban el porche de la nueva cabaña, y el módulo de emergencia, orientado al oeste, destacaba junto al hogar estable como elemento de contrapunto.

Las carcasas plateadas de los roas de montaje emitían destellos intermitentes, creando un juego de espejos que magnificaban el agreste paisaje. Aquellos robots de equipamiento no se permitían un descanso en su incansable faena, y daban los últimos toques en la instalación del agronat.

Un oval de mercancías estaba desplegando de su panza unos brazos articulados que con precisión mecánica se ocupaban en descargar aquellos gigantescos botes de tonalidad verde claro. En su interior estaban las provisiones para los seis meses siguientes, como una donación especial de la Mancomunidad del Parque de las Lagunas.

Los equipamientos de aquella explotación agraria estaban listos para su funcionamiento: las provisiones esperaban en la despensa, las semillas y piensos estaban almacenados en sendos contenedores y los aperos de labranza aparecían ordenados en el cobertizo, prestos para ser utilizados.

Los límites del agronat estaban señalizados por unas balizas blancas y verdes, y en el interior del mismo se podían ver castaños y robles, que los autómatas habían respetado en nombre del ordenamiento forestal.

Con las primeras luces del crepúsculo, otro vehículo espacial de gran tamaño pasaba de largo ante la diana, y se posaba al fondo de la parcela en aquel rellano previo a la atalaya sobre el espacio destinado a las corralizas. Mientras la nave se anclaba en el suelo, su panza dejaba al descubierto unas enormes jaulas con distintos animales domésticos, agrupados de acuerdo con su especie. Un cachorro de mastín blanco completaba el lote de la granja comunitaria.

Era mediodía cuando el reducido grupo de hibernautas tomó tierra en aquella diana recién instalada, que todavía olía a ceniza mojada. Llegaron acompañados de los Preferentes de las comunidades vitales del Lago, Castro y Monasterio para tomar posesión de aquel espacio comunal, que les habían concedido por un periodo de treinta años. También les acompañaba el juez Anxo Lobato, que oficializaba el nuevo asentamiento de Oris, y Xidro, a quien ya conocían de la visita a Viejo Tronco, acudió en representación de los marginales de la zona para asesorarles en todo aquello que la nueva situación requería.

Pero aunque todo estuviera a punto, en aquella base colonial de nuevo tipo, faltaba el jefe del agronat, el comunitario Rudolf H. Danhause, según aparecía reflejado en el microdiskette de concesión contractual.

La última borrachera del coronel en la fiesta de opción de vida le había llevado al Centro de Transplantes y se temió por su vida. Sobre todo, Donald estaba preocupado por la suerte del coronel, pero aquel temor se había disipado pronto. Mediante un proceso de descelularización y con la aplicación de células madre, le habían dotado de nuevos órganos procedentes del estokaje bioartificial. El nuevo tiempo había conseguido alargar su periodo vital, y todo hacía prever que seguiría abusando del alcohol en cuanto la ocasión fuera propicia.

Poco después, el coronel descendía de otra nave con aquel aire marcial que le caracterizaba, como si nada hubiera sucedido. Le acompañaba el doctor Samuelson y parecía totalmente repuesto. Tras los saludos a las personalidades allí presentes, recorrieron las instalaciones del agronat al tiempo que Xidro les iba explicando los detalles de cada equipamiento.

Después de un almuerzo en el Mirador Espacial de Castañeda, las autoridades comunitarias se despidieron de los hibernautas.

Aquella misma tarde, cuando regresaron al agronat, Xidro, auxiliado por los roas, les enseñó el funcionamiento de aquel enorme oval que parecía un tiovivo estático y al que los robots denominaban *circuito estabular*. Cada una de las jaulas quedaba unida al módulo central del aparato por medio de unos brazos articulados, que las recogía en caso de emergencia, para levantar el vuelo. La parte externa de las corralizas servía para suministrar el alimento y para recoger la producción de leche y huevos. Tanto la corraliza de las vacas como la de las ovejas, disponía, además, de un sistema automático de ordeño, así como de un laboratorio para pasteurizar la leche.

Mara había escuchado atentamente las explicaciones, y, cuando los autómatas se hubieron ausentado, permaneció impasible junto a la corraliza de los caballos. Los animales resoplaban inquietos, quizá por la novedad del entorno. Mara se había prendado de un corcel blanco, de abundante crin. No dudó un instante en hallar un nombre que le identificara.

-¡Ventisca! ¡Ventisca! –repitió ella varias veces delante de Xidro, que se había rezagado del grupo. El Ori volvió la cabeza para observarle, al tiempo que sonreía. El resto del grupo se alejó en dirección a la cabaña.

-Así se llamará de ahora en adelante –comentó Mara en voz baja, y volvió a intentarlo sin éxito con el nuevo nombre.

Xidro seguía allí, sonriente, observando sus esfuerzos, y no tardó en prestarle ayuda. Ella acarició pausadamente al animal, siguiendo las indicaciones de su nuevo amigo Ori, hasta conseguir la confianza del brioso corcel. Por fin, el animal se mantuvo sereno ante sus halagos.

A la hora del crepúsculo, Mara se paró al borde de la loma donde se iniciaba un pronunciado descenso hacia el lago. Era un paisaje a la vez bello y temerario por la sinuosa depresión que se precipitaba allá al fondo, hasta las dos cuencas que lamían la ladera. Xidro estaba a su lado y le acompañaba en la observación con algún que otro comentario. Ella hubiera preferido que estuvieran todos juntos, pues echaba en falta a Sandra y Karol con quienes más había intimado en el transcurso de aquella aventura, pero su nuevo amigo prometía compensar aquella ausencia.

No lejos de allí, el Reverendo Peterson observaba embelesado una y otra vez aquella capilla que le habían instalado los roas por indicación de Donald. Aquel detalle le daba al agronat un encanto monacal propio de otra época. El clérigo confiaba que el sonido lastimero de la vieja campana, donada por el Museo de Arte Sacro, atrajera a los campesinos de la zona.

En el otro extremo, Rudolf paseaba junto a Donald y el profesor Okada. El doctor Samuelson, sin perder detalle, volvió la vista para observar al intruso que conversaba con Mara

-No me gusta que los extraños merodeen demasiado por aquí.

-No se preocupe, doctor. A mí, tampoco.

Los tres se acercaron a la atalaya que hacía de mirador natural.

-Se acerca el día –dijo Donald satisfecho, mirando en torno-. Pronto dispondremos de los recursos necesarios para emprender la tercera fase.

-Sí –dijo él profesor-. Tengo ganas de abrir el laboratorio del búnker

El nuevo agronat había sido registrado con el nombre de Siglo Veinte, para marcar la diferencia con otros de la zona.

En la práctica, aquella explotación disponía de los elementos imprescindibles: un techo seguro con su módulo de emergencia, un trozo de tierra suficiente para vivir de su cultivo y los animales domésticos adecuados para iniciar las faenas agrícolas. Aquella mínima infraestructura suponía el tributo de la sociedad comunitaria a los individuos que habían colaborado antes con ella, y ahora elegían un tipo de vida diferente, lo cual suponía uno de los elementos peculiares de la democracia en aquel tiempo. Aquellos hombres y mujeres venidos del pasado no reunían tales condiciones, pero se había valorado la aventura hibernatoria como una aportación especial.

El periodo de sementera había comenzado, y, en los agronats cercanos, sus vecinos ya habían iniciado las tareas propias de aquella estación. Aunque ellos disponían de provisiones para medio año y sus cuentas personales estaban bien dotadas, deberían sembrar también, si no querían perder la cosecha del año siguiente. Los roas les habían instalado dos invernaderos, pero tendrían que seleccionar y distribuir las semillas. No tardarían mucho en recibir la remesa prometida de árboles frutales, y la plantadora mecánica estaba esperando para ser estrenada.

Pero aquellos oris tan especiales, confinados allí para cumplir un enigmático proyecto, poco sabían del cultivo de la tierra y no tenían una conciencia clara de que deberían pasar por la aventura ancestral de ayudar a los animales en su reproducción y cultivar las plantas, a merced de los caprichos de la meteorología del lugar; dejando una buena parte del devenir a merced de su propio esfuerzo.

A pesar de todo, deberían mantener las apariencias, como había aconsejado Donald al coronel el día de la inauguración. Por ello, Rudolf había distribuido las funciones, sin perder tiempo. Melisa haría frente a las tareas del hogar estable, ayudada por Mara, quien, a su vez, se encargaría de las aves. Al Reverendo no le dijo nada, pues bien sabía el coronel que tenía sus propias funciones, y el profesor Okada estaba reservado para el trabajo más importante. Jon y Onado estarían al cuidado del resto de los animales, aunque asumieron a regañadientes una tarea que consideraban impropia, y, entre ambos, lo habían echado a suertes. Al sargento le habían correspondido las ovejas y los cerdos, pero esta última degradación le resultaba insoportable, y no lo hubiera tolerado de no seguir creyendo en el doctor Samuelson.

En los días que siguieron, cuando Onado recogía los animales en el circuito estabular, se desgañitaba con ellos, mientras el Mayordomo aprovechaba la ocasión para bromear a su costa.

-Eh, sargento, la compañía necesita más instrucción -gritaba Jon con voz de cuartel-. Ese de la derecha no marca bien el paso.

El sargento Somoza se enervaba por tomar a chirigota la verdadera pasión de su vida. Su previsible reacción era seguida por una carcajada del mayordomo.

Mara aprovechaba siempre algún hueco para cabalgar a lomos de Ventisca. Algunos días se paraba

en el límite del agronat, antes de entrar, y sonreía ante el enfado del sargento. Sobrellevaba el discurrir del tiempo, como si aquello fuera algo transitorio, y contaba las horas con la esperanza ver a Xidro San Román.

Estaba ya avanzada la tarde, cuando Donald Samuelson descendió del oval, acompañado por Karen.

Rudolf y Onado salieron a recibirles. Detrás de la cabaña, junto a las corralizas, Melisa y Jon jugaban alegremente con el cachorro de mastín, que habían recibido días atrás con el resto de los animales.

El encuentro se celebró en medio del alborozo. Melisa no perdió tiempo en presentarles a la mascota de la casa, que movía su cola y olisqueaba a los visitantes. Entre Jon y Melisa le habían puesto el nombre de Hall, y ella le llamaba insistentemente sin mucho éxito.

Karen dio muestras de estar impresionada cuando Mara y Melisa le enseñaron el interior de la cabaña. Los demás se habían sentado en el porche, y Jon trajo unos glaxos refrescantes.

Cuando estuvieron todos reunidos, Mara aprovechó para preguntar a Donald por Sandra, Karol y Pedro, pues le extrañaba que no hubieran venido para celebrarlo. El doctor Samuelson contestó con evasivas, diciendo que estaban muy ocupados y manifestaban poco interés por la marcha del proyecto.

Poco antes de la puesta del sol, Donald Samuelson se alejó conversando con sus hombres de confianza. Mara y Melisa se prestaron a enseñar a Karen el resto del agronat y rogaron a Jon y a Onado que les acompañaran. El Reverendo les rogó que pasaran primero por la capilla para que la conociera, y ella accedió con la consiguiente satisfacción del pastor.

El recinto sagrado era sencillo, pero suficientemente amplio como para albergar alrededor de cincuenta feligreses.

-Esto me parece un poco grande para el agronat –dijo Karen.

-No pensará usted que hemos pedido esta instalación sólo para nosotros.

-Ya, lo entiendo. Usted quiere que venga la gente de esta zona.

-Así es, y tú también lo debes querer, porque ya ves que esta gente sólo ve en la religión el aspecto materialista del arte. Bueno, no deseo aburrirte con mis sermones en tu primera visita. Te dejo para que tus compañeros te enseñen el agronat. Yo me quedo aquí para preparar algunas cosas. Necesito tener todo a punto para la primera homilía.

Karen y los demás sonrieron ante el entusiasmo del Reverendo y continuaron la visita. Jon encabezó el recorrido por los distintos equipamientos, abundando en detalles salpicados de chascarrillos, al tiempo que ellas se reían de las ocurrencias del Mayordomo.

-Ese es Ventisca –dijo Mara emocionada cuando pasaban junto al circuito estabular.

-¡Qué maravilla! -exclamó Karen-. Casi estoy por decirle a Donald que me quedo aquí con vosotros.

-Te puedes quedar mi trabajo de cuidar a los caballos –dijo Jon-. No creo que el sargento quiera perder su puesto.

Melisa no pudo evitar una carcajada, seguida de las de sus compañeros, mientras la cara de Onado se mantuvo seria al principio, pero acabó riendo como los demás.

Donald caminaba flanqueado por el coronel Rudolf y el profesor Okada. Se alejaron charlando por el sendero que se dirigía al mirador, y el doctor se detuvo al llegar a la atalaya, al tiempo que comenzaba a hablar con aquel énfasis que él daba siempre a las situaciones importantes.

-Bien, ha llegado el momento de poner en marcha la tercera fase. No es un secreto para nadie del grupo el plan de supervivencia, y siempre dije que dispondríamos de armas para defendernos, pero a ustedes, en particular, les adelanté que tenía un plan importante que nos haría poderosos si la experiencia hibernatoria salía bien. Como comprenderán, no podía explicar este plan en las pruebas prehibernatorias porque tenía conocimiento de que en las altas esferas de la administración, una agencia especial del gobierno estaba tratando de descubrir el objetivo del proyecto H.

El doctor Samuelson permaneció unos instantes en silencio. Luego, les dijo con acentuado sigilo que aquel secreto deberían defenderlo con sus propias vidas, si fuera necesario. Y desplegando un plano, debajo de la única estela que alumbraba el sendero, pasó a mostrarles el plan de acción.

-Comenzaremos nuestro plan con una primera fase de captación en esta zona cercana al búnker –dijo el doctor-. Debemos atraer en primer lugar a estos campesinos marginales que llaman Oris. Es verdad que no parecen proclives a la insurgencia, pero los necesitamos porque en las actuales circunstancias sería imposible llevar a cabo el plan sin su colaboración.

-Usted sabrá lo que dice, doctor, pero ¿cómo piensa atraerles si todos son como los que hemos

visitado hasta ahora? -comentó el profesor Okada con cierto escepticismo.

-Creo que el plan tendrá que llevarse a cabo más lentamente de lo previsto para no levantar sospechas -dijo Donald-. El Reverendo ha empezado a visitar todos los ranchos de la zona y posiblemente consiga algún resultado. Necesitaremos, al menos, medio centenar de hombres, y requerirá un tiempo entrenarlos.

-No se preocupe doctor -dijo el coronel envalentonado-. Si esta gente no colabora, conocemos muchas maneras de hacerles entrar en razón.

-Habrá que estudiar cual es su punto débil -dijo Donald-. Estoy seguro que ellos también lo tienen.

-Yo creo que la mejor colaboración puede venir de los robots, si logramos reprogramarlos -apuntó el profesor.

-También he pensado en ello -contestó Donald en actitud reflexiva.- Es verdad que tienen autonomía en sus funciones, pero a la vez son una pieza insobornable del sistema. Más adelante es posible que haya alguna posibilidad. Ahora, lo que tenemos que hacer cuanto antes es descubrir la entrada del búnker.

-Exactamente, aquí debajo debería de estar, según indicaba el plano -dijo Rudolf, señalando el lugar.

El profesor Okada miraba sin comprender hacia un promontorio de rocas, recientemente removidas en un lateral del Agronat. Allí debía ser si el coronel lo decía, pero no había indicio alguno que lo atestiguara, pensaba el profesor. Donald Samuelson seguía con el pensamiento en otra parte, sin percatarse de la situación hasta que oyó a Rudolf reclamando su atención,

-No lo entiendo, doctor. No veo por aquí la roca que reconocimos. Seguro que esas chatarras de mierda la han movido de lugar.

Al coronel no le faltaba razón. En aquel promontorio de rocas no había ninguna que se pareciera remotamente a la ene invertida identificada días atrás, y que aparecía inscrita en el amuleto del que Donald nunca se desprendía..

-Doctor Sámuelson, mire esto -dijo el profesor mientras observaba una de las rocas desde distintos ángulos.

-Parece la mitad de una ene -convino Donald.

Los ojos del doctor buscaron con ansiedad la otra parte. No estaba en el montículo, pero al mirar hacia el otro lado de la linde, los tres pudieron reconocer la otra mitad. No había la menor duda que aquella era la roca, pero al estar desplazada de su ubicación, su búsqueda supondría una dificultad añadida para hallar el punto exacto. El rostro de Donald evidenciaba la contrariedad.

-Coronel, quiero verle mañana con Onado, a primera hora, y traiga las herramientas adecuadas. En cuanto a usted profesor, conviene que nos acompañe.

35

Con las primeras luces del alba, Onado esperaba en el lugar indicado, herramientas en mano, junto al coronel Rudolf. Minutos después, llegaban el doctor Samuelson y el profesor Okada. La inquietud afloraba en el semblante del doctor pues era aquel un momento importante con el que había soñado durante los últimos meses.

-Habrá que probar suerte -dijo él.

Luego ordenó a Onado que comenzara a perforar allí donde le indicaba, y Rudolf le acompañó sin tener claro si aquel esfuerzo les llevaría a encontrar lo que buscaban.

-Prueben aquí -repetía una y otra vez el doctor.

Rudolf y Onado accionaban el mecanismo de sus respectivas perforadoras, sin demasiada fe, y de sus frentes brotaron algunas gotas de sudor. Tras ellos, iba quedando un hoyo tras otro, a izquierda, a derecha, a

un lado y a otro; pero el búnker no daba señales de su concreta ubicación, sólo restos de la base militar que había estado ubicada en aquel rellano.

-Parece que se lo hubiera tragado la tierra –dijo Donald con cara hosca.

Sólo quedaba mirar junto a un matorral de retamas, porque de lo contrario la entrada estaría en el Parque Antropológico. Algunas llagas comenzaron a asomar en las manos de los militares, y las imprecaciones no se hicieron esperar. El coronel Rudolf no pudo contenerse con alguna broma sarcástica sobre si el plano les estaba tomando el pelo.

-Aquí está –gritó el sargento emocionado-. Creo que he dado con algo metálico.

-Pues para ti el empleo, sargento –le espetó Rudolf, mientras tiraba su perforadora a un lado.

-¡Es cierto! –exclamaron al unísono Donald y el profesor.

Estaban esultantes por el hallazgo. Rudolf volvió a tomar la perforadora y ambos aceleraron el ritmo, buscando la entrada. Allí estaba la puerta de acceso, recubierta con una plancha plástica para evitar la oxidación. Aquella plancha sellaba el búnker como si fuera una caja fuerte. Donald tomó el amuleto, y buscó la carcasa empotrada que contenía el código de apertura. Tras pulsar los dígitos del medallón, el mecanismo funcionó como si se hubiera instalado el día anterior. Crujió la puerta blindada, y un aire fétido y nauseabundo, como de olor a tumba, salió del interior. Algo había fallado; el primer compartimento estaba inundado hasta media altura. Donald retrocedió con el rostro desencajado. A sus espaldas, escuchó la voz del coronel, refunfuñando.

-¡Vaya mierda!

Eso mismo pensaba Donald y a punto estuvo de arrancar el amuleto de su cuello. Sin el laboratorio, estaban perdidos, y no sabía si dispondría de tiempo y de medios para construir un nuevo Cronotron. Se sentía agobiado, viendo alejarse la posibilidad de llevar a cabo sus planes.

Rudolf daba paseos sin rumbo frente al compartimento inundado, y su furia descontrolada pateaba cualquier cosa que encontrara a su paso. Onado se había sentado, extenuado por el esfuerzo, y hacía dibujos en el suelo, mientras el profesor Okada se dedicaba a golpear con una piedra en varios puntos del muro semidesenterrado. Parecía que hubiera perdido la razón, y acabó corriendo y golpeando a lo largo de la línea del muro; sonaba distinto en la parte más alejada de la entrada.

Los tres fueron fijando la atención en los golpes del profesor. El semblante de Donald, momentos antes abatido, pareció transformarse al recordar que el búnker estaba formado por compartimentos estancos, y daba la sensación de que el segundo de la planta superior no estaba inundado. El cielo se había encapotado, y algunas gotas comenzaron a caer. Rudolf levantó las manos en señal de victoria y Onado le siguió, exagerando el alborozo. Tuvo que intervenir el doctor para interrumpir aquella manifestación espontánea.

-¿Es que habéis perdido el juicio? Con estupideces de este tipo es con las que hay que tener cuidado. Me imagino que habréis adquirido el material prefabricado que os dije. Esta misma tarde debéis construir una caseta sobre el acceso del búnker. Para cualquier curioso, esto es un almacén de aperos; para el resto de vuestros compañeros, el búnker está inundado y no sirve para nada.

La incipiente lluvia se había tornado en aguacero, y tuvieron que correr hasta la cabaña. Mara observó extrañada cómo el doctor seguido de sus ayudantes entraban en tropel soltando imprecaciones. Sus ropas estaban empapadas, y la tierra adherida a sus botas formó un barrizal en el porche.

-¡Qué desastre! –protestó Melisa.

-Anda, no seas gruñona –dijo el doctor, con la respiración entrecortada-. Prepáranos una botella de las que tú sabes mientras nos cambiamos de ropa.

Dentro de la cabaña, la cosmovisión informaba en aquel momento de la violación de dos adolescentes en el Parque Virtual del Lago. Rudolf y Onado volvieron sobre sus pasos a la puerta del salón.

-Llevan toda la mañana dando la noticia –dijo Melisa-. Y decían los del equipo de integración que ahora no pasaban esas cosas.

-Mentiras, Melisa –exclamó Donald-. Todo es mentira.

El coronel Rudolf y el sargento Somoza daban los últimos toques a la caseta, que habían instalado la tarde anterior con prefabricados de metalum. Durante toda la mañana, trabajaron duro para drenar el compartimento inundado, aunque todavía permanecía aquel olor nauseabundo, como a tumba.

El sargento se sintió halagado por la confianza del doctor, pues Donald había decidido que bajaran en primer lugar los dos militares hasta el compartimento de armas ligeras para compensarles por el esfuerzo; pero las órdenes de Donald eran claras, según le dijo el coronel, no podrían descender a la parte más secreta del búnker; y aunque el sargento hubiera deseado satisfacer la curiosidad, entendía que las órdenes del doctor eran siempre sagradas.

-Esto debe ser como un aperitivo de lo que hay más abajo -le dijo Rudolf cuando estuvieron en el interior.

Juntos habían sentido el revulsivo de la violencia en otro tiempo, y contuvieron el aliento, escuchando los latidos que parecían acelerarse por la contemplación de aquel arsenal de armas ligeras tanto tiempo oculto a miradas indiscretas. Onado se estremeció, como si un halo de poder maléfico le invadiera. A su memoria acudió el ruido y la furia de tiempos pasados, como si las armas cobraran vida con aquel fogonazo relampagueante, al ritmo ensordecedor de percutores, mientras la muerte danzaba en un orgasmo de sangre.

Por la tarde, Donald Samuelson, después de escuchar el informe del coronel, quiso inspeccionar él mismo la situación en el interior del búnker. Necesitaba verificar las condiciones en las que se encontraban el resto de las naves subterráneas y, sobre todo, el Cronotron. Había ocultado hasta el último momento su decisión de bajar, y tanto el coronel como el profesor Okada se alegraron con la noticia.

El viejo montacargas estaba bloqueado, y debieron descender por la escalera de piedra, muy despacio, siguiendo la escasa luz de los videokit. Mientras descendían por aquellas escaleras de piedra, un aire viciado invitaba a un gesto de náusea, y daba la sensación de que estuvieran cayendo a un pozo, sin fondo. Era como una bajada al infierno, pero era un infierno necesario, pensaba el doctor, convencido de su hazaña. Él había demostrado ser más fuerte que todos sus coetáneos: el amo del arca de la nueva alianza que presidiría el futuro.

Según avanzaban por aquella galería, la pantalla del videokit les iluminaba el paso. Donald encendió la pilastra de petróleo, que se apoyaba sobre un pedestal de granito. Las llamas se elevaron dentro del recipiente, y el recinto se fue aclarando, lentamente, apareciendo ante ellos una espaciosa gruta, en forma de túnel. Todo el compartimento estaba limpio como un mausoleo. Las paredes, cubiertas de mármol, no habían perdido el brillo, mientras en la bóveda se podían ver las estrías en la roca, y algunas gotas pendían del techo como lágrimas en el silencio.

Pasaron de largo junto a los talleres de montaje, y poco después llegaban al final de la nave. Donald tomó el medallón y lo insertó en la huella, a modo de dibujo triangular, que había en un lateral. Allí estaba el acceso a los niveles inferiores, y el doctor avanzó en cabeza, sin dar muestras de duda en su decidida inspección.

Después de un considerable esfuerzo para moverse por aquellos túneles, al fin llegaron al laboratorio, donde se podían conjugar los elementos del terror disuasorio: armas químicas y bacteriológicas, gases nocivos de destrucción masiva, bombas binarias de neutrones, que esperaban allí escondidas para que algún científico sin alma realizara su apareamiento técnico y preñara de muerte al planeta.

Una de las más devastadoras semillas del pasado, la BLU-82, la cortadora de margaritas, como vulgarmente le llamaban los pilotos en otro tiempo, seguía allí, ajena al paso del tiempo. Aquel monstruo de

siete mil kilos de peso, cuya carga bélica estaba compuesta por nitrato de amonio, polvo de aluminio y escamas de poliestireno, incineraba todo lo que se encontraba en un radio de quinientos metros dejando el terreno más boscoso como la palma de la mano.

Cuando llegaron al cuarto nivel, Donald se volvió para mirar a sus acompañantes. Sus caras lo decían todo. Ante ellos aparecía una especie de hangar, de una altura de quince metros, con cuatro naves abovedadas, separadas por columnas, como si aquella gigantesca obra hubiera sido concebida a modo de templo para ofrecer culto al dios de la guerra. Por el lateral que daba al lago, había una especie de troneras camufladas por donde penetraban algunos haces de luz, que iluminaban todo el recinto.

En la primera nave reposaban cuatro cazas F-14A tomcat. Aparecían alineados, como esperando su turno de salida. Les cortaba el paso un portón de hierro fundido, oculto tras una pared artificial, que aprovechaba la pendiente de la loma boscosa. Al otro lado, un rellano de más de trescientos metros permitía a la catapulta acelerar al caza para saltar al vacío.

-Esto si que era un aparato hermoso y fiable –comentó Rudolf entusiasmado, mientras pasaba sus manos por el morro del Toncat. Y se trasladó mentalmente a lo que él consideraba su mayor momento de gloria, allá en otro tiempo. Se imaginó en la cabina, atento al cuadro de mandos, esperando las órdenes de ataque, alla arriba, como un dios todopoderoso, descargando el poderío que condenaba a muerte sin previo juicio, y hacía temblar a los enemigos de la Alianza.

En las otras naves del hangar había otros temibles moradores: helicópteros Apache, dotados con ametralladora y lanzamisiles; aviones de combate como el Mirage 2000, y, sobre todo, el JSF, que detectaba, perseguía y destruía objetivos en tierra bajo condiciones adversas.

El coronel conocía muy bien todos aquellos ingenios de la muerte, y los contempló por unos instantes embelesado.

Donald Samuelson y el profesor Okada no perdieron tiempo para dirigirse a la galería que descendía hasta el último nivel en busca de su juguete preferido. Allí, en la parte más profunda del búnker, justo debajo del rellano por el que debían deslizarse los cazas, dormían los dragones nucleares en sus silos. Eran cinco pozos perforados hasta cerca del nivel del lago los que albergaban aquellos cohetes de largo alcance, que no habían sido desmantelados porque Donald había comprado a los responsables de la operación.

El profesor Okada comprobó que la cámara acorazada para el control de los sistemas de carga y ensamblaje seguía sellada, como él mismo había verificado antes de hibernar.

Donald se adelantó para admirar su obra. Allí seguía el Cronotron en su cárcel de cristal, oculto en la penumbra de una cavidad rocosa. Parecía algo inofensivo, como si fuera un desecho del gigantesco arsenal, y el doctor lo contempló con la mirada ausente.

Aquella noche, Donald volvió a tener el sueño que se le repetía una y otra vez. Estaba en lo más alto de la Transamérica Pyramid mientras era vitoreado por amplias masas. Por doquier, le rodeaban fieles servidores ensalzando su poderío; mas, de pronto, la terrorífica explosión de una de sus armas le precipitaba al abismo en una caída interminable, y, en el paroxismo de su aciago final, se despertaba aterrorizado.

37

Había transcurrido más de un mes desde que Sandra fuera a vivir con Nacho a la cibertecnópolis de Madrid. El ovalar era de tamaño reducido, pero cubría las necesidades de dos miembros. Como en todos los ovalares, el centro de la nave lo ocupaba un salón multiuso. En la parte delantera se encontraba un compartimento con la domótica más avanzada, y en el morro estaba la cabina de control, donde el autodomio sincronizaba, no sólo los servicios domésticos, sino también los de navegación. En la zona de cola se ubicaba el mobiliario y, adosado al mismo, había un aseo completo, automatizado.

Cuando Sandra despertó, aquella mañana, Dorremi preparaba el desayuno, y recorría el pentagrama, vocalizando machaconamente las notas musicales. Al activar el visor del movilat, el sol asomaba ya detrás de las torres del Palacio de Arte Sacro. Volvió la vista hacia Nacho, que todavía dormía, y observó embelesada la expresión de su rostro, que dibujaba una sonrisa de placidez; como si fuera un niño grande, apurando los últimos instantes al sueño.

-Vamos dormilón -susurró Sandra-. Dorremi tiene el desayuno preparado.

-¿Qué hora es? -se removió Nacho, desmerezándose.

-Son las ocho horas y cinco minutos, Señor -sonó una voz vibrante en el videokit.

-Buenos días, amor mío -dijo él, mientras le miraba sonriente.

-No me acostumbro..., estas máquinas se me adelantan siempre a contestar lo que preguntas.

-Pues no contestes. ¿Para qué las tenemos?

-¡Qué aburrimiento! -dijo ella contrariada-. ¿Es que prefieres a una máquina antes que a mí?

-Bueno, de ti espero mucho más que un dato horario. Prefiero una caricia, como tú la sabes hacer.

Y Sandra se inclinó de nuevo para besarle.

Poco después, desayunaban juntos, y Dorremi seguía con su entonación musical.

-¡Ya está bien! Dorremi -exclamó Nacho-. Al menos, cambia el repertorio porque, al final, vamos a acabar todos solfeando esa partitura. Ahora me doy cuenta que sólo, a mí, se me ocurre tomarte para servicio doméstico cuando realmente deberías estar enseñando música.

-Bueno, no seas duro con él -salió al paso Sandra.

-El doctor tiene a veces activado el signo negativo -dijo Dorremi-. Pero mis circuitos están positivos, porque usted, Sandra, es comprensiva viniendo de otro tiempo

-Anda protestón, ¿qué iba yo a hacer sin ti? -dijo Nacho conciliador-, y sin tu música, claro.

Nacho y Sandra sonrieron, al tiempo que una carcajada lenta y sonora del autómeta se alzó por encima.

-¡Vale dorremi! Cuando termines de reir, me pides un oval.

Y el autodomio, sin haber terminado su expresión estentórea, se alejó hacia la cabina de control.

-Este dorremi es un encanto -exclamó Sandra.

-Tienes razón. Además de su celo en el servicio, nos entretiene con su especial sentido del humor.

Hubo un silencio, mientras degustaban los combinados vitamínicos.

-Hoy voy a ver a Karol -comentó Nacho-. Me he comprometido a presentarle al responsable del Centro de Biología Molecular. Si quieres que le diga algo...

-¡Ah! Sí. Recuérdale que mañana tenemos una sesión de mantenimiento celular. Por cierto, pensaba proponer a mis amigos que fuéramos a Siglo Veinte el próximo fin de semana.

-Por mi no hay inconveniente -dijo él-. A propósito, ¿cómo van los bocetos de tu exposición?

-Creo que hoy los terminaré, si puedo centrarme.

En aquel momento, se acababa de activar la cosmovisión. Era el noticiario de las ocho.

"Hoy comienza el plazo para la presentación de candidatos a preferentes en todo el territorio de Ibercom. En los próximos días conoceremos el resultado de los avales para las candidaturas a la Preferencia del Consejo de las Comunidades. Anticipamos que en esta ocasión se presentarán varios candidatos, lo cual va a suponer una campaña muy animada. Tenemos constancia de que existen ideas bastante contrapuestas, sobre todo entre el aspirante profesor Farrel y el actual preferente doctor Marín..."

Después, el noticiario informaba de algunos actos relevantes de la jornada. Dorremi, desde la cabina de control, comunicó a Nacho que el oval le esperaba en la diana, y éste hizo ademán de levantarse, pero permaneció atento a la última información.

"...Esta última noche, el quinto anillo del Mirador Espacial de Poniente ha sufrido un incendio provocado, y se ha destruido parte de su mobiliario. Según el videocontrol del restaurante espacial, los causantes de los destrozos iban encapuchados, y parece ser que neutralizaron a los autodomos con un disparador láxer no autorizado. El preferente Boldo está preocupado por la proliferación de algunas bandas oris, entre ellas una de las más conflictivas liderada por Petre el Rumano..."

-Oye, Nacho, ¿esa banda de Petre... no fue la que agredió a Toni?

Nacho tardó algunos instantes en contestar.

-Esa banda tiene su leyenda negra desde que yo era niño -dijo él, restando importancia a la noticia-. Espero que los vigías hagan su trabajo.

Para Nacho, suponía un esfuerzo considerable mantener aquel secreto, sobre todo ahora que compartía toda una vida con aquella mujer. Era consciente del peligro que suponía cometer un desliz en aquel momento, y cambió de conversación.

-Ahora que recuerdo, no sé si podré acompañarte a Siglo Veinte este fin de semana, pero te prometo que mañana acudiré, sin falta, a la sesión de mantenimiento.

Nacho ya se iba, y se despidió de Sandra en la puerta del ovalar. Bajó las escaleras del hogar móvil, y se dirigió hacia la diana. Desde el oval, volvió la vista hacia Sandra, haciendo un gesto con sus labios para enviarle el último beso. Dentro, en el salón, Dorremi les observaba como si tratara de entender.

El oval levantó el vuelo y se alejó sobrevolando las cúpulas de los ovalares. Sandra volvió al salón y sorprendió al robot, que le seguía observando.

-¿Qué miras, Dorremi? -dijo ella, sonriendo.

-No sé lo que sienten los humanos al hacer estas cosas, pero debe de ser muy positivo -dijo el autómatas en actitud relexiva.

-Si, Dorremí, es muy bonito -contestó Sandra-. A ver si encuentras una pareja de tu especie, y averiguas lo que sentimos los humanos.

-Que cosas tiene usted, Sandra.

Y Dorremí se fue hacia la cabina de control, moviendo la cabeza, mientras repetía varias veces.

-¡Una pareja! ¡Tiene gracia!... ¡Una pareja!...

Al mediodía, Sandra abandonó el ovalar. Llevaba consigo la paleta digital, con la que estaba realizando los bocetos para una exposición en la red.

Se adentró en un amplio paseo, que comenzaba en el extenso Parque del Batan y llegaba hasta el Lago de la Ribera. Mientras caminaba, no dejaba de contestar al saludo de algunas parejas de comunitarios con las que había hecho amistad en aquellos días.

La comunidad vital donde Nacho poseía el ovalar, configuraba un perímetro que abarcaba desde la orilla oeste del río Manzanares hasta el alto de aquella loma que le separaba de la Comunidad Vital de Batan. Había allí instalados mil doscientos ovalares, con una población algo superior a los cuatro mil quinientos habitantes. Era una comunidad mediana, si se comparaba con las de mayor población, que raramente superaban los diez mil comunitarios.

Sandra tomó posición cerca del embarcadero del lago, y se dispuso a realizar sus bocetos. Sobre una especie de atril fijo, desplegó la paleta digital hasta formar un encuadre de pantalla. Miró al fondo, sobre el antiguo palacio, reconvertido en Museo de la Guerra, y comenzó a digitalizar el tipo de trazo que había ya visualizado mentalmente. Pronto, sobre la blanca superficie comenzaron a aparecer los perfiles del majestuoso edificio, sobrevolado por aquellos vehículos espaciales de transporte urbano.

No había pasado mucho tiempo, cuando escuchó a sus espaldas una voz infantil. Era Iter, su nuevo amigo de ojos alegres y chispeantes con acentuada tez morena. El niño se había encariñado con Sandra, y no había mañana que faltara a la cita.

-¡Hola Sandra! Hoy tienes que pintarme -dijo el niño, todavía jadeante por la reciente carrera-. Recuerda que me lo prometiste.

-Hola Iter -contestó ella sonriente.

Sandra se inclinó para estampar un beso en la mejilla de Iter, al tiempo que el niño se subía a uno de aquellos minúsculos ovals que abundaban en los parques y a los que llamaban Volatines.

-Si que te lo prometí -dijo ella-. Quédate ahí. Ahora mismo comienzo el boceto; pero no pongas esa cara. Piensa que estás jugando y que yo no estoy aquí

-Pero yo si quiero que estés aquí para jugar conmigo -exclamó Iter, a modo de ruego.

Sandra había comenzado a perfilar el dibujo y el niño le observaba en silencio.

-Quiero que vengas todos los días a este parque -volvió a insistir el niño.

-Vamos a ver, Iter ¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué dices eso?

-Porque mis papás tendrán poco tiempo para jugar conmigo. Voy a cumplir cinco años, ¿sabes?... y ellos tienen que trabajar..., y me quedaré solo con Safir..., aunque él es un rato espacial..., pero es sólo una máquina.

-Bueno, Iter, te prometo que vendré todos días que pueda. Además, estoy segura que tus padres también jugarán contigo, algún día. Anda, esto ya está, puedes bajarte. De aquí sacaré un cuadro precioso, como tú.

Iter, rió halagado y echó a correr hacia donde estaban sus padres, que se despedían de otra pareja.

-¡Mama, papa! -exclamó el niño como si hubiera conseguido la promesa más importante de su vida-. Sandra va a seguir viniendo muchos días al parque, y le veré cuando venga yo solo con Safir.

Los padres del muchacho hicieron un gesto de complicidad con Sandra.

-Está bien, cariño, pero le estás entreteniéndolo y no va a poder terminar la exposición -dijo la madre a modo de disculpa.

-¿Cómo va ese trabajo, Sandra? -inquirió el Padre de Iter cuando se hubo acercado a ella-. Tengo ganas de ver la exposición y apreciar su visión creativa sobre nuestro tiempo.

-Gracias -contestó Sandra halagada-. Veo que ya tengo admiradores antes de terminar mi trabajo.

-Por cierto, ese es un dibujo de Iter -exclamó la madre-. ¡Qué gracioso está!

-Sí, mama, soy yo -dijo Iter, ufano de su triunfo-. Se lo he pedido a Sandra y me ha dibujado.

-Anda pelmazo, con lo incordio que eres no le habrá quedado otro remedio -volvió a decir ella.

-Es un cielo de niño, pero es tan preguntón como los de mi tiempo -dijo Sandra.

Los padres de Iter sonrieron, compartiendo la alegría del niño con una agradable y sincera amistad.

-Me ha dicho Iter que ya terminan ustedes el periodo de excedencia.

-Así es -contestó la madre-. Nos va a costar un poco soltar amarras con este hombrecito, pero la vida debe seguir y hay que cubrir sus fases. Llevamos casi cinco años alejados de los grandes proyectos, pues, aunque la Seguridad Comunitaria cubre los tres primeros años, nosotros hemos añadido otros dos a base de no implicarnos en proyectos que requiriesen excesivo tiempo. A partir de ahora, nuestro autodomio Safir se hará cargo de la formación de Iter.

-De cualquier forma -ratificó Daniel-, tenemos claro que un hijo siempre debe apreciar la diferencia entre el ser humano y el autómata. Me imagino que usted como psicóloga coincidirá con nosotros.

-Por supuesto -aceptó Sandra-. Me alegra comprobar que, a pesar de estar rodeados de máquinas, siguen ustedes manteniendo inalterable ese principio.

-Es un placer para nosotros tenerla como vecina -dijo Eva, despidiéndose-. Ya sabe que le esperamos para el cumpleaños de Iter.

-Vamos, Iter -llamó el padre-. Ya es hora de volver al ovalar.

Iter esperó su turno para la despedida, y ofreció su mejilla a Sandra esperando un beso. Mientras se alejaban, el niño no dejaba de corretear en torno a sus padres y se volvía de vez en cuando para decirle adiós a Sandra con las manos. Ella siguió sus gestos hasta perderle de vista, y volvió a sus bocetos impresionada aún por los comentarios de aquella pareja.

38

Era aún temprano, cuando Nacho se dirigía al Transovalar de la Montaña para recoger a Karol. Poco antes, había tenido que disimular delante de Sandra para no inquietarla, y se le veía preocupado. Estaban sucediendo demasiadas cosas en un breve espacio de tiempo. En su fuero interno, deseaba que

aquella inquietud no fuera más que el reflejo de la paranoia causada por el celo en demostrar la parte perversa de las hibernaciones que estaba investigando. Pero lo sucedido en el Transovalar de Soma y los suicidios posteriores de personalidades tan destacadas no tenían nada de casual. La verdad era que alguien había conseguido fabricar, al margen del proceso robótico comunitario, algún tipo de chip capaz de neutralizar a los autómatas, lo cual ponía en peligro la seguridad a todos los niveles.

Nadie, en Ibercom ignoraba que en los últimos meses habían aumentado los actos vandálicos en los miradores espaciales y otros locales de diversión, sobre todo en las comunidades de la Zona Centro. Eran unos síntomas que evidenciaban puntos débiles en el tecnosistema comunitario. Había fuerzas dispuestas a cambiar el orden de las cosas, y la luz roja se había encendido hacía algún tiempo en la ASP. Los altos preferentes habían instado a todos los comisionados de seguridad para que encontraran urgentemente una línea de investigación capaz de descubrir la causa de aquellos acontecimientos, que atentaban contra la estabilidad de Ibercom.

Nacho pidió al autodomio que descendiera en una de las dianas del transovalar, mientras activaba el videokit, y la imagen de Karol apareció en la pantalla.

-Diana número tres, señor -informó el autodomio.

-¡Hola Karol! ¿Estás preparado? Ya has oído al autodomio: te recojo en la diana tres.

-De acuerdo Nacho. Estoy ahí en dos minutos.

Poco después, el oval ascendía sobre la ladera oeste, en la parte antigua de la cibertecnópolis, con destino al Centro de Biología Molecular. Desde arriba, podían contemplar el Complejo Científico y los edificios de la histórica Universidad Complutense. Los antiguos pabellones servían ahora como periféricos de la hiperweb tecno-proyect, donde miles de científicos de todas las ramas desarrollaban una actividad creativa que irradiaba al conjunto de Ibercom.

Nacho y Karol observaban en silencio a través de los visores. El azar y aquel improvisado salto en el tiempo habían conectado a dos hombres de ciencia, que, por casualidades del destino, estaban dispuestos a unir sus fuerzas para luchar contra el delito. No se trataba de investigar a simples delincuentes sino a prominentes científicos, enredados en los vericuetos de la influencia y el poder que, al margen del tiempo, seguía ejerciendo aquella irresistible atracción sobre los seres humanos.

-Bien Karol, hoy si que puedes decir que se inicia activamente tu opción de vida -le animó Nacho-. Te puedo asegurar que el profesor Medina es un buen hombre, además de un eficiente investigador.

Minutos después, Karol Bukoski conversaba amigablemente con el profesor, quien se interesó por su formación, y mostró sentirse gratamente entusiasmado al enterarse que había realizado su postgrado en la antigua Universidad de Berkeley. Recorrieron los módulos de investigación bajo las explicaciones del profesor sobre los distintos proyectos en marcha. En aquellos laboratorios altamente tecnificados trabajaban sincronizadamente roas y autodomos, en una rutina incesante de análisis y ensayos, basados en las pautas que marcaban los equipos de investigación humanos.

Mas tarde, el profesor le presentó a Fernán Monegros, que estaba preparando un equipo de investigación sobre potencialidad neuronal. El hecho de que el profesor Medina propusiera a Karol para el equipo en formación no agradaba para nada al esquivo doctor, quien mostró poca disposición, aduciendo que el equipo estaba prácticamente cerrado.

La fría acogida del doctor Monegros evidenciaba a las claras que no simpatizaba demasiado con Nacho Garmendia, y era de suponer que tampoco iba a facilitar las cosas a su recomendado. Karol, por su parte, había captado el recelo de aquel hombre, pero se mostró amable, como si sólo le interesara el proyecto, y, al final, el peso del profesor Medina, íntimo amigo de Nacho, allanó el camino para que se incorporara al equipo.

-Bueno, Karol, ¿qué te ha parecido? -le preguntó Nacho, una vez que se hubieron despedido del profesor.

-La verdad, me parece increíble que pueda volver a desarrollar mi especialidad -dijo él mientras caminaban por la zona ajardinada-. Tengo que darte las gracias porque abriéndome así las puertas, todo es sencillo. Además, el profesor Medina me ha parecido de lo más asequible y colaborador. Sin embargo, si he de ser sincero, creo que el doctor... ¿cómo se llama?... ¿Monegros? Me ha parecido una persona impenetrable, y un tanto especial. Recuerdo haberle visto en la recepción, cuando visitamos esta ciudad, y ya en aquel momento me llamó la atención su aislamiento, como si disfrutara de una

misantropía consciente.

-Pues será el responsable del equipo de investigación donde trabajas, así que ya sabes -opinó Nacho-. De todas formas, creo que si has podido sobrevivir con Donald y el coronel, cualquier otra relación es superable.

-Sí, tienes razón –dijo Karol sonriendo.

-Oye, Karol, me gustaría que me acompañaras a comer en un relaxoval y así aprovechamos para comentar algunas cuestiones que tenemos pendientes.

-De acuerdo. Yo también tengo novedades que contarte.

No tardó en recogerles un relaxoval, que despegó sobrevolando los módulos de investigación. Poco después, el vehículo espacial viraba ligeramente hacia el norte, en dirección a la sierra de Guadarrama.

-A propósito, Karol. Te debo una explicación por no haber quedado antes contigo para escuchar tu informe sobre el Proyecto Clonyman. La verdad es que tengo sospechas de que personalidades influyentes tengan una red de interferencia sobre determinados intercomunicadores. De momento, la forma más segura de vernos es elegir de manera aleatoria un oval, como hemos hecho hoy.

-Pero en el proceso de integración nos decíais que eso no podía suceder, porque se respetaba la intimidad de cada comunitario.

-Si, así es en teoría -comentó Nacho con cierta ironía-, pero hace ya tiempo que algún grupo de comunitarios está dispuesto a saltarse esta norma, al menos en esta zona. Tampoco debería suceder esta ola de destrozos al más puro estilo de otro tiempo, y, lo que es más grave, están desapareciendo oris sin que nadie halle la pista.

-Entonces, ¿intuyes que puede haber alguna relación de todo esto con lo que estamos investigando?

-Es posible -asintió Nacho.

Sobrevolaban ahora el Pico de Peñalara y Nacho se quedó mirando a través del visor. Karol siguió su mirada sin saber qué decir, mientras el panel de comensales ascendía con las bandejas del menú solicitado.

-Bueno, Karol, antes de seguir adelante, quiero aclarar contigo algo muy importante -dijo Nacho con voz grave-. Debes saber que los altos preferentes valoran tu trabajo, y quieren proponerte para ingresar en la ASP; claro está, paralelamente a tu ocupación profesional. Puedes tomarte el tiempo que desees para decidirlo.

Karol quedó pensativo, y Nacho respetó su silencio. Al tiempo que degustaban los combinados contemplaron las crestas de Guadarrama con la mirada perdida en el horizonte.

-Hasta ahora, tu y yo hemos colaborado con bastante sintonía – dijo Nacho, al fin, rompiendo el silencio-, pero si decides continuar, debes hacerlo encuadrado oficialmente en una unidad de base, con todas las garantías de protección que esto conlleva.

-Tengo que pensarlo detenidamente. Una cosa es colaborar contigo por algo muy concreto en lo que me siento implicado, y otra lo que me propones. A estas alturas, sólo quiero terminar mis días haciendo algo que me guste.

Se produjo de nuevo un silencio, y se quedaron observando cómo el relaxoval viraban ciento ochenta grados, acercándose lentamente a la cibertecnópolis.

-Bueno, espero impaciente eso tan importante que descubriste –dijo Nacho.

-Es una sorpresa que te va interesar.

Karol extrajo del bolsillo interior de su cazadora térmica un microdiskette.

-Aquí está el contenido del Proyecto Clonyman -dijo Karol, orgulloso de su adquisición.

-¡Qué agradable sorpresa! ¿Cómo lo has conseguido?

-Es una larga historia -contestó Karol, tratando de mantener su intimidad-. Alguien me lo ha grabado de un antiguo DVD.

Nacho miró embelesado el microdiskette, y lo guardó con evidente satisfacción.

-Se me ha ocurrido hacer otra copia, por seguridad -dijo Karol-. Para mí ha sido todo un hallazgo el verdadero alcance del Cronotron.

-Sí -aceptó Nacho-. Es la máquina más poderosa que ha venido de vuestro tiempo. Se hablaba algo en los papeles que encontré en San Francisco. Eran indicaciones muy confusas, pero que me llevaron a una teoría muy cercana a la realidad que ahora tenemos delante. Ha sido una suerte que no se

haya utilizado hasta ahora. Quizá, al no haber un duplicado de la misma y la casualidad de que nadie la haya descubierto ha evitado un desastre planetario.

-Tengo alguna información de que el doctor quiere seguir perfeccionando la máquina –le confió Karol-. Por eso, sigue siendo un peligro que llegue a estar operativa, si encuentran la cuarta llave.

-No lo creas -contestó Nacho con rotundidad-. Aunque te parezca increíble, la llave para que funcione la tengo yo ahora.

-¿Cómo?

-He conseguido hacerme con el cuarto amuleto.

39

En el Transoalar VH1 de Vallehermoso todo estaba preparado para la fiesta que aquel día daba el doctor Asimov.

Como anfitrión y protagonista principal, el doctor había acudido temprano a la residencia móvil, que le había alquilado para tal evento la Administración Robótica de la Cibertecnópolis de Madrid. Cumplía ciento noventa años, y sus allegados sabían que anunciaría su tercera hibernación. Quizá había cumplido con creces sus aspiraciones en puestos relevantes, habiendo sido Alto Consejero de la Eurounión. Sus aportaciones en el campo de la genética habían sido capaces de mantener el equilibrio entre libertad y desarrollo, sin olvidar la lucha implacable contra las enfermedades hereditarias. Pero, a la vez, había sido inflexible ante los intentos de manipulación genética descontrolada, y seguía muy de cerca las investigaciones de Nacho Garmendia en relación con la actividad científica del doctor Colinas. Antes de hibernar, debería dejar cerradas algunas cuestiones importantes, que la mayoría de los comunitarios desconocía por pertenecer al ámbito de la seguridad en la Eurounión.

Le acompañaba su última compañera Elena, bastante más joven que el doctor, de elegante y esbelta figura, con aquellos deslumbrantes y rasgados ojos, bajo pobladas cejas, que evidenciaban su procedencia oriental. Su cabeza se adornaba con una especie de corona trenzada con su propio pelo, de la que descendían otras trenzas tan finas como hilos de oro; y sobre su frente caía una diadema de esmeraldas realzando un hermoso rostro, que concitaba las miradas de los más tímidos. Vestía un chaqué espacial de tono plateado con destacadas hombreras y cintura ceñida, que se unía a un pantalón ajustado del mismo tono. Aunque estaba especializada en ingeniería robótica, había hallado el equilibrio espiritual a través de la poesía, y tenía fama de ser una gran creadora, pues le habían apodado la “musa de Asimov”. No pasaba una semana sin que en la Red apareciesen sus poemas, que eran esperados y leídos con avidez. Además, participaba a menudo, de manera presencial, en muchos de los recitales que se celebraban en los distintos cosmocentros de la cibertecnópolis. En aquella tarde de fiesta, también le acompañaba su autodomio Laika, quien ya estaba distribuyendo tareas a otros tres autómatas, antes de iniciar la recepción de invitados.

Por la importancia de la fiesta, las cuatro cabinas de vigilancia del transoalar estaban ocupadas por otros tantos autodomos de seguridad que la comunidad vital había puesto a su disposición, para tan

esperado acontecimiento. Los vigías de seguridad no se distinguían del resto de los autodomos más que en la S, seguida de cinco dígitos numéricos, que se reflejaban en la minúscula pantalla de su frente vitrometalizada. Cumplían la misión de vigilancia y control, manteniendo los atributos de actuación neutralizadora en caso de alguna actitud violenta de los humanos; pero permanecían desapercibidos y recluidos en sus cabinas, camufladas en los cuatro puntos cardinales del transovalar. Esta función robótica de seguridad, aunque orgánicamente dependía de la comunidad vital, estaba bajo control de la Comisión de Seguridad, dependiente del Gobierno de la Comunidad Territorial.

Nacho Garmendia, Sandra y Karol, fueron los primeros invitados en llegar a la fiesta. Se desprendieron de sus abrigos climatizados, recubiertos de escamas, para combatir el frío de noviembre. Sandra lucía un llamativo vestido de malla plateada, estrenado para la ocasión. Era una túnica larga y ceñida, que había adquirido en el Complejo Expositor Marginal.

En aquel momento sonaba una música tecnoespacial, con reminiscencias de Deuter, que los comunitarios denominaban clásica espacial. Parecía que las notas salieran de todos los rincones del transovalar, pues los paneles que delimitaban el perímetro del inmenso salón disponían de un sistema camuflado de audio y video, como si de una caja de resonancia se tratara.

-Amor y paz -saludo Nacho al doctor Asimov y a su compañera-. Le felicito doctor y le deseo mucha longevidad. Creo que ya conocen a mi compañera Sandra Sokoa y a Karol Bukoski.

-Amor y paz -les saludó Asimov con acentuada efusividad-. Es un honor tenerles entre nosotros.

Sandra y Karol correspondieron al saludo y no ahorraron muestras de estar encantados por asistir a tan renombrada fiesta.

-Gracias por haber venido -saludó Elena.

Los dos saludaron a la joven anfitriona, y ésta no pudo sustraerse a la elegancia de Sandra.

-Amiga Sandra, creo que Nacho se quedó corto cuando la describió a Usted. Por cierto, he seguido muy de cerca su exposición pictórica en la Red, y le confieso que me encanta. Es una visión del entorno que se sale de la línea esquemática. Bueno, espero que algún día nos acompañen a comer en nuestro ovalar y hablaremos más despacio.

-Será un honor -aceptó Sandra la invitación.

-Ahora si nos disculpan... -dijo Asimov, mientras la pareja se alejaba para saludar a otros invitados, que llegaban en aquel momento.

-Creo que acabáis de entrar en el círculo de amigos de la pareja Asimov -dijo Nacho con cierta socarronería-. No creáis que cualquiera tiene ese privilegio.

Karol y Sandra sonrieron. Comenzaban a llegar las personalidades más destacadas del mundo científico de Ibercom, así como famosas figuras del arte y la cultura, sin faltar algunos dignatarios de las instituciones comunitarias. Los autodomos, coordinados por su colega Laika, daban la bienvenida y pasaban las bandejas repletas de una variada gama de bebidas, combinados y aperitivos.

Al fondo del salón relax, se hallaba con su glaxo en la mano, como petrificado, alguien a quien Karol no esperaba. Allí estaba el coordinador del proyecto en el que él estaba integrado.

El doctor Monegros estaba solo, como un personaje extraño, dotado del más refinado formalismo. Ni siquiera en una fiesta cambiaba aquel aspecto impenetrable, casi siniestro; porque el doctor no acudía a los acontecimientos lúdicos para satisfacer aquella necesidad humana de relacionarse con sus semejantes, sino que para él todo tenía una finalidad, y pacientemente iba tejiendo una red de objetivos, que potenciaban irresistiblemente su aspiración personal. Todos los que habían trabajado con él reconocían su concienzuda labor científica; pero nadie sabía de su vida, de su origen ni de cuanto se relacionaba con su intrigante intimidad. La verdad era que aquella personalidad inescrutable le estaba reportando considerables ventajas por cuanto podía moverse sin dificultad tanto en el campo de los amigos como en el de los enemigos; aunque para él todos eran susceptibles de usar y tirar, a merced de las circunstancias.

Cuando el doctor Monegros se percató de la presencia de Karol y Nacho, no pudo evitar un gesto de desagrado. Se resistía a medirse con aquel advenedizo que, de la mano de Garmendia, estaba accediendo a los círculos de poder.

Por unos instantes, Karol pensó en acercarse para romper aquella barrera de mutua antipatía, y sintió la tentación de comprobar si había en él la más mínima muestra de afabilidad, que sólo se le suponía; pero desistió de su primera intención.

Increíblemente, fue el propio Monegros, quien, desde lejos, hizo una mueca de saludo entre cortés y

obligada.

-Creo que el responsable de tu equipo quiere saludarnos -dijo Nacho sin que le apeteciera el encuentro.

Por fortuna, Nacho se sintió liberado cuando vio cerca de la entrada a Rosmina, una antigua amiga suya en el mundo del arte, a quien acompañaba Tello, un famoso actor de obras clásicas. Tomando de la mano a Sandra se acercó a ellos, y, tras saludarles, aprovechó para presentar a Sandra.

Por unos instantes, Karol se quedó solo. Fernán Monegros se acercaba, luciendo una sonrisa, que le pareció abiertamente artificial, quizá por inesperada.

-Qué tal, señor Bukoski. Veo que se relaciona Usted con la flor y nata de Ibercom.

-Hola doctor Monegros -contestó él-. No se preocupe porque, según dicen ustedes, en esta época las influencias no se contagian.

-¿De veras, cree usted eso? -dijo el doctor sin ocultar una sonrisa burlona-. Está bien. Admito que asimila rápido nuestra cultura. Por cierto, no veo al doctor Samuelson por aquí.

-Ya ve usted -dijo Karol-. Cada uno de nosotros va haciendo sus amistades.

-Hola Karol, por fin te encuentro -dijo Laia a la vez que le saludaba con un beso.

-Hola Laia -correspondió él, sintiéndose rescatado de tan enojosa situación-. Esto si que es una sorpresa. Creo que ya conoces al doctor Monegros.

-Si, hemos coincidido en varios proyectos -contestó Laia, mientras saludaba al doctor.

-Me alegra verle, profesora Treval -dijo Monegros, mientras se despedía con cierta prisa-. Les dejo, pues me espera alguien a quien debo saludar.

Mientras el doctor Monegros se alejaba, Laia se quedó mirándole con cierto recelo.

-Me extraña que este hombre se alegre de ver a alguien -comentó ella, sintiéndose liberada-. Pero he de reconocerle que tiene el don de saber cuando estorba.

Después, Laia se fijó detenidamente en Karol, mientras sonreía con una dulzura que pocas veces había manifestado mientras fue la responsable del equipo de integración.

-Te veo diferente, Laia -dijo Karol, sonriendo-. Sin ese aire de profesora, me atrevería a decir que pareces mucho más simpática y atractiva.

-¿Seguro? -dijo Laia, riendo halagada-. Voy a tener que cambiar de profesión.

La capacidad del local no admitía más aforo y el ambiente era cordial y animado. Estaba la fiesta en su apogeo, cuando el preferente Marín entró en la sala, acaparando la atención de todos los invitados. Era cierto que acudía a aquella fiesta sin el boato oficial, pero no podía sustraerse a las incomodidades del cargo. En esta ocasión tenía la confianza de sentirse gratamente acogido, pues casi todos eran antiguos amigos y conocidos. Un abrazo selló el encuentro con Asimov mientras sonaban los aplausos.

40

Avanzaba la tarde, cuando el Reverendo Peterson regresaba en solitario de una de sus misiones en el agronat Cueva del Castaño. Aún retumbaban en sus oídos las extrañas ideas de aquellas gentes. Ahora comprendía cuán lejos estaba la meta de evangelizar a los infieles de aquel tiempo, y se sentía abrumado por el agnosticismo que se desprendía de cada una de sus opiniones. Sembrar y sembrar en tierra yerma las semillas del pasado, que ya dudaba si llegarían a germinar en unas mentes tan áridas. Se hallaba preso de sus desvelos en el pedregal de los Oris, y se prometió a sí mismo que seguiría en su

empeño hasta convertirles de nuevo a la fe. Pensaba que el manto de la misericordia divina no cubriría tanto sacrilegio, pues aproximarse con aquella soberbia a la fuente de la sabiduría era como retar al mismo Dios cara a cara.

El ambiente poco proclive al culto religioso de aquellas comunidades le obligaba a mantener una relación de mera vecindad, y, después de la última visita, había decidido no abundar excesivamente en los problemas de la fe. Por el momento, se conformaba con poder granjearse su confianza.

Días atrás, el doctor Samuelson le había explicado lo importante que era atraer a los campesinos del lugar en aras de la misión, y el clérigo había asumido aquel objetivo como propio. Si era verdad que los Oris representaban la tradición, nadie mejor que ellos para ser el embrión de un nuevo proyecto de vida, y el Reverendo, de talante campechano y verbo fácil, se encargaría de crear el ambiente de parroquia, como en los viejos tiempos.

Cabalgó largo rato, absorto en sus pensamientos, y llegó a olvidarse de seguir las indicaciones de las tablas, sin darse cuenta de que se estaba alejando de la calzada. Volvió la cabeza para echar una última ojeada a la loma donde se asentaba la comunidad de la que regresaba, y descendió por el sendero que serpenteaba paralelo a uno de los arroyos que bajaban del Gencional. El robledal apenas dejaba penetrar los rayos de un sol que se inclinaba a poniente. Poco después, el sendero se separaba del arroyo y ascendía hasta una loma descubierta, desde donde podía divisar otras cabañas de Oris, en la estribación sur de la sierra. Desde allí, trató de divisar la vieja carretera, que comunicaba los agronates, y tomó un sendero que le llevara hasta lo que en otro tiempo había sido una vía asfaltada para el tráfico rodado.

Cuando comenzó a percatarse del extravío, la espesura del monte apenas dejaba paso a su caballo, sintiendo en las piernas el roce de los arbustos en la progresiva angostura del sendero. De pronto, se sintió perdido en aquella parte de la sierra. Dudó unos instantes si debía volver sobre sus pasos y buscó el mapa, pero no lo encontró. Posiblemente, se le habría caído cuando buscaba el agronat del que regresaba. Tampoco sabía cómo utilizar el GPS del Videokit, y decidió seguir el curso del río en el sentido de la corriente, pensando que le llevaría hacia el lago.

Al final de aquel túnel de fronda caprichosa, atisbó un claro entre el robledal, y cuando hubo llegado pudo comprobar que se trataba de una explanada de tupido césped. Lo más extraño de aquel apartado lugar, era que allí se encontraba una pequeña cabaña, cubierta parcialmente por la copa de un robusto castaño, y rodeada por una parcela, donde crecían hortalizas y algunos manzanos. Era un paraje de silencio abrumador, que ocupaba el meandro del pequeño arroyo.

El Reverendo encaminó su caballo hacia la cabaña, al tiempo que salía al porche un anciano de descuidada barba, quien al verle no disimuló su extrañeza por aquella inesperada visita.

-Buenos días, señor -saludó el Reverendo-. Creo que me he extraviado.

-Buenos días -contestó sonriendo el anciano.

-Mi nombre es David Peterson, pastor de la iglesia evangélica y miembro de la expedición hibernatoria del doctor Samuelson.

-¡Ah! ¡Qué grata sorpresa! -exclamó el anciano, vivamente emocionado, al tiempo que se presentaba-. Soy Yago Colinas, para servirle. Por su saludo, he podido deducir que no era usted de aquí.

El anciano invitó al Reverendo a tomar asiento en el porche, y le pidió que compartiera su mesa, a lo que éste accedió encantado.

El Reverendo sabía que la cara de aquel hombre le era conocida, y entonces recordó haberle visto días atrás en el retorno hibernatorio. A su mente acudieron las palabras de la profesora Treval, quien les informó que era muy conocido en la comunidad científica, pero que se había instalado en aquella zona para reflexionar.

No era un secreto para nadie la presencia del doctor Colinas en el Parque de las Lagunas. Como era de esperar, su nombre no podía pasar desapercibido, pues durante mucho tiempo había contribuido decisivamente al mantenimiento celular, y su presencia en la Red había sido casi diaria.

A pesar de su popularidad, en los medios científicos se hablaba de su origen enigmático. Ni siquiera sus amigos y allegados más próximos conocían su procedencia, pero aquella inteligencia superdotada le había hecho destacar desde la propia Red Universitaria. Luego, había promovido interesantes proyectos sobre la aplicación de las células madre en la terapia génica, pero en los últimos años se había inclinado por experimentos éticamente dudosos, y muchos comunitarios sabían de sus

ideas sobre la eugenesia para garantizar la eternidad de los genios a través de la transferencia de memoria en genes clonados. De esta manera, se había desprestigiado entre sus colegas de la comunidad científica, pues trataba de seleccionar una élite de humanos para privilegiar sus derechos desde el mismo nacimiento.

Paulatinamente, se había ido deteriorando su imagen por sus continuos arrebatos de violencia, cuando los demás colegas no admitían sus puntos de vista. Su decantada tendencia a dominar y a imponer sus criterios había ido enfermando una personalidad, en otro tiempo tan sabia y equilibrada. Parecía como si la garra más siniestra del pasado atenazara una mente lúcida, distorsionándola en las cavernas de lo irracional. Se había perdido en los vericuetos de la superioridad sin admitir que la riqueza de los seres humanos estaba en su diversidad, y la ciénaga de su mente, corrompida de soberbia, le estaba ahogando su brillante trayectoria. Llegó un momento en que ni la ayuda de sus más allegados fue suficiente para rescatarle de aquel fondo oscuro de un alma atormentada, donde sólo dominaba la noche preñada de sueños de maldad creativa. Sentía la atracción del abismo que le había hecho descender a los dominios de lo ancestralmente inhumano, en la noche de los tiempos, despertando en su interior un monstruo capaz de encadenar, de nuevo, la libertad de sus congéneres.

En los últimos tiempos, antes de retirarse al silencio del agronat, las desavenencias del doctor Colinas con el delegado Asimov habían llegado a un punto peligrosamente álgido, pues mientras el Delegado de la Eurounión defendía la libertad por encima de cualquier innovación científica, el doctor se mostraba claro partidario del SDT (Sistema de Detección de Tendencias) que suponía el control del pensamiento de cualquier comunitario.

Nadie conocía, sin embargo, el último proyecto del doctor Colinas, pues ya no se había atrevido a exponerlo a sus colegas y horrorizado de sí mismo había optado por retirarse a aquel olvidado paraje con la excusa de reflexionar; pero su odio a Asimov podía más que la humanidad que aún le quedaba, y en su fuero interno no hallaba paz para abandonar aquella lucha fuera de tiempo.

Sólo su colega el profesor Farrell sabía que en los últimos años había estado construyendo a espaldas de todos un microlaboratorio con la nanotecnología más avanzada para poder seguir con sus investigaciones secretas.

Durante la merienda, el Reverendo se extendió en relatarle todo lo acaecido hasta el retorno hibernatorio, y el doctor Colinas se mostró vivamente interesado por los detalles de aquella experiencia.

-Bueno, ¿y qué le trae a usted por estos lugares tan apartados?

-Estoy visitando las comunidades de esta zona –contestó el Reverendo-. Es duro comprobar que la gente de este tiempo ha perdido la fe y el sentimiento religioso; sólo veo agnosticismo en sus vidas, como si no necesitaran a Dios.

-Así es –dijo el doctor-. He leído mucho sobre el papel de la religión en todas las épocas de la historia y he llegado a la conclusión de que el sentimiento religioso era como la argamasa de los edificios de aquel tiempo. Ahora, la autonomía y la dispersión son la base ideológica de todas las comunidades del planeta.

-Pero no entiendo cómo la gente puede vivir sin la necesidad de Dios. Antes, la vida era una preparación para el más allá, y el temor de Dios hacía más humilde a la gente.

Al Reverendo Peterson le hubiera gustado debatir sobre las bondades de la fe, de los tiempos en que la iglesia bendecía todo el planeta; pero veía a aquel hombre sin ilusión, vencido, como los demás, por las nuevas ideas heréticas.

-Debe aceptarlo. La gente de ahora, liberada de las miserias físicas de otro tiempo, no teme a ningún dios y, en consecuencia, tampoco espera recompensas o castigos; eso les hace autosuficientes en sus decisiones, pero inmanejables.

-Pues le aseguro que yo no me doy por vencido.

-Usted verá, Reverendo, aunque creo que lo tiene muy difícil. Sólo algunos grupos muy reducidos practican el antiguo culto religioso.

Siguieron departiendo durante más de una hora sobre tiempos pasados, y el Reverendo se congratuló de coincidir en muchas cosas con aquel hombre. Cuando se despidieron, el doctor Colinas le prometió que visitaría el agronat Siglo Veinte lo antes posible

41

Una semana después, el doctor Colinas se presentó en el agronat de los hibernautas. Era todavía temprano, y desde los ventanales de la cabaña se podía ver el manto de niebla que cubría aún la cuenca oeste del Lago.

Jon recibió al visitante madrugador que, antes de presentarse, había preguntado por el Reverendo Peterson, a quien, dijo, había tenido el placer de saludar días atrás.

-¡Ah! Es usted Yago Colinas –le saludó Jon, con efusividad-. Me alegro de conocerle, doctor. El Reverendo nos ha hablado mucho de usted. Si espera un momento, voy a avisarle que está usted aquí. Seguramente se encuentra ocupado en la capilla.

-Por cierto, me gustaría saludar también al doctor Samuelson –dijo el doctor Colinas, sondeando al Mayordomo-. Ya sabe, mera curiosidad científica. Somos colegas en el campo de la genética.

-Bueno..., el doctor Samuelson no vive en este agronat, pero nos visita a menudo. Precisamente, hoy le esperamos para la hora del almuerzo -le informó Jon, mientras le invitaba a pasar al salón.

-Está bien. Gracias por su amabilidad.

Jon salió de la cabaña, mientras el doctor tomaba asiento y observaba atentamente el decorado con aquel toque especial, al mejor estilo de otro tiempo.

En un habitáculo contiguo se escuchaba la conversación de Mara y Melisa.

-Me pareció que había llegado Donald -dijo la primera.

-Creo que no, porque ya estaría dando órdenes, y está todo en silencio -siguió el comentario Melisa.

Cuando el doctor Colinas volvió la vista, las dos mujeres entraban en el salón, y se quedaron sorprendidas, al descubrir que les miraba sonriente.

-Permítanme presentarme. Soy Yago Colinas de La Forcadura.

Ellas se presentaron a su vez, sin poder evitar encontrarse ante una situación embarazosa. Luego, se hizo un breve silencio, que Mara se atrevió a romper.

-Usted debe ser el doctor que orientó al Reverendo cuando se perdió en la sierra.

-Así es, y aquí le estoy esperando, pues un compañero de ustedes ha ido a buscarlo.

En ese momento entraba el Reverendo en el salón, quien se acercó emocionado a saludar al doctor.

-Buenos días, doctor Colinas. Es un honor tenerle entre nosotros. Ya les dije a mis compañeros que cualquier día de estos vendría usted por aquí. Bueno, ¿quiere tomar algo, un café, un té...?.

-Un café no estaría mal -contestó el doctor, agradeciendo la hospitalidad.

-Anda, Melisa, guapa, sírvele un café al doctor.

Melisa desapareció rauda. Entretanto, Yayo Colinas aprovechó para colocar sobre la mesa unas minúsculas cajas de cristal.

-Quería conocer Siglo Veinte y hablar un poco con ustedes -dijo él-. Ya veo que han reflejado en esta sala la decoración de viejos tiempos.

Melisa regresó con la taza de café, y tras ella entraron Rudolf y Onado seguidos de Jon y el profesor Okada.

-Encantado doctor Colinas, soy Rudolf Danhausse -se presentó el coronel-. Ya nos ha dicho el Reverendo que es usted nuestro mejor vecino.

-Espero que mi presencia confirme sus expectativas -dijo el doctor, halagado, mientras saludaba a Onado y al profesor.

El doctor Colinas comenzó a entregar a cada uno de ellos una caja de cristal.

-Qué menos que obsequiar a mis vecinos con algo que yo mismo he elaborado.

Todos quedaron sorprendidos, y ninguno se atrevía a abrir la enigmática caja.

-Vamos, no se repriman. Pueden abrirlas delante de mí, y así les explico de qué se trata.

Comenzaron a abrir las cajas con premura. No sabían si el detalle estaba en el envase de cristal, de original diseño, o en el contenido, porque no entendían que alguien les regalara unas píldoras.

-No se preocupen. Se trata de una fórmula, que ustedes, en otro tiempo, catalogarían de mágica, pero es algo inocuo. Al ingerir la píldora, antes de acostarse, podrán soñar lo que imaginen; sólo basta con deseárselo, antes de abandonarse al subconsciente.

Parecían contentos como niños, y todos le acompañaron al exterior de la cabaña mientras el coronel le explicaba el emplazamiento de los distintos equipamientos.

-Se nota que son ustedes bienvenidos, pues los comunitarios de este lugar se han esmerado en asignarles una de las mejores zonas.

-Bueno, eso ha sido cosa del doctor Samuelson -le informó el Reverendo.

El doctor Colinas movió la cabeza sonriendo, y se extendió en destacar lo singular de la zona donde estaba ubicado el agronat.

-Si mi memoria no me falla, aquí hubo una base militar, en otro tiempo. Han de saber que en mis ratos libres me dedico a la arqueología. Precisamente, en esta zona se ubicaba la retaguardia a la Alianza, pero la base estuvo activa pocos años. Cuando se cerró, el lugar fue ocupado por una compañía transnacional, que instaló un centro de investigación sobre los efectos de la glaciación en el Parque de las Lagunas.

Todos escuchaban entre el asombro y el interés las explicaciones de aquel hombre que parecía ser alguien importante, como les había adelantado la profesora Treval. Además, daba muestras de conocer bien aquella zona. Al final de su disertación, quedó pensativo, y se hizo un silencio.

-Sí, algo de eso sabíamos -dijo Mara-. Pero el único que conocía la zona era el doctor Samuelson, como jefe de la expedición hibernatoria. La verdad es que los demás vinimos directamente para encerrarnos en los módulos de hibernación.

El coronel Rudolf traspasó con la mirada a Mara, pues estaba dando explicaciones más allá de lo que debía. Cerca de la cabaña se oyó la voz de Donald, y todos acudieron a recibirle.

Le acompañaban en esta ocasión Karol, Toni Farrell y el padre adoptivo de este, el profesor Farrell. Jon, Mara y Melisa se acercaron con alegría a saludar a Toni, a quien no habían visto desde la fiesta de opción de vida.

Cuando Rudolf presentó a Yago Colinas, Donald simuló no conocerle, mientras se sucedían los saludos de rigor. Al profesor Farrell, sin embargo, los hibernautas le recordaban de la fiesta en el Mirador de Poniente, por lo que no les causó extrañeza su visita, sobre todo cuando se trataba del padre adoptivo de Toni.

Mara y Melisa se acercaron también a saludar a Karol, interesándose por Karen y los demás.

-Esperábamos que viniera Karen -dijo Melisa-. ¿Tiene algún problema?

-En absoluto -se adelantó a contestar Donald-. Está participando en el Centro de Diseño Biotecnológico, y no le puedes hablar de otra cosa.

-Ah, qué interesante -exclamó Mara.

-Ha sido una visita muy espontánea -dijo Karol, disimulando su interés-. Yo me he apuntado a última hora, casi sobre la marcha.

-Bueno, vamos a enseñar el agronat a nuestros visitantes -dijo Donald, cambiando de conversación.

-Al doctor Colinas ya se lo hemos enseñado, y ha sido muy instructivo por ambas partes –precisó Rudolf.

-No importa -manifestó Yago Colinas-, me apunto de nuevo. Hace tiempo que no veo al profesor Farrell, y tengo muchas cosas que preguntarle al doctor Samuelson.

-Yo me quedo para hablar con mis amigos – dijo Toni.

-Me parece muy bien –asintió Donald-. Usted, profesor Okada, puede acompañarnos, si lo desea. Posiblemente le guste compartir sus ideas con estos colegas.

Sólo Rudolf acompañó a la comitiva seleccionada por Donald. Caminaron por la atalaya natural desde donde se divisaban algunos jirones del lago anhelando abrirse al débil sol otoñal. El profesor Farrell caminaba delante junto al doctor Samuelson, seguidos de cerca por el coronel quien se esforzaba en dar todo tipo de explicaciones. Justo detrás, a unos pasos, el profesor Okada y el doctor Colinas intercambiaban algunos comentarios sobre el lugar. Cuando llegaron a las corralizas del circuito estabular, pasaron de largo como si los animales no existieran. Los caballos se removieron inquietos, reclamando con apremio salir de su encierro.

El doctor Samuelson volvió la vista hacia el grupo donde estaban Karol y Toni, los cuales conversaban animadamente con el resto de los hibernautas. La situación era propicia, y Donald no quiso posponer la anhelada visita al búnker.

Cuando llegaron a la caseta que ocultaba el búnker, Donald se situó junto a la puerta y ordenó a Rudolf que la abriera. El coronel, receloso y dubitativo, no entendía que personas extrañas y recién llegadas tuvieran acceso al secreto allí enterrado; pero la firme mirada del doctor le hizo confiar en las razones que pudiera tener su jefe, y abrió la puerta. Luego, sólo hizo falta un gesto para que Rudolf volviera junto a los demás y cuidara de que no no hubiera por allí testigos inoportunos.

Donald Samuelson, desde el umbral, invitó a sus colegas con cierto aire de orgullo y autoridad.

-Síguenme señores, aquí está lo que tanto tiempo han estado esperando.

42

Dentro de la caseta aparecían colgados algunos trajes de faena, que el agronat había recibido junto a los aperos de labranza. Los dos visitantes se miraron con gesto de extrañeza, pero siguieron a Donald Samuelson sin hacer comentarios.

-El primer compartimento estaba inundado y tuvimos que bombear el agua –explicó Donald-. Posiblemente, hubo un fallo en el mecanismo de recogida y canalización de las filtraciones, pues el techo de aluminio se había desplomado, quizá por ser la parte más superficial del búnker.

Descendieron con dificultad al segundo nivel, y recorrieron en silencio los armeros, mientras el profesor Farrell y Yago Colinas movían la cabeza ante aquel arsenal. Al llegar al final de la nave, Donald, sin titubeos, buscó el ángulo más cercano de la nave, y situándose bajo el tímpano triangular hizo intención de tomar el amuleto, pero su mano quedó paralizada a la altura del pecho.

-Me gustaría cederles el honor de activar el acceso a la parte más secreta del búnker.

El profesor Farrell y el doctor Colinas se miraron un tanto desconcertados, pero en sus rostros fue apareciendo una sonrisa. Comprendían que, por encima de todo, era necesario vencer la desconfianza de Donald. Fue el profesor Farrell quien resolvió aquella situación embarazosa, tomando el amuleto que escondía bajo su ventrícula negra. Luego, colocó el medallón sobre la mueca camuflada en la mampara y ésta

se abrió dejando libre el espacio de una puerta.

Samuelson parecía satisfecho con la prueba, y avanzó en primer lugar. Se movía con mayor soltura que sus colegas, pues era la segunda vez en el nuevo tiempo que recorría aquellas galerías. Cuando accedieron al hangar de los cazas, sus invitados no evitaron ciertos gestos de admiración. Los dos visitantes cruzaron junto a los cazas siguiendo los pasos de Donald, y escucharon pacientemente los detalles sobre el poderío de aquellos aparatos sobre los que no dudaba que volverían a dominar el cielo como había sucedido en otro tiempo.

Poco después, llegaban al corazón del búnker. Un sistema computerizado ejecutaba un bucle de mantenimiento de los cohetes que dormitaban en los silos a base de la energía captada en los paneles solares camuflados en la ladera.

Allí, en la oscuridad, casi se podían escuchar los latidos de aquel sistema que mantenía con vida unas armas monstruosamente reales. Aquello no era un museo donde podían admirarse como una maldición apocalíptica ya superada. Las cabezas nucleares estaban listas para aparearse en cualquier momento con los misiles de largo alcance, y sólo hacía falta digitalizar el código, activando la cuenta atrás de la destrucción en cadena. Los dos visitantes recordaban que sus progenitores les habían hablado de un búnker con un gran arsenal, pero nunca se habían imaginado lo que ahora contemplaban.

Donald seguía prodigándose en todo tipo de explicaciones para resaltar la osadía de haber almacenado aquel arsenal en previsión de asegurarse el futuro, mientras sus colegas escuchaban en silencio.

-Doctor Samuelson –salió al paso el profesor Farrell-, quiero que conozca mi opinión sobre este arsenal antes de seguir adelante. Aunque no la he contrastado con mi colega Colinas, estoy convencido de que él piensa lo mismo. Creo que todas estas armas son un problema más que una solución para el nuevo tiempo; son peligrosas y a la vez obsoletas. Bajo mi criterio, deberíamos desechar la parte del proyecto que preveía su utilización. El búnker debe seguir siendo un secreto. Esto nos lleva a cambiar las prioridades sobre el plan de acción. La nueva época requiere un tipo de armas que no destruyan nuestro propio futuro, y ahora es posible.

-No veo el porqué de tanta preocupación, señores -dijo Donald Samuelson, ufano de su poderío-. Ellos están desarmados. Yo había pensado que utilizando la droga hipnótica en estas gentes del campo se podría subvertir el sistema con relativa rapidez creando un determinado caos. En ese caldo de cultivo, podríamos hacer una demostración de fuerza que creara un cierto nivel de pánico. De esta forma se aceleraría el proceso, para poder controlar algunas zonas en el nuevo tiempo.

-La utilización de este arsenal es, sencillamente, irreal –argumentó el profesor Farrell-. Usted cree que la defensa comunitaria es débil porque están desarmados, y considera que en este búnker está la alternativa. En un tiempo en que el poder está tan descentralizado y los órganos centrales se confunden con la red, ¿por dónde espezaría usted atacando? Debe saber que están desarmados de las antiguas armas, pero tienen otros muchos sistemas de defensa, más eficaces. La seguridad actual se asienta sobre una cultura de supervivencia. Estas gentes han conjurado la autodestrucción poniendo en práctica los más sofisticados métodos contra todo tipo de violencia. Con esta convicción, les es suficiente con los autodomos y su sistema de rayos neutralizadores.

-Vaya, me siento perplejo con esa posición tan derrotista –dijo Donald, un tanto iracundo-. Ahora resulta que ustedes también me han salido pacifistas y temen la destrucción. ¿Es que acaso a los clones se les inyecta cobardía en los genes? Dudo que sus progenitores aprobaran una posición defensiva ante el futuro. Para dominar a la gente hay que infundirle miedo, y con el miedo acabarán aceptando nuestro poder en cuanto propongamos ayudarles. Deben saber que somos poderosos, y que queremos otra cosa diferente a lo que existe.

-Creo que no ha entendido usted nada, doctor Samuelson -volvió a insistir sosegadamente el profesor Farrell, sin disimular su tono enérgico-. No podemos seguir anclados en argumentos superados por el tiempo.

-Ya veo lo que han avanzado ustedes, y han tenido varios siglos para ello -se reafirmó Donald-. Lo siento, pero yo no tengo tanta paciencia.

-Lamento disentir tan profundamente de usted, doctor Samuelson –arreció en su argumentación Enzo Farrell-. No podemos llegar a un acuerdo si no abandona la influencia de las viejas teorías sobre la guerra. Su forma de pensar lleva implícita en sí misma una locura autodestructiva en la forma más virulenta, y lo que necesitamos es tiempo para construir el futuro.

-Ahora lo más importante es salvarle a usted, doctor –propuso Yago Colinas.

-Pues no sé qué milagro puedo esperar de ustedes –contestó Donald, con cierto desdén.

-Doctor Samuelson, me siento en la obligación de notificarle algo que atañe a su futuro y al de los miembros de su expedición –dijo el profesor Farrell, recurriendo a su último argumento-. En los círculos científicos se comenta que existen dudas sobre el mantenimiento celular que ahora les aplican. Temen que deje de hacer efecto dentro de un corto periodo de tiempo.

-Me temía que recurriesen a esta estratagema –dijo Donald, como si un revulsivo vital le estremeciese-. Espero que no jueguen con mis dudas.

El profesor Okada miró a Donald preocupado y a punto estuvo de rogarle a su hermanastro que escuchara a los dos colegas.

-Nuestro objetivo sólo puede conseguirse mejorando la técnica del Cronotron o construyendo otro nuevo –dijo Yago Colinas.

-Pero, entonces, hay algo que se me escapa –exclamó Donald, confuso-. Dice el profesor Farrell que a mí me queda poco de vida si el mantenimiento celular pierde su efecto, y coincido con usted, doctor Colinas, cuando dice que ya es viejo para permitirse hacer proyectos a largo plazo.

-Escuche, doctor –volvió a insistir Enzo Farrell-. Antes le decía que deberíamos cambiar el orden de las prioridades, y la primera de todas será asegurar nuestra supervivencia, para llevar a cabo el nuevo Proyecto Clonyman. Si fracasamos, no habrá alternativa.

-Pues no entiendo cómo, si no es sometiéndonos a la clonación, y para ello, tendríamos que esperar otros treinta años, al menos –concluyó Donald irritado.

-Efectivamente, doctor Samuelson. ¿Qué son treinta años para toda una eternidad? Considero que la prioridad pasa por someterle a usted y al doctor Colinas a una nueva clonación –propuso el profesor sin rodeos-. Para asegurar la misión, yo seré el maestro de ceremonias; pero esta no será una clonación cualquiera, sino una clonación en la que pueda aplicarse la transferencia de memoria en cuya investigación ha avanzado nuestro colega. Ahora existen condiciones para lograr lo que no fue posible en otro tiempo.

-Es cierto –asintió Yago Colinas-. Sólo nos falta una cosa: la máquina capaz de lograr esa transferencia a los genes clonados, y para eso contamos con usted y con Karen Irwing.

-Bien –dijo Donald más sosegado-. Llegemos al final del recorrido.

Se acercaron con paso sigiloso hasta la cabina donde estaba el Cronotron. Donald enfocó su videokit hasta descorrer el velo de intensa negrura. Al fondo, protegida en su caparazón transparente, se podía ver una extraña pieza, en forma de cañón, que, a simple vista, parecía algo inofensivo, si se le comparaba con las temibles armas que acababan de contemplar. En la parte superior estaba señalada la llave, a modo de estrella de cuatro puntas, donde cada triángulo tenía exactamente la forma del amuleto que portaban Donald y sus colegas.

Los dos científicos quedaron absortos, contemplando la máquina en silencio. Sabían muy bien que el Cronotron había sido diseñado en el pasado como la aventura más radical de la invención humana en el paroxismo de la creatividad. Era la matriz de un nuevo eslabón en la especie humana, donde el concepto opción no contaba en los parámetros de los nuevos especímenes.

-Y bien, caballeros, aquí la tienen –dijo Donald Samuelson con cierta soberbia.

Enzo Farrell y Yago Colinas seguían su contemplación en silencio. Donald les acompañó en el mutismo esperando algún comentario de sus colegas.

-Bien, doctor Samuelson –dijo Farrell más calmado-. Nos complace comprobar que la máquina está en perfectas condiciones. Si esta máquina construida en otro tiempo era capaz de manipular los genes, estoy convencido que con la nueva máquina lograremos hacer la transferencia de memoria. Precisamente, la sociedad comunitaria no quiere dejar que se desarrollen estas posibilidades porque se abriría de nuevo una carrera por el poder. ¿Puede usted imaginar la situación que se crearía si tuviéramos éxito?

-Pero, ¿cómo? –inquirió Donald, ávido de entender-. Necesitaríamos fabricar un prototipo, basándonos en el viejo Cronotron, y saben ustedes que falta el amuleto del Maestro para que pueda activarse el mecanismo de apertura.

-Estamos en ello, doctor Samuelson –dijo el profesor-. Ese es nuestro problema ahora mismo, pero creo que pronto lo tendremos en nuestras manos. De todas formas, habría que estudiar una alternativa por si no fuera posible recuperar el cuarto amuleto.

El doctor Samuelson quedó en silencio como si necesitara urgentemente reflexionar. Sentía una avidez irresistible en perpetuarse, y aquella llamada de eternidad, que siempre había deseado desde el momento en que decidió saltar al futuro, fue lo que le hizo reconsiderar decididamente su actitud respecto al nuevo plan. Miró a su hermanastro Okada esperando una señal, y percibió un gesto afirmativo.

-En primer lugar –siguió diciendo el profesor Farrell-, es urgente llevar a cabo una clonación colectiva lo antes posible valiéndonos de las nuevas técnicas, y para eso no necesitamos el Cronotron. Esto no es difícil para el doctor Colinas, pues ya lo ha hecho con los Oris urbanos. La droga hipnótica nos servirá para anular la resistencia de los elegidos. En unas decenas de años deberíamos tener clones por todo el planeta; pero clones que operen según nuestra voluntad, no según la suya. Creo que ha llegado el momento de sustituir a este ser humano impredecible.

-De acuerdo, Señores -aceptó Donald, convencido-. Ahora entiendo que el tiempo apremia. Creo que los campesinos de esta zona podrían servir. Hace algunos días encargué a Mara que organizara una fiesta para celebrar el fin de año.

-Podría ser una experiencia positiva para acelerar las clonaciones en serie –coincidió Yago Colinas-. Yo puedo ir preparando la clonación. Sería preciso traer mi nanolaboratorio a este búnker y así trabajaría plenamente concentrado y sin peligro.

-De acuerdo –dijo el profesor Farrell-. Pero no olviden que hay una tarea inmediata: las elecciones para la Preferencia del Consejo de las Comunidades.

-Además, no sé si han pensado que deberíamos volver a organizar el club –propuso Donald-. Podemos dejar para más adelante la elección del Maestro.

-Creo que eso puede esperar -opinó Yago Colinas-. Ahora es más urgente lo que propone Enzo Farrell. La influencia en los organismos de decisión comunitarios es decisiva para tener una base real de actuación. Yo estoy muy desprestigiado para ayudar al profesor. Usted, sin embargo, todavía goza del prestigio de ser un pionero de la hibernación, pues nadie sabe del resto de las hibernaciones. Debe tener en cuenta que durante el proceso de integración ustedes eran omnipresentes en la red comunitaria, y eso hay que aprovecharlo.

-Creo que podré hacerlo –asintió Donald-. Pero dudo si será suficiente para que usted salga elegido, profesor. Se me ocurre que podríamos elaborar un plan para desprestigiar a ese tal Marín. No hay nada mejor que un buen ataque por sorpresa.

43

Los cuatro amigos, a lomos de sus respectivos caballos, regresaban al agronat por la antigua y pedregosa carretera que denunciaba la ausencia del asfalto. Hubo algún que otro tropezón de los inquietos animales en el agrietado pavimento y Toni estuvo a punto de saltar sobre la cabeza de Volador.

Karol y Mara habían quedado rezagados. Sujetaron las riendas y cabalgaron sin prisas, saboreando esos momentos de confianza entre buenos amigos.

-Esos dos parece que van a ganar un concurso de hípica -dijo él, tratando de romper el mutismo de su amiga.

Mara, apenas esbozó una sonrisa.

-Creo que algo no anda bien por estos lugares, ¿me equivoco?

-No te equivocas -asintió ella-. Si te digo la verdad, el paseo diario con Ventisca me sirve de evasión y es para mí como el oxígeno para el pez, de lo contrario no podría sobrellevar el trago de ver al coronel todos los días; es difícil soportar su talante de militar frustrado. No te puedes imaginar lo que sentí cuando trató de violarme. Estaba como loco, y lo hizo a pocos metros de Melisa. Ultimamente, cuando bebe, se pone mucho peor que antes de hibernar. Gracias a que intervino el sargento, si no...

-Ya me lo contó Karen –dijo él-. Quién lo hiba a decir... Parece que Onado fuera tu protector.

-¿No pensarás que...

-Perdona, Mara. Ha sido una broma estúpida. Estoy convencido que el sargento actúa según la voluntad del coronel.

-Eso mismo creo yo –dijo ella-. De todas formas, el agronat ha empezado con mal pie y no sé como terminará.

-Nunca es tarde para hacer un cambio.

-No te preocupes; pronto me iré a vivir con Xidro -se sinceró ella-. ¿Sabes que me lo ha pedido en varias ocasiones?

-Esto sí que es una sorpresa, Mara.

-Esperaré a que pase la fiesta que estamos preparando para fin de año. Por cierto, confío en que no faltéis ninguno de los que os habeis ido a la ciudad.

-Puedes estar segura -contestó Karol-. Ese día vendremos aunque sea en medio de una tormenta de nieve.

Ella sonrió, y Karol se dio por satisfecho al sacarle de su tristeza.

-Oye Mara, en relación con lo de Xidro, creo que has tomado una buena decisión.

-Gracias Karol -exclamó ella, más animada-. Siempre supe que eras un buen amigo.

Al fondo, en el cruce, Toni y Melisa parecían absortos en el paisaje.

-Quien me preocupa es Melisa -dijo Mara-. No sé cómo ayudarle para que se libere de Rudolf. Ahora siento como en carne propia la forma en que le trata el coronel.

-Ese hombre necesita que alguien le plante cara –siguió Karol el comentario.

-Va a ser difícil -dijo ella-. Antes de que le abandone es capaz de matarla.

-Bueno, ya se nos ocurrirá algo -concluyó él.

El trote rítmico de los caballos llenaba el silencio de los dos amigos mientras se acercaban al cruce. Toni y Melisa seguían esperándoles.

-Oye, Karol, me dejó pensativa lo que hablamos días atrás sobre el búnker.

-Eso mismo quería hablar contigo. Cada día entiendo menos el sigilo del doctor.

- De todas formas, creo que ha sido un fiasco; menos mal que no lo hemos necesitado. Lo que me tiene intrigada es lo que sucedió cuando descubrieron la entrada. Donald y el coronel estaban eufóricos, y por la noche lo celebraron como si fuera una fiesta.

-Lo curioso del caso es que evitó que nosotros nos enteráramos del día en que iba a venir para la apertura.

-Pues a nosotros nos dijo lo contrario; que no teníais interés.

-¿No te das cuenta? Está claro que el doctor oculta algo. No me creerás si te digo que Donald no quería que yo viniese tampoco en esta ocasión, cuando él mismo pidió a Toni que acompañara al profesor Farrell. Me enteré casualmente por Karen, y tuve que hacerme el pesado para poder agregarme.

-Es que Donald, cuando quiere ser borde, se presta para ello.

-Mo sé. Creo que su comportamiento obedece a algo más. Cada vez que he manifestado a Donald mi deseo de ver el búnker, parece que no me oyerá ó me contesta que no hay nada que yo no sepa. Me gustaría entrar aunque nada mas sea por curiosidad.

-Yo tampoco he entrado, y vivo aquí con ellos. A Melisa, a Jon y a mi nos tienen al margen de todo. Me da la sensación de que el profesor y el coronel eluden hablar del tema. Bueno, si te soy sincera, he visto el interior de la caseta que han construido sobre la entrada del búnker hace poco; pero allí no hay más que trajes de faena para el campo. Según me ha dicho Jon, debe existir una trampilla en la caseta que comunica con el interior, pero sólo se puede abrir mediante un código del que únicamente dispone el coronel.

-¿Te has dado cuenta de lo que ha sucedido hoy? Donald se ha encerrado en el búnker con el profesor Farrell y el doctor Colinas. Vamos, como si los conociera de toda la vida.

-Pues cuando Donald hace eso, es que quiere conseguir algo de esos científicos; si lo conoceré yo.

Los caballos de Mara y Karol se detuvieron en el desvío para el agronat El Almendro. A unos pasos estaban Toni y Melisa, que seguían contemplando el paisaje, mientras Volador seguía inquieto aporreando el suelo con sus patas delanteras.

-Os estábamos esperando –dijo Melisa-. No me canso de ver este paisaje.

Por unos instantes, los cuatro se quedaron en silencio observando el verde manto de Las Veiradas desde donde se iniciaba la depresión del cañón.

En la entrada del agronat Siglo Veinte acababa de aparecer Xidro, que cabalgaba a lomos de Porto. Esperó a los cuatro jinetes, y se sucedieron los saludos con la consiguiente alegría de Mara.

Cuando se abrieron los portones, Karol no pudo evitar un gesto interrogante al observar cómo departían en animada tertulia Donald y sus nuevos amigos. Aquella expresión de Donald le era de sobra conocida, pues era la que siempre tenía cuando las cosas iban bien.

Xidro había quedado rezagado junto a Mara.

-Tienes buenos amigos –señaló él.

-Sí. Al menos estos momentos compensan los malos ratos que aún me esperan.

-¿Qué hace Yago Colinas aquí? –preguntó Xidro en voz baja al descubrirle en el porche departiendo con Donald.

-¿Es que le conoces?

-Más de lo que imaginas –contestó él-. Me pregunto qué interés puede tener para tratar de hacer confianza con el doctor Samuelson.

La animada tertulia entre Donald y sus amigos cesó de pronto, cuando descubrieron a Xidro. El doctor Colinas no pudo ocultar la desagradable sorpresa de aquel encuentro. Conocía a aquel hombre desde hacía mucho tiempo, y las discrepancias con él habían sido públicas y notorias en numerosas ocasiones. Xidro, por su parte, consciente de una situación embarazosa, buscó una coartada para no tomar asiento.

-Amor y paz –saludó de manera mecánica al llegar a la altura del porche.

-Hola Xidro, ¿qué le trae por aquí? –saludó Donald, mientras le presentaba a sus acompañantes.

-Hola, doctor Samuelson –contestó él al saludo-. Cómo está profesor Farrell. Esto si que es una sorpresa, doctor Colinas –terminó diciendo Xidro con ironía

-¿Qué tal San Román? –trató de salir del paso Yago Colinas-. Yo también me relaciono con los vecinos

Xidro no pudo evitar aquella sonrisa enigmática que Yago Colinas conocía muy bien.

-Ya me ha dicho Mara que están preparando la fiesta para fin de año –dijo Donald, como si no supiera nada de la iniciativa.

-Bueno, a eso precisamente he venido –aceptó Xidro el cumplido-. De paso, he traído algunas simientes de flores para el agronat. Señores, ha sido un placer.

Sin más preámbulos, Xidro se alejó con Mara hacia las corralizas. El sargeno Somoza, parapetado sobre el Circuito Estabular, siguió con la vista a la pareja y apretó los dientes con claro gesto de fastidio. El doctor Colinas tenía también sus motivos para odiar al incómodo Ori, y no pudo contener un gesto de desagrado.

-Veo que le cae muy bien Xidro San Román. Podría ser muy peligroso si se enterara de lo que existe ahí debajo.

-No se preocupe, doctor. A excepción de ustedes, sólo mi hermanastro Okada y el coronel Rudolf conocen la existencia de las armas más peligrosas, y son mis hombres de confianza. El resto de la expedición sabe de la existencia de un búnker de armas convencionales, que, por cierto, creen que está inundado.

-Habría que pensar en una coartada –dijo el profesor Farrell-. Si algún miembro de la expedición descubre la existencia del búnker, llamaría la atención de la Alta Preferencia. Las armas ligeras estarían justificadas, pero no así el resto. La parte secreta no debe ser conocida jamás.

Una música de Kitaro comenzó a sonar en el videokitt de Sandra. En la pantalla apareció la imagen de Karen.

-¿Qué pasa Karen? No esperaba tu llamada.

-Me gustaría que comiéramos juntas. Tengo cosas que contarte.

-No sé si recordarás que mañana tenemos sesión de mantenimiento celular.

-Si que lo recuerdo, pero necesito hablar contigo.

-Está bien, ¿cómo quedamos? Yo estoy en el Anillo Acuático de la Ribera.

-¿Hay alguna diana cerca de donde estás?

-Sí, la estoy viendo, es la número siete del Embarcadero.

-En dos minutos estoy ahí.

No tardó el relaxoval más tiempo del que había dicho Karen para recoger a Sandra. Cuando ésta subió al vehículo espacial, Karen le recibió con un efusivo abrazo.

-¿Qué es eso tan importante que no podía esperar?

-Lo siento, Sandra, pero quería hablar contigo, a solas, y pedirte consejo. Por supuesto, me gustaría que nadie más lo supiera. Me he podido escapar unas horas porque Donald vuelve a estar cada vez más ocupado.

-Pues tú dirás. Me tienes intrigada.

-No seas impaciente mujer -sonrió Karen, sin poder evitar cierto nerviosismo-. Primero vamos a elegir el menú.

En aquel momento, el relaxoval ascendía al máximo nivel de vuelo urbano, donde decrecía el tráfico aéreo. Aquellas naves estaban diseñadas expresamente para el esparcimiento de los comunitarios, sobre todo en las grandes urbes; un paseo, una comida o una charla en la intimidad eran su cometido principal. Ahora, la nave volaba lenta, con la parsimonia de facilitar a sus clientes un agradable almuerzo. Se limitaría a dar vueltas, sobrevolando la cibertecnópolis.

-Bueno, Sandra, antes de hablar de lo mío, cuéntame tú qué haces y cómo te va con Nacho.

-Muy bien, Karen -contestó ella, virando sus ojos al techo del relaxoval en una expresión que lo decía todo-. Por mi parte, te digo sinceramente que haber muerto a nuestro antiguo mundo no ha sido una tragedia. No me queda tiempo para aburrirme. Ya te dije que estoy preparando una exposición de pintura, y participo en videoconferencias a fin de reciclarme para preparar un proyecto de psicología aplicada. Además, por si fuera poco, he hecho nuevas amistades, pues todos los días tenemos alguna invitación de los amigos de Nacho.

Karen miraba a Sandra sin pestañear, haciéndose partícipe del entusiasmo que trasmitía.

-¡Qué maravilla! No sabes de verdad lo que me alegro. A mí tampoco me queda mucho tiempo, pues al haberme comprometido en un proyecto biotecnológico parece que hubiera estado siempre en este tiempo. Durante el día, apenas veo a Donald, pues se relaciona mucho con el profesor Farrell, que, si recuerdas, nos lo presentaron como el padre adoptivo de Toni. No sé que se traerá entre manos con él, pero está siempre de reuniones. Creo que le va a apoyar en su candidatura a Preferente de Ibercom. Tú sabes que, en otro tiempo, a Donald siempre le gustaba estar cerca de políticos entre los que tenía gran influencia; ahora parece que quiere seguir lo mismo.

Hubo un silencio entre ambas, y sólo el zumbido de los ovals que orbitaban paralelos parecía rellenar aquel paréntesis de espera, mientras la cibertecnópolis se movía engañosamente a sus pies.

-La situación entre Donald y yo empieza a ser insoportable -le confesó Karen a modo de preámbulo-. Me imagino que esto no es nuevo para ti, pues tú estuviste antes con él, y no dudo que habrás tenido la misma sensación de vacío. Confieso que, para mí, Donald ha sido el producto de una encrucijada de circunstancias en mi vida, y estoy convencida que yo para él fui un trofeo más, aparte de una oportuna colaboradora con sus ideas de grandeza. Después de mucho tiempo he podido comprobar que él me ha utilizado como una más de sus cosas. Es un hombre egoísta, ambicioso y calculador, que sólo valora el poder, sin tener en cuenta nada más.

-No te preocupes Karen. Eso mismo fue lo que yo sentí en otro tiempo, pero desde el mismo momento en que tomé conciencia de ello, me sentí libre.

-El problema, Sandra, es que él me sigue utilizando, y yo me siento como una idiota. Además, hay otro hombre en mi vida, y temo que pase cualquier cosa.

-No me digas que has seguido mis pasos, enamorándote de alguien de este tiempo.

-No, Sandra. Se trata de Karol.

Ahora era ella la que miraba a Karen sin pestañear. Si hubiera tenido que hacer una apuesta, estaba claro que la habría perdido.

-Ya sé, Sandra, que te coge por sorpresa, pues no ignoro que es tu mejor amigo. La verdad es que ni yo misma me lo podía imaginar, aunque es cierto que Karol siempre me cayó muy bien. En realidad, vino todo rodado porque Karol vive en el mismo transovalar que nosotros, y hemos coincidido a solas en varias ocasiones. Confieso que estaba predispuesta, pues me encontró llorando después de una bronca que acababa de tener con Donald. Karol se mostró tan amable y comprensivo que no pude evitar sincerarme con él. Y ya ves Sandra, de pañuelo de lágrimas...

-¡Qué fuerte, Karen! La verdad es que no me lo esperaba.

Estaban tan absortas en la conversación que ni siquiera se habían percatado de que en el levátor del panel de comensales esperaban dos bandejas con las viandas solicitadas. El relaxoval había dado ya una vuelta al perímetro de la cibertecnópolis, y acababa de dejar atrás el Cosmódromo del Pardo.

-Hay una cosa importante que debes conocer. Si nos pasa algo a Karol y a mí, debes prometerme que lo que yo te cuente se lo confiarás a Nacho, y posiblemente él sepa cómo actuar.

Karen hizo una pausa, y luego continuó.

-Antes de hibernar, participé en el diseño de una máquina biotecnológica a propuesta de Donald. Aunque tarde, me he dado cuenta que puede ser un peligro mayor de lo que yo imaginaba. La gente de este tiempo no debe pagar la locura megalómana de un hombre como el doctor.

-Y la máquina que dices, ¿dónde está?

-Creo que en el búnker -le confió Karen-. Lo más grave de todo es que he podido entrever por sus insinuaciones que quiere perfeccionarla en base a la tecnología actual. Le he pasado un microdiskette a Karol, y piensa, como yo, que debemos parar al doctor.

-Tú sabes mi opinión respecto a Donald, pero debes tener claro que, si es como dices, podría ser el fin no sólo de él sino también de todos nosotros.

-Si te soy sincera, ya no me importa nada.

-Si tú estás convencida, puedes contar conmigo.

Retiraron las bandejas hacia sus respectivos espacios de comensales, y miraron hacia el exterior del relaxoval, que ahora se estaba acercando a las Babelias del Norte. Karen estaba más tranquila después de haber compartido su secreto. El sol se inclinaba hacia poniente, y sus destellos se reflejaban en los ovals, dibujando en sus panzas pinceladas de color.

Había transcurrido más de un mes desde que Karol empezara a trabajar en el equipo del doctor Monegros. Aquel proyecto en el que estaba colaborando y cuya finalidad era la potencialidad neuronal estaba en la línea de abrir una brecha en la mejora de la especie, a través del aprovechamiento de las capacidades cerebrales.

El delegado Asimov no ignoraba la pretensión de Fernán Monegros, pues aunque el enunciado del proyecto era bastante ambiguo, intuía la finalidad del mismo, y no veía con buenos ojos algo que ya había intentado de forma más directa el doctor Colinas, pero que apuntaba en la misma dirección: conseguir una élite de humanos que portara una diferencia clara desde el mismo nacimiento. Aquello contradecía el fundamento constitucional de que los seres humanos nacían libres en la diversidad de la especie aunque iguales en derechos, y Asimov había defendido hasta la saciedad aquel principio universal.

Pero el doctor Monegros tenía un prestigio del que carecía el doctor Colinas, y podía llegar a ser más peligroso, sobre todo cuando se había presentado como candidato a la Preferencia del Consejo Regional de las Comunidades de la Zona Centro.

La investigación se desarrollaba en uno de los laboratorios integrales del Centro de Genética Molecular, dotado de la más moderna tecnología. Nadie ignoraba que el doctor podía permitirse el lujo de mantener un laboratorio propio, pero su buen olfato político le aconsejaba no hacer gala de ostentación, porque aspiraba a una posición relevante dentro del consejo regional, y quizá algún día de Ibercom.

Karol era nuevo en aquellas lides, pero su capacidad de observación suplía con creces sus oxidados conocimientos de genética. Estaba contento porque comenzaba a sentirse útil, y se hallaba cada vez más integrado con sus compañeros.

Más de una vez, algunos de los miembros del equipo habían hecho chanza del hermetismo y seriedad

del coordinador, y Karol asistía al espectáculo sin perder un detalle; sobre todo ante la fría actitud de Monegros.

En las semanas que siguieron, Karol empezó a manifestar reservas, pues algunos planteamientos rozaban el límite ético, y las dudas comenzaron a hacer mella en él. Por este motivo, la escasa simpatía del coordinador no sólo no cambió respecto de Karol, sino que comenzó a mostrarse más receloso y hasta desagradable en algunas ocasiones.

Antes de cada sesión de trabajo, Karol gustaba de visitar a los autodomos que analizaban las líneas de prospección. Le parecía increíble que pudiera sintonizar tan bien con las máquinas, y hasta llegó a preocuparse que sintiera más simpatía por ellas que por su coordinador. Hablaba con los autómatas de cualquier tema sin reservas, y llegó a sondear su opinión respecto a los límites del proyecto. Pudo constatar con asombro que las máquinas sabían recompensar aquella confianza, y todos los días le comentaban las novedades de aquel centro de investigación. Casi sin darse cuenta, Karol se había convertido en una figura importante para las máquinas, y pronto comprendió que le informaban como si él fuera el responsable del centro.

La última semana había comenzado a escuchar de los autodomos que alguien sustraía el instrumental más sofisticado del almacén de suministros. Pero pronto constataría Karol que aquella información de los autodomos pasaba a ser un rumor en todo el centro.

El doctor Medina había reunido a todos los equipos que desarrollaban proyectos de investigación en aquel laboratorio integral, informándoles de la situación. Al término de la reunión, Fernán Monegros había pedido hablar con el coordinador del centro.

-Bien doctor Monegros, usted dirá. ¿Hay algún problema con su equipo?

-No, exactamente, pues todo va de acuerdo con el diseño del objetivo. No obstante, quisiera comentarle algo sobre Karol Bukoski. Me parece extraña su tendencia a relacionarse con las máquinas.

-Eso en este tiempo no es nada extraño, ¿no le parece?

-Desde luego. Hasta hoy, no le había dado mayor importancia, pero ahora que usted nos ha informado de la falta de instrumental, me preocupa que en el poco tiempo que lleva entre nosotros, este hombre se relacione no sólo con los autodomos auxiliares de mi equipo, sino también con los de mantenimiento y reposición de material. De antemano, no quiero decir que yo desconfíe de él, y más viniendo recomendado por su amigo Garmendia, pero quería que Usted lo supiera.

Algunos días más tarde, Nacho Garmendia almorzaba con Karol a bordo de un relaxoval. Le informó de la entrevista que había mantenido el día anterior con el doctor Medina, a requerimiento de éste, y pudo constatar la desconfianza que Karol había suscitado en el director del centro.

-Debemos estar muy atentos –le advirtió Nacho-. Si algún fiscal te imputara este delito, podrían acabar expulsándote del proyecto, y lo que es peor: condenarte a llevar el videocontrol; ya sabes lo que eso significa.

Karol tuvo que empezar por contarle a Nacho toda la información que recibía de las máquinas. Para ambos, no había duda de que la situación era bastante delicada, según se deducía de los hechos.

-Lo que no entiendo es qué interés puede tener alguien en imputarme a mí esto, a no ser que se deba a mis objeciones sobre algunos parámetros del proyecto.

-No creo que tenga nada que ver tu celo profesional. De momento, es suficiente con estar atentos. Ahora, desearía escuchar tu informe sobre Siglo Veinte.

-La verdad es que fue todo muy extraño. En primer lugar, porque ya te adelanté que Donald se llevó a Toni y a su padre adoptivo el profesor Farrell, con quien ha hecho una gran amistad últimamente, y sin embargo no quería que yo les acompañase.

-Ya te informé de que Toni estuvo destacado en el Equipo de Integración a instancias de Farrell, pero yo creo que él no es consciente de que lo utilizaron y lo siguen utilizando.

-Eso mismo pienso yo, porque he estado vigilante y no he podido apreciar ningún indicio de que colabore a sabiendas de los planes del profesor.

-De momento, le ha servido al profesor Farrell para conectarse con Donald en el búnker sin llamar la atención.

-Así es. Resulta que, para mi sorpresa, estaba ya esperando el doctor Colinas, que vive en un agronat cercano, y con la excusa de enseñarles Siglo Veinte, Donald y su hermanastro, el profesor Okada, se encerraron en el búnker con ellos. Es curioso, como contraste, que la mayoría de nosotros ni

siquiera ha visto donde están las armas convencionales. Por otra parte, el coronel ha hecho correr el rumor de que el búnker está inundado, y yo me pregunto cómo pudieron bajar Donald y sus amigos.

-Lo cual indica que no es cierto que esté inundado –se reafirmó Nacho su convencimiento-. Creo, como dice Karen, que ahí se esconde el Cronotron.

-Estoy contigo. Además, comprobé que estuvieron al menos dos horas dentro, y cuando salieron pude observarles muy sonrientes y satisfechos a los tres, como si hubieran descubierto algo.

-Recuerda que existía ya una base de colaboración entre Farrell y Colinas, y ahora con la incorporación de Donald están intentando seguir adelante con el Proyecto Clonyman.

-Pero si les falta el cuarto amuleto deberían estar preocupados, y eso no encaja.

-Exactamente, Karol -reflexionó Nacho en voz alta-. Eso quiere decir que están preparando algo más ambicioso. Mientras vosotros habéis estado hibernando, el profesor Farrell y el doctor Colinas no han perdido el tiempo. Ellos conocen del Proyecto Clonyman todos los detalles que les transmitieron sus progenitores, pero lo único que les faltaba era saber donde estaba el Cronotron. Por eso, han avanzado en otras cuestiones, como la droga hipnótica, y me temo que estén intentando algo que afecte a la seguridad del sistema. Tú mismo me informaste de las presiones sobre Karen para que participara en la mejora de la máquina. Además, he descubierto que poseen cierta influencia entre los Oris, y tengo una teoría sobre la existencia de una red paralela, que, aprovechando la tecnología más avanzada, ha sido capaz de fabricar los neutralizadores robóticos.

-Lo que me sorprende de Donald es que después de haber dado un gran salto en el tiempo, sigue cerca del poder -observó, Karol-. Hace algunos días he escuchado que el profesor Farrell se ha presentado para el máximo cargo del Consejo de las Comunidades de Ibercom, y sé que está solicitando el apoyo de Donald para que hable a su favor en la red.

-Así es. Si Farrell sale elegido Preferente, Donald tendrá tanta influencia como la tuvo en otro tiempo, al menos en esta zona

-Pero si todo está tan claro, no entiendo cómo los superiores no dan la orden de intervenir ya.

-La ASP quiere asegurarse de hasta dónde llega la red de influencia de Farrell. En cuanto al doctor Colinas está desprestigiado y su aportación al proyecto sólo puede ser técnica; pero necesitamos saber su actividad actual, sobre todo si trabaja dentro del búnker, y me gustaría que te encargaras de ello. Yo seguiré de cerca las conexiones del profesor.

-Hay algo más, Nacho, que quisiera comentarte, a propósito de Karen. Su última negativa para colaborar en la mejora del Cronotron ha hecho explotar a Donald, y ha llegado a amenazarle. Creo que habría que hacer algo y rápido; ese hombre es capaz de todo.

-De acuerdo, pero hay que hacerlo sin levantar las sospechas del doctor Samuelson.

-El problema es que no he podido contactar con Karen desde hace dos días.

45

No habían transcurrido más de dos semanas desde la fiesta de cumpleaños del doctor Asimov, cuando las noticias más increíbles estaban colapsando la Red. El fiscal general de la Zona Centro ordenaba un registro en el ovalar de Asimov. Se imputaba a su compañera Elena como responsable de una manipulación cibernética que ponía en serio peligro la seguridad de todo Ibercom. Aquello implicaba de manera indirecta al Delegado de la Eurounión, que se veía salpicado por tan incomprensibles noticias, y todas las comunidades de la cibertecnópolis estaban conmocionadas. El asunto era grave, pues se estaba poniendo en entredicho todo el sistema comunitario.

Corrieron como la pólvora infinidad de rumores sobre la corrupción de los altos preferentes, poniendo en cuestión a las más altas instituciones democráticas de la Unión Territorial de Ibercom. Desde todos los ámbitos, se pedían responsabilidades para que se aclarara si el Preferente Delegado era corresponsable con la manipulación de su compañera. Durante algunos días se produjeron todo tipo de especulaciones, y el Consejo de las Comunidades pidió a la Eurounión que retirara la credencial de delegado a Asimov.

El profesor Farrell, a través de la red, había hecho unas declaraciones que habían crispado aún más el ambiente poniendo en cuestión al actual Preferente Marín por su negligencia, pues aquel asunto suponía un peligro para las Fuerzas Robóticas de Seguridad.

Nacho Garmedia, utilizando el procedimiento acostumbrado, había recogido a Karol en la diana del Transoalar de la Montaña.

-¿Qué sabes de Karen? -le había preguntado antes de entrar en materia.

-Nada -contestó Karol con cierto resquemor-. ¿Cómo es posible que en estos tiempos alguien pueda desaparecer sin dejar rastro?

Nacho le miró, comprensivo. Estaba intentando comunicarse con el *Nexo* de vigías, pero era imposible. No podía disimular la inquietud que le producían los últimos acontecimientos en los que estaba implicado su amigo Asimov, y ahora lo de Karen colmaba el vaso. Al fin, se dio por vencido, dando un palmetazo en el videokitt, con talante despechado.

-No lo entiendo -exclamó Nacho malhumorado-. Lo intentaré más tarde. Mientras, vamos a repasar y ordenar los últimos datos sobre el caso Elena.

-¿Tan importante es el *Nexo*? -preguntó Karol sin entender.

-Algo está sucediendo en las altas esferas para que no pueda conectar -se quejó Nacho-. Cuando se da esta situación, debemos recurrir al *Nexo*.

Nacho Garmedia trataba de encontrar una explicación, pero cualquier hipótesis se veía envuelta en la confusión. Lo extraño de aquella situación es que se daba en un momento decisivo por estar cercanas las elecciones de preferentes. Tenía el convencimiento que detrás de todo aquello se encontraba la mano de Enzo Farrell, pero cómo encontrar pruebas contra el escurridizo profesor. Él era uno de los miembros del amuleto, y daba la casualidad que se hallaba ya en el último peldaño para acceder a la máxima responsabilidad de Ibercom.

Con la ayuda de Karol, volvió a repasar cronológicamente los acontecimientos. Todo había empezado, cuando la Unidad Central de la Red recibió un informe anónimo, a través del canal de denuncias, donde se detallaba la existencia de un taller clandestino en el Complejo Expositor Marginal. Según el informe, allí se fabricaban las placas de neutralización robótica que tantos dolores de cabeza estaban dando los últimos meses a la Comisión Central de Seguridad. La unidad robótica de la comisión no había perdido tiempo en chequear la veracidad de los datos, ateniéndose a las leyes en vigor. Un día después, el fiscal Ferrón emitía una orden de registro para que dos vigías de seguridad intervinieran el taller denunciado. El resultado del registro había decidido al mismo fiscal ordenar otra intervención en el ovalar de Asimov. En la mañana del día siguiente se había insertado en la Red un comunicado según el cual se daba cuenta de la manipulación cibernética, añadiendo que el marginal detenido decía recibir órdenes de Elena.

-Todo el procedimiento parece correcto -dijo Nacho-. Para la Comisión de Seguridad, la prueba contra Elena parece bastante concluyente,

-Se me ocurre que existirá alguna vía para verificar la información del Ori.

-Creo que te habrás dado cuenta que el marginal en cuestión no ha sido identificado, y mientras dure el proceso es difícil que podamos verle. Sólo el juez que instruye el caso puede tener acceso al controlado.

-De todas formas, he repasado la Ley de Procedimiento Procesal y recuerdo que se puede pedir una licencia especial de interrogatorio cuando está en peligro la seguridad de las instituciones.

-Efectivamente -dijo Nacho, sin poder ocultar la duda-. Pero no quisiera implicar al Preferente Marín, porque es un momento muy delicado para él.

-Entonces, habrá alguien a quien podamos recurrir en estos casos.

-Si, pero no es fácil acceder a él si no se tiene una argumentación de peso -dijo Nacho en actitud reflexiva.

Ambos se quedaron en silencio mientras observaban el tráfico aéreo en el Cosmódromo del

Este.

-Y en cuanto a Karen, ¿qué podríamos hacer? –inquirió Karol-. El tiempo apremia cada vez más.

-No quería descubrirete la sorpresa al principio de nuestro encuentro, pero tengo buenas noticias. Se ha detectado su videokit en la zona del agronat Siglo Veinte.

-Pero yo he comunicado con Mara, y me ha dicho que por allí no la han visto.

-Espera un momento. Ahora que recuerdo, el dato preciso es que estaba en la parte baja de la loma boscosa.

-Entonces, si es cierto que el Cronotron está en el búnker, podrían tener a Karen allí secuestrada -dedujo Karol-. Es posible que le estén obligando a trabajar en la máquina.

-Eso creo yo también ¿No me dijistes que fue lo último que le propuso Donald? Con la droga hipnótica se puede controlar temporalmente la voluntad de una persona.

-¡Qué monstruosidad! -exclamó Karol.

-Si tú estás dispuesto a bajar al infierno, podríamos intentar liberarla y cerrar el círculo en torno a Donald Samuelson y a sus dos colegas.

-Pero... ¿cómo puedo entrar allí?

-Recuerda que el cuarto amuleto está en mi poder. Podrías utilizarlo, pero debes ser consciente que la operación es muy arriesgada.

-Creo que soy la persona adecuada para correr ese riesgo.

-Prepararemos un operativo, aunque sea coincidiendo con la fiesta de fin de año.

46

Karol y Pedro esperaban a Tano Vitrubio en una de las dianas del Transovalar de la Montaña. El Sureño había conocido a Tano en la Base Espacial de Entrenamiento de la cibertecnópolis. En el poco tiempo que llevaban juntos se habían hecho buenos amigos, además de coincidir en algunos proyectos como enrolarse de pioneros en una de las comunidades de Marte.

Karol se mantenía en silencio, disimulando la zozobra que llevaba por dentro desde la desaparición de Karen. ¿Habría descubierto Donald la relación que mantenían? No podía dejar de aistir al concierto aunque no tuviera cuerpo para ello. Le había prometido a Nacho que encontraría alguna pista sobre el Ori controlado por la fiscalía, y no podía faltar a su cometido.

-No puedo creer que Karen haya desaparecido –dijo Pedro.

-Desde luego, el videokit sigue desconectado –añadió Karol-. Me preocupa que su salud esté en peligro porque ya sabes que estamos en una fase de mantenimiento un poco especial.

El taxioval que esperaban se posó en la diana con Tano Vitrubio a bordo. Karol y Pedro subieron a la nave al tiempo que éste hacía la presentación de su nuevo amigo. El autodomo que pilotaba el oval les pidió confirmación de continuar hasta el Ovalpuerto de Mediodía, y Tano asintió con un okey.

Toni Farell y Kalina esperaban junto a su amiga Noa en la plaza del Planet-Concertorio de Atocha. Desde el exterior, aquel cosmocentro se parecía a los antiguos campos de fútbol, y disponía de una cúpula de metalum que se desplegaba cuando los elementos atmosféricos eran adversos.

El murmullo de los congregados en la explanada creaba un ambiente distendido y bullanguero. El videokit de Toni vibró y en la pantalla apareció la imagen de Pedro.

-Ya están aquí –dijo él, mientras Kalina y su amiga les hacían señas desde el otro extremo.

Se reunieron en un lateral de la plaza, y, tras las presentaciones, Toni preguntó por Karen, pues debía haber acudido a aquella cita.

-No sabemos dónde está –contestó Karol.

-Pues se va a perder uno de los mejores grupos de Jazz sideral –dijo Kalina.

-¿Cómo que no sabéis donde está? –volvió a insistir Toni.

-Ha desaparecido hace tres días y tiene el videokit desconectado –explicó Pedro.

-Eso no puede ser –se reafirmó Toni.

-Pues lo es, y estamos preocupados.

Se pusieron en marcha hacia una de las entradas del auditorio. Mientras caminaban, Karol volvió a reafirmarse en lo que había mantenido más de una vez durante el periodo de integración y que tantas discusiones le había costado con Laia Treal.

-Por lo que se ve, en este tiempo también pasan cosas inexplicables –dijo Karol, a modo de sondeo-. Parece que todo está controlado con el videokit, y no es así. Además he podido ver en la Red estos días que se ha intervenido un taller clandestino donde se falsificaban placas neutralizadoras para inutilizar a los robots.

-Bueno, el control no impide la libertad –salió al paso Toni Farrell.

A pesar de aquella justificación, Toni Farrell comenzaba a tener mala conciencia, sobre todo desde que Kalina se hubiera acercado a él. Su padre adoptivo siempre le había asegurado que el sistema mantenía un flanco descubierto en la defensa robótica y estaba dispuesto a solucionarlo si llegaba a la Alta Preferencia; pero nunca había visto muy clara la colaboración con aquel programa especial de placas neutralizadoras. ¿Por qué había que fabricarlas al margen del SVG?

-Según parece, el Ori controlado que ha destapado todo este asunto, es de esta zona –comentó Pedro.

-Yo siempre intuí que ese individuo era un poco especial –dijo Kalina

-Entonces, ¿tú le conoces? –preguntó Karol.

-Si –contestó ella-. Es un individuo pendenciero que trabaja en un taller de electrónica. Antón me lo presentó hace tiempo. Es un poco siniestro. Un día se acercó a nosotros con un secretismo que me molestó.

-Por cierto, Antón tiene un cabreo de espanto por haber controlado a su amigo –aseguró Noa-. Esta mañana me encontré con él en el Complejo Expositor, y nada más vernos, comenzó a echar pestes por la boca, hablando casi a gritos. Decía que estaba harto de hacer artesanía para los señoritos integrados, que no había libertad para nada, y que vigilaban a la gente por tener un simple negocio. Yo creo que en el fondo está resentido porque has cortado con él.

-Pues que se integre y abandone el colectivo marginal –dijo Toni-. Que hombre más extraño.

-La verdad es que Antón nunca fue sincero ni con él mismo. Más de una vez llegué a pensar que estaba relacionado con la Banda de Petre por la forma que se comportaba, pero él me lo negó siempre.

-No sé cómo pudistes aguantarlo tanto tiempo –dijo Noa-. Aún recuerdo la que te armó en la fiesta del Lago.

A Toni Farrell le brillaron los ojos, y Kalina bajó los suyos con cierto bochorno.

-No es tan fácil, Noa –contestó ella-. Ahora mismo, no estoy segura si él ha dado por terminada nuestra relación. Si no le tuviera manía a estos conciertos, seguro que hoy aparecía por aquí.

-¿No le gustan los conciertos de jazz a ese Antón? –preguntó inocentemente Tano Vitrubio.

Noa soltó una carcajada, mirando a Kalina, y ésta acompañó a su amiga de manera más controlada.

-Dice que es cosa de intelectuales estúpidos y otras lindezas –contestó Kalina, con cierto malestar-. Además, si aún estuviéramos juntos me hubiera armado una bronca por venir con vosotros. Tiene unos celos enfermizos.

Pasaron al recinto, que se encontraba repleto de asistentes. Era un amplio espacio circular con graderíos en forma de abanico. En el escenario, un autodomó presentó a un grupo asiático, no consagrado aún por la fama, pero dejando claro que procedía de un Colectivo Ori de Shangai. Atronaron los aplausos, gritos y silbidos mientras los músicos subían al escenario. Las primeras notas de la guitarra digital hicieron enmudecer al auditorio.

Toni no estaba siguiendo la música como en otras ocasiones por distintas razones que Karol. Se

hallaba ausente, y todavía resonaban en sus oídos los comentarios de Kalina. Intuía que aquella tarde iba a ser muy especial. Se había sentado junto a ella, y aquel secreto sentimiento que había mantenido durante tanto tiempo, rezumaba ahora una dulzura que saboreaba, una vez más, en la soledad de sus deseos.

Los últimos meses, desde la llegada de los hibernautas a la cibertecnópolis, parecía que hubiera cambiado su suerte, pues Kalina se sinceraba con él de una manera distinta. No se perdían ninguna novedad creativa en directo, y aprendieron a conjugar sentimientos y emociones mucho más fuertes que en todas las demás experiencias compartidas anteriormente. Pero Kalina tenía miedo de Antón, y temía que cualquier día, éste pudiera hacer alguna barbaridad. Toni, por su parte, aunque era consciente del carácter violento del excompañero sentimental de Kalina, se dejaba llevar placenteramente por los acontecimientos, y en todo caso estaba dispuesto a arriesgarse si las circunstancias no lo evitaban.

Después del concierto, los seis amigos estuvieron tomando unos glaxos en el mirador cercano al auditorio. Al final, Toni se quedó a solas con Kalina en el tercer mirador de los cinco que despuntaban sobre el Planet-Concertorio. Hablaron de muchas cosas que afectaban a la intimidad de ambos, y sellaron la despedida con apasionados besos.

47

Cuando Toni se despidió de Kalina aquella noche, la emoción le embargaba a tal punto que sus pasos obedecían más a la inercia que a la consciencia de saber dónde se dirigía. Llevaba mucho tiempo esperando aquel momento y, por fin, ella se había decidido a entregarse sin reservas. Caminó despacio por la Avenida de los Museos, sin darse cuenta que alguien le seguía. Todavía podía oler el perfume de Kalina, arrobándose en sus besos, como había deseado tantas veces. Sus pasos, lentos, resonaban en la calzada amortiguando el sonido de otros que llevaban el mismo ritmo.

-¡Hola Toni! –oyó una voz conocida a sus espaldas. No reaccionó hasta que el saludo volvió a repetirse con más fuerza.

-¡Ah! Hola Nacho, eres tú –contestó Toni al saludo, saliendo de la nube en que se hallaba-. No te imaginaba por aquí.

-No es casualidad. Sabía que asistirías al concierto y quería hablar contigo.

-¿Sucede algo para que me busques a estas horas?

Toni hizo amago de pararse, pero continuó andando y Nacho caminó a su lado.

-Veo que últimamente andas mucho con Kalina.

-¿Es que tienes algún problema con mis gustos?

-Yo, en absoluto. El problema lo puedes tener tú.

-Y a ti qué te importa –dijo Toni, molesto.

-Ha llegado a mis oídos que Antón te la tiene jurada.

-¿Qué sucede, es que me estás investigando?

-No sé si sabrás que Antón forma parte de una banda de gente extraña.

-Posiblemente lo sepa mucho antes que tú.

-Ya vistes cómo te atacó el día de la fiesta en el Lago de la Ribera.

-Eso es problema mío.

Tras aquella salida cortante, Toni aceleró el paso como si quisiera alejarse de su inoportuno interlocutor, pero Nacho le siguió sin darse por vencido y prosiguió con sus comentarios.

-¡Vaya con Toni! Si que estás enamorado –exclamó Nacho, dejando escapar una sonrisa.

-Y, si así fuera, ¿qué pasa? ¿Es que no puedo salir con quien me apetezca?

-No me gustaría que le hicieran daño a una buena amiga mía.
 Nacho hizo una pausa y observó la cara de malhumor de su excompañero de equipo.
 -Para tú tranquilidad, te diré que soy de esos a los que no les gusta meterse en la vida de otros.
 -Pues no lo parece –le cortó Toni tajante.
 -Debes tener cuidado.
 -No quiero seguir hablando contigo de esto.
 -Pues yo si, y vas a escucharme –se mostró Nacho intransigente-. Me gustaría hacerlo tomando un lotario contigo en el Mirador del Prado, pero veo que no estás por la labor, así que iré al grano.
 Nacho tomó aliento, aprovechando que Toni parecía desconcertado.
 -El hecho de que tu padre adoptivo sea quien es, no te salvará de Antón. El profesor no se preocupa de esas nimiedades pasionales. Él sólo te utiliza para lo que le interesa.
 -¿Qué estupideces estás diciendo?
 Toni se había parado en seco, y escrutó el rostro de Nacho con manifiesto enfadado.
 -Posiblemente, no sabrás que tu padre adoptivo utilizó sus influencias para que estuvieras en el Equipo de Integración.
 -Eso es una burda mentira.
 -Entonces, tampoco me creerás si te digo que gracias a ti pudo el profesor Farrell visitar el agronat Siglo Veinte hace unos días. Para tu información, te diré que el objetivo era entrevistarse con el doctor Samuelson y Yago Colinas en un búnker que existe debajo del agronat.
 -Pero, ¿qué me estás contando?
 -Aseguraría que te ha implicado en alguna programación sospechosa, contándote una historia peregrina.
 -Pareces un vigía secreto o es que te falta el chip del juicio.
 -Quisiera contarte una historia que te incumbe personalmente. Debieras recordar que tengo ochenta años más que tú, y conozco secretos que te pueden interesar. No sé que te habrá contado tu padre adoptivo sobre el accidente de tus auténticos padres, pero posiblemente no concuerde con la mía.
 Nacho hizo una pausa, y ahora era Toni el que le miraba con un gesto molesto aunque interrogante.
 -Yo conocí a tus padres, y puedes estar orgulloso de ellos. Tu madre era una genetista muy brillante, pero tuvo la mala suerte de descubrir algo sobre Enzo Farrell.
 -A qué viene esto ahora –dijo Toni malhumorado a la vez que ávido de curiosidad.
 -Tus padres no murieron en accidente; los asesinaron por medio de un accidente, que no es igual. Alguien hizo creer a todos que el ovalar había explotado porque estaban ebrios y manipularon de manera inconsciente el panel de control; claro que, previamente, les quitaron el videokit para asegurarse de que no sobrevivirían.
 -Y nadie hasta ahora sabía nada, salvo tú –dijo Toni, cargado de ironía.
 -He vuelto a revisar el expediente hace poco al investigar otro asunto.
 -Y seguro que tú sabes quien cometió el asesinato, claro.
 -Todo a su debido tiempo, Toni. Me conformaría con que tuvieras cuidado de no exponer a Kalina. Imagino que será mucho pedirte un poco de atención en todo lo relacionado con tu padre adoptivo.

48

Nacho y Sandra habían abandonado temprano el ovalar para presidir una entrega de premios en el Cosmocentro Integral del Arte, cerca de la Estela de Cervantes.

En su ausencia, sólo Dorremi se encontraba en el ovalar realizando las funciones rutinarias de mantenimiento. Un agudo pitido sonó en la cabina de control solicitando el acceso. Sorprendido por la inesperada visita, comprobó la agenda del ovalar para asegurarse. Como la llamada sonaba con

insistencia, visualizó el exterior del ovalar desde el cuadro de pantallas. Un autodomio aparecía junto a la puerta de acceso, y, al solicitar Dorremi su identificación, se presentó como periférico de seguridad, desplegando en su pantalla frontal una orden de la UCV para verificar el buen estado del reglaje de navegación. Antes de darle el acceso, comprobó que, además de la orden, ostentaba de manera visible su placa matricial. Todo parecía estar en orden, de acuerdo con el reglamento, y la puerta de acceso se replegó sobre un lateral, dejando el paso libre al inesperado vigía. Un fogonazo iluminó de improviso la carcasa metalizada de Dorremí, y los circuitos de éste quedaron bloqueados, mientras un individuo de compleción atlética penetraba en el recinto del ovalar y accionaba tras de sí el cierre automático.

Mientras el falso robot de verificación registraba el ovalar, el extraño individuo se recostó en un asiento, frente a la entrada, esperando el resultado de la búsqueda. Las órdenes eran bien precisas: debería hacerse con el amuleto triangular y eliminar a Nacho Garmendia simulando un incendio en el ovalar. Al final del infructuoso registro, ordenó al robot que replegara la mampara de intimidad, que se alzaba frente al panel de acceso.

Cuando Sandra y Nacho regresaron, no podían imaginar la sorpresa que les esperaba. Al activar en el videokit la orden de acceso, el panel se replegó como siempre, pero algo les llamó la atención: Dorremí no salía a recibirles. Tras el cierre del panel exterior, el desplazamiento de la mampara de intimidad les dejó fríos. Frente a ellos estaba un encapuchado que les amenazaba con un arma, y era ya tarde para reaccionar.

-¡Nacho Garmendia! –sonó imperativa la voz del intruso.

-¡Qué está pasando aquí, Dorremi! -exclamó Nacho, reclamando la presencia de su autodomio.

-Qué nombre tan musical -dijo riendo el encapuchado-. Me imagino que será el nombre de su androide. No se preocupe, está en reposo ciber-turn off.

Sin perder un instante, el encapuchado se dirigió a Sandra y le ordenó que se acercara, al tiempo que ésta obedecía, sumisa, ante el desasosiego de Nacho. Ella, tras un momento de vacilación, intentó un socorrido movimiento de kárate; pero aquello no había cogido desprevenido al intruso, quien, con una agilidad entrenada, esquivó el golpe, y la tomó por el cuello.

-¡Eres muy valiente zorra de mierda! -exclamó el encapuchado-. ¿Te crees que los de este tiempo no sabemos hacer estas cosas?

El intruso estaba tenso y presionaba con su brazo izquierdo el cuello de Sandra. Enfundaba sus manos en sendos guantes metálicos, y mientras el derecho lo disponía en forma de disparador, con el izquierdo desplegó, en un abrir y cerrar de ojos, un reluciente puñal que acercó peligrosamente a la garganta de Sandra.

-Yo he venido aquí para hacer un negocio, y me estoy cansando -dijo el encapuchado, con manifiesta irritación-. Doctor Garmendia, si me da el amuleto triangular que trajo de San Francisco, todos quedaremos en paz; de lo contrario, a su amiga le rebano el pescuezo.

-Bueno, primero vamos a tranquilizarnos -dijo Nacho, con aparente frialdad.

-No hay trato -exclamó el intruso-. Primero, dígame donde está el amuleto.

Sandra sentía sobre su piel el frío metal, y comenzó a quejarse por la presión que aquel individuo ejercía sobre su cuello. La tensión no podía ser mayor. Dorremí seguía paralizado, y Nacho necesitaba ganar tiempo.

-Está bien. Colaboraré si deja de asustar a mi compañera.

El intruso retiró el puñal, pero mantuvo a Sandra retenida con su brazo izquierdo.

-No pensará que iba a tener una cosa tan delicada en el ovalar –se excusó Nacho-. Yo dispongo del amuleto sólo en calidad de préstamo, pues pertenece al Reed Museun. Ahora mismo está en una caja fuerte del módulo de seguridad de esta comunidad. Podría hacer que me lo trajeran, si usted tiene un poco de paciencia.

-Vamos, ¿a qué espera? -dijo el encapuchado con manifiesto nerviosismo.

Y Nacho se dispuso a dar la orden por medio de su videokit. Comenzaba a pulsar los primeros dígitos de la supuesta clave, cuando una especie de relámpago procedente de Dorremi neutralizó en primer lugar al falso vigía cibernético y luego al siniestro personaje, cuyos guantes robóticos salieron disparados de sus manos, mientras Sandra aprovechaba para zafarse de él.

-¿Cómo estás, amor mío? -dijo Nacho abrazándola.

-Estoy bien, Nacho -dijo ella más tranquila, aunque un tanto recelosa.

-Ya era hora, Dorremi -dijo Nacho entre enfadado y agradecido-. Menos mal que has

reaccionado a tiempo, porque ya empezaba a dudar.

-Dígaselo a la Comisión de Seguridad, que fijó ese tiempo de reacción para el mayor efecto sorpresa -dijo Dorremi, seguro de sí mismo.

-Asegura a ese individuo para ponerlo a disposición del juez -le ordenó Nacho-. Por cierto, verifica el programa del autodomio, por si nos puede servir de prueba.

Cuando Nacho volvió la vista hacia Sandra, se dio cuenta enseguida que ésta le observaba inquisitivamente.

-Creo que te debo una explicación.

-Desde luego -dijo Sandra sin disimular su enfado-. Veo que la realidad es muy diferente a lo que nos decía el equipo de integración.

Nacho bajó la mirada, consciente de que había llegado el momento de dar a Sandra algunas explicaciones.

49

Durante la segunda quincena de Diciembre, la vida de Sandra y Nacho se había visto alterada más allá de lo que ninguno de los dos hubiera podido imaginar. Llevaban varios días sin utilizar el ovalar, y cada noche debían pernoctar en alguno de los transovalares de la cibertecnópolis. La Unidad de Vigilancia Comunitaria seguía muy de cerca todos sus pasos, y les había dotado de dos ovals que se turnaban de manera irregular para trasladar a la pareja.

A Sandra le costaba asimilar una situación tan cambiante, que se estaba volviendo peligrosa por momentos. Era cierto que su amor por Nacho le hacía fuerte para adaptarse con rapidez a las novedades, pero no había podido olvidar que ambos habían salvado la vida gracias a que Dorremi estaba dotado con los últimos adelantos en materia de seguridad, aunque no era menos cierto que aquella situación de riesgo había tenido una contrapartida insospechada, descorriendo el velo de la parte oculta de su amante.

Nacho, por el contrario, se sentía contrariado, pues a pesar de haber tenido una teoría correcta desde el principio de la investigación, no había sabido encontrar a tiempo las conexiones que hubieran ayudado a su amigo Asimov, y quizás hasta se hubiera evitado el secuestro de Karen. A pesar de todo, la detención del Ori controlado en su ovalar había despejado muchas incógnitas. Una analítica al marginal solicitada por el Preferente Fiscal de la Cibertecnópolis había detectado la droga hipnótica del doctor Colinas, y los guantes neutralizadores demostraban la existencia de un arma ilegal para uso exclusivo de humanos.

Según se comentaba en la Red Virtual de Vigías, Petre, el rumano, había desaparecido, y nadie en el entorno marginal conocía su paradero. No obstante, sus hombres mantenían una actividad frenética y el enrarecimiento de la vida comunitaria se manifestaba en un ambiente de violencia poco habitual.

Poco a poco, un velado desprestigio caía sobre el Consejo de las Comunidades de Ibercom. En aquel caldo de cultivo, un rumor insistente señalaba la pasividad de los altos preferentes, que todavía ostentaban la responsabilidad hasta que terminara aquel periodo legislativo. La campaña de elecciones estaba a punto de comenzar, y algunos preferentes de comunidad, que simpatizaban con la candidatura del profesor Farrell, se habían adelantado denunciando el caos reinante, sobre todo en las comunidades de la Zona Centro.

Ante tales insinuaciones, el Alto Preferente de Ibercom había propuesto una comisión de investigación a fin de despejar la más mínima sombra sobre las instituciones comunitarias.

Aquella mañana, el doctor Asimov se había comunicado por videoconferencia con el Alto

Preferente Marín, quien le manifestó su interés en visitarle. Posiblemente, aquella fuera la última oportunidad de compartir ideas, ilusiones y fracasos entre dos amigos que habían sido protagonistas directos de la sociedad comunitaria en los últimos doscientos años.

Los últimos días, el exdelegado Asimov tenía la sensación de estar recluido en su ovalar en una espera interminable. Nunca había dudado de su joven pareja aunque las apariencias la señalaran como culpable de manipulación robótica. Ella no había perdido la serenidad que le caracterizaba, a pesar de estar sometida a interrogatorios para esclarecer su implicación en los cargos que se le imputaban.

La verdad era que al doctor Asimov no le importaba un cambio de rol, y estaba convencido que cuando aquel proceso terminara, pasaría a un relativo anonimato en el este de la Eurounión. Pero tanto él como su compañera Elena sentían perder el contacto directo con los muchos amigos que habían hecho en Ibercom.

En aquel momento, Laika, su autodomio personal, anunciaba la llegada del Alto Preferente.

-Amor y paz, amigo Asimov -saludó el profesor-. No puedo permitir que se recluya en su ovalar cuando todo Ibercom bulle con las noticias.

-Gracias, amigo Marín -correspondió él-. No son tiempos para que el máximo preferente de Ibercom acuda al ovalar de un defenestrado como yo.

-¿Acaso no toma en serio mis decisiones, ó es que ha perdido todo contacto con la red? Nosotros somos un espejo para el resto de las comunidades, y se han extendido demasiadas sombras sobre mi gestión y las de los altos preferentes.

-No se preocupe, sigo estando informado de todo. Pero, vamos, acomódese.

El Alto Preferente aceptó la invitación, sentándose junto a su amigo, y Laika apareció con dos lotarios que depositó en los respectivos reposaglaxos de los sillones recién desplegados.

-La verdad es que tenía necesidad de hablar en persona con usted -dijo Asimov-. Sé que no es de los que tiran la toalla fácilmente.

-Desde luego, puede estar seguro que hasta el día de mi relevo en la alta preferencia, pondré todos los medios para investigar la trama montada.

-No lo dudo. Lamento que se haya visto afectado en su cometido, sobre todo cuando en varias ocasiones yo mismo le tranquilicé sobre las dudas que le suscitaban aquellos informes.

-Lo entiendo, doctor. Uno de los motivos de venir a verle personalmente es que está abierta una línea de investigación, y se está demostrando lo que me temía: a Elena le han inculcado mediante una trama perfectamente orquestada.

-Gracias, Preferente. Si le soy sincero, nunca creí que Elena hubiera hecho algo semejante.

Se hizo un silencio, y el doctor Asimov continuó.

-¿Recuerda nuestras eternas discusiones sobre las desviaciones del doctor Colinas? Mi ceguera me llevó a confundir hechos reales con lo que yo creía una imaginación desbordada del hombre reclutado por mí. Ahora me doy cuenta de que, al menos yo, he sido un ingenuo al pensar que en estos tiempos no teníamos enemigos de esta naturaleza.

-Me gustaría saber la opinión que le merece el descubrimiento del microdiskette donde se habla del Proyecto Clonyman.

-Es verdaderamente increíble. El doctor Garmendia ha completado una excelente investigación. Creo que es el momento de intervenir.

-Parece que ha crecido maleza a nuestra sombra, y va a ser difícil arrancarla sin perjudicar a las instituciones democráticas. Es curioso; hemos perfeccionado el cultivo de las células madre para curar cualquier tipo de cáncer, pero somos incapaces de prevenir las vicisitudes de la libertad humana.

Hubo un silencio mientras Asimov observaba el exterior del ovalar a través del panel visionador. Su mirada se perdió en los viejos alisos, que todavía mantenían alguna hoja superviviente resplandeciendo bajo el tibio sol de aquella mañana invernal.

-Si le soy sincero, amigo Asimov, creo que mi tiempo también ha concluido, aunque no sé si esto traerá peores consecuencias.

-Entiendo, Preferente; es una decisión obligada por las circunstancias. No podemos conocer todas las consecuencias de nuestras decisiones. Fíjese en mí. Durante mucho tiempo me he resistido a admitir que el sistema comunitario tenía sus propias debilidades. No ignoraba que, desde tiempos remotos, el ansia de poder y la defensa de los privilegios fue el caldo de cultivo de la violencia, pero creía que aquello era cosa de épocas pasadas. De pronto, en mi mente se cae el velo tras el que se

ocultaba una visión estereotipada. Aquí está como siempre la dialéctica de la vida misma: la lucha por la supervivencia, la reacción de los que no se adaptan a los cambios. Al margen de la comprensión científica, que a veces no ayuda a entender las pasiones humanas, ahora constato en la práctica que no hay que dar nada por eterno. Siempre habrá ambiciones que se desarrollen en la penumbra del sistema mientras esperan su oportunidad.

-Reconozca viejo amigo, que durante largo tiempo hemos saboreado las mieles de un periodo de paz. Nuestros antepasados reaccionaron contra los poderes fácticos que los sacrificaban en el altar de la guerra a merced de sus intereses. Aquello sirvió para cambiar el rumbo de la nave planetaria. Fueron tiempos de cambio, pero los cambios llevan en su seno el germen de nuevas ideas y de nuevas fuerzas. Ahora, con el desarrollo de la longevidad, los jóvenes se distancian cada vez más de sus mayores y ya nadie recuerda las causas de esta larga paz.

-Quizá hemos vaciado de contenido el antiguo axioma de que olvidar la historia, supone volver a repetirla; y ahora, de nuevo, constatamos los peligros, porque hemos vivido en la burbuja virtual de pensar que todo estaba hecho ya, y esto es lo más anticientífico de nuestra constatable evolución.

Charlaron largo rato hasta la hora del almuerzo. Aquella reunión reflejaba el panorama de luces y sombras que se cernían sobre muchas comunidades del mundo conocido, aunque era en Ibercom donde la semilla de la guerra estaba a punto de germinar. El intento de aquellos tres científicos llegados del pasado para crear una élite de supercerebros inmortales se había hecho realidad, y si aquella aberración no triunfaba ahora podría volver a repetirse en cualquier momento. Era una necesidad inherente a la ambición del ser humano y estaba escrito en su código genético. Pero quedaba la esperanza de que siempre existirían fuerzas capaces de guiar la nave del futuro entre los obstáculos que la mente creativa producía como consecuencia de su contradictoria naturaleza.

50

En la última noche, no sólo se habían sucedido los acostumbrados destrozos que venían asolando la cibertecnópolis en los últimos meses, sino que comenzaban a aflorar algunas agresiones a comunitarios.

Aquella misma mañana, la agencia infoperativa de la cibertecnópolis madrileña lanzaba la noticia de una brutal agresión en el Mirador Espacial de Puerta Dorada en la cara este de la Babelia de la Ribera. Entre los heridos estaba Toni Farrell, hijo adoptivo de Enzo Farrel y candidato a la Preferencia de Ibercom. También había resultado herida de gravedad una conocida dinamizadora del colectivo ori a quien todos conocían por Kalina. La noticia terminaba diciendo que los autores habían sido unos encapuchados que neutralizaron a los autodomos de seguridad por medio de rayos positrónicos, y según explicaba el infoperativo sólo podían disponer de aquellas armas los vigías cibernéticos y los

servicios especiales.

Mientras se reponía de las heridas, Toni empezó a atar cabos sobre las actividades del profesor Farrell. Ahora entendía las palabras de su padre adoptivo advirtiéndole que sucederían algunas cosas violentas aunque necesarias, y que algún día lo entendería; pero había estado a punto de perder a Kalina y aquello ni lo entendía ni lo perdonaría nunca. La agresión había servido para que cayera el velo que confundía su mente. Quizá había llegado el momento de tomar en consideración lo que le había dicho Nacho Garmendia días atrás. En adelante miraría las cosas desde otro prisma y analizaría los hechos sin tener en cuenta que el profesor era su padre.

Y la duda, que rondaba en los últimos días la mente de Toni, dejó pasar un rayo de luz. ¿Habría sido el profesor capaz de asesinar a sus padres? Pero aquel pensamiento que le corroía por dentro fue transformándose poco a poco en odio contra su protector. Sabía que la decisión de enfrentarse al sostén de su privilegiada situación le acarrearía graves problemas; pero lo que sentía por aquella mujer superaba todas las previsiones de riesgo, y decidió contar a la UCV todo lo que sabía sobre las placas de reprogramación.

Una importante noticia acababa de entrar en la Red. El brillante profesor Farrell se veía obligado a retirar su candidatura como lo había hecho ya el profesor Marín, dejando ambos el paso al candidato lusitano. Algunas voces, incluso, llegaron a cuestionar a Donald Samuelson por su promoción del profesor, y la duda sobrevoló la heroica hibernación.

Los problemas se acumulaban para Enzo Farrell. No sólo había tenido que renunciar a sus aspiraciones políticas, sino que estaba en el punto de mira de las más altas instancias de seguridad desde que había estallado el caso Elena.

A raíz del inesperado descubrimiento de la droga hipnótica en el Ori que había intentado acabar con el doctor Garmendia, el garante de Elena solicitó asimismo una analítica completa del único Ori imputado en la fabricación de neutralizadores, y cuál sería su sorpresa al encontrar también restos de la droga hipnótica.

Nacho Garmendia no perdió tiempo para solicitar una conexión virtual con el Alto Preferente del Tribunal Supremo. El Jurisconsulto Cerceda, a instancias del Preferente Marín, accedió a la entrevista.

-Bien, Garmendia. Me han informado sobre su intención de interrogar a los Oris controlados -le espetó de golpe el Jurista-. Sabe que eso no es posible, pues deben estar retenidos en las dependencias procesales a disposición del juez que instruye el caso sobre la droga hipnótica.

-También debe considerar que la alta preferencia me instó a conseguir pruebas que demostraran la aplicación de la droga hipnótica -argumentó Nacho Garmendia consciente de la oportunidad que se le brindaba sin rebajar su petición-. Creo que este caso es decisivo por la implicación política que tiene.

-No cabe duda que es usted muy osado, doctor. Veré lo que se puede hacer.

La conexión había sido corta, pero clarificadora. Nacho no estaba seguro de haber conseguido algo, pero al menos lo había intentado.

Días después, Nacho Garmendia conseguía su objetivo. Lazlo, uno de los Oris controlados, admitía haber consumido la droga, pero a la vez se desdecía de la acusación contra Elena, pues ignoraba que él la hubiera acusado. Todo ello demostraba la existencia de una red marginal, que utilizaba la droga hipnótica para delinquir y luego no recordaba el acto delictivo.

A remolque de las circunstancias, el fiscal Ferrón tuvo que dar la orden de requisar los talleres de la red clandestina, donde se fabricaban las placas neutralizadoras.

Nuevos Oris fueron controlados, y, de nuevo, la Banda de Petre aparecía involucrada en el más grave desafío al Sistema Cibernético de Vigilancia Global. En pocos días, fueron controlados un centenar de Oris, y se dismantelaron la mayor parte de los talleres de la red paralela, que operaban al amparo del Complejo Expositor de la Ribera. Todas las imputaciones apuntaban al doctor K, pero éste había desaparecido sin dejar rastro como ya lo había hecho Petre el Rumano, y el Tribunal Superior de la Zona Centro dictaba orden de busca y captura contra ellos.

Nacho Garmendia tenía la convicción de haber dado un paso decisivo. A través del canal codificado, pidió a su superior una orden para intervenir el agronat Siglo Veinte.

Donald Samuelson se presentó solo y por sorpresa en Siglo Veinte. Faltaban cinco días para la fiesta de fin de año, y quería cerciorarse de que la primera fase de la clonación fuera todo un éxito. Cruzó junto al porche sin llamar la atención y sus pasos se encaminaron directamente al búnker. A pasar por el Circuito Estabular saludó a Jon y a Onado que faenaban con los animales, y entró en la caseta sin perder tiempo.

No todos los miembros del agronat sabían que el doctor Colinas trabajaba desde hacía unas semanas en las profundidades del búnker, y menos se podían imaginar que Karen le acompañaba en el montaje de una nueva máquina. Los dos habían llegado en medio de la noche con la salvedad de que ella no era consciente de la situación. Sólo el coronel Rudolf y el profesor Okada tenían conocimiento de la actividad científica que se estaba desarrollando allí abajo.

El coronel trabajaba incansable en el primer nivel, dispuesto a cumplir cuantas órdenes recibiera de su jefe por muy descabelladas que fueran. En aquel preciso momento se hallaba instalando unas camillas en el laboratorio improvisado para la clonación.

-¿Qué tal va eso coronel? –preguntó Donald desde la escalera que descendía al primer compartimento.

-Ah, hola, jefe –contestó él, alegrándose por la visita-. Estoy habilitando este aposento conforme me ordenó. En este rincón está el material de laboratorio que hemos recibido. Sólo falta que el doctor Colinas lo instale.

-¿Está el profesor Okada abajo?

-Yo diría que más bien no sale de ese agujero –contestó él.

-Bien, Coronel, espero que el laboratorio esté instalado para la noche de fin de año.

-Antes de que baje, doctor, tengo que darle una buena noticia. He podido verificar la eficacia de la droga, como usted me encargó.

-Perfecto, coronel. No esperaba otro resultado. Aquí tiene un regalo para usted y para Onado, que estoy seguro les gustará.

-Son pistolas muy extrañas –dijo Rudolf entre sorprendido y contento.

-Con esas armas podrán desarmar a los robots si se produjeran situaciones complicadas.

-Es exactamente lo que nos faltaba.

-Pero recuerde que sólo deben usarlas en una situación comprometida.

-De acuerdo, doctor; pero ¿cuando vamos a iniciar la instrucción militar con esta gente del campo? Habíamos acordado que comenzaría a partir de la fiesta de fin de año, pero el último día que estuvo usted aquí me dijo que hablaríamos más despacio.

Donald volvió la cabeza, casi forzado por la pregunta.

-Coronel, vamos a posponer el plan militar. Hay cuestiones más urgentes.

Aquella modificación de los planes, que ni siquiera Donald se había dignado comentarle, contrarió sobremanera a Rudolf.

-No lo entiendo. ¿Acaso existe algún problema?

-He reconsiderado esta fase. No podemos arriesgarnos sin tener ciertas influencias en las instituciones de la zona. Sería peligroso que descubrieran lo que tenemos en el búnker, y sabes que no me gusta el fracaso.

-Estoy harto de ser el jefe de este rancho. Yo soy un militar, no un campesino, y usted me había prometido que comenzaríamos a formar un pequeño escuadrón con esta gente.

-Pues ahora las prioridades son otras -dijo Donald con la autoridad inapelable de un superior-. Nos veremos más tarde.

Rudolf se quedó con la contrariedad reflejada en el semblante, y, cuando el doctor se hubo

ausentado, desahogó su irritación, dando una patada a la camilla que tenía más próxima.

Al llegar al nivel más profundo, Donald se quedó observando desde la entrada. Allí, en la cabina del Cronotron situada en el otro extremo, se encontraban faenando Yago Colinas y Karen bajo la atenta mirada de Okada. Había desaparecido la penumbra de la cavidad rocosa gracias a aquellos espejos con los que el profesor había logrado captar la luz que se filtraba por las troneras; y ahora podía divisarse la extraña máquina a distancia, aunque, a la vista de un profano, seguía pareciendo inofensiva.

-Hola doctor Colinas, ¿qué tal profesor Okada? -saludó Donald a voz en grito, según se acercaba.

Su voz resonó potente al rebotar en las paredes rocosas, mientras los tres científicos no podían evitar un sobresalto.

-Hola doctor Samuelson –contestaron ellos a dúo, con voz apagada.

-Tengo ganas de ver cómo va eso -siguió diciendo Donald con cierto aire de autoridad-. Bien, Karen. Veo que has aceptado, al fin, colaborar.

Karen se volvió inquieta hacia el doctor, y clavó en él sus ojos fríos y distantes. Su silencio lo decía todo.

-Llega usted a tiempo, doctor, porque estamos atascados -dijo Yago Colinas con acentuada preocupación.

-¿Qué problemas hay?

-Sencillamente que han paralizado el envío de los vectores de síntesis, y es difícil avanzar en estas condiciones -le informó Okada.

-Habrá que ralentizar el montaje del nuevo cronotrón –afirmó Donald-. Por cierto, ¿es de fiar ese doctor K? Últimamente no da señales de vida.

-Yo confío en el profesor Farrell. Creo que usted debe hacer lo mismo, pero... ¿a qué se debe el retraso?

-Los autodomos del Centro de Biología Molecular han descubierto la falta de material.

-¡Lo que nos faltaba! –exclamó su colega decepcionado-. Primero nos enteramos que Farrell tiene que retirar su candidatura, y ahora esto. Me temo, doctor Samuelson, que la máquina no podrá terminarse para la fecha prevista.

-No hay otra alternativa -aceptó Donald.

-Tengo mis dudas sobre si fue acertado descartar el viejo Cronotron –reflexionó Colinas en voz alta-. Ya sé que no había otra solución tras el intento fallido de recuperar el cuarto amuleto, pero admitamos que el nuevo prototipo no va a ser fácil construirlo.

-Pronto dispondremos de un nuevo equipo de síntesis molecular -dijo Donald para tranquilizarle-. Siguiendo los consejos del profesor Farrell, he conseguido localizar el último software desarrollado en la Federación Austral. En estos últimos días he incorporado algunas modificaciones en el diseño. Me gustaría doctor Colinas que estudiara este microdiskette detenidamente. Le prometo que después de la fiesta de fin de año yo mismo le ayudaré en la construcción del nuevo prototipo.

A un gesto de Donald, el doctor Colinas ordenó a Karen descansar, y ésta, obediente, se dirigió a uno de los cubículos habilitados como dormitorios.

-¿Qué tal la colaboración de Karen? -preguntó Donald, cuando estuvieron a solas.

-Es muy eficiente, doctor. Estaríamos perdidos sin su ayuda.

-Así es –confirmó Kota Okada.

-Es importante que, durante la fiesta, tanto tú como el coronel no perdáis de vista a Karen – recomendó Donald al profesor-. Debe permanecer recluida en el búnker.

-No se preocupe doctor –contestó Okada, asumiendo su responsabilidad.

-Por cierto, he visto a Rudolf en el primer nivel ultimando el laboratorio. Espero doctor Colinas que todo esté listo para la clonación.

-Tenemos todavía tres días hábiles para el proceso de diferenciación. Sólo que...

-¿Existe algún problema, doctor? Hace unos días me decía usted que la fase inicial del desarrollo embrionario iba bien.

-No es ese el problema -matizó el doctor Colinas-. Hay suficientes blastocistos preparados para la implantación uterina.

-¿Entonces...?

-Sigo sin ver clara esta fase. Aunque consigamos la implantación de los blastocistos, las mujeres Oris podrían abortar, y, además, existe un riesgo de que descubran nuestro plan. Creo que sería suficiente con la extracción de masa celular, y el resto del proceso desde la transferencia nuclear lo desarrollaríamos en mi nanolaboratorio. Me fío más de los clones de laboratorio que de la complicada psicología de las madres portadoras.

-No podemos cambiar a estas alturas el plan, y el profesor Farrell tiene tantos problemas en este momento que no sería posible consensuar una modificación. Quizá no tengamos muchas más oportunidades para efectuar la implantación uterina en esta serie.

-Bien, pues sigamos adelante –aceptó el doctor Colinas-. Espero que tenga usted razón.

-Para no levantar sospechas, creo que usted, doctor Colinas, debería hacer acto de presencia en la fiesta, como si fuera un invitado más. Esperemos que todos prueben su droga hipnótica.

-¿Cómo lo va a conseguir?

-Hay algo que no falla -dijo Donald, sonriendo-. Será una sorpresa.

52

Xidro San Román se quedó sorprendido aquella mañana, cuando vio que un oval se posaba en la diana de su agronat. En un primer momento pensó en Karol Bukoski, pero hasta la tarde no había quedado con él. La respuesta apareció en el videokit con la imagen de Sandra.

Xidro salió a recibirle con gesto interrogante, pero ella le sonrió para tranquilizarle mientras descendía del oval, y luego se acercó para saludarle. Entretanto, el oval levantó el vuelo en dirección al lago.

-Disculpa que no te haya avisado antes, pero la cuestión que me trae aquí es importante y creo que lo comprenderás cuando te lo explique.

-Mara tampoco me ha avisado que venías. ¿Es que no has pasado por el agronat de tus compañeros?

-No he querido hacerlo, porque levantaría sospechas y eso es lo que debo evitar. Pensaba avisar a Mara una vez aquí, para que se acerque si puede.

-Ahora sí que me tienes intrigado, pero, vamos dentro. Aquí nos vamos a congelar; ya ves que la nieve lo invade todo.

Sandra caminó delante de Xidro hacia la cabaña. Una vez dentro, él le ofreció un asiento, y Sandra se quedó en silencio observando las llamas de la chimenea.

-¿Hay algún problema con Nacho?

-Ni siquiera sabe que estoy aquí. La verdad es que se trata de mi amiga Karen, ¿la recuerdas?

-Sí, creo que es la pareja del doctor Samuelson.

-Así es –dijo Sandra-. El problema es que lleva varios días desaparecida, y eso con los adelantos de comunicación que existen ahora, parece imposible.

-Tienes razón –asintió Xidro-. Ya me adelantó algo Karol. Sabrás que viene esta tarde para hablar con Mara y conmigo.

-Pues no sabía nada –dijo Sandra entre sorprendida y nerviosa-. Y yo que me disgusté con él por no preocuparse de la desaparición de Karen.

-Desde luego, algo imprevisible debe haberle sucedido. ¿Qué tal le va con el doctor?

-No muy bien que digamos.

-Se me ocurre que ha podido volver a San Francisco y se ha desprendido del videokit para que el doctor no la localice.

-No lo creo –dijo ella-. Además, Pedro se ha desplazado ayer mismo a Amerland con su amigo Tano.
-No desprecies esa posibilidad.
-Yo, por si acaso, no he querido quedarme de brazos cruzados.
-La verdad es que si hubiera estado por aquí ya lo sabría. Ahora, con la preparación de la fiesta de fin de año no salgo de Siglo Veinte. Voy a llamar a Mara para que se acerque antes de que venga Karol. Entre los cuatro veremos qué podemos hacer.

Sandra llamó a Nacho al final de la mañana, disculpándose por no haber acudido a la cita en el relaxoval. Le explicó que estaba ayudando a Mara en la preparación de la fiesta de fin de año y él prometió acudir al agronat en la noche vieja como tenían programado.

Nacho no estaba descaminado al sospechar que Sandra andaba tras la búsqueda de Karen, y aquello le tenía muy preocupado porque un error podría desbaratar la operación búnker, como ya había sido denominada en la ASP.

Karol, también se vio sorprendido por la presencia de Sandra en el agronat de Xidro. Cuando estuvieron a solas, le dijo que Nacho estaba muy disgustado por actuar de aquella forma impulsiva, poniéndose en peligro ella y la operación que estaba en marcha. En adelante, debería colaborar coordinadamente con ellos, si quería encontrar a Karen. Sandra estuvo de acuerdo aunque sin dejar de recriminarles la lentitud con la que estaban actuando.

Mara no podía creerse lo que le estaban contando. Ella misma había hablado con Karen una semana antes, y le había dicho que estaba haciendo un cursillo.

Xidro aprovechó para contarles que el día anterior Mara y él habían estado comentando la desaparición de Yago Colinas cuando le llamaron para invitarle a la fiesta. Luego, al recabar información sobre su paradero en la Agencia Central de Videokits, les habían dicho que el doctor estaba ilocalizable, pues su videokit estaba fuera de cobertura y sin ubicación precisa.

Mara propuso que Karol y Sandra podrían trasladarse a Siglo Veinte para colaborar en la fiesta y así estaría dentro de la lógica aquella inesperada visita, pues de lo contrario el coronel se iba a mosquear y ya sabían cómo se las gastaba.

-Ya sé que el coronel es muy selectivo con los mosqueos –dijo Sandra con ironía-. De cualquier forma, estoy de acuerdo contigo Mara. Creo que debemos justificar nuestra presencia aquí si queremos avanzar en la búsqueda de Karen.

Karol, por su parte, sugirió la necesidad de entrar en el búnker, pues tenía la corazonada de que Karen estaba secuestrada en el interior, ya que su videokit había sido localizado allí dentro, y añadió que él estaba dispuesto a entrar, pero necesitaba ayuda.

-¿Cómo va a estar allí dentro si está inundado? –exclamó Mara, convencida.

-Eso dicen –añadió Karol-. ¿Recuerdas lo que hablamos días atrás sobre las dudas que teníamos? Posiblemente, el búnker aclarare muchas cosas

-Os recuerdo que no ha sido declarado a las autoridades –dijo Mara a modo de advertencia.

Sandra miró preocupada a sus dos compañeros de expedición, y Mara captó su recelo porque se hablara de aquello en presencia de Xidro.

-No te preocupes, Sandra. Entre Xidro y yo no hay secretos.

-Así es –dijo él aprovechando la ocasión para reiterar lo que ya le había dicho a Mara-. Es necesario convencer a Rudolf y al doctor Samuelson para hacer público el búnker, de lo contrario podría traeros problemas a todos

-Ya le he comentado a Xidro que vosotros estáis de acuerdo en que se declare, pero cada vez que le he sugerido esta idea al coronel, me mira como si me perdonara la vida.

Siguieron hablando hasta bien avanzada la tarde. Al final, la solución de que Karol entrara en el búnker fue aceptada por todos.

Quedaba poco más de un día para la fiesta de fin de año. El coronel aceptó de mala gana la presencia de Sandra y Karol en el agronat, sobre todo porque se estaban ultimando los detalles para la clonación, y pensaba que si ellos descubrían algo previamente podría perjudicar los planes del doctor Samuelson.

Sandra había tenido que soportar aquella mirada provocadora de Rudolf condimentada con algunos gestos de desaire al más puro estilo de cuartel. El sargento también había aprovechado para hacer algún chiste de mal gusto, pero Sandra estaba dispuesta a soportar lo que fuera necesario con tal de dar con el rastro de Karen, y Mara le había aconsejado que no les prestara atención.

Como decía Mara, el ambiente en Siglo Veinte se había enrarecido los últimos días. Para muestra, le contó a Sandra que el día anterior de venir ellos, había tenido lugar una monumental bronca del coronel hacia Melisa. Todo había surgido como consecuencia de que ella se había ausentado durante la mañana con Jon para hacer unas compras en el abastol de la Comunidad Vital de Monasterio, y no le había pedido permiso a Rudolf como les tenía ordenado. Luego, cuando regresó, estuvo ayudando durante dos horas en la preparación del evento de fin de año, con bromas y chistes que evidenciaban la cercanía de la fiesta, cosa que molestó mucho al coronel. Rudolf comenzó a lanzar imprecaciones humillantes contra ella, y Jon, que estaba delante, tuvo que intervenir en su defensa. El coronel no se anduvo con rodeos ante la reacción del Mayordomo, y le dio un empujón que le estampó contra una columna de la cabaña, y a punto estuvo de haber una tragedia. Luego, Melisa había tenido que sujetarlo para que no lo matara a patadas, cuando estaba en el suelo, y ella misma fue lanzada contra la pared, porque el coronel parecía que se hubiera vuelto loco. Cuando Mara entró, alertada por los gritos y sollozos de Melisa, se encontró al coronel que salía hecho una furia, sin dejar la retahíla de imprecaciones.

Aquella tarde, Sandra y Karol estuvieron hablando detenidamente con Jon y Melisa para que pensaran si debían continuar en el agronat con la situación creada.

Por la noche, de madrugada, Karol entró en la caseta que estaba sobre el búnker. Dudaba si estaría en forma después de tanto tiempo, pero las dudas desaparecieron de su ánimo cuando estuvo dentro. Melisa le había proporcionado el código de la puerta blindada, pues Rudolf le había confesado que no se fiaba de su memoria y ella sabía donde lo tenía anotado.

Karol era consciente de lo arriesgado de su acción, pero suponía un acicate extra el hallazgo de Karen y el descubrimiento de aquella diabólica máquina. El cuarto amuleto abrió los muros de aquellas galerías subterráneas, y la excitación de verificar sobre el terreno la monstruosidad allí enterrada superaba todo lo imaginable a pesar de haber visualizado previamente el microdiskete del Proyecto Clonyman.

Al llegar al nivel más profundo, sus pasos alertaron al doctor colinas, quien se volvió al escuchar el ruido. Karol tuvo que esconderse en la penumbra de la galería que daba acceso a la nave de control.

-Me pareció oír que entraba alguien –comentó Yago Colinas.

-Eso me pareció a mí también, pero habrá sido algún ruido del exterior –siguió el comentario Kota Okada-. Recuerde que estamos muy cerca del lago.

Karen volvió la vista varias veces para observar los laterales de la nave.

-Bueno, yo creo que debemos dejar el trabajo para después de la fiesta –dijo el doctor Colinas dirigiéndose al profesor-. Tu Karen puedes descansar. Ya ves que te hemos instalado la cosmovisión para que no te aburras.

Karen hizo un gesto de aceptación, manteniendo su mirada fría y distante.

-Rudolf te traerá provisiones –le prometió Okada-. Le diré que acompañe una muestra abundante de la cena de fin de año.

-Además, doctora Irving, creo que arriba nadie le va a echar en falta –añadió Yago Colinas con ironía-. Es necesario que alguien vigile este tesoro. Aquí tiene un intercomunicador especial por si hubiera algún problema.

Ella volvió a contestar con un gesto afirmativo, y los dos científicos abandonaron la nave. Sus pasos se fueron amortiguando conforme se alejaban por la galería hasta que accedieron al nivel superior. Entonces se hizo un silencio profundo. Ni siquiera se escuchaba el susurrante ruido de las olas, que en otras estaciones alteraban aquel silencio de tumba.

Karen se fue hacia el habitáculo que le habían improvisado en aquel sarcófago subterráneo. Se recostó como pudo, y una lágrima resbaló por sus mejillas. Escuchó pasos y un ruido extraño. No pudo evitar el sobresalto, y, ahora, el miedo era el que se manifestaba en su rostro.

-¿Quién anda por ahí? ¿Eres tú, Rudolf?

Sonaron de nuevo unos pasos, pero nadie contestó. Karen había salido del habitáculo y miraba a su alrededor. Se acercó a la cabina donde estaba la computadora y se paró para escuchar de nuevo.

-No temas, Karen. Soy yo –gritó Karol mientras se acercaba.

El rostro de ella se iluminó y salió corriendo hacia él. Un abrazo prolongado, entre sollozos, fue la meta de aquella carrera hacia la luz. Luego, le besó largamente como si hubiera perdido el juicio. Él se mantuvo en silencio, correspondiendo a sus besos.

-¿Qué haces aquí? ¿Cómo has podido entrar? –inquirió ella en una pausa, de manera precipitada.

-Se lo puedes agradecer a Nacho, que disponía de la llave de acceso. ¿Cómo no te has comunicado con nosotros en todo este tiempo?

-Me han tenido drogada, y no he sido consciente de mi situación hasta hace dos días. Además, me han escondido el videokit y no veía la forma de comunicar con vosotros. No sé cómo ha sido, pero se ve que la droga perdió su efecto sin que ellos se dieran cuenta. He tenido que tirar los líquidos que me traían, y he bebido sólo el agua de las filtraciones de esta nave.

-Nos tenías muy preocupados a todos. Llegamos a pensar que habías muerto. Fíjate que Pedro se ha ido con su amigo Tano a San Francisco para ver si hallaba alguna pista sobre ti. Hasta Melisa y Jon han colaborado facilitándome la entrada al primer nivel. Sandra y yo nos hemos trasladado a esta zona, fingiendo colaborar con Mara en la fiesta de fin de año para localizar tu paradero. No te preocupes, pues estoy en contacto permanente con Nacho.

-No sé que hubiera pasado sin vuestra ayuda. Si te digo la verdad, hasta ahora no me había dado cuenta de la mente tan monstruosa que tiene Donald. Él y sus colegas están obsesionados con la máquina. Creo que me han secuestrado expresamente para montar el nuevo Cronotron, pues ya me lo había pedido Donald, y yo me negué, como tú sabes. Quieren perpetuarse ellos y un grupo de elegidos; lo he podido ver claro en estos dos días que llevo consciente.

Karol le miraba complacido, y cuando terminó de hablar le besó largamente.

-Es la primera vez que me dejan sola y consciente. Estaba pensando destruir la máquina ahora mismo aunque en ello me fuera la vida.

Karol se fue hacia el portón de hierro fundido, camuflado en la ladera, y tomando una de las barras cruzadas que servían de cerrojo, avanzó decidido hasta la cabina donde estaba el Cronotron. Levantó con fuerza los brazos para asestar un golpe al engendro biotecnológico cuando oyó una voz ronca a sus espaldas.

-Tira esa barra, traidor o te mando al infierno –gritó el coronel, quien le amenazaba con el arma que le había entregado Donald.

Karol obedeció y tiró la barra al suelo, pero en un alarde de agilidad tomó la Aspid que le había facilitado la ASP y disparó al coronel. Rudolf había hecho lo mismo, y ambos cayeron desplomados. Karen se arrojó al suelo para socorrer a su amante y lloró desconsolada. Luego, la furia se apoderó de ella y tomando la barra que portara Karol asestó varios golpes a los puntos neurálgicos del Cronotron.

-¡Al infierno con esta máquina! –exclamaba una y otra vez como si hubiera perdido el juicio.

Los golpes resonaban en la nave, como si fueran los gritos de un monstruo que tratara de aferrarse a la vida; pero ella golpeaba y golpeaba en un intento de conjurar aquel acto de creatividad maléfica. Sabía que no luchaba contra humanos sino contra ángeles caídos en el abismo de su ambición.

Exhausta y jadeante, se sentó junto al cuerpo de Karol mientras sollozaba. Cuando sólo quedaban lágrimas para acompañar su desconsuelo, observó que ninguno de los cuerpos había derramado una sola gota de sangre. En una rápida ojeada, examinó las armas. No se parecían en nada a las que ella conocía y se acordó de los neutralizadores que usaban los robots. No perdió un instante en atar los pies y las manos de Rudolf.

No había transcurrido más de medio minuto, después de ejecutar aquella operación, cuando

Karol comenzó a moverse y recobró la consciencia.

-¿Qué ha pasado? Inquirió él, con el mareo aún en el semblante.- Rápido, Karen, hay que atarle.

Ella hizo un gesto señalando al coronel, y Karol sonrió al verle maniatado y todavía inconsciente. Entre los dos llevaron el cuerpo hacia el habitáculo del doctor Colinas y, al dejarle sobre el camastro, Rudolf recobró el conocimiento.

-Por una vez, el doctor ha sido un estúpido al darme un arma que no mata –dijo Rudolf preso de furia.

-Lo siento, coronel. Creo que ha llegado la hora del juicio final, por lo menos para ti.

54

Aquella mañana del treinta y uno de Diciembre, los residentes del Agronat Siglo Veinte se aprestaban en la preparación de la fiesta de fin de año. Xidro había acudido temprano para coordinar con Mara los últimos detalles antes de que los Oris de la zona comenzaran a llegar.

Sandra sabía que la noche anterior, de madrugada, Karol había entrado en el búnker con la ayuda de Jon y Melisa. Dudaba si había sido acertado dejarle bajar solo, pero Karol se había mostrado tajante para no poner en peligro la operación que estaba en marcha. Las horas seguían pasando. Le inquietaba que el videokit no registrara algún mensaje sobre lo que estaba sucediendo allá abajo, y la sospecha de que le hubieran tendido una trampa a su amigo creaba en ella una zozobra difícil de disimular.

Al coronel tampoco se le había visto aquella mañana de fin de año, y todos en el agronat preguntaban por él. Melisa, sin embargo, estaba temiendo que de un momento a otro apareciese dando órdenes con su gesto avinagrado.

El videokit de Sandra vibró por fin. En la pantalla apareció Karol, que le aconsejaba estar a solas para lo que tenía que comunicarle. Sandra se alejó unos metros hacia los parterres de la entrada del agronat, y cuando volvió a mirar la pantalla, no lo podía creer: allí estaba Karen. A punto estuvo de lanzar una exclamación de alegría, pero la dejó ahogar en su garganta.

-¿Dónde estás? Nos tenías muy preocupados a todos –inquirió Sandra con avidez.

-Estoy dentro del búnker con Karol. Creo que el peligro ya ha pasado, pero aún no podemos subir. Os quiero mucho a los que habéis demostrado ser mis amigos.

En la pantalla volvió la imagen de Karol, que denotaba preocupación, pero hizo una mueca de sonrisa forzada.

-Bueno Sandra, ya ves que todo está controlado. A Rudolf lo tenemos maniatado aquí con nosotros.

Lo que ha pasado es bastante grave, y ahora no es momento de explicaciones. Lo único que te pido es que no comentes con nadie lo que acabas de saber. Nacho tiene preparado algo importante para esta noche y no podemos cometer ningún error.

Cuando Sandra volvió a la cabaña, su cara evidenciaba un cambio de semblante. Sin perder tiempo, se puso a ayudar a Mara, que estaba adornando el salón donde se celebraría la cena. Toda la planta baja, a excepción de la cocina y los aseos, había sido transformada por los roas el día anterior. Había quedado un espacioso salón, y del techo colgaban ya incontables cintas formando un decorado multicolor con algunos globos que aparecían salpicando el alegre artesonado.

La entrada a la cabaña seguía todavía franqueada por aquel abeto plantado una semana antes de

la Navidad, y ahora lucía sus galas de nívea pureza en aquel día de invierno, mientras un sinfín de luces parpadeaba al ritmo del gélido viento, que silbaba del norte, desde la cima nevada del Gencional.

El rótulo de “*Bienvenidos*” brillaba solemnemente sobre el pórtico, y debajo aparecía el eslogan de “amor y paz” como contraseña ineludible del nuevo tiempo.

Donald se hizo visible en el agronat, mediada la mañana, y encaminó sus pasos en dirección a la caseta del búnker a fin de inspeccionar el laboratorio que habría de servir para la clonación. Cerca de la capilla se encontró con el Reverendo que parecía estarle esperando.

-¿Que tal va la fiesta, padre David? –preguntó alto y fuerte el doctor, haciendo notar su presencia-. Parece que está todo muy tranquilo

-Están todos ultimando los detalles para la noche. Esto es lo que deberíamos haber preparado para el día de Navidad -se quejó el clérigo con acusado celo.

-Bueno, ¿qué importa, Reverendo? El día de Navidad era un día para celebrarlo en familia, y estuvimos los que debíamos estar. Este es otro tiempo. Aprovecharemos la fiesta para relacionarnos con los vecinos de la zona; ya sabe lo importante que es, y ellos no son muy religiosos, según ha podido comprobar usted. Por cierto, no veo a Rudolf por ninguna parte. ¿Sábe donde está?

-Me imagino que estará con Onado preparando las corralizas.

Mara acudió en cuanto vió a Donald, y no le faltó tiempo para preguntarle por Karen.

-Ya te he dicho por el videokit que está en el sur de Ibercom ocupada en un curso de su especialidad. Espero que venga para la cena.

Aquella era la misma contestación que le había dado Karen dos semanas antes, lo cual evidenciaba que era una respuesta preparada. Mara no pudo evitar una mirada recelosa hacia el doctor. Esperaría la hora de la cena para saber lo que había descubierto Karol.

55

Desde las primeras horas de la tarde, comenzaron a llegar a Siglo Veinte distintos colectivos de Oris. Sobre sus caballos, traían ya preparadas muchas de las viandas para el gran festín: pavos, corderos, cabritos y cochinitos, sin olvidar las bebidas elaboradas en los alambiques de los agronats y el más amplio surtido de dulces de producción marginal.

Aquellos comunitarios del campo sabían celebrar sus fiestas, como Xidro le había comentado a Mara días atrás mientras preparaban el evento festivo. Los Oris tenían pocos días en el año donde volcaran su necesidad de divertirse, y cuando llegaba la ocasión lo hacían de la forma más tradicional, sin escatimar activos.

Hasta Erika y Aitana, las dos hijas menores de Toixo, habían insistido hasta el aburrimiento ante su padre para no perderse aquella fiesta. Se movían inquietas por el salón, y su curiosidad juvenil saboreaba la sorpresa de los detalles. Mara quedó prendada de aquel ánimo incontenible, y permitió que colaboraran en la colocación de las flores de pascua.

El último toque decorativo de aquella gran noche lo ponía la meteorología del lugar. Los densos copos de nieve parecían perlas que se deslizaban sobre los ventanales, para curiosear la fastuosa iluminación en el interior de la cabaña.

En la corraliza para los caballos de los visitantes no había ya un espacio libre, y los animales pateaban

inquietos, resoplando sin cesar por el intenso frío invernal. Cerca del circuito estabular, se había tenido que improvisar un cobertizo para protegerlos de la gélida noche.

Mara y Xidro se afanaban en coordinar hasta el último detalle, y para ello distribuyeron tareas entre buena parte de los Oris, que se habían ofrecido como voluntarios. Aquella colaboración espontánea agradaba, sobre todo, a los organizadores, pues hasta el mismo Donald se había presentado con unas cajas del mejor cava.

Los regalos se habían ido apilando encima del rótulo que identificaba a cada colectivo ori. Era costumbre que cada comunidad preparara tantos regalos como agronates participaban en la fiesta, y Xidro, como buen conocedor de aquellas costumbres, se había atenido a la tradición.

Dos largas y extensas mesas se habían colocado en el centro del amplio salón, y sobre ellas estaban ya colocadas las flores de pascua.

En algunos grupos de Oris surgieron comentarios sobre la actualidad política, porque el caso Asimov había levantado demasiadas pasiones en los últimos días. La música de una época ya lejana amenizaba el ambiente al socaire del murmullo de los invitados, formando una estampa festiva en el mejor estilo de otro tiempo.

En el exterior seguía nevando y el cielo encapotado hacía aún más corta aquella tarde de invierno. Cuando llegó la hora del crepúsculo, una claridad espectral envolvía el agronat sobre un horizonte de pálidos perfiles. Los ventanales iluminados de la cabaña le daban un aspecto de antorcha que resaltaba el albo entorno de las lomas. La animada algarabía de Siglo Veinte rompía el silencio del lugar hasta más allá de los cerros circundantes, donde otros agronates se ocultaban en el sosiego.

A una indicación de Xidro, los invitados se fueron acomodando para el convite. La tradición ori exigía iniciar la cena durante el crepúsculo, pasar en vela el cambio de año y bailar hasta que, de nuevo, el sol bañara las cabañas, imitando tiempos pasados.

Estaban todos sentados, cuando Donald franqueó la entrada, tocado de aquella afectación de orgullo que le acompañaba en los momentos importantes. A su lado, el doctor Colinas y el profesor Okada avanzaban a remolque, como si arrastraran con ellos una obsesión.

Sandra estaba acostumbrada a leer en el semblante de Donald aquel gesto engreído que exageraba con la elevación de la barbilla. Pero, a pesar de su manifiesta altanería, el doctor no podía ocultar que estaba tenso, y ella sabía muy bien por qué.

Durante la tarde, en varias ocasiones, Samuelson había preguntado por Rudolf, y al no hacer éste acto de presencia, había enviado a Onado para que le buscara incluso dentro de los niveles del búnker donde él podía penetrar. El sargento no había regresado aún, pero el espectáculo debería comenzar e hizo una señal al Reverendo.

Peterson, situado en la cabecera, se levantó para aplaudir el paso de la comitiva, y los invitados imitaron el gesto del recibimiento. Cuando Samuelson llegó al lugar desde donde presidiría la cena, el sargento Onado apareció en la entrada principal y caminó raudo y sigiloso por detrás de los comensales hasta situarse junto al doctor.

-Ni rastro de Rudolf, doctor –le informó el sargento al oído.

-Vaya a su asiento –le ordenó Donald.

La preocupación de Samuelson aumentaba por momentos. No podía admitir que el coronel se hubiera emborracho precisamente aquella noche, y trató de tranquilizarse, como si nada de aquello estuviera pasando.

Los ojos de Sandra seguían todos los movimientos del doctor, pero trató de mantenerse serena junto a Mara.

-¿Qué sabes de Karol? -inquirió su amiga-. Me preocupa que no haya salido de ese agujero. ¿Le habrá pasado algo?

-No te preocupes. Ha localizado a Karen, pero no pueden subir. No me pidas más explicaciones ahora.

Mara estuvo a punto de soltar una exclamación, pero Sandra le tapó la boca para que no llamara la atención. Xidro se acercó a ellas y compartió lo que estaba pensando.

-¿No os parece extraño? Yago Colinas estaba desaparecido y no pudimos cursarle la invitación. Pues ahí lo tenéis, al lado del doctor Samuelson.

-Sí – aceptó Sandra-. Hay muchas cosas que aclarar.

Erika y Aytana, habían seguido desde sus asientos la entrada de la imponente figura del

Sargento que aunque tratata de pasar desapercibido no le era posible con aquellos andares a lo rábico, como los del legendario personaje superviolento que elegían los adolescentes en los hollojuegos y a quien había que desarmar si se quería ganar la partida. Pero para las dos hermanas aquel hombre era algo mucho peor, y sus caras, antes animadas y bullangueras, mudaron el semblante como si un mal recuerdo les amordazara la alegría. Lu muñeca derecha de aquel hombre seguía luciendo aquella pulsera color turquesa en cuyo frontal aparecía una calavera.

-Creo que has pensado lo mismo que yo –dijo la mayor-. ¿Lo reconoces?

-Me parece que sí –contestó la pequeña-. Es uno de los que nos atacó aquella noche en el Lago.

-Pero no le digas nada a papá, ahora –le advirtió la mayor-. Ya ves que está divirtiéndose como nunca.

Las adolescentes se quedaron mudas, observando de vez en cuando los movimientos del Sargento, y no volvieron a reír en toda la noche.

Entretanto, el ambiente en la sala era animado y reinaba la buena vecindad. La iniciativa de Siglo Veinte había sido más que oportuna, comentaban los Oris mientras disfrutaban de la cena. Pronto se fueron formando grupos entre los comensales, que charlaban animadamente sobre los avatares agrícolas del año que terminaba. El doctor Samuelson, ajeno a los comentarios, no hacía más que preguntar a Mara por si Rudolf daba señales de vida.

Cuando llegaron los postres, se inició el descorche del cava. Las copas se fueron llenando al compás de las burbujas que chisporroteaban saltarinas en medio de la alegría incontenible de los invitados. Se sucedieron los brindis más inspirados entre “vivas” a los distintos agronates, hasta que Donald encontró un hueco en medio del alboroto para elevar su copa y asegurarse de que su brindis se oía. Su voz grave, conjurando la zozobra de su interior, sonó con fuerza en la sala.

-Amigos –empezó diciendo, mientras la algarabía de voces se fue quebrando hasta un ligero murmullo-. Aunque yo no sea el anfitrión, tengo el honor de hacer un brindis en nombre de todas las personas que nos aventuramos en una misión hibernatoria de desenlace imprevisible. Espero que el año que termina quede marcado para la historia, y confío que el que está a punto de comenzar nos depare ese espíritu de hombres libres y emprendedores de otro tiempo.

Todos alzaron sus copas, y fueron lanzados algunos “vivas” a Siglo Veinte. Los brindis continuaron hasta el agotamiento, superando con exceso los tiempos que los organizadores habían programado para las actividades lúdicas previas al cambio de año.

Más tarde, mientras algunos Oris subían a la segunda planta y se adornaban con los disfraces más variopintos, otros despejaban las mesas hacia los laterales, y pronto estuvieron repletas de bebidas y dulces para pasar la noche.

Todo estaba preparado para el cambio de año. Pequeños platos con las doce uvas se habían distribuido en número igual al de comunitarios registrados para la fiesta, y nadie quería perderse aquel momento.

A diez minutos para las doce de la noche, se abrió la puerta principal de la planta baja, y, fuera, silbó la ventisca. En la entraba del salón apareció Nacho, seguido de Pedro y Tano Vitrubio. Sandra vibró de alegría al tiempo que la avidez le consumía, y se dirigió a su encuentro.

Mara y Xidro acudieron también a recibirles, mientras ellos se despojaban de sus aislantes térmicos, y levantaban las manos, saludando a los presentes.

-Pensábamos que ya no vendríaís –manifestó Mara, sin poder ocultar la alegría.

-Díselo a Pedro, que se encontraba eufórico pilotando el oval que le han prestado, y casi se pasa del lago –añadió Nacho, divertido-. Tiene la licencia hace tres días, así que yo he sido su conejillo de indias.

-Me alegro, Pedro, que hayas conseguido lo que querías –dijo Mara celebrando la noticia-. Por cierto, ¿Has sabido algo de Karen en San Francisco?

Pedro recabó la ayuda de su amigo Tano, y ambos hicieron un gesto negativo al tiempo que Nacho y Sandra cruzaban sus miradas en clara complicidad, sellando el encuentro con un beso.

Se sucedieron los abrazos con el resto de los hibernautas, así como las presentaciones en medio de aquella algarabía festiva. Sólo Donald, desde el otro extremo del salón, observaba con recelo la presencia de Nacho, pero disimuló ante los Oris y se acercó a saludarles.

Quedaba sólo un minuto para que el reloj espacial del lago señalara las doce de aquel último día del

año dos mil cuatrocientos ochenta y cuatro. En ambas plantas, los ventanales de la cabaña apenas disponían de un hueco libre, y todos esperaban expectantes un momento tan especial.

En un instante, se apagaron todas las luces, y sobre el cielo del lago apareció el dígito “uno” en medio de una luna, y sonó cada campanada larga y profunda, recorriendo el pentagrama. Su sonido se podía escuchar en varios kilómetros a la redonda, en medio del más absoluto silencio. Después de la campanada número “doce”, cuando apenas habían podido tragar las últimas uvas, una luna más grande envolvía los cuatro dígitos del nuevo año “2485”.

Sonaron aplausos de júbilo entre los Oris, y el calor humano se derramó abundante entre los besos y abrazos, que hacían latir la vida en aquel rincón de Ibercom. De nuevo, sobre el cielo del lago apareció una gigantesca pantalla donde podían verse a pinceladas escenas festivas en otros lugares del planeta, así como de las colonias exteriores en los dominios del Sol. Durante unos minutos, el artificio y la filigrana se manifestaron con profusión en estallidos de luz y colorido espacial.

Luego, cada comunidad marginal fue abriendo los regalos recibidos en medio de un alborozo incontenible. En el salón de la planta baja, sonaron bailes antiguos alternando con modernos, y el ambiente festivo animó a salir a la pista a buena parte de los invitados. Arriba, las tertulias espontáneas rellenaban los descansos.

Mara había acomodado a Erika y Aitana dentro de un aposento insonorizado de la segunda planta. La más pequeña estuvo a punto de confesarle el temor que aquel hombre corpulento les suscitaba, pero no se atrevió, y quedaron solas, a merced de la oscuridad, con el miedo agarrado a sus vísceras. Los flases de la pulsera color turquesa golpeaban la imaginación de las dos adolescentes como si toparan contra el pararrayos de su entereza. Era difícil que pudieran conciliar el sueño aquella noche.

56

En la cocina de la cabaña, Jon y Melisa preparaban el lúdico licor, que les había pedido el propio Donald. Los ingredientes se vertían en una olla gigante de barro, traída por Toixo para la ocasión. Luego, batieron sin descanso la mezcla, mientras el licor flameaba reverberando sus llamas sobre el espejo de metalum que enmarcaba la mampara domótica. La queimada estaba lista.

Jon se acercó con delicadeza detrás de Melisa y la acarició. Ella se volvió y se fundió con él en un ardiente beso.

En el salón, la música sonaba ahora más animada, recurriendo a ritmos de otro tiempo. Jon y Melisa volvieron a fundirse en otro largo y apasionado beso, mientras se adentraban en la despensa. Necesitaban apagar aquel fuego que les devoraba en la clandestinidad de sus deseos.

Los pasos de alguien, que entraba en la cocina, les sobresaltó acelerando sus pulsaciones. Oyeron que Donald les llamaba, pero ninguno de los dos contestó, y Jon salió de la despensa.

-¿Cómo va eso? -preguntó Donald, vivamente interesado.

-Esto está a punto para servirse, jefe -contestó él con evidente acaloramiento-. Sólo hace falta flamearla un poco más.

-Anda, ve a buscar a Melisa para que te ayude a servirla. Yo mismo seguiré removiendo.

-Bien, jefe, pero no la agite demasiado.

El Mayordomo se alejó, esperando que Donald se acabara yendo pronto de allí.

Sin perder tiempo, Donald aprovechó para verter la droga hipnótica en la olla. Sandra llegaba en aquel momento en busca de Melisa, pero volvió sobre sus pasos al sorprender a Donald vertiendo aquel extraño líquido.

Melisa, desde su escondite, no podía creer lo que estaba viendo

El ritmo de la fiesta comenzaba a declinar. Algunos silencios se intercalaban entre lo que ya era sólo un murmullo, y una música relajante amenizaba el salón.

-Vamos, Jon -sonó la voz de Mara apremiándole-. No podemos esperar más.

-Bien, ya estáis aquí -dijo Donald-. Llevad la quemada al salón.

-Ahora mismo viene Onado para ayudarnos.

Poco después, Jon y Onado depositaban el recipiente de barro sobre una de las mesas del salón. Mara dio unas palmadas para recabar la atención.

-Bien, amigos -gritó Mara, esperando que se hiciera el silencio-. Hemos asistido gratamente sorprendidos al espectáculo de las doce campanadas. Ahora nos toca a nosotros, y aunque imagino que la quemada no será una sorpresa -sonaron aplausos y gritos de "bien"... tiene la peculiaridad de que ha sido preparada por Jon, quien recibió esta tradición de sus abuelos, y más de una vez nos obsequió con ella en otro tiempo. Espero que la disfruten.

Sonaron de nuevo los aplausos. El salón quedó a media luz, y Jon, provisto de un cazo, procedió a llenar los cuencos de barro. La escena tomó un aspecto lúdico al ritmo de una danza de azuladas llamas. De la segunda planta comenzaron a bajar más invitados, y el gran salón rebotó de concurrencia.

Fuera de la cabaña había dejado de nevar. Nacho, embozado en su cazadora térmica, había salido al porche.

-¿Cómo va eso, Karol? -preguntó a través del videokit.

-Estamos bien, y Karen controla perfectamente la situación -contestó él-. La he dejado vigilando a Rudolf. Yo he subido para comprobar detenidamente la instalación que he visto en el primer nivel. Como ya te adelanto, la tecnología me pareció de lo más avanzad. Según me ha confirmado Karen, esta noche pretenden hacer una clonación después de que les haga efecto la droga hipnótica del doctor Colinas, y creo que el laboratorio es para eso.

-Entonces, quiere decir que la droga está en la Quemada que están sirviendo ahora mismo. ¡Maldita sea! -exclamó Nacho-. Eso ya no lo podemos evitar, aunque será una prueba irrefutable. Atiéndeme, Karol. Debemos impedir esa clonación. Quiero que destruyas el laboratorio antes de que lleven ahí a esa pobre gente. Después, te bajas junto a Karen, y no subáis hasta que el operativo esté en marcha. Yo te avisaré.

Nacho cerró la conexión, y echó una mirada por los alrededores de la cabaña. Luego, se llevó un tónico a la boca, tratando de relajarse.

Cuando Garmendia regresó al salón, la mayoría disfrutaba plenteramente de la Quemada. Algunos de los asistentes le hicieron una señal para que se acercara y tomara su cuenco. Él no lo dudó y se sirvió él mismo, simulando degustar el licor. Entonces, miró alrededor y se dio cuenta que muchos de los invitados tenían algo como de extravío en la mirada, y parecía que les hubiera entrado un ataque de risa que no obedecía a nada. No había duda, la Quemada contenía la droga y estaba envolviendo a aquella gente en las brumas del inconsciente. Activó el resgistrador, y se preparó para lo que la situación pudiera deparar.

Desde el otro extremo del salón, vio que Sandra le hacía un gesto con las manos, al tiempo que su rostro parecía reflejar preocupación. Esperó que se acercara a su lado, y se dejó llevar hacia un espacio del salón donde podían estar a solas. Ella le contó lo que había visto hacer a Donald unos minutos antes.

-Ya no tiene solución -aceptó Nacho-. De haberlo sabido antes, hubiera volcado el recipiente, y todo habría quedado como un estúpido accidente. Esta droga es la que llevo persiguiendo hace tiempo.

-Pensé decírtelo, pero no te encontré por aquí -se disculpó ella-. A pesar de que conozco los procedimientos de Donald, no me imaginé que podría llegar a esto.

-Toma un cuenco y haz como si estuvieras degustando el licor -dijo Nacho, al tiempo que simulaba de nuevo beber la queimada-. Tenemos que imitar los gestos de los demás. Es posible que hoy veamos cosas muy interesantes, por no decir espeluznantes.

El rostro de aquella gente, incluidos sus amigos Mara y Xidro, fue mudando poco a poco el semblante, y desapareció en ellos aquella jovialidad y alegría espontáneas. Comprobaron con estupor la ausencia de memoria, y las miradas frías y distantes.

Sandra se había quedado paralizada y observaba a Nacho, que fingía los gestos de los demás. Ella se limitó a hacer lo mismo. Sólo le pareció encontrar despierta a Melisa y a Jon, pues hacían gestos de extrañeza ante tan insólita situación.

Transcurrió un tiempo prudencial sin que Donald interviniera. Era el tiempo mínimo indispensable para asegurarse del efecto total de la droga. Estaba inquieto y observaba atentamente los rostros de todos los presentes. A su lado, el doctor Colinas seguía con su mirada todos los movimientos, como si conociera cada uno de los síntomas del efecto hipnótico. Parecía que todo estuviese saliendo como habían previsto.

Poco después, se escucharon unas palmadas de Donald para llamar la atención de los asistentes. Había llegado el momento Nacho golpeó con su codo el brazo de Sandra, requiriendo su atención.

-Ahora, no hagas ningún comentario a pesar de lo que escuches -le recomendó él al oído-. Es importante que nada nos delate, así que haz lo que veas hacer a los demás.

-Un momento de atención -sonó con fuerza la voz de Donald mientras se aseguraba que todos escuchaban sus palabras-. Ahora están todos ustedes bajo mi voluntad y harán lo que yo les ordene. Vamos a proceder a una extracción de masa celular, y, al tiempo, implantaremos en las mujeres los embriones clónicos. Deberán seguir en todo momento mis instrucciones y las de mis subordinados. Al alba, se irán a sus comunidades para continuar las tareas. Cuando despierten no recordarán nada de lo que haya sucedido aquí.

Había sido un discurso muy escueto y con órdenes muy precisas, pero no se oyó ni una protesta, ni una voz discordante. A Sandra le costaba admitir lo que estaba viendo.

-Atención -se oyó de nuevo la voz del doctor Samuelson.- Ahora quiero que salgan todos ahí fuera. Se van a colocar en fila de a dos, y seguirán las indicaciones de mis ayudantes.

Donald señaló al profesor Okada y a Onado.

El sargento salió de la cabaña a indicación de Donald. Tras él iba el profesor Okada. Las enormes pisadas del militar crujían sobre la nieve alterando el silencio de la noche. Al acercarse a la caseta del búnker, escucharon golpes en el interior del primer nivel, y luego se hizo el silencio. Onado sacó el arma que le había proporcionado Rudolf. La puerta estaba entreabierta y la empujó con el pie.

Okada se adelantó y caminaron con sigilo. Bajó los peldaños dispuesto a utilizar la combinación cuando comprobó que la puerta blindada también estaba entornada. Onado apartó al profesor, abriéndola de una patada.

-¡Alto ahí! -sonó enérgica la voz del sargento mientras encañonaba a Karol, que, en el otro extremo, intentaba abandonar el laboratorio-. Mire, profesor, aquí está el pichoncito que faltaba.

-Vamos Onado, baja esa pistola. Deja que te lo explique -dijo Karol, tratando de convencerle-. Sólo tenía curiosidad por ver lo que había en el búnker.

-Claro, y también me dirás que estabas jugando al pin-pon con esas máquinas. Pues va a ser toda una sorpresa para el doctor.

-¡Que desastre! -exclamó el profesor Okada al ver toda la instalación destrozada.

-Me gustaría saber cómo has entrado aquí -dijo Onado a la vez que se disponía a cachearle.

Karol forcejeó, dejando caer el amuleto. Pero la maniobra había sido observada por Okada, quien se agachó para recogerlo.

-Esto sí que es una sorpresa -murmuró el profesor-. Si no me equivoco, aquí está el cuarto amuleto.

El sargento seguía apuntando a Karol, y quedó rebobinando las palabras del profesor sin entender nada.

-Vas a venir conmigo para ver a Donald -dijo Onado.

Fuera, se oían pisadas y murmullos de los que iban saliendo de la cabaña. El sargento no pudo percatarse de que dos androides entraban en el maltrecho laboratorio hasta que los tuvo encima, y la

pistola le desapareció de las manos. El operativo había entrado en acción.

El profesor intuyó al instante la gravedad del momento, y, abriendo la trampilla del segundo nivel, bajó raudo mientras Onado caía desplomado.

Karol se identificó ante los autodomos de seguridad y bajó a toda prisa tras el profesor.

Dentro del salón de la cabaña, Donald y Yago Colinas observaban cómo salían en orden los últimos rehenes preparados para la clonación.

Sandra asistía perpleja al espectáculo de ver aquellas personas, sin expresividad en sus rostros, caminando sumisas, como corderos indefensos, hacia el siniestro laboratorio del que Karol había hablado poco antes. Nacho, junto a ella, se había hecho el remiso situándose al final de la cola. Cuando llegaron a la altura de Donald, éste les miró con una sonrisa triunfal.

-Vamos listillos –dijo el doctor en tono despreciativo-. Vais a tener suerte si os permitimos clonaros.

Sandra estuvo a punto de explotar, pero recordó las palabras de Nacho y asintió con la mirada perdida.

-¡Es increíble, las vueltas que da la vida! -exclamó riendo Yago Colinas-. Quien iba a decirme que iba a clonar a mi discípulo más aventajado, el mismísimo doctor Garmendia.

Y Nacho dejó escapar una sonrisa estúpida, como si lo hubiera estado ensayando durante toda su vida.

En aquel momento, el videokit de Donald vibró, y la alegría se ausentó de su rostro. Después de escuchar a su interlocutor no pudo disimular el nerviosismo, y llamó a un lado al doctor Colinas. Nacho se dio cuenta que el operativo había comenzado.

Donald y Yago Colinas trataron de huir, de manera precipitada, hacia la salida de emergencia; pero se quedaron paralizados, cuando a sus espaldas oyeron la voz de Nacho.

-Quedan ustedes controlados. Su intento de clonación ha terminado.

Donald y su colega volvieron la cabeza y se miraron indecisos. Nacho les estaba apuntando con la Aspid, mientras con la otra mano exhibía la placa de vigía. Dos autodomos entraban en aquel momento.

-Pueden colocarles el videocontrol.

Sandra había seguido toda la maniobra, y todavía no se había repuesto de la sorpresa, cuando Karol apareció en la pantalla de su videokit.

La orden de control y retención sólo había sido expedida para Donald Samuelson y Yago Colinas. Ni Nacho ni Karol sabían el grado de implicación del sargento Somoza

El autodomo de seguridad que había neutralizado a Onado, se había limitado a confiscarle el arma con la que apuntaba a Karol, y archivó en su memoria el código matricial del videokit para llamarle a declarar posteriormente. Como estaba inconsciente, el autómatas arrastró el cuerpo del sargento hacia el interior de la cabaña, dejándole junto a los demás para que no se congelara.

Cuando Onado recobró el conocimiento, los autodomos de seguridad mantenían el control de cuanto sucedía dentro de la cabaña. Melisa le informó que Donald había sido detenido, y lo primero que pensó fue en esconderse. No sabía aún lo que había pasado con el coronel, pero se dio cuenta que aquello pintaba mal.

En un descuido de los autómatas, el sargento salió al exterior, y se refugió en el cobertizo de la maquinaria. Estaba confuso por la detención de Donald, y no sabía qué hacer, cuando en la pantalla de su videokit apareció la imagen del profesor Okada, que sin mediar palabra cedió la vez a la imagen de Rudolf.

-Sargento, ¿qué ha pasado ahí arriba?

Onado relató lo sucedido, y cuando le habló de la detención del doctor Samuelson, el rostro del coronel pareció desencajarse y desapareció por unos instantes de la pantalla.

-Oye, Sargento, ahora yo asumo el mando en ausencia del doctor –dijo Rudolf, muy seguro de sí mismo-. Esos malnacidos se van a enterar de lo que somos capaces.

-Entonces, ¿qué hacemos? –reclamó Onado una orden concreta-. La cabaña está todavía llena de gente y hay muchos robots que lo controlana todo. Yo me he escondido en el cobertizo.

-Vamos a ver, Sargento. Consigue dos perforadoras y baja por la ladera sin que nadie te

descubra. Cuando llegues a un rellano, cerca del lago, me llamas de nuevo por el videokit y yo saldré a tu encuentro. Hay un túnel secreto que sirve como salida de emergencia.

-De acuerdo. Estaré ahí lo antes posible.

57

Sobre las mesas del salón había muchos vasos aún sin consumir, y las bandejas contenían una buena parte de la repostería ori, como si la fiesta se hubiera interrumpido poco después de iniciarse.

El efecto de la droga hipnótica había comenzado a declinar. Los Oris se despezaron lentamente, al tiempo que se desactivaban las placas de infraluz. El cielo aparecía limpio aquella mañana, y los débiles rayos del sol recorrían los recintos de la cabaña. Un ligero sopor envolvía aún a los invitados de la fiesta en Siglo Veinte. Sus rostros no delataban la ingesta de sustancias etílicas, pero ninguno de ellos dudaba de la pérdida de la consciencia, y todos ellos coincidían en que aquel lapso temporal se había producido después de tomar la quemada.

Los Almas de la Red Sanitaria se habían hecho cargo de la mayoría de los invitados, aunque algunos de ellos, aprovechando el desconcierto, habían regresado como zombis a sus respectivos agronates.

Mara preguntaba insistentemente a Xidro sobre la pérdida de la consciencia sin obtener una respuesta que la convenciera. Se sentía abochornada delante los invitados porque no era capaz de dar una explicación coherente teniendo la responsabilidad de la fiesta. Pronto, empezó a pensar que en todo aquello había algo extraño, y quedó perpleja cuando Sandra le contó lo que había sucedido.

Toixo se puso muy nervioso cuando acudió al aposento donde Mara había dejado durmiendo a sus hijas. El cierre estaba bloqueado, y, cuando al fin logró abrir, las dos criaturas se echaron en sus brazos entre un llanto incontenible.

-Ese hombre quería entrar –decía la más pequeña.

-Si, pero no pudo porque bloqueamos la apertura –dijo la mayor, más serena, mientras unos lagrimones corrían por sus mejillas.

Algunos Oris se fueron arremolinando en torno a ellos, y trataban de animar a las desconsoladas muchachas. En los rostros de aquella gente se apreciaba la incredulidad.

Sandra se ofreció para atenderlas y después de un buen rato logró tranquilizarlas. Era la primera vez en aquel tiempo que Sandra tenía que aplicar sus conocimientos de sicología, y trató de encontrar el motivo de los miedos que les atenazaban. De sus labios escuchó horrorizada que el sargento era uno de los dos hombres que les habían violado dos meses atrás. Era de suponer que el coronel tendría mucho que ver con aquella bestialidad.

Los Oris comenzaron a abandonar el agronat y Toixo, al despedirse, agradeció a Sandra su ayuda. Mara y Xidro acompañaron a los invitados hasta el portón de la entrada, deshaciéndose en disculpas como si fueran los responsables de lo que había sucedido. Luego, regresaron al porche de la cabaña apesadumbrados.

La noche del cambio de año había sido muy productiva para la investigación del vigía secreto Nacho Garmendia. Al romper el día se había desplazado a la comunidad vital de Lago para poner a disposición del juez a Donald Samuelson y Yago Colinas. Su misión principal había terminado y ahora se abría un proceso judicial que determinaría la gravedad de los hechos. Sólo faltaba en ser controlado el profesor Farrell para que el trío del amuleto se completara, y esperaba que en cualquier momento le llamaran para informarle de la

operación paralela en la cibertecnópolis de Madrid. Pero en este primer día del año quedaba algo importante aún por hacer. Esperaría a la comisión que intervendría Siglo Veinte

Karol, por su parte, se había quitado la espina de su aventurada hibernación, y lo había hecho de la forma más impensable desenmascarando a su jefe de expedición. Le habían dejado al mando del operativo en el agronat, y había tenido que buscar los medios para atender a los Oris hasta que recobraran la consciencia y regresaran a sus comunidades.

A última hora de la mañana, todo parecía estar en calma en el agronat; pero Karol tenía la corazonada de que no era aconsejable dejar a Rudolf en aquel polvorín del búnker aunque estuviera maniatado, y así se lo había hecho saber a Nacho. Además, Onado había desaparecido, y no podía imaginarse donde podría estar ya que él no disponía del amuleto para ayudar a su jefe. Antes de volver a la cibertecnópolis de Madrid debería asegurarse de dejar un retén robótico de vigilancia hasta el momento de la intervención de Siglo Veinte.

El Reverendo Peterson había sido drogado junto a los demás invitados, porque nadie se había preocupado de avisarle. Cuando despertó, no podía creer lo que le estaba contando Jon. Poco a poco fue tomando conciencia de la gravedad del momento, y se alarmó cuando el Mayordomo le dijo que Donald Samuelson había sido detenido. Luego, se recluyó en la capilla, y se pasó la mañana rezando como si quisiera ahuyentar la tormenta que se cernía sobre Siglo Veinte. Durante toda la mañana esperó inútilmente que los campesinos entraran en la capilla, como les había pedido con insistencia la noche anterior, y aún no se había percatado de que en aquel momento estaban ya todos de vuelta a sus respectivos agronates.

Karen y Sandra conversaban con Mara cuando vieron que Pedro disponía el oval para regresar a la cibertecnópolis de Madrid.

-Bueno, creo que es la hora de irnos -se despidió Sandra con un beso-. Por lo que más quieras, Mara, vete de este lugar lo antes posible.

En el porche aparecieron en aquel momento Jon y Melisa, sin que pudieran ocultar en su rostro la preocupación que les embargaba.

-Después de lo sucedido, no os pido que os quedéis -dijo Melisa-. Quien iba a decir que tú Karen estabas secuestrada en el búnker.

Ya ves, Melisa. Nunca acabas de creerte que la maldad puede anidar en la mente de algunas personas.

-Lo importante es descubrirlo a tiempo -añadió Karol, que se había unido al grupo.

-Veniros con nosotros a la ciudad -les propuso Sandra-. Creo que aquí corréis peligro tanto Jon como tú.

-No es posible -contestó ella-. Rudolf no aceptaría que le abandonara, y yo no estaría tranquila en ninguna parte.

-Rudolf está retenido con el profesor Okada en el búnker, y los vigías cibernéticos controlan la situación. Mañana se intervendrá este agronat y el búnker será sellado.

-No te esfuerces, Sandra -dijo Melisa-. Si es verdad lo que dice Karol, mañana mismo nos iremos a San Francisco.

-Ya veis, está todo pensado -corroboró Jon-. Pero no os preocupéis, estaremos en contacto.

Karen y Sandra estaban ya a bordo del oval cuando subió Karol. Cerca de la diana, las dos parejas siguieron la maniobra del oval al levantar el vuelo, y sus manos se levantaron para decir adiós. Desde los visores, sus amigos se despidieron por señas mientras la nave se alejaba sobre el espacio del lago.

Con la llegada del crepúsculo de aquel primer día del año, Onado salió de su escondite entre las Urces, y se dispuso a despejar la maleza del tunel de emergencia. Una vez que hubo liberado a Rufold y al profesor Okada, los dos militares no se dieron tregua en remover con las perforadoras el promontorio de tierra, arbustos y rocas que había sobre el portón desde el que antiguamente salían los cazas de la Alianza.

Era ya de noche cuando la parte posterior del portón quedó libre de obstáculos. El cielo estaba despejado, y las Cruces de Neón mantenían una tenue claridad sobre la ladera. Días atrás, el coronel había comprobado que los tanques de combustible estaban a rebosar, y aquella idea temeraria, que había anidado en su mente, cobraba ahora toda la fuerza al sentirse el jefe de la expedición. A su plan sólo le faltaba una cosa: liberar la pista. Gracias a una antigua paleadora, que se usaba antiguamente para desbrozar la maleza cercana a la pista, y que había descubierto en una cavidad del túnel de emergencia, podrían ahora, al amparo de la oscuridad, arrancar los arbustos y despejar el pavimento de la pista de despegue.

El revulsivo de la detención de Donald aumentaba la adrenalina y la imaginación del coronel, sobre todo ahora que se sentía el responsable de la misión. No perdió tiempo en ordenar al sargento que se subiera a la vieja máquina, y el sargento no lo dudó un instante, poniéndose a la tarea bajo las indicaciones de su jefe.

Poco después, la pista estaba despejada, y vio con satisfacción que su idea era posible. Pero Rudolf tenía una cuenta pendiente con Melisa, y así se lo hizo saber al sargento. No podía quitarse de la cabeza la idea de que ella le hubiera traicionado en doble sentido. Al menos tenía la necesidad de aclarar aquella duda que había corroído su mente en las últimas horas. Por suerte, para ellos, disponían de los neutralizadores que Donald había entregado al doctor Colinas y al profesor Okada.

A media noche, Onado, siguiendo órdenes de Rudolf, había subido por la ladera con el máximo sigilo, y observó detenidamente desde la maleza del terraplen la explanada del agronat. Todo estaba en silencio, pero se aseguró de contar el número de autodomos que seguían vigilando.

Entretanto, Rudolf, sintiendo cercana la hora de su poderío, se vio en la obligación de dejar claro al profesor Okada que debería iniciar el proceso de ensamblaje de una de las cabezas nucleares con destino a la cibertecnópolis de Madrid.

-Necesitamos presionar muy en serio para que suelten al doctor – dijo Rudolf convencido de su decisión.

El profesor, que había asistido a la reunión dentro del búnker, se inquietó por la orden recibida, y trató de disuadirle.

-Creo que el doctor no aprobaría una orden tan excepcional.

-¿Le parece poco excepcional que hayan detenido al jefe de la misión y que hayan descubierto lo que se oculta aquí dentro? Usted sabe que en ausencia del doctor yo asumo el mando, y le ordeno que cumpla su cometido. No voy a admitir que ponga en cuestión la disciplina.

El coronel se había ido poniendo tenso según hablaba, y se alejó con paso decidido hacia la galería que comunicaba los distintos niveles, dejando al profesor con la palabra en la boca.

Cuando se disponía a subir, apareció la imagen de Onado en la pantalla de su videokit. Tras la información del sargento, le ordenó que esperara a que él subiera. Disponía aún del amuleto que le había dejado Donald la noche anterior a la fiesta, y subió a reunirse con Onado por el interior del búnker.

Una vez arriba, los dos militares, utilizando antiguas tácticas de guerrilla, no tardaron en neutralizar a los autodomos con los neutralizadores. Poco después, controlaban totalmente la situación en el agronat y caminaron sigilosos en dirección a la cabaña. Arriba, en la segunda planta, Jon y Melisa hacían el amor, ajenos a lo que se avecinaba.

El coronel había entrado en la cabaña, dejando a Onado en el porche a cargo de la vigilancia. Subió las escaleras en silencio, conteniendo la respiración. Escuchó con la furia en los ojos los jadeos de Melisa, y abrió la puerta del dormitorio como un ciclón.

-¡Eres una hija de puta! –gritó-. Me la estabas pegando con este maricón.

Jon y Melisa se tiraron de la cama, buscando algo para tapar su desnudez.

-Joder, coronel, lo siento –dijo Jon-. Creía que estabas detenido.

-Encima con choteo, cabrón de mierda

-No le hagas nada, Rudolf –dijo ella suplicante-. Yo tengo la culpa; haré lo que tú quieras.

-La culpa la tenéis los dos ¡hijos de puta! aunque tienes razón, tú eres más culpable, si cabe. Me gustaría saber quién le dio el código a Karol para que entrara en el búnker. Tú eras la única que lo conocía, porque ni siquiera se lo había dicho a Onado. Pero te prometo que vas a pagar por todo.

-Karol sólo tenía curiosidad, coronel –trató Jon de tranquilizarle-. No le dimos mayor importancia.

-Así que tú también estabas al tanto, cerdo traidor –increpó Rudolf cada vez más encolerizado-. Pues ya veis que el doctor ha sido detenido por vuestra culpa.

Jon trató de acercarse para calmarlo, y Rudolf le dio tal puñetazo que el Mayordomo cayó desplomado. Melisa lloraba y suplicaba, pero el coronel, fuera de control, la empujó con tal fuerza que fue a caer contra la cama.

-¡Sube, sargento! ¡Tenemos tarea! –gritó Rudolf, acercándose a la puerta.

Jon se recobró por un instante, y todavía desde el suelo aprovechó para darle una patada al coronel en la entrepierna. Luego, tomó a Melisa de las manos, y ambos salieron corriendo del dormitorio. Bajaron las escaleras en un vuelo, pero el sargento les cortó el paso en la entrada de la cabaña. En realidad, no hizo más que sujetarlos mientras esperaba al coronel.

Rudolf bajó las escaleras a trompicones, y mientras se resentía por el dolor, su boca no dejaba de vociferar como si se hubiera vuelto loco.

-Sujétalos, sargento, que voy a matar a los dos por traidores, y a ella, además, por puta.

Los golpes del coronel cayeron con furia, como una tromba, sobre Jon y Melisa. Luego, el sargento le imitó, golpeando una y otra vez, mientras ellos se arrastraban por el porche, cubiertos de sangre, en una huida imposible.

59

Un silencio de muerte se cernía sobre la blanca superficie del agronat. A primeras horas de la mañana, un oval de la Red Sanitaria descendió en la diana, alertado por la Unidad de Protección Comunitaria. La alerta procedía del videokit de Melisa F. Campbell, que estaba inconsciente, tumbada boca arriba, junto al porche de la cabaña. A su lado, el Reverendo se hallaba sentado en el suelo, mientras ocultaba la cabeza entre las manos. Un autodomio comprobó las constantes de la desdichada mujer y aplicó los auxilios de recuperación.

No lejos de allí, cerca del circuito estabular yacía un cuerpo desmadejado sobre un charco de sangre, cuyas constantes vitales se apagaban por momentos. Era Jon Rivera, cuya imagen, apenas identificable, aparecía borrosa tras los hematomas de una brutal paliza. Sufría una hemorragia interna y había perdido tanta sangre que a pesar del auxilio practicado, los autodomos sólo pudieron certificar su muerte.

Sin perder un instante, los autómatas subieron el cuerpo de Melisa al oval, que despegó a toda velocidad. El Reverendo, todavía sentado en el suelo, levantó la cabeza y vio alejarse el vehículo espacial, mientras dejaba su mirada extraviada en dirección a la colina que ocultaba la Comunidad Vital de Monasterio. Su mente no había asimilado aún la horrible escena que acababa de presenciar.

No había pasado mucho tiempo, cuando otro oval descendía en Siglo Veinte. Un juez de la Comunidad Vital del Lago procedió a efectuar el levantamiento del cadáver. Le acompañaban en el acto de identificación un autómata forense y dos vigías cibernéticos de la UPC. Antes de trasladar el cuerpo de Jon, los vigías tomaron diversas muestras, y con la ayuda del Reverendo trataron de recomponer aquel asesinato

para elaborar el correspondiente informe.

Peterson había mentido sobre el paradero de Rudolf y Onado al hacer aquella primera declaración. Aunque tenía mala conciencia por ello, la amenaza del coronel le hizo mantener una obligada prudencia. Además, no podía olvidar la orden de Donald sobre el secreto del búnker.

Horas después, en el pequeño barracón de la capilla rezaba el Reverendo, esperando un milagro. Se volvió inquieto cuando escuchó unos pasos a la entrada. Era el profesor Okada, quien desafiando las órdenes de Rudolf había salido por el túnel de emergencia y ascendido hasta la explanada del agronat.

El profesor estaba muy preocupado y comenzó a hacer preguntas al Reverendo, de manera atropellada. Éste se desahogó relatando lo que había visto, y el horripilante cuadro volvió de nuevo a su mente.

-Cuando escuché los gritos de Melisa, salí corriendo de la capilla. Al primero que vi fue a Jon, que estaba tumbado sobre la nieve en medio de un charco de sangre. Rudolf y Onado se alejaban a toda prisa hacia la caseta del búnker, cuando se volvieron al escuchar mis pasos. Todavía se notaba que había furia en sus ojos. “Estos cerdos se lo merecían, Reverendo”, oí exclamar a Rudolf, claramente excitado, mientras yo le miraba horrorizado sin comprender. Luego, continuaron hacia la caseta, pero Rudolf se volvió, como si hubiera olvidado algo importante. “Si viene alguien por aquí, dígales que nos hemos ido. Le advierto que si nos delata no tendré en cuenta que es usted un pastor de la iglesia”, y levantó su mano, empuñando una pistola que me apuntaba directamente. Cuando entraron en la caseta y escuché el clic del cierre, comprendí que me habían dejado completamente solo en medio de la escena del crimen. En aquel momento, no sabía por dónde empezar, pero recuerdo que me encaminé hacia el cuerpo de Jon porque estaba más cerca, y no pude por menos que blasfemar. El rostro de Jon reflejaba la brutal paliza, y su cuerpo evidenciaba que se habían ensañado con él, antes de que le amputaran los genitales. Estuve así unos instantes indeciso, pero venciendo mi resistencia, tomé la muñeca del Mayordomo y comprobé que apenas tenía pulso. En la pantalla de su videokit aparecía un mensaje intermitente: **peligro - muerte inminente - recuperar**. Pedí auxilio por el intercomunicador, y desahogué la rabia que tenía dentro.

Y un grito del Reverendo retumbó de nuevo en el recinto sagrado, estremeciendo al profesor Okada, que, estaba sentado detrás de él.

-Cuando me repuse, vi a Melisa inerte y boca abajo cerca de la cabaña -continuó Peterson relatando el trágico desenlace-. Me acerqué a ella y coloqué su cuerpo en posición de reposo, comprobando con alivio que todavía estaba con vida. Luego, observé que el chip de emergencia de su videokit le había suministrado el primer auxilio, y controlaba sus constantes vitales. Ya me disponía a activar de nuevo el intercomunicador, cuando un oval descendía en la diana del agronat.

El profesor Okada había ido palideciendo conforme el clérigo relataba lo sucedido. Comprendió enseguida que debía poner orden en sus ideas para evitar su propio desmoronamiento. El estúpido de Rudolf había puesto todo en peligro, y si se descubría el Cronotron, fracasaría todo el Proyecto Clonyman. Necesitaba cuanto antes analizar la situación con el profesor Farrell, el único que parecía seguir en libertad.

Enzo Farrell había sido controlado como organizador de una red clandestina de neutralización un día después que sus colegas. No obstante, el profesor se las había ingeniado para contactar con el doctor K a fin de que tomara el control de la misión.

El sumario del Caso Búnker incorporaba cada día nuevas pruebas, aunque había un hecho clave que relacionaba a los tres científicos como era la aplicación de la droga hipnótica. Además, el descubrimiento del Proyecto Conyman involucraba a los tres colegas en un plan que atentaba contra el sistema comunitario, y su futuro dependía de un proceso que les juzgaría en función de las pruebas aportadas.

El agronat Siglo Veinte tampoco dejaba de producir sorpresas, y al fiscal Neira de Sampil se le estaba acumulando el trabajo. Los dos militares habían sido imputados en la agresión mortal de Jon Ribera después de la primera declaración de Melisa, y a esto se sumaba la identificación de Onado Somoza por Erika y Aytana como uno de los participantes en la violación perpetrada dos meses atrás.

Los autodomos de seguridad habían registrado el búnker y rastreaban sin tregua la zona del lago en busca de Rudolf Danhausse y Onado Somoza, sobre los que ya se había dictado la correspondiente orden de busca y captura. Según algunas informaciones, los dos hibernautas habrían neutralizado a los autodomos que vigilaban el agronat, y se creía que se habían hecho fuertes en el búnker; aunque también se rumoreaba en la Red sobre una posible huida hacia Amerland.

En la tarde del segundo día del año, se produjo la icineración de Jon. Al acto habían asistido la mayor parte de los hibernautas, incluido el mismo doctor Samuelson, quien obtuvo una autorización especial del preferente fiscal. Melisa, sin embargo, había seguido la ceremonia desde el Centro de Regeneración del Lago, pues aún estaba delicada para hacer desplazamientos.

Aquella misma tarde, tras el último adiós al Mayordomo de Donald, la cosmovisión comenzó a mostrar imágenes del agronat Siglo Veinte. Según el infoperativo del canal Planet News, el coronel Rudolf Danhausse se había hecho fuerte en el búnker que existía debajo de la explotación marginal, y exigía la liberación de Donald Samuelson, amenazando con el lanzamiento de un misil nuclear si no quedaba libre antes de veinticuatro horas. Para que sus palabras fueran tomadas en serio, anunció que detonaría una carga explosiva en el mirador espacial de Castañeda treinta segundos después del mensaje.

Los ovals de seguridad que sobrevolaban la zona llegaron con unos segundos de retraso al lugar de la explosión. Para entonces, Rudolf y Onado habían sellado la entrada del túnel de emergencia del búnker y se habían hecho fuertes en la sala de control de los misiles.

La alarma por aquella declaración impregnó pronto a toda la Red, ya que los comunitarios, acostumbrados a la seguridad en todos los órdenes de la vida, no entendían que unos hombres venidos del pasado pudieran poner en cuestión todo el sistema, sin que se hubiera detectado a tiempo.

El profesor Okada había sido controlado poco después dentro de la cabaña del agronat. En su primera declaración ante los autodomos de seguridad, manifestó que se había enterado del mensaje por la Red. Luego, ratificaría que el mensaje iba en serio e intentó explicar la actuación de los militares, aduciendo que estaban fuera de control por la detención de Donald Samuelson, y que sólo el doctor sería capaz de hacerles entrar en razón. En su confesión, verificó que el coronel Danhausse tenía intención de lanzar los misiles, pues a él mismo le había ordenado ensamblar una cabeza nuclear; sin embargo, dejó bien claro que él había desobedecido aquella orden por descabellada.

La Fiscalía del Noroeste de Ibercom había ordenado intervenir Siglo Veinte. El juez que instruía el caso, tras las declaraciones del profesor Okada, había decidido incorporar a la comisión a Donald Samuelson por si podía evitar una tragedia en el búnker descubierto en el agronat.

En la mañana del tercer día del año, una comisión, en la que también estaban integrados Nacho Garmendia y Karol Bukoski, voló hasta la Comunidad Vital de Monasterio para obtener la última autorización de la judicatura local.

El Consejo Regional había instado a los preferentes de la zona a colaborar estrechamente con aquella comisión, que tenía la orden expresa de proceder al cierre del agronat. Jorge Saavedra se presentó en el Módulo de Seguridad de Monasterio, y requirió entrevistarse con el fiscal. Neira de Sampil le estaba esperando, y no disimuló su impaciencia por abordar un caso tan extraordinario

-Me imagino que habrá recibido las instrucciones precisas sobre la *Operación Búnker* -dijo el Alto Preferente, una vez a solas.

-Por supuesto -contestó el fiscal con talante colaborador-. Estoy a su disposición para toda la información que yo pueda facilitarle.

-Durante unos días me verá obligado a molestarle más de lo preciso. Coincidirá conmigo en que ésta es una situación inédita.

-Tiene usted razón. Me cuesta imaginar que hayamos estado viviendo durante tantos años sobre un polvorín apocalíptico.

-Bien, pues ahora vamos a salir de dudas. Tenemos pruebas bastante fiables, y confío que con esta intervención se pueda abrir el proceso que aclare los hechos. Espero que hayamos llegado a tiempo para alejar un peligro del que tiempo atrás huyeron nuestros antepasados.

-Eso espero yo también -dijo el fiscal-. Aquí tiene su copia en microdiskette, dactilografiada por mí. Sabe que puede contar con la colaboración incondicional de este departamento. Y ahora vamos a ese maldito agronat, que tantos dolores de cabeza nos está dando.

Una hora más tarde, el oval que trasladaba a la comisión descendía en la diana de Siglo Veinte. Acompañaban a la comisión varios vigías cibernéticos, quienes procedieron de inmediato a precintar la entrada del agronat. Nacho Garmendia se dirigió hacia la cabaña, seguido de cerca por Karol. Donald Samuelson caminaba detrás, remiso, luciendo en su muñeca derecha la pulsera de controlado. El profesor Okada observaba desde el porche.

-Vamos, doctor Samuelson -dijo Nacho-. Espero que nos ayude para hacer desistir de su locura al coronel Rudolf.

-No me pida que colabore con traidores -dijo Donald desafiante-. Sé que es usted un científico vendido a la policía. El mismo que nos espió durante el periodo de integración mientras nos decía una sarta de mentiras.

-Creo, doctor, que tiene razón Nacho -dijo Karol, situándose a su altura-. Usted es un hombre práctico y no creo que consienta semejante locura.

Donald se volvió hacia Karol, y sus ojos, en estado febril, parecían fulminarle. Luego, con aire despreciativo, escupió en su dirección.

-¡Vaya con Karol Bukoski! El biólogo que tenía interés por conocer el futuro ha resultado también un maldito traidor.

-Doctor Samuelson -habló con autoridad Jorge Saavedra-. Usted sabe que traigo una orden para intervenir Siglo Veinte. Espero que colabore para neutralizar a dos miembros de su expedición: Rudolf H. Danhausse y Onado Somoza.

-No sé dónde están -contestó Donald, de forma desabrida.

-No ha contestado a mi pregunta -dijo el preferente-. ¿Va a colaborar o no?

-Claro, el doctor Samuelson no vive aquí -dijo Nacho, recurriendo al sarcasmo-. Pero seguro que el profesor Okada si está dispuesto a colaborar.

-Bueno...yo..., -balbuceó, dubitativo, Okada.

No se esfuerce profesor. Sabemos que están dentro del búnker. Según mis datos, usted fue el que sugirió que el doctor Samuelson podría hacerles desistir -dijo el Preferente Saavedra-. Ahora es el momento.

El fiscal Neira ordenó a un vigía cibernético que llevara al profesor Okada hasta el oval que esperaba en la diana.

-¿Qué sucede, doctor Garmendia? -preguntó el Reverendo, que salía en ese momento de la cabaña.

-Reverendo Peterson -lo intentó de nuevo Nacho Garmendia-. Usted que es un hombre de paz ¿podría convencer a Rudolf y Onado que salgan del búnker?

El clérigo había soportado dos días de pesadilla, y ahora era presa del desmoronamiento a causa de aquella horrible tragedia. Buscó la mirada de Donald Samuelson, y luego bajó la suya apesadumbrado.

-Lo siento, Reverendo -se excusó Karol-. Vamos a controlarle como a los demás. Espere con el profesor en el oval.

Quizá el silencio era toda una respuesta en aquel momento. Un autómatas procedió a sustituir el videokit de Peterson, al tiempo que éste le miraba sin entender.

Donald Samuelson permanecía en silencio observando la actitud de sus hombres más fieles. De pronto, reaccionó como si un último revulsivo de autoridad le hiciera incorporarse en medio de la batalla, y su voz sonó desgarrada.

-¡Pueden matarme si lo desean! ¡No crean que soy tan estúpido como para ignorar que nos queda muy poco de vida!.

El Reverendo volvió la cabeza y miró a Donald, como si éste hubiera perdido el juicio.

-No me mire extrañado, Padre David -gritó Donald con ojos desorbitados-. Era otra de sus mentiras, pues sabían que el mantenimiento celular ya no servía para nuestros viejos cuerpos, y nos lo habían ocultado.

El Reverendo siguió caminando hacia el oval en medio de un abatimiento, que la senectud de su agotado cuerpo acusaba.

-No perdamos más tiempo -dijo el Preferente Saavedra.

Los comisionados se encaminaron hacia la caseta de acceso al búnker. Delante iba Donald Samuelson, quien caminaba lento y remiso, mirando al suelo. La nieve caída en las últimas horas había borrado las huellas del trágico acontecimiento que había terminado con la muerte de Jon. Al pasar por el circuito estabular, vieron a los animales patear inquietos, pues no habían comido en las últimas cuarenta y ocho horas. Delante de ellos y a escasos metros aparecía ya la caseta. Donald detuvo sus pasos y obligó a parar a los miembros de la comisión.

-Sabrá, doctor, que alguien coleccionó aquí armas para todo un ejército –aseveró Nacho.

Donald le miró con odio no disimulado.

-¿Acaso no era razonable que en una expedición hibernatoria se tomaran todo tipo de medidas de autodefensa?

-Entiendo que en otro tiempo tomaran las medidas necesarias –contestó Nacho-, pero según la documentación de que dispongo no me negará que este arsenal era excesivo para la autodefensa. Además, ha transcurrido tiempo suficiente como para que a estas alturas ya estuviera declarado el búnker.

-¿Es que me están condenando antes de un juicio? -inquirió Donald, acusador-. Ustedes que tanto abogan por una comunidad de derecho. Posiblemente sea una mentira más.

Donald Samuelson permanecía clavado en el suelo. Nacho miró a Karol, que no podía ocultar en su cara la tensión, y, antes de llegar a la caseta, decidió recurrir al videokit para comunicarse con el coronel, dejando abierto el fono estéreo para que todos pudieran oirlo.

-Vamos, Coronel. Sabemos que están ustedes ahí. Si se entregan ahora mismo, tendrán al menos una atenuante a su favor.

-Ni lo sueñe, Garmendia –se oyó la voz de Rudolf, entre rígida y bronca-. Nunca me he fiado de ustedes, pero a estas alturas menos. Yo sabía que detrás de sus amables palabras no había más que mentira.

-Entréguese Coronel -le conminó Karol-. Es absurdo que resista.

-No me digas, Karol, que esperas que yo me fie de tí –gritó Rudolf a través del altavoz-. Eres un maldito traidor. Que me detengan aquí dentro; no pienso salir como un corderito.

-¡Vamos a entrar, coronel! -gritó Karol decidido-. Usted, doctor, se viene conmigo.

-Es peligroso -le advirtió Nacho-. Entrarán los vigías y los neutralizarán.

-Sólo necesito dos autodomos para que vayan por delante.

Karol se había olvidado por un momento de su prudencia y moderación. Hizo caso omiso del consejo de Nacho y tomando a Donald por el brazo se llegó hasta la caseta. Nacho instó a los miembros de la comisión para que se retiraran hacia la cabaña.

-Debo terminar lo que debí resolver antes de hibernar –se reafirmó Karol.

Los autómatas acababan de abrir la puerta y entraron en la caseta seguidos de cerca por Karol.

-No puedo permitir que bajes sólo –dijo Nacho, y entró detrás de Karol.

Los miembros de la comisión se habían retirado a una distancia prudencial. Un silencio invadía la planicie del agronat.

Donald se resistía a avanzar, quizá porque sabía cómo se las gastaba el coronel. Karol avanzó decidido detrás del doctor. La clave de la puerta blindada había sido modificada. Uno de los autómatas colocó su pantalla frontal sobre el cajetín de apertura y una vez detectada la nueva clave, la puerta cedió. Nacho provisto de su Aspid caminaba detrás, protegiendo la espalda de su amigo. Aún se podían ver los restos del laboratorio esparcidos por el suelo. Antes de bajar al segundo nivel, los autómatas detuvieron el paso y se comunicaron a través de las minúsculas pantallas de sus frentes metalizadas. Uno de ellos comenzó a descender mientras el otro se quedó parado, escuchando. Tras una breve pausa, el autodomo rezagado les indicó que leyeran su frente.

No podían continuar. Habían colocado explosivos en los dos primeros niveles, y quedaban veinte segundos para la detonación.

-¡Vaya con los agentes secretos! –exclamó Donald, con una sonrisa nerviosa-. ¡Son ustedes estúpidos! ¿No se dan cuenta que esto no puedo pararlo ni yo?

Karol cruzó su mirada con la de Nacho. Los dos corrieron hacia la salida, arrastrando con ellos a Donald Samuelson. Sólo quedaban cinco segundos cuando abandonaron la caseta sobre el búnker. Aceleraron la carrera, pero apenas les dio tiempo para abandonar la zona de peligro. La caseta saltaba en aquel momento por los aires, y los tres se tiraron al suelo, cubriéndose la cabeza con sus manos.

Una ingente cantidad de materiales, con restos de armas, se elevó violenta, como si de un volcán se tratara. Algunos miembros de la comisión entraron aterrorizados en la cabaña. En medio del bombardeo de materiales, una roca fue a caer sobre la espalda de Nacho mientras éste exhalaba un grito ahogado por el dolor. Varios autómatas acudieron raudos para rescatarlos.

-¡Maldita sea tu estampa Rudolf! -exclamó Donald a voz en grito-. No esperes que te llame héroe porque tu muerte ha sido la más inútil y estúpida que yo hubiera podido imaginar.

Karol levantó la cabeza y se sobresaltó al ver la roca sobre su amigo.

-Creo que algo me ha reventado -dijo Nacho con una voz entrecortada y apenas perceptible-. Vas a tener que continuar solo.

Los autómatas retiraron la roca, y aplicaron a Nacho los primeros auxilios, mientras éste quedaba inconsciente. Luego, le subieron a un oval de emergencias, y Karol le acompañó hasta el centro de recuperación más cercano.

El Alto Preferente Jorge Saavedra decidió suspender la inspección del búnker en aquel momento. Un humeante cráter había dejado al descubierto un secreto de cinco siglos, después de reventar la violencia allí acumulada. Esperaría que los autodomos verificaran las condiciones de seguridad antes de acceder a aquel infierno, dejando en el aire un intenso olor a pólvora.

Donald, con el rostro impasible, se acomodó en el oval. Una pareja de autodomos les escoltaba. El profesor Okada y el Reverendo se miraban aterrorizados por aquel desenlace. Volvieron la vista hacia el búnker, mientras sus mentes se perdían en los vericuetos de la memoria cuando preparaban los planes para la hibernación.

El oval que trasladaba a la comisión despegó de Siglo Veinte con dirección a la comunidad vital del Castro, al tiempo que otras naves de vigilancia sobrevolaban ya la zona. El fiscal señaló la minúscula planicie en medio de una tupida fronda de urces y acebos. Al fondo de la misma, sobre la pared rocosa de la ladera se podía apreciar un enorme portón negro, apenas unos metros por encima del nivel del lago.

-Así que la leyenda era cierta -exclamó Neira de Sanpil, como si hasta ese momento no se hubiera creído el informe de la fiscalía regional.

-Es alucinante lo que estamos presenciando –dijo el Preferente Saavedra-. Tenían razón los comunitarios más viejos del lugar cuando aseguraban que el monte estaba hueco.

61

Seis meses más tarde, el sumario del Caso Búnker había sido cerrado y restaban pocos días para que se celebrara el juicio más importante de los dos últimos siglos.

Para entonces ya se habían celebrado dos juicios de menor relevancia, como eran la violación de Erika y Aytana y la muerte de Jon Rivera, pero la muerte de los implicados, Rudolf Danhause y Onado Somoza, en la explosión del búnker había restado interés; aunque todos lo achacaban al importante juicio que se avecinaba.

Un episodio de aquella trascendencia había captado la atención de una buena parte de los comunitarios, y la Red ofrecía infinidad de debates sobre el desarme y la seguridad del sistema, haciendo que el caso mantuviera en tensión a todas las comunidades, incluídas las colonias exteriores.

El aforo para ver en directo aquel macrojuicio se había completado un mes antes. Era de suponer

que el resto de los comunitarios estarían atentos a la cosmovisión y a la Red, con lo que se preveía una paralización de la actividad creativa en el transcurso de aquella vista.

En el día señalado, la espaciosa sala circular habilitada para los grandes juicios estaba repleta de asistentes. Una paloma con las alas desplegadas presidía desde la mampara norte el lugar del Tribunal. Delante del estrado, donde debería sentarse el Preferente Jurista y demás jueces auxiliares, una banda dorada cubría el frontal con el lema: **“La justicia es el centro de gravedad de toda civilización”**.

A la derecha del tribunal, dos hileras de asientos se alineaban sobre el panel del zócalo, esperando a los miembros del jurado. El Fiscal Leiza y el Garante Lastra, situados a la izquierda, daban el último repaso a los interrogatorios. Dos autodomos, provistos de sendos retrohologramas estaban a su disposición para la aportación de datos y presentación de las pruebas.

En el lugar más visible del banco de los acusados aparecía Donald Samuelson, extremadamente tenso, sin perder aquel talante de falso orgullo. Junto a él estaban sus colegas clónicos con la derrota en el semblante, y un poco separado del trío, como para marcar la diferencia, se hallaba el profesor Okada esperando sumisamente el final. Petre el Rumano y algunos miembros de su banda completaban el cuadro, como si fueran ajenos a lo que allí se juzgaba.

Tras la entrada de los Altos Juristas, dio comienzo la lectura de las acusaciones. Luego, se sucedieron varias sesiones con la declaración de los testigos y la presentación de las pruebas incriminatorias. Durante dos días, las emociones se conjugaron con la tensión en algunos momentos, y el Preferente Jurista Hernando del Castro tuvo que imponerse más de una vez para evitar el desconcierto en la sala.

La testigo Karen Irving fue la última en declarar. Donald Samuelson le miraba intrigado mientras en su fuero interno danzaba la duda. Ella contestaba con los monosílabos acostumbrados: “sí”, “no”, sobre su relación con Donald Samuelson antes de hibernar, y sobre la petición de éste para mejorar la máquina en el nuevo tiempo. La acusación se esforzaba en resaltar que había colaborado en la construcción del Cronotron forzada por las circunstancias, pero había cambiado de opinión al darse cuenta del fin de la diabólica máquina. Sin embargo, llegó un momento en que ella solicitó al tribunal que le permitiera extenderse en su declaración. El Preferente Jurista aceptó su petición, aunque no era lo habitual en el procedimiento.

-Con su permiso, señor Juez. Yo puedo demostrar que el Cronotron existe, aunque no se haya encontrado tal prueba.

En la sala sonó al unísono una expresión interrogante que se transformó en un murmullo cada vez más intenso. Donald se volvió para mirar a Karen con aquellos ojos que fulminaban, pero ella mantuvo la mirada con la cabeza erguida, y fue el doctor quien bajó la vista.

-Silencio –se oyó la voz del preferente jurista-. ¿En que se basa para decir eso?

-Estaría dispuesta a construir esa máquina si el tribunal que usted preside desea probar su existencia.

Los murmullos volvieron a recorrer la sala, y lentamente fueron cediendo tras los golpes secos del mazo electrónico.

-Puedo afirmar que yo misma colaboré conscientemente en el montaje de la primera máquina, y sé que me utilizaron para la construcción de la segunda. Sólo puedo asegurar que vi la nueva máquina terminada cuando recobré la consciencia dentro del búnker, y que tanto Karol Bukoski como yo intentamos destruirla.

De nuevo, un profundo murmullo volvió a instalarse en la sala, sin que el Juez lograra acallararlo con sus órdenes de silencio. Al final, el alto preferente levantó la voz más alto que de costumbre y anunció que el juicio se reanudaría más tarde.

El discurso final de la acusación fue particularmente duro.

-Alto Preferente Jurista, miembros del jurado: los acusados aquí presentes han cometido tales atrocidades contra la humanidad, que es difícil sustraerse a una maldad consciente y programada. Como preámbulo de mi argumentación, deseo recordar que algunos de ellos viajaron al futuro, mediante la hibernación, con un fin bien determinado: someter a los seres humanos al terror de las armas, y manipular su alma desde el mismo origen de su ser, a través de la más refinada técnica. Quiero destacar, en primer lugar, la personalidad egocéntrica de Donald Junper Samuelson, que llegó a creerse un dios entre sus semejantes, siendo el principal impulsor y diseñador de una máquina biotecnológica, denominada Cronotron, capaz de crear seres con apariencia humana, pero sin la esencia que distingue a nuestra especie. Deben tener en cuenta que aunque no se haya encontrado la prueba de dicha máquina, hay documentación que acredita su existencia. En segundo lugar, el jurado no puede olvidar que el acusado Donald Junper Samuelson acumuló

en un búnker no sólo armas convencionales sino las más terribles en otro tiempo, trasladando premeditadamente la semilla del terror a este tiempo de paz; pero, además, no deben pasar por alto que se ocultó su existencia después del retorno hibernatorio. Tampoco pueden olvidar que el acusado Yago Colinas elaboró clandestinamente una droga hipnótica y, en colaboración con sus colegas aquí presentes, secuestró la voluntad de un importante número de miembros de la comunidad ori con la intención de efectuar una clonación colectiva. Asimismo, la droga hipnótica ha servido durante mucho tiempo para que el acusado Enzo Farrell formara una red de talleres, donde se han fabricado placas de reprogramación, poniendo en peligro la seguridad de Ibercon y, posiblemente, de todo el planeta. Por último, cabe deducir que los tres principales acusados, al no poder manipular la voluntad de las personas en este tiempo, se han servido de la ciencia para crear una pócima capaz de anular la consciencia, apoderándose de la voluntad de las víctimas y de la libertad de ella derivada. Coincidirán conmigo en que esto constituye el mayor delito porque los seres humanos nacen libres y libre debe ser su voluntad aunque el camino por la vida a unos dignifique y a otros hunda en el abismo de sus miedos. Espero que ante tales hechos, el jurado declare culpables a los acusados.

Así había terminado el discurso de la fiscalía, dejando un silencio, que sólo fue roto por las palabras del Preferente Jurista, para dar la palabra al garante Jaime Lastra.

-Alto Preferente Jurista, miembros del jurado: ¿Acaso hemos olvidado que la libertad creadora es el activo máspreciado de nuestra civilización?

El garante hizo un silencio intencionado mientras miraba descaradamente al público asistente.

-Se acusa a uno de mis defendidos de haber previsto un plan de supervivencia para el retorno de la mayor aventura de todos los tiempos. El fiscal Leiza olvida también que ellos no disponían de androides con una autonomía y capacidad técnica como la actual, y, en consecuencia, tenían que valerse de sus propios medios. ¿Acaso eso es un delito? En estos tiempos, todos nos beneficiamos de la hibernación artificial, sin olvidar lo que esto ha supuesto para la exploración espacial. Y ¿no es verdad que Donald Junper Samuelson al frente de la expedición hibernatoria fue pionero en esta técnica? En cuanto a la acusación de Yago Colinas y Enzo Farell sobre manipulación genética y transferencia de memoria para perpetuar unas élites privilegiadas, falta la prueba más importante: la máquina biotecnológica denominada Cronotrom. Creo que mi colega ha visualizado demasiados filmes clásicos.

Hubo algunas risas en la sala, mientras Nacho Garmendia bajaba la cabeza, encajando estoicamente el golpe de gracia. Jaime Lastra había finalizado el alegato diciendo:

-Llamo al jurado a que tenga en consideración las importantes aportaciones científicas de los acusados, quienes tuvieron la osadía de tenderle una trampa a la muerte, y ese es su mayor atenuante. Comunitarios de esa capacidad creativa no merecen que se les declare culpables.

Los discursos habían terminado. La defensa había esgrimido la bandera de la libertad, y lo había hecho de forma impactante, pues en la sala parecía que comenzaban a escucharse comentarios encontrados. El alto preferente jurista Hernando del Castro, informó que el jurado se retiraba para deliberar.

Cuando llegó el momento solemne de la verdad, la sala se había llenado de nuevo, y los rostros expectantes esperaban la sentencia. El juez solicitó al jurado su veredicto. Un miembro de éste se levantó y leyó

“Los graves delitos demostrados a los acusados Enzo Farell y Yago Colinas han sido diversos, pero todos ellos obedecen al objetivo premeditado de desestabilización del sistema, así como extorsión a diversos colectivos de comunitarios. Estos delitos se concretan principalmente en los siguientes hechos: primero, haber recurrido clandestinamente a una droga hipnótica, utilizando a seres humanos para delinquir, lo cual no excluye la responsabilidad de algunos de ellos como Petre el Rumano. Segundo, haber atentado contra el Sistema de Vigilancia Global, fabricando placas de reprogramación así como armas sólo permitidas a los autodomos y vigías de seguridad. Asimismo, declaramos culpables a Donald Junper Samuelson, como jefe de la expedición hibernatoria y a su colaborador Kota Okada, de acumular un peligroso arsenal en el búnker descubierto en el agronat Siglo Veinte, así como de no haberlo declarado en el periodo de integración, lo cual llevó a Rudolf Danhausse y Onado Somoza a planificar una peligrosa agresión nuclear que hubiera tenido efectos terribles. Los demás miembros de la expedición quedan exculpados por ignorar el verdadero peligro del búnker, y tienen la atenuante de haber colaborado en el buen fin de este proceso. Sin embargo, no podemos fallar sobre la manipulación genética y transferencia de memoria apuntados en el transcurso del juicio, porque sin la prueba denominada Cronotrom no es posible avalar una teoría sobre la inmortalización de unos pocos seres humanos elegidos”.

Durante la lectura del veredicto, Nacho Garmendia había observado con detenimiento a aquellos

hombres venidos del pasado que escuchaban sin inmutarse. Donald Samuelson se había mantenido erguido, y su mirada parecía fría y distante; Kota Okada, desde el otro extremo, le observaba a hurtadillas como si estuviera convencido que era su deber acompañar a su hermanastro en la caída; Yago Colinas no levantaba la vista del suelo, posiblemente buscando una salida en los abismos de futuras clonaciones; y Enzo Farrell sonreía en una actitud desafiante.

Un rumor de fondo recorría toda la sala. El alto preferente del tribunal ordenó silencio al tiempo que concluía.

-Ratifico el veredicto del jurado sobre los hechos que se han podido demostrar. Sin embargo, considerando que ha habido una aportación cualitativa de la testigo Karen Irwing sobre los hechos no demostrados, autorizo la apertura de un nuevo proceso sobre el Cronotron y su verdadero alcance. El juicio queda visto para sentencia.

Un día después, los cuatro acusados eran condenados a la ignominia general y a llevar el videocontrol hasta el fin de sus días. Esta condena anulaba sus derechos de longevidad, movilidad intercomunitaria e intimidad, ésta última vigilada permanentemente por los androides. En apariencia era una condena leve, pero en aquella época era el fin de cualquier comunitario.

También habían recibido diversas condenas Petre el Rumano y su banda, aunque se estudiaría cada caso para su rehabilitación. Posiblemente, el doctor K hubiera aclarado muchas de las incógnitas que se habían planteado en aquel proceso, pero parecía que se lo hubiera tragado la mismísima tierra.

62

Apuntaban los primeros brotes antes de la primavera, y los almendros madrugadores se vestían de blanco para iniciar el colorido de la nueva estación. La cima del Gencional se cubría con el manto de las últimas nieves, y la fría quietud de aquellos parajes comenzaba a sentir el palpito de la vida. Los cristales de hielo se fundían con los primeros calores alimentando los manantiales, y los arroyos que bajaban por la falda de la sierra comenzaban a cantar al compás de viejos sonos, dejando fluir sus aguas cristalinas hasta las vertientes de la Forcadura y el cañón del Tera.

Había transcurrido más de un año desde el cierre de Siglo Veinte, y la tranquilidad no había llegado aún a aquel apartado lugar. Por el contrario, la zona del Lago se había convertido en uno de los lugares más visitados del planeta. Al principio, sólo habían acudido comunitarios de Ibercom, pero ya estaban llegando visitantes de otros muchos lugares. Todos querían contemplar aquel búnker, oculto durante varios siglos en las entrañas del monte que limitaba la ribera norte del lago.

Las elecciones de preferentes habían supuesto un cambio en el Consejo de la Comunidad Territorial de Ibercom con la elección de un preferente lusitano, que tenía gran prestigio en la península, y él, particularmente, había prestado un gran apoyo al esclarecimiento de la trama conspirativa orquestada por el profesor Farrell.

El Consejo de las Comunidades del Noroeste había dado el visto bueno al proyecto mancomunado del Parque de las Lagunas para reconvertir el búnker en un museo que denominaron: "LA SEMILLA DE LA GUERRA". Allí quedarían expuestas para siempre aquellas terribles armas, una vez desactivado su poder mortífero de otro tiempo.

Además del auge turístico que aquello suponía para la zona, los comunitarios del lugar se sentían aliviados porque el armamento allí almacenado había supuesto una terrible amenaza encubierta. Por ello, los autodomos del museo invitaban a los visitantes para ver en retroholograma los antecedentes del búnker, a fin de que las generaciones venideras apreciaran aquel descubrimiento como un peligro real, que había sido detenido a tiempo.

Pero no sólo el búnker había sido objeto de demanda turística, sino que la gruta hibernatoria era ahora un museo que suponía una primicia en aquella era de las hibernaciones. Allí estaban para ser

admirados los primitivos módulos y la vieja computadora. A su vez, el cuadrilátero residencial en torno a la fuente ofrecía una exposición permanente de la investigación hibernatoria, a merced de los visitantes. Para hacer más asequible el acceso por el escarpado cañón, la Mancomunidad del Parque había pavimentado con piedra el sendero hasta la gruta, y el accidentado paseo se hacía más llevadero.

Las comunidades vitales de Lago, Castro y Monasterio apenas podían hacer frente a la infraestructura que suponía recibir a tantos comunitarios. En la planicie de lo que fuera el Agronat Siglo Veinte había concluido la instalación de un ovalpuerto, y sus dos anillos con veinte dianas refulgían en aquella soleada mañana. Una comunidad de Oris había rehabilitado las dos plantas de la cabaña y se servían platos típicos de la zona. Los roas construían a toda prisa dos transovalares para cubrir las plazas de alojamiento, que no podían ser abastecidas por las comunidades vitales cercanas. Y en el punto central del búnker, que coincidía, en el nivel superior, con el borde de la ladera, habían instalado un espacioso ascensor, que enlazaba los cuatro niveles para dar mayor movilidad a la entrada y salida de los visitantes.

Aquel día de finales de Marzo, Karol Bukoski acudía a su segundo lugar de nacimiento acompañado de Laia Treval, con quien había intimado últimamente. Ellos no venían de turistas, pues conocían muy bien Siglo Veinte, y en el transcurso del proceso judicial habían tenido que visitar el búnker en más de una ocasión.

Les esperaban Sandra Sokoa y Nacho Garmendia, que se habían instalado cerca de la Cueva del Cañón. Era un viejo agronat, abandonado tras el seísmo registrado dos años antes por aquellas fechas. Había sido reconstruido a petición de Nacho, cuando decidió retirarse a descansar con la consiguiente alegría de Sandra. Era el último capítulo del viejo científico y vigía, después de una vida intensa y apasionada.

La decisión de Nacho había supuesto el abandono de todas las responsabilidades para acompañar a Sandra en el último viaje. Su apariencia externa apenas delataba el trágico accidente en la explosión del búnker, pero él sabía que se estaba agotando su tiempo por haber renunciado al mantenimiento celular, y estaba seguro de haber tomado el mejor camino en aquella coyuntura de su último periodo vital. Sólo había algo que aún añoraba y era la presencia de su hija, a quien había pedido que regresara de Marte para darle el último adiós.

La confirmación del proceso celular degenerativo no era una sorpresa para la mayoría de los hibernautas, pues todos lo intuían. El futuro había dejado de existir para aquellos hombres y mujeres venidos del pasado, y allí estaba el límite. Al menos, pensaba Sandra, la comunidad científica de aquel tiempo había logrado evitar un proceso acelerado de regresión. ¿Qué importaban algunos años más, después de todo lo vivido? Le bastaba con que el último viaje pudiera hacerlo junto al hombre que había conseguido aventar su último ardor vital.

Sólo para Donald Samuelson el cercano horizonte de la muerte había supuesto un duro golpe cuando ya se había ilusionado con aquel sueño de eternidad que le vendiera su colega Enzo Farrell. Pero aquel control de cada uno de los instantes que aún le quedaban por vivir no permitiría llevar a cabo el plan que el profesor había diseñado, lo cual demostraba una ley inexorable que afectaba a todos los seres vivos: todo lo que tiene un principio lleva incorporado un final.

Desde el oval que les trasladaba, Laia y Karol divisaron la cabaña que se asentaba cerca de una poza, junto a unas gigantescas moles de piedra pálida. Era un lugar paradisíaco, detrás de un tupido bosque de robles; un remanso donde se respiraba paz a borbotones con rumor de aguas de cascada al amparo de una corona de riscos que ocultaban la hondonada. El río formaba allí una laguna natural, represada por aquella morrena, al deslizarse los hielos glaciares, y durante largo tiempo había sido un abrevadero natural. Sólo bastaba con escuchar la música de la naturaleza en medio de aquel auditorio que el inmenso roquedal configuraba.

Dos caballos negros pacían tranquilamente en una pradera moteada de blanco. Los animales levantaron la cabeza y relincharon con cierto sobresalto al ver el oval que se acercaba. Sandra salió al porche, y saludó con las manos mientras el oval realizaba la maniobra de aproximación. La visera metaloplástica de la diana se replegó automáticamente y permitió el asentamiento del vehículo espacial.

La cabaña se había levantado con piedras y otros materiales del entorno logrando una armonía con el lugar. Dos castaños de grueso tronco mostraban su esqueleto de incontables y apretadas ramas, cuyas extremidades la savia abultaba en un incontenible deseo de verdor. Un emparrado cubría el porche, dejando pasar el sol a través de las yemas recién abiertas. Debajo de éste, unos sillones de

piedra pulida se alineaban en torno a la plancha de pizarra, que se asentaba sobre patas de granito. El único elemento extraño, junto a la cabaña, era el módulo de emergencia, aunque había sido recubierto con metalum de una tonalidad gris ceniza para que no se apreciara un choque visual impactante.

Cuando Karol y Laia accedieron al porche, ya Nacho estaba esperándoles, y sonreía placenteramente detrás de Sandra.

-¡Qué alegría veros de nuevo! -exclamó ella.

Y se sucedieron los abrazos entre las dos parejas. Sólo faltaban Mara y Xidro, quienes habían prometido acudir para disfrutar de aquella reunión entre viejos amigos.

-Creo que no tardarán mucho en llegar -dijo Nacho-. Bueno, como el almuerzo está preparado, podemos dar un paseo por el agronat, si os parece. Mara y Xidro ya lo conocen.

-Por mí, encantada -dijo Laia-. Esto es de ensueño.

-Sí, es un lugar hermoso -aceptó Sandra el cumplido-. Recuerdo que lo visitamos el día de la despedida hibernatoria de Teo, y quedé enamorada del lugar.

Se alejaron paseando. Sandra tomó la mano de Nacho mientras caminaba feliz junto a él. Pronto llegaron al límite con el pequeño bosque. A pesar de que la vegetación había cubierto las heridas que causara la última sacudida sísmica, todavía se apreciaban vestigios de violencias pasadas. Algunas rocas desplazadas comenzaban a cubrirse de musgo, y los árboles caídos dormían a los pies de los que habían resistido el embate, manteniendo una posición reverente.

No había vallas en aquel apartado lugar, porque los Oris que se decidían a morar allí adquirirían el compromiso de atender a los caminantes que se aventuraban por aquellos senderos pedregosos.

Ya estaban finalizando la visita al agronat, cuando divisaron a Mara y Xidro que salían del robledal a lomos de sendos caballos.

Fue un reencuentro inolvidable. Durante el almuerzo, los comentarios habían girado en torno a la sabrosa comida, y el placer de prepararla, que, de nuevo, había recuperado Nacho. Karol observó que su amigo y excompañero vigía se encontraba más relajado; quizás más reflexivo y trascendente. Terminado el postre, Xidro repartió los tónicos y los saborearon mirando distendidamente el paisaje de aquel remanso natural. La sobremesa se presumía larga por haber sucedido demasiadas cosas en tan poco tiempo.

-Por cierto, ¿qué ha sido de Dorremi? -preguntó Karol.

-Reconozco que nos ha costado desprendernos de él -contestó Nacho-. He pedido expresamente que lo asignen a la Red Escolar para que siga enseñando música.

Sandra aceptó con gestos la explicación de Nacho como si ya se hubiera resignado a la ausencia del autodomio.

-Creo que con la música se encuentra en su elemento existencial.

-Quien realmente se encuentra en su elemento vital es Pedro -comentó Karol, como si justificara su ausencia en aquella cita-. ¿Sabéis que está en Marte con su amigo Tano Vitrubio?

-Lo sé -contestó Sandra-. Me ha llamado hace unos días, y parece que está encantado.

-¿Quien es ese Tano? -preguntó Mara.

-Se trata de un compañero con el que estuvo realizando las prácticas de astronauta -le aclaró Karol-. Creo que Nacho también le conoce.

-Nunca lo comentamos, pero imagino que a nadie nos pasó inadvertida su frustración con Nico Sanabria -apuntó Sandra.

-Yo que he vivido cerca de él en la cibertecnópolis puedo constatar que pasó malos momentos -añadió Karol-. Sobre todo después de la opción de vida, pero al distanciarse se fue enfriando. Su pasión por volar y explorar nuevos lugares contribuyó bastante a que olvidara.

-Me alegro de que haya encontrado pareja -dijo Mara-, porque desplazarse a un planeta extraño, sin nadie con quien compartir las penas y alegrías, debe ser muy duro.

-Yo creo que si se tiene pasión por algo, la ausencia de pareja se hace más llevadera -opinó Karol.

-No te hagas el solitario empedernido -salió al paso Mara-. Tú eres el primero que no puedes vivir sin alguien a tu lado.

Laia se sintió gratamente aludida por las miradas del grupo, y Karol se hizo el despistado desviando su mirada a la techumbre del porche.

-La verdad es que Karol es bastante independiente -dijo Laia-, pero a mí me gusta su forma de

entender la vida.

-Difícil equilibrio -opinó Xidro-. Compartir la vida con independencia y libertad es un reto permanente. En teoría, esa debería ser la pareja perfecta.

Todos sonrieron y se hizo el silencio. Al fondo, sobre las quietas aguas del remanso saltaban las truchas, acompasando el zambullido con el rumor de la cascada.

-¡Que buen lugar para la reflexión! -exclamó Karol-. Sólo falta la capilla del Reverendo para darle a este entorno un aspecto monacal.

-Por cierto, ¿qué sabéis del padre David? -preguntó Sandra.

-Creo que últimamente andaba un poco perdido, y se volvió a San Francisco -le informó Karol.

-¡Pobre Reverendo! -dijo Mara-. Era un hombre convencido de sus ideas, pero siempre le vi fuera de su tiempo.

-Quien también está superando el mal trago es Melisa -comentó Mara-. He hablado mucho con ella a través de la Red Coloquial, y me da la impresión de que se ha refugiado en Karen, sobre todo desde que ambas se trasladaran a Los Angeles. Creo que se ven a menudo con el Reverendo.

-Se ve que la necesidad de cariño une mucho a la gente -concluyó Sandra.

-Ella quería volver por encima de todo a su tierra -dijo Karol justificando el alejamiento de ambos-. Posiblemente, algunos hemos perdido las raíces y nos hemos habituado a vivir en cualquier lugar del mundo. Creo que la amistad y el amor se encuentran en todas partes.

-Después de haber soportado a la mala bestia del coronel, la compañía de su amiga Karen debe ser un alivio -intervino Mara, recordando-. Nunca olvidaré las caras de terror de aquellas niñas, cuando abrí la puerta en la mañana del año nuevo. Me di cuenta entonces que aquellas inocentes criaturas habían tenido la mala suerte de toparse en su corta existencia con aquellos engendros que la selección natural no había desechado a tiempo.

Todos quedaron en silencio, respetando la furia que se reflejaba en el rostro de Mara.

-Para mí, Karen ha sido una auténtica caja de sorpresas -reconoció Sandra-. Recuerdo el impacto que me produjo su autoinculpación en el juicio.

-Después del secuestro, no era para menos -justificó Karol-. De todas formas, creo que el nuevo tiempo le había cambiado bastante, sobre todo cuando comenzó a rebelarse contra las pretensiones megalómanas de Donald.

Nacho se fue quedando ausente, mientras sus amigos seguían conversando. A su memoria acudió el final de aquel macroproceso.

-Vamos, Nacho, ¿qué pasa? -dijo Sandra, tomándole del brazo-. Parece que no estuvieras aquí con nosotros.

-Estaba pensando en el desarrollo del juicio contra Donald y sus colegas -dijo él, volviendo a la realidad.

-Creo que ya tienen suficiente -comentó Mara-. Parece que Donald acusa un acelerado deterioro físico y ha entrado en una depresión de la que ya no saldrá.

De todas formas, estoy convencida que Donald jamás tomará conciencia de lo siniestro de su plan -continuó Sandra el comentario-. Simplemente, no es capaz de asimilar su derrota porque sería tanto como negarse a sí mismo.

-Si os digo la verdad, de todo aquello me sigue intrigando algo -comentó Karol en actitud reflexiva-. ¿Sabíais que Fernán Monegros desapareció de Ibercom en el transcurso del proceso? Un día informó que se encontraba mal de salud, y desapareció.

-¿Tú crees que estaba también implicado? -inquirió Xidro.

Karol se encogió de hombros.

-Admito que yo, sobre todo, me he llevado una sorpresa con el profesor Farrell -comentó Laia-. Parecía tan eficiente y preocupado por el conjunto de Ibercom que nunca lo hubiera podido imaginar. Me cuesta creer que los filtros del sistema no hayan sido capaces de detectar antes a este personaje.

Nacho movió la cabeza, acusando una profunda discrepancia.

-En eso es en lo que no coincido contigo, Laia -argumentó él-. Algunos comunitarios creéis con cierta soberbia que nuestro sistema es perfecto y nadie puede atacarlo de gravedad. Podéis creerme si os digo que hemos estado más cerca de la tragedia de lo que podáis imaginar, y me sigue preocupando que nos hayamos quedado tan tranquilos ante la desaparición del Cronotron viejo y de los restos del

nuevo.

-Vamos, Nacho, yo creo que exageras un poco –salió al paso Laia-. La fuerza de este sistema está en la propia gente.

-De acuerdo Laia, pero yo estoy hablando de otra cosa -dijo Nacho de manera taxativa-. Ni en este sistema ni en ningun otro existirán mecanismos suficientes de control para hacer frente a la maldad creativa, y eso es lo que me gustaría que entiendas.

Se hizo un silencio tan profundo, que, en aquel lugar, parecía que se mascara. Sandra, se apresuró a distender la polémica.

-En estos momentos, Jon diría: “si nos ponemos todos tan trascendentes, yo me largo con la música a otra parte”.

Algunas sonrisas, contenidas por el triste recuerdo, se dibujaron en las caras de sus amigos.

-Entonces, brindemos por la victoria de la paz, y olvidémonos de las maldades inevitables -dijo Laia sonriendo mientras levantaba su copa.

-¿No decís en este tiempo amor y paz? Pues brindemos también por el amor -añadió Mara, imitando a Laia.

Los demás les siguieron, acompañando los brindis, mientras el sol se ocultaba tras el borde rocoso del cañón.